

LA REVOLUCIÓN ROJINEGRA

Orlando Núñez Soto

INDICE

Introducción

LA REVOLUCIÓN DE JULIO

**El espíritu liberal, socialista y libertario de Sandino
La revolución latinoamericana
De la guerrilla a la insurrección
De la revolución política a la revolución social
A doscientos años de la revolución francesa**

¡Y NOSOTROS QUE LA VIVIMOS ASÍ!

**Entre el poder y la revolución estábamos nosotros
Los manuscritos encontrados en el Bunker
Barricadas, campamentos y ciudades insurrectas
Sin familia, sin mercado y sin Estado
De las comunas a la reforma agraria**

LA REVOLUCIÓN DESDE ABAJO

**Por qué perdimos las elecciones
Purísima, Piñata y Banquete
La revolución inconclusa
La ofensiva neoliberal
La resistencia al neoliberalismo**

EL REGRESO DEL FSLN

**La nueva etapa del proyecto sandinista
Más allá de la reconciliación política
La democracia directa
La crisis financiera y el nuevo orden económico
Las lecciones de la revolución sandinista**

Introducción

El siglo XX estaba por terminar y comenzaba una revolución en Nicaragua, la revolución sandinista, cuyo principal símbolo es la bandera rojinegra. Sandino reconoce en el negro de su bandera la disposición a enfrentar la muerte por un ideal y en el rojo la resurrección. El General Sandino decidió enarbolarla cuando regresó a Nicaragua, después de su experiencia con el movimiento anarcosindicalista mejicano. Posteriormente, fue retomada por el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), encabezado por el líder de la revolución sandinista, el Comandante Carlos Fonseca Amador.

El 19 de julio del año de 1979, el FSLN derrocó a la dictadura militar somocista por medio de una guerrilla de montaña, formación de columnas guerrilleras y de una insurrección urbana. Gobernó entre 1979 y 1990, padeció los embates de una contrarrevolución armada, apoyada y financiada por el gobierno de Estados Unidos en contubernio con los sectores dominantes locales, incluyendo las fuerzas somocistas. En abril de 1990 fue desplazado del poder gubernamental a través de los votos y resistió desde entonces hasta el año 2006 los embates de una restauración conservadora y neoliberal. A finales del 2006 el FSLN recupera el gobierno central por medio de elecciones y en el año 2008 consolida su triunfo ganando el 75% de los gobiernos municipales del país.

Los antecedentes de la revolución sandinista podemos llevarlos tan lejos como queramos, siempre que incluyamos como contexto de referencia tres fenómenos que caracterizan la historia contemporánea de Nicaragua.

a) La contradicción y el conflicto entre dos corrientes del capital nacional, por un lado, el capital somociano ligado a la dictadura, encarnado en la corriente liberal nacionalista y amparado del Estado durante 45 años, por otro lado, el capital opositor y autollamado democrático compuesto por grupos conservadores, provenientes de la aristocracia granadina, y liberales de occidente, disidentes del somocismo. Vinculado al capital opositor y democrático ha existido un segmento ilustrado de la clase política, muy significativo y beligerante en la lucha ideológica, primero contra el somocismo y después contra el sandinismo (intelectuales, grupos académicos, historiadores, artistas, poetas, periodistas, teólogos).

b) La diferenciación (y contradicción) entre sectores dominantes en general y sectores marginados, tanto de clase media como de los sectores populares. Hay que decir que una parte de la población pobre y marginada estaba con el somocismo, otra parte con la oposición democrática. Al final de la contienda segmentos significativos de los empresarios, ilustrados y destacados líderes de las clases medias acomodadas se incorporaron al Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), organización que enarbolaba un discurso popular y que logró aglutinar a los sectores más conscientes del pueblo nicaragüense.

c) Contradicción entre los intereses nacionales, tanto desde el punto de vista cultural como económico, y los intereses de las metrópolis (España, Inglaterra, Estados Unidos). Los sectores dominantes locales, tanto los conservadores como los liberales, han mantenido una posición de subordinación al capital occidental. A raíz de la guerra de Sandino y sobre todo con la irrupción del Frente Sandinista en la vida nacional, se ha desarrollado una posición nacionalista enfrentada a las pretensiones de las metrópolis.

Estos rasgos explican en gran parte la vida política de Nicaragua: las guerras civiles, las intervenciones militares, la polarización política, la ausencia de un liderazgo nacional y de un proyecto de nación. El somocismo, el sandinismo y el neoliberalismo han erosionado, cada uno a su manera, el poder económico y la hegemonía de una burguesía nacional. Asimismo, la presencia colonial, imperialista y neocolonial ha minado las posibilidades de una revolución nacionalista en Nicaragua, ya sea de índole liberal o sandinista. Últimamente, la crisis financiera del sistema capitalista ha menguado la hegemonía imperial en la región y en Nicaragua.

Las raíces históricas de la presencia externa son bien conocidas, tanto en el tercer mundo como en la propia Nicaragua. Desde el siglo XVI hasta el siglo XIX la humanidad asiste a un conjunto de fenómenos históricos que explican el nacimiento de la supremacía occidental, europea-norteamericana, a saber, a) La conquista-colonización de América, África y Asia, por parte de los países europeos; b) La revolución industrial y la ilustración o cultura del progreso capitalista en el continente europeo; c) La revolución política burguesa y el expansionismo de Estados Unidos y demás países europeos en el resto del mundo.

A partir del siglo XIX irrumpe la revolución latinoamericana, recorrida en dos grandes momentos; a) el primer momento se inicia con la independencia de las provincias coloniales frente a España y Europa, b) el segundo momento, transita a través de múltiples movimientos de liberación nacional frente al imperialismo y el neocolonialismo. El primer momento de la revolución latinoamericana estuvo influenciada por las revoluciones liberales, norteamericana y francesa, de finales del siglo XVIII, el segundo momento de la revolución latinoamericana estuvo influenciada por las revoluciones socialistas de la primera mitad del siglo XX.

Hablamos de revolución en Nicaragua para referirnos a un proceso ininterrumpido que ha recorrido el itinerario siguiente: a) La expulsión de las tropas norteamericanas del territorio nicaragüense (1933), b) la destrucción del aparato militar de la dictadura somocista, apoyado por el gobierno norteamericano (1979), c) La derrota del neoliberalismo, acaecida tanto por la resistencia popular en todo el mundo, como por su propio fracaso y por su propia crisis en las tres últimas décadas. En Nicaragua la derrota del neoliberalismo se expresó políticamente por los triunfos electorales del Frente Sandinista en la década del 2000, proceso que continúa con el establecimiento de la democracia política, la lucha por el bienestar social y la continuidad de las transformaciones económicas (2007-2009). Los tres momentos son parte de la liberación nacional y los tres momentos son imprescindibles para establecer y consolidar un proceso revolucionario, donde se combinan las tareas o reformas correspondientes a una revolución democrático-burguesa, con una orientación socialista encabezada por una organización de izquierda.

Es así que la revolución sandinista ha recorrido prácticamente todas las etapas de la liberación nacional emprendidas por los pueblos del tercer mundo a lo largo del siglo XX, revolución a la que llamaremos revolución rojinegra, a saber, 1) la lucha contra la ocupación militar extranjera, contra las dictaduras militares y contra las castas conservadoras más atrasadas, proceso que en América Latina comienza con la revolución mexicana en 1910 y que la generación rojinegra llevó a cabo durante el primer tercio del siglo XX; 2) la lucha por la instauración de un régimen de orientación socialista que iniciaran los rusos en el año 1917 y que los cubanos y otros movimientos de liberación nacional continuaron desde la segunda mitad del siglo pasado, lucha que la generación rojinegra emprendió durante la década de los

años 80; 3) la pérdida del poder por parte de los partidos comunistas o de orientación socialista a partir de 1989, y que la revolución rojinegra experimentó en 1990; 4) la resistencia popular en contra de las políticas neoliberales padecidas por el mundo entero entre 1989 y 2009; 5) la recuperación del poder político y la derrota política del neoliberalismo a través de las elecciones presidenciales y municipales por parte de una izquierda nacionalista y anti-imperialista, empeñada en profundizar y construir el poder ciudadano o poder popular y la asociatividad autogestionaria. Las últimas cuatro tareas han sido llevadas a cabo por una misma generación, la que actualmente detenta el poder político.

Antes de concluir esta introducción quisiera plantear una pregunta que considero obligada, después de 30 años de revolución, ¿cuál debería ser la naturaleza y hacia donde apuntar la continuidad de los esfuerzos para alcanzar el bienestar ofrecido por el capitalismo occidental? Si nos situamos en la historia contemporánea habría que recordar que al capitalismo occidental, por ejemplo, le ha tomado 500 años para llegar donde está y apenas un tercio de la humanidad ha alcanzado el desarrollo industrial o punto de llegada de dicho sistema; un siglo de reforma protestante para sembrar la ética del capitalismo, mientras nosotros todavía vivimos un catolicismo decimonónico; tres siglos para desarrollar el comercio y el transporte mundial que le permitió extraer con mano de obra esclava los minerales y demás materias primas que necesitaba su nascente sistema, mientras nosotros ni siquiera hemos podido comunicar el Atlántico con el Pacífico; dos siglos de revolución industrial disponiendo de un abierto mercado mundial para colocar sus mercancías, mientras nosotros seguimos en un mundo campesino y artesanal, sin poder disponer siquiera de nuestros mercados locales.

Nuestra clase empresarial, lejos de la hegemonía que otrora tuvo la oligarquía conservadora, hoy venida a menos, no tiene la capacidad de competir con la agresiva incursión de las gigantes corporaciones mundiales; nuestra clase política sigue sin el consenso para trabajar unida alrededor de una estrategia nacional; nuestra clase obrera se ha convertido en una clase minoritaria y la mayoría de la población todavía se encuentra en precarísimas condiciones de alimentación, educación, salud, vivienda y demás factores necesarios para emprender el tan anhelado despegue económico. Lo peor de todo parece ser el estado de polarización interna y subordinación a la mentalidad occidental en que se encuentra el discurso público, lo que ha impedido que Nicaragua, a diferencia de otros países, pueda tener un proyecto de nación.

Por otro lado, el sistema capitalista está mostrando -a través de sus recurrentes crisis de sobre-producción- la imposibilidad de ofrecer al mundo entero el bienestar que ha concedido a una pequeña y minoritaria parte de sus habitantes; por el contrario, los estragos con los cuales amenaza la sobrevivencia de nuestra especie parecen ser un componente sustantivo de su naturaleza; en otras palabras, sus nocivos efectos no tienen solución al interior del sistema. Treinta años de transformación política y social. En un país que ni siquiera ha concluido su revolución liberal, son poco para exigirle que cumpla con las expectativas de una civilización que en quinientos años no ha podido cumplir ni siquiera con sus más elementales postulados. ¿Tendremos de nuevo que rezar a otros dioses o aprender otras lenguas, como decía nuestro poeta filósofo, Rubén Darío, y esperar otros quinientos años para tener el nivel de vida de los europeos? ¿O tendremos que cambiar de rumbo, a través de otra estrategia de bienestar diferente a la del desarrollo capitalista?

Anteriormente, la estrategia de la izquierda era bastante transparente: lucha armada, toma del poder por una vanguardia, confiscación y sustitución de la burguesía por una burocracia estatal que gobernaba en función de la distribución de la riqueza nacional. Como sabemos, ésa no es la estrategia ahora para transformar el país y llegar a alcanzar los mismos objetivos.

Hoy en día, mientras tanto, el Frente Sandinista, al igual que otros movimientos latinoamericanos de izquierda en el poder, protagoniza una gran paradoja, como es la de estar en el gobierno, pero en oposición al sistema. O dicho de otra manera, gobernar un Estado preñado de instituciones heredadas del viejo régimen, administrar una economía capitalista y gestionar una sociedad imbuida de valores neoliberales y con cultura académicamente muy precaria. Querer realizar las transformaciones en el marco de la democracia occidental y en un contexto de mercado se hace enormemente complejo.

Lo que no quiere decir que dichos movimientos de izquierda se encuentren huérfanos de estrategia. Las medidas emprendidas demuestran todo lo contrario. Se lucha por lo que estos movimientos llaman la segunda independencia, otros piensan que es la primera o verdadera independencia. Se trata de emanciparse del tutelaje e injerencismo europeo-estadounidense, lucha que se inicia poniendo fin al neoliberalismo que imperaba en los años y gobiernos anteriores. En segundo lugar, se trata de avanzar en la unión latinoamericana, única forma de alcanzar un proceso de acumulación autosostenida. En tercer lugar, se trata de organizar el poder ciudadano a través de la democracia directa, con el fin de ejercer la soberanía popular y alcanzar el bienestar social de la población. En cuarto lugar, se trata de organizar a los nuevos sujetos económicos, desde las empresas autogestionarias, las cooperativas en todas las ramas, las asociaciones de pobladores.

Por el momento estas organizaciones de izquierda en el poder se encuentran insertas en una encarnizada batalla ideológica donde los aparatos ideológicos de la reacción siguen empeñados en bloquear toda posibilidad de cambio, desde el púlpito hasta los medios de difamación de la derecha tradicional y postmoderna (prensa, radio y televisión, revistas).

Algunas cosas expuestas en este trabajo son muy conocidas, sobre todo aquellas referidas a la etapa revolucionaria anterior a los años 80, otras menos conocidas. El propósito es ofrecer -a las nuevas generaciones de nicaragüenses y gente interesada- una visión de conjunto y con enfoque sandinista, sobre una de las experiencias de lucha y esfuerzos de transformación que marcan el panorama político y social latinoamericano. Valgan, pues, estas notas históricas para quienes quieran ir más allá de la información y el análisis del período, como un insumo para continuar o iniciar un debate diferente al que hemos tenido hasta ahora.

El espíritu liberal, socialista y libertario de Sandino

La motivación, la ideología y el proceso de la revolución sandinista, se inician con la vida y obra de Sandino, un aguerrido nicaragüense que se incorporó a la lucha desde su adolescencia hasta que la dictadura somocista lo asesinó por orden del gobierno de los Estados Unidos en el año de febrero de 1934.

Sandino encarna lo que de revolucionario tienen las corrientes de pensamiento nacidas en el siglo XVIII europeo, a saber, el liberalismo, el socialismo y el anarquismo, corrientes que

donde quiera que se implanten o desarrollen lo hacen partiendo de la tradición de lucha de los pueblos, en este caso, del pueblo latinoamericano y nicaragüense desde el mismo día de la conquista y colonización de América. Hay que recordar, sin embargo, que todas estas corrientes han sido vilipendiadas por sus adversarios. A los liberales les llamaban masones, a los socialistas ateos, a los anarquistas terroristas.

La doctrina liberal nace con la revolución inglesa, estadounidense y francesa, y se extiende a las provincias latinoamericanas que luchan por su independencia y liberación de la servidumbre colonial española. El liberalismo se basa en: a) el respeto y la defensa de las libertades individuales, independientemente de consideraciones sociales o colectivas, entre ellas a) la libertad de pensamiento, expresión, asociación y movilización, b) la igualdad ante la ley para todos los ciudadanos, c) el respeto y la defensa de la propiedad privada y del libre mercado a favor del capital, d) el respeto y la defensa de los derechos humanos en el marco del derecho internacional.

El socialismo tiene igualmente sus raíces en las revoluciones europeas y se desarrolla como doctrina en el siglo XIX a partir del marxismo. En tanto que sistema en marcha, el socialismo se inicia con la revolución rusa y soviética de 1917. Se basa en la crítica a la sociedad capitalista y se propone generalizar y ampliar los derechos liberales, incorporándolos al campo social y económico: la libertad para las diferentes clases y categorías sociales subordinadas (obreros, campesinos, mujeres, indígenas); la igualdad de oportunidades políticas, sociales y económicas para todos los individuos y grupos que conforman una sociedad; denuncia la codicia del mercado y la explotación de la acumulación privada, proponiendo sustituirlas por formas públicas y asociativas de producción y de comercio justo. Apuesta a una sociedad donde no exista la propiedad privada de los grandes medios de producción del capital y monta su estrategia en la regulación del mercado a partir de la influencia o el control de las instituciones públicas.

El anarquismo, al igual que el liberalismo, el socialismo y el comunismo, nace con la utopía de los grandes pensadores de occidente, desde los griegos hasta los revolucionarios del siglo XVII y XVIII en adelante, quienes aspiran a una sociedad sin jerarquías, ni opresión alguna. Comparte con el liberalismo la defensa de las libertades y derechos individuales frente al Estado, extendiendo la lucha contra cualquier forma de opresión. Comparte con el socialismo la crítica al mercado y al capital. Su principal distintivo es la preponderancia que tienen las formas asociativas de producción y de vida, así como la resistencia a los poderes burocráticos. Junto a la crítica a todos los regímenes políticos y a los diferentes sistemas económicos hasta ahora imperantes, suma la crítica a los valores e instituciones represivas de la civilización, incluyendo la forma de familia autoritaria y demás instituciones públicas y privadas con cierto grado de represión.

Desde el punto de vista conceptual y a largo plazo, tanto el liberalismo como el socialismo y el anarquismo comparten su propuesta de eliminar el Estado, por considerarlo la expresión fundamental de toda forma de opresión y de injusticia. La diferencia es que el liberalismo lo hace para sustituirlo por la gran empresa privada, tal como lo propone actualmente el neoliberalismo; el socialismo propone en primer lugar la eliminación del Estado capitalista, instalando y sustituyéndolo, para mientras desmantela las clases sociales, por un Estado socialista. El anarquismo propone la disipación del Estado, sustituyéndolo por la federación de comunidades, así como la eliminación inmediata de toda forma de discriminación.

En este sentido, la riqueza del pensamiento y de la práctica de Sandino es haber enarbolado conjuntamente las banderas más progresistas y revolucionarias del liberalismo, socialismo y del anarquismo en su lucha contra la opresión y la injusticia de su época.

Sandino fue campesino, pequeño productor, trabajador estacional, comerciante, obrero mecánico, amanuense y cooperativista. Viajó y vivió como inmigrante en Centroamérica, México y Estados Unidos. Después de una larga estancia de trabajo en México regresa a Nicaragua y se alista en las filas del liberalismo.

Como trabajador conoce la explotación, la marginación y el racismo de los enclaves bananeros, mineros y petroleros que las compañías estadounidenses tenían a lo largo y ancho del territorio mesoamericano. A su regreso al suelo patrio se incorpora a un levantamiento liberal y posteriormente emprende su propia lucha en contra de la ocupación de tropas estadounidenses. En su lucha contra dicha ocupación, acusa a la oligarquía por vende patria y a los capitalistas por explotadores.

Sandino conoce la doctrina socialista y comunista de la época por sus relaciones con luchadores latinoamericanos, particularmente con el que fue su secretario, el salvadoreño Farabundo Martí, inspirador del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), ex-guerrilla actualmente en El Salvador. Incorpora a su ideario el internacionalismo y el unionismo centroamericano, latinoamericano y mundial. Conoce las experiencias y doctrinas anarcosindicalistas durante su estancia en México, las que refuerza posteriormente en lo que concierne al espíritu fraternal y asociativo de la Comuna Universal por sus vínculos con intelectuales y masones libertarios latinoamericanos. Prioriza a todos los sectores marginados, reivindicando la lucha de los campesinos y obreros, frente a los terratenientes y frente a las grandes empresas y particularmente las empresas angloamericanas. En su lucha por la soberanía nacional en contra de la ocupación de las tropas extranjeras, no se propone tomar el poder político. Fomenta el cooperativismo y las comunas como forma de producción y de gestión comunitaria de la vida pública; cuando termina la guerra se retira a las riveras del Río Coco y conforma antes de que lo asesinaran la Comuna de Wiwilí. Llama hermano a sus compañeros y compañeras de lucha. Incorpora a la mujer y a los indígenas a la guerrilla, al igual que lo hace con los obreros, campesinos, estudiantes y profesionales. Es muy conocida la anécdota en que Sandino recluta a las prostitutas, como se les llamaba entonces a las mujeres que alquilaban su femenina fuerza de trabajo en los centros urbanos y laborales, asimismo incorpora a su equipo de espionaje a muchas mujeres denominadas notables. Un papel importante en la lucha guerrillera de Sandino tienen los combatientes provenientes de las comunidades sumus y misquitas situadas a lo largo del río Coco en la frontera con Honduras y en el litoral del mar Caribe, llama amerindios a los pobladores autóctonos de América. Sandino es un iconoclasta contra toda forma de autoridad y su cosmovisión está más bien vinculada a una fuerza universal que se encarna en la historia de los pueblos para la redención de la humanidad.

Los combatientes de Sandino llevaban atado al cuello un pañuelo rojinegro. La bandera rojinegra incorpora y sintetiza, el rojo liberal de las libertades, el rojo comunista de la lucha de clases, el rojinegro de la bandera anarquista en contra de toda forma de opresión, jerarquía e injusticia.

En su guerra de guerrillas, Sandino recoge y enriquece las tácticas militares de las incursiones indígenas nicaragüenses contra colonialistas y criollos herederos del racismo

europeo. Las emboscadas al enemigo, atacándolos por sorpresa y refugiándose después en las montañas para no enfrentar batallas en desfavorables condiciones. Hostigar a los cuarteles del enemigo para mantenerlos en zozobra y desmoralizarlos. Caminar por las noches y descansar en el día. Herir y no matar a los soldados enemigos que marchan en fila, con el fin de atrasar y recargar la marcha de toda la tropa. Espiar los cuarteles y lugares de habitación del enemigo. Armar a su ejército prioritariamente con armas tomadas al enemigo, con el fin de poder aprovisionarse con sus mismas municiones. La construcción de armas caseras, utilizando la dinamita tomada en los enclaves mineros gringos. Conformar el gran ejército del pueblo a partir de un pequeño ejército y las columnas guerrilleras, compuesto por la población: campesinos, indígenas, obreros o mujeres. Atender la propaganda internacional y conquistar la solidaridad de intelectuales y luchadores en todo el mundo.

Sandino es ante todo un revolucionario. Bien podríamos decir que es nieto de la revolución francesa y de su lema de libertad, igualdad y fraternidad; hijo de la revolución mexicana y de sus banderas por la reforma agraria y contra el abuso de los gamonales; padre de la revolución popular sandinista, revolución ésta, a su vez, hermana de la revolución cubana y compañera de los procesos de emancipación que hoy por hoy recorren el continente latinoamericano.

La motivación personal de la gente y de los líderes o militantes de una revolución se caracteriza por un sentimiento y pensamiento de justicia frente a la injusticia percibida y censurada de su época. Los combatientes sandinistas del FSLN cultivan su conciencia apropiándose de la vida y obra revolucionaria de Sandino, igual que lo hizo el propio Sandino con el ejemplo del gran patriota Zeledón asesinado por los expedicionarios yankees.

La historia personal de Sandino es la historia de la mayoría de los nicaragüenses. Augusto Nicolás Calderón Sandino, como aparece en la partida de nacimiento, proviene de un pueblito indígena llamado Niquinohomo, donde él padece y resiente la injusticia desde sus primeros años de edad. Su madre llamada Margarita Calderón es una campesina cortadora de café, quien queda embarazada de un finquero cafetalero llamado Gregorio Sandino. Durante la lucha guerrillera un lugarteniente lo apoda César. El general Sandino es conocido como Augusto César Sandino. El mismo se firmaba Augusto C. Sandino. En el himno del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua (EDSNN) aparece como César Augusto Sandino.

Evidentemente, Sandino está marcado personalmente por las injusticias de la época, como puede inferirse a partir de los relatos sobre su niñez, contados por el propio General. Cuando tiene 9 años corta café junto a su madre. Corría el año de 1903 y Nicaragua era gobernada por José Santos Zelaya, un liberal que inició la modernización capitalista. León y Granada eran paulatinamente desplazadas administrativamente por la nueva capital, Managua. Sin embargo, la división política del país entre liberales progresistas y conservadores reaccionarios y vende-patria, todavía provocaría profundas heridas al país. Don Gregorio Sandino, sedujo a una muchacha humilde que trabajaba en una de aquellas propiedades y que llegaría a ser la madre del futuro General Sandino; ella quedó embarazada y nació Augusto, hijo ilegítimo, según la moral de la época. La ilegitimidad golpeaba más a los niños que a la madre y que al padre, generaba marginación social y un profundo resentimiento personal contra el mundo que lo vio nacer.

Un día de tantos, durante los inicios de la fiebre cafetalera, la madre del niño recibió un adelanto de pago por algunas jornadas, como era la costumbre de algunos patrones ante la escasez de mano de obra. La joven cometió el desliz de ir a trabajar a otro lugar y aunque prometió pagarle al primer patrón, fue sancionada y enviada a la cárcel con su hijo de nueve años. Estaba embarazada y los vejámenes de las autoridades le provocaron un imprevisto aborto, sucesos relatados por el propio General Sandino un año antes de morir, en entrevista que le hiciera el periodista don José Román, la que fue publicada posteriormente en un libro titulado *Este maldito país*. Aquellos sucesos nunca se borraron de la mente del General Sandino, quien en aquella entrevista relató. *“El disgusto y el maltrato brutal, produjeron a mi madre un aborto que le ocasionó una copiosa hemorragia, casi mortal. Y a mi solo me tocó asistirle ¡Íngrimo! En aquella fría prisión antihigiénica del pueblo. Al mismo tiempo que se me revelaban secretos biológicos para mí ignorados hasta entonces, pues apenas había cumplido nueve años de edad, los lamentos y el estado mortal de mi madre rebalsaron mi indignación y aunque era un niño, ya dormida mi madre, insomne me acosté a su lado en aquel suelo sanguinolento y pensé en mil atrocidades y venganzas feroces, pero dándome cuenta de mi impotencia, recuerdo vívidamente la forma en que reflexioné con filosofía infantil”*. Pronunciando sendos epítetos contra la autoridad, la ley y la propia divinidad, por ensañarse con los pobres.

La penumbra de la cárcel no permitía diferenciar bien lo que pasaba en el cuerpo de aquella madre, dificultad agravada por el desconocimiento que tenía el niño de aquellas intimidades. Había que mirar y palpar a pesar del tabú, pues la madre rogaba asistencia a través de sus llantos y lamentos, una vergüenza mutua embargaba a madre e hijo. Los dolores del parto eran compartidos por madre e hijo. Sudor y lágrimas, pero sobre todo, sangre en abundancia. Sangre en las piernas y en la bata de la madre, sangre en las manos de un niño todavía inocente. Sangre que cubría los despojos de una criatura recién formada para una vida que la recibía muerta.

El resentimiento del niño siguió alimentándose de las vicisitudes de una infancia ingrata. El padre de Augusto, don Gregorio, vivía con su mujer oficial, con quien procreó otros hijos, entre ellos Sócrates, contemporáneo de Augusto. Duro era para este niño mirar a su hermano de padre gozar de muchas comodidades, mientras él padecía grandes dificultades.

Al cumplir Sandino los 17 años de edad, los marines estadounidenses ocupan Nicaragua. Un grupo de patriotas encabezados por el doctor y general Benjamín Zeledón defienden la fortaleza La Barranca en el departamento de Masaya, a poca distancia de Niquinohomo. El General Zeledón es tomado prisionero, asesinado y su cadáver ultrajado al ser llevado en una carreta al cementerio del lugar. Aquella imagen quedó gravada para siempre en la mente de Sandino.

La revolución sandinista es heredera del ideario de Sandino. Consciente de la necesidad de atender las tareas que le correspondía enarbolar al liberalismo, tales como la democracia, la soberanía y el bienestar social. Consciente de que los estragos sociales y ecológicos del capitalismo no pueden ser resueltos por el liberalismo, ni al interior del propio sistema, por lo que hay que imprimirle una orientación socialista a las reformas, limitando y desterrando toda forma de explotación. Consciente de que la lucha contra las injusticias incluye la lucha contra toda forma de opresión, sea ésta pública o privada, política o económica, colonial o patriarcal. Consciente de que el cambio de sistema pasa por la construcción de formas

asociativas y autogestionarias de producción y de vida, a la usanza de las experiencias libertarias sucedidas en el mundo entero.

La revolución latinoamericana

La revolución sandinista es parte de los grandes convulsionamientos políticos latinoamericanos, donde cada proceso nacional ha sido causa y efecto de lo que sigue sucediendo en el resto de nuestros países. Latinoamérica es una gran nación con varios Estados, unos grandes como Brasil, Argentina o México, otros pequeños como Costa Rica o Uruguay, la mayoría situados en la plataforma continental, otros situados en el Mar Caribe. A grandes rasgos, podemos observar los grandes momentos de la revolución latinoamericana.

Siglo XIX: Movimientos independentistas encabezados por líderes criollos, herederos de la aristocracia colonial: encomenderos, terratenientes, comerciantes y profesionales, arrastrando consigo a sus ilusionados subordinados; estos últimos rebelándose y resistiendo durante tres siglos contra la esclavitud, la servidumbre y la discriminación por parte de España y demás Estados colonialistas europeos.

Primera mitad del siglo XX: Grupos exportadores esforzándose por afirmarse e independizarse económicamente de las metrópolis europeas y norteamericanas, organizados como partidos políticos liberales que lograron más o menos desplazar a los partidos políticos conservadores y que se esforzaron por construir la soberanía y el capitalismo nacional. La existencia más o menos activa de estas fuerzas liberales, así como sus sentimientos nacionalistas y anti-injerencistas no pudieron asentar su posición debido a la brutal presencia del imperialismo.

Segunda mitad del siglo XX: Movimientos de Liberación Nacional que llevaron la lucha antidictatorial y las tareas de la revolución democrático-burguesa al plano de la autodeterminación frente al imperialismo y frente a la hegemonía local del gran capital y de las corporaciones transnacionales. Junto a estos movimientos estaban presentes las aspiraciones democráticas emprendidas por empresarios progresistas, clases medias urbanas y sectores campesinos clamando por espacios participativos y distributivos.

Inicios del siglo XXI: Hoy día vivimos procesos democráticos, donde por primera vez el sistema permite la existencia de movimientos de izquierda en alianza con fuerzas políticas nacionalistas, enfrentados ambos al viejo injerencismo norteamericano y europeo, teniendo como base una mayoría política que los eligió democráticamente y una orientación nacionalista, popular y socialista.

La ocupación colonial, neo-colonial e imperial de América Latina

En todo el siglo XIX y a medida que Latinoamérica se independiza de España y Portugal, se intensifica la presencia de las otras naciones europeas y, sobre todo, de la naciente potencia de los Estados Unidos de América.

A partir de la independencia frente a Inglaterra (1776), el gobierno norteamericano pone sus ojos en América Latina, particularmente en lo que considera su patio trasero: el Gran Caribe Mesoamericano, desde México hasta Panamá, incluyendo por supuesto las islas de Las Antillas. A mediados del siglo XIX, el expansionismo estadounidense se apropia por

diferentes medios de los territorios de Florida, Luisiana, Texas, Nuevo México y California, arrebatando estas últimas a la soberanía mexicana. Después intenta anexarse Cuba y Puerto Rico; desprende Panamá de Colombia y la ocupa para construir un canal interoceánico de propiedad norteamericana; interviene militarmente en México, Centroamérica, Haití y República Dominicana en diferentes ocasiones.

Cuando no logra quedarse con todo el territorio, impone la condición de Estado Libremente Asociado, como pasó con Puerto Rico, o arranca concesiones para la ocupación de un pedazo de territorio a través de tratados como el de Guantánamo en Cuba, la Zona del Canal en Panamá, el territorio de tránsito por Nicaragua, bases militares en diferentes países. En diferentes naciones forzaron el establecimiento de enclaves económicos, es decir, derechos absolutos de explotación de una zona determinada, donde las leyes del Estado anfitrión son suspendidas y sólo funcionan las leyes de la compañía que firma el tratado: enclaves de caucho, madera, minerales, banano y otras plantaciones tropicales -productos requeridos como materias primas para la creciente industria capitalista del norte. Establece asimismo protectorados donde ocupa administrativamente las instituciones políticas y económicas de nuestros países. Después de cada ocupación militar, el gobierno norteamericano se arrogaba el derecho de administrar la banca nacional, la aduana y las empresas públicas más rentables, como una forma de pagarse las deudas generadas en concepto de indemnización por los gastos de su propia ocupación.

Respecto a las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, podemos decir que existe una gran diferencia entre lo que llamaríamos Mesoamérica (México, Centroamérica y el Caribe) y Sudamérica. La dominación estadounidense sobre Mesoamérica tuvo un carácter anexionista, incluyendo prolongadas ocupaciones militares y el control directo de sus gobiernos, mientras que en el resto de América Latina la dominación ha sido sobre todo económica, sin excluir ciertas formas de presencia militar menos visibles.

Nicaragua es un buen ejemplo de aquella tragedia. En 1855, tropas de filibusteros (piratas de tierra) desembarcan en Nicaragua, provenientes de Estados Unidos, al mando del tristemente famoso angloamericano William Walker. Esta ocupación fue disputada y reivindicada por los partidos criollos (liberales y conservadores), hasta que lograron hacerlo Presidente de Nicaragua. Lo primero que hizo el señor Walker como presidente fue restablecer la esclavitud negra en Nicaragua, mientras lograba, según él, desaparecer la raza mestiza debido a su aducida impureza e ineficiencia para el trabajo. Al final y ante la presión, participación e intereses de los demás países centroamericanos, los nicaragüenses deciden expulsarlo y el ejército hondureño lo fusila en el puerto de Trujillo (Honduras).

La lucha contra el colonialismo y el imperialismo

Las provincias latinoamericanas nacen como países (naciones y Estados) en lucha por su independencia. La revolución no se hace solamente frente a regímenes de servidumbre o para juntar provincias en pugna, o frente a dictaduras o clases expoliadoras que impiden la democracia burguesa requerida para que una nación exista, sino que implica un proceso de autodeterminación frente a potencias extranjeras que por su carácter imperial capitalista connotan la revolución latinoamericana con una orientación antiimperialista y anticapitalista.

Haití 1804. La revolución más temprana fue la revolución haitiana a inicios del siglo XIX, frente al colonialismo francés y por la emancipación de la esclavitud que los franceses -a

pesar de haber hecho recientemente su revolución- habían impuesto en Haití. La revolución haitiana que tuvo entre otras cosas el honor de apoyar y exhortar a Simón Bolívar a incluir en la gesta independentista [la emancipación de los esclavos]. La revolución haitiana fue seguida por el resto de las provincias iberoamericanas, proceso que se prolongó hasta 1898, año en que se independiza la isla de Cuba.

Desde los primeros momentos de la independencia política la posición y el esfuerzo del venezolano Simón Bolívar cobró un gran significado histórico, planteando la necesidad de una integración latinoamericana, [sin desmedro de la soberanía de cada país], para poder alcanzar la soberanía plena de la gran nación latinoamericana. [La tesis de la integración latinoamericana como tarea imprescindible para alcanzar la autodeterminación de cada una de nuestras naciones cobra fuerza desde entonces hasta nuestros días]..

En todo este tiempo, la nación latinoamericana pretende un recorrido histórico bajo el supuesto de instalar un capitalismo aunque sea dependiente: a caballo entre un colonizado conservatismo y un liberalismo neo-colonizado, sin poder concluir la revolución democrático-burguesa que las burguesías europeas trazaban como obligada orientación histórica de los demás países del mundo conocido. Pretensión llena de mimetismo y a espaldas de los intereses de las mayorías.

México 1910. Una vez alcanzada la independencia en estos países, la revolución social propiamente, en lucha por la emancipación frente a las clases explotadoras, arranca con la historia de la revolución mexicana de 1910-1917 bajo una bandera que ondea hasta nuestros días, como es la lucha campesina por una reforma agraria en contra del avasallamiento de los terratenientes, encabezada en este caso, por Francisco Villa y Emiliano Zapata. Esta revolución se enfrenta al mismo tiempo a las pretensiones norteamericanas de continuar sus deseos expansionistas. Una gran influencia tuvieron en Centroamérica las luchas campesinas de la revolución mexicana, así como las luchas obreras de los sindicatos socialistas y anarquistas mexicanos, incluyendo las medidas de reforma agraria y nacionalización del petróleo por parte de Lázaro Cárdenas bien entrado el siglo XX.

Desde entonces y andando las décadas de 1920 y 1930, la resistencia frente a las intervenciones de los marines norteamericanos o contra las dictaduras militares y formas insoportables de explotación, se hace sentir en el resto del istmo mesoamericano, el Caribe y América del Sur. Esta confrontación entre el imperio norteamericano y los países latinoamericanos incuba una posición nacionalista y antiimperialista, de contenido pluriclasista, destacándose grandes pensadores y luchadores por la autodeterminación como José Martí en Cuba, Augusto Sandino en Nicaragua y Víctor Haya de la Torre en Perú. Posición mezclada con un pensamiento mucho más clasista y orientado hacia el socialismo, manifestada en el cubano Julio Antonio Mella, el peruano Carlos Mariátegui o el chileno Emilio Recabarren. La constante general se mantiene: la confrontación entre los intereses norteamericanos y los intereses latinoamericanos, con particularidades específicas en cada momento histórico. Esta confrontación engendra cada vez más nuevos movimientos sociales, conformados éstos por estratos que siempre habían participado en cada revolución, pero bajo la hegemonía de las élites dominantes: los esclavos, negros e indios, los siervos de las encomiendas coloniales, los peones y campesinos mestizos, los obreros de las plantaciones, los estudiantes urbanos y los profesionales, en fin, toda esa masa conocida como pueblo. En este período, la organización y movilizaciones sociales se multiplican por todo el continente:

huelgas y resistencia militar contra la sobreexplotación de los enclaves norteamericanos y de las oligarquías criollas.

Nicaragua 1926. El contenido nacionalista y antiimperialista, la reivindicada participación de los indígenas, negros, mujeres, campesinos, obreros, organizaciones urbanas y frentes nacionales, utilizando la lucha guerrillera e implementándose la solidaridad militante latinoamericana, aparece tempranamente en 1926, en Nicaragua. Bajo el liderazgo del llamado General de Hombres Libres, Augusto César Sandino, se incubaba una resistencia armada en contra de la ocupación militar de los marines norteamericanos y del entreguismo de las fuerzas liberales y conservadoras que hegemonizaban la política criolla. La guerra terminó en 1933 cuando los marines desocuparon Nicaragua. Un año después, en 1934, representantes locales del imperio asesinaron a Sandino y masacraron el movimiento sandinista de esa época.

Durante y después de la segunda guerra mundial hasta nuestros días, asistimos a otra constante de los fenómenos revolucionarios en América Latina, como es el levantamiento de oficiales progresistas y radicalizados contra el orden establecido y contra el injerencismo e imperialismo norteamericanos.

En 1944, el guatemalteco Jacobo Arbenz, junto a otros oficiales se levanta en armas. Posteriormente alcanza la presidencia por elecciones y emprende una gran reforma en contra de la compañía norteamericana United Fruit Company y en favor de las masas campesinas y obreras, período que llega hasta 1954 en que es desplazado por la fuerza combinada de funcionarios estadounidenses, accionistas a la vez de la empresa, junto a militares criollos apoyados por el ejército norteamericano.

En 1952, surge una revolución social en Bolivia, conducida por el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR). La importancia de esta revolución, además de emprender la nacionalización de los recursos naturales y la reforma agraria, igual que lo hizo la revolución mexicana y guatemalteca, radica en la participación beligerante de la clase obrera boliviana, organizada en lo que desde entonces será la organización sindical más influyente en América Latina: la Confederación Obrera Boliviana (COB). Al igual que en otras tantas revoluciones latinoamericanas, los logros sociales de la revolución boliviana fueron revertidos completamente.

En 1948 y en 1959, se suceden dos revoluciones que serán paradigmas de dos proyectos exitosos de transformación radical en América Latina. Uno en Costa Rica de carácter democrático burgués y otro en Cuba de carácter socialista.

En 1948, la revolución costarricense, encabezada por José Figueres, emprende una serie de medidas radicales para aquél entonces, como son la reforma agraria, la nacionalización del comercio exterior y del sistema financiero, la cooperativización de los campesinos y el inicio de la autogestión obrera en las fábricas. La revolución costarricense quiso ser replicada en Centroamérica y El Caribe en aquellos años, sin éxito alguno, por un sinnúmero de movimientos armados.

En 1959, es decir, diez años después de la revolución costarricense, estalla una revolución en Cuba, encabezada por Fidel Castro y Ernesto Ché Guevara entre otros, quienes al mando de columnas guerrilleras e insurrecciones urbanas expulsan al dictador de turno, Fulgencio

Batista, e implementan escalonadamente una revolución socialista: nacionalización de la tierra, confiscación total de la burguesía nacional y de los propietarios en general, reforma agraria y cooperativización campesina, nacionalización de los medios de producción, estatización de las empresas, autogestión obrera de empresas anteriormente estatizadas, derrota de la intervención militar norteamericana apoyada por el general y dictador nicaragüense Anastasio Somoza Debayle, hijo del General Anastasio Somoza García. La revolución cubana es la única revolución socialista que se mantiene hasta nuestros días, no solamente en Latinoamérica, sino en todo el mundo, habiéndose traslapado solidariamente con todos los movimientos revolucionarios latinoamericanos y de otros tantos países.

Desde entonces y hasta nuestros días, la influencia de la revolución cubana se extiende por toda América Latina, bajo la modalidad de guerrillas rurales al estilo de la guerrilla zapatista, sandinista y cubana. Tropas cubanas participan además en la liberación de Angola, contribuyendo así a la pérdida de hegemonía del régimen del Apartheid en Suráfrica.

Durante las últimas tres décadas del siglo pasado (XX), las guerrillas se generalizaron en todo el continente latinoamericano encabezadas por movimientos antiimperialistas de liberación nacional, entre ellos, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua; las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) (quizás la guerrilla de más envergadura y más vieja del continente), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL) en Colombia; las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Venezuela, la guerrilla boliviana encabezada por el Comandante Ernesto Ché Guevara en 1967 y continuada por otros líderes bolivianos; Acción Liberación Nacional encabezada por Mariguela en Brasil; la guerrilla urbano rural de los Montoneros en Argentina; el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaro en Uruguay; el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en Chile; el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) en El Salvador; la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG); Sendero Luminoso en Perú; asimismo asistimos a múltiples movimientos armados, tanto rurales como urbanos, más o menos importantes, en el resto de países latinoamericanos.

Cualquiera de estos movimientos revolucionarios hubiera alcanzado fácilmente el poder, si no fuera por la contraofensiva del gobierno norteamericano, a través de los Rangers o comandos especiales que con apoyo de los ejércitos locales neutralizaron o debilitaron a la mayoría de los movimientos guerrilleros, aunque no a todos. Muy significativa para esta ofensiva fue la Escuela de las Américas, situada entonces en una base militar norteamericana en Panamá, donde soldados élites de los ejércitos latinoamericanos se entrenaban en contrainsurgencia.

Otros movimientos con apoyo y participación de las fuerzas armadas, encabezados por oficiales progresistas intentaron tomar el poder.

En 1965, aparece el levantamiento del militar Francisco Camaño en República Dominicana, sofocado por el ejército dominicano y las fuerzas estadounidenses.

En 1968, se llevan a cabo paradigmáticos golpes de estado encabezados por oficiales nacionalistas y progresistas, como fue el caso del golpe de Estado de Juan Velasco Alvarado en el Perú y el del General Omar Torrijos en Panamá. El primero generó un movimiento de autogestión obrera muy avanzado, el segundo logró la nacionalización del Canal de Panamá. Igualmente aparecieron movimientos exitosos en Surinam (Guayana Holandesa) y en

Granada (Grenada en inglés), el primero se mantiene aunque con menor beligerancia, el segundo fue intervenido militarmente por el ejército norteamericano en 1983.

El más reciente de estos levantamientos armados al mando de oficiales de las fuerzas armadas fue el del militar venezolano Hugo Chávez, quien se levanta en armas en el año de 1992; posteriormente, en 1998, es electo Presidente constitucional y se convierte en el líder de la revolución bolivariana.

En 1970 y junto a estas experiencias armadas se mantiene testarudamente la apuesta de disputar el poder al bloque oligárquico-imperial, a través de las elecciones, siendo el más sobresaliente el caso de Salvador Allende, no porque sea el primero o el único, sino porque se presentó y ganó las elecciones con un discurso socialista. Desde entonces las fuerzas latinoamericanas de izquierda mantienen con bastante éxito la modalidad electoral como parte de la lucha por el poder.

En ocasiones en que a través de procesos electorales los pueblos latinoamericanos instauraron gobiernos autónomos, el imperio norteamericano se dedicó a promover sangrientos golpes de estado, como el que se realizó contra Jacobo Arbenz en Guatemala (1954), contra Salvador Allende en Chile (1973) o contra Hugo Chávez en Venezuela (2002), siempre citando los más conocidos. Y cuando alguno de nuestros países latinoamericanos logra mantenerse en el poder, después de haber enfrentado invasiones militares, intentos de golpes de Estado, secuestro de presidentes, etc., el gobierno norteamericano no ha tenido empacho en recurrir al chantaje político, la provocación diplomática, el bloqueo comercial, el fomento de guerras civiles o acciones desestabilizadoras, como ha sucedido con la revolución cubana desde 1959 hasta nuestros días el invento aplicado en Nicaragua en los años 80, llamado Guerra de Baja Intensidad, donde se combinan todas las tácticas contrarrevolucionarias: hostigamiento militar, provocación y fomento de guerra civil, amenaza de intervención, acciones terroristas, bloqueo comercial y otras sanciones económicas, desprestigio internacional, presión negociadora a través de terceros países, forzamiento a elecciones supervigiladas, exitosamente aplicado en Nicaragua en 1990, año en que el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) pierde las elecciones.

Algunos de estos movimientos que alcanzaron el poder, fueron abatidos militarmente, otros electoralmente, otros han perdido fuerza, pero todos han dejado una gran huella social, a saber: la reforma agraria y el cooperativismo, la nacionalización de enclaves y recursos nacionales, la experiencia autogestionaria de los trabajadores, la toma del poder ejecutivo y parlamentario a través de las elecciones, la beligerante experiencia de los movimientos sociales, actuando solos o en alianza con los partidos políticos.

En este período avanza un discurso contra el capitalismo salvaje, término popularizado por la iglesia católica. Hasta entonces, el capitalismo sólo había sido rechazado por el discurso comunista y guevarista de la izquierda latinoamericana; hoy en día, sin embargo, cobra fuerza debido a la ofensiva salvaje de las empresas transnacionales, no solamente contra los trabajadores y pobladores en general, sino también contra las burguesías nacionales, las que se han encargado de levantar la bandera de los derechos humanos ante el saqueo y depredación del capital transnacional.

En la década del 2000, los esfuerzos de transformación continúan, esta vez desatados por victorias electorales de la izquierda latinoamericana. Dada la ofensiva neoliberal imperialista

y el retroceso de los procesos sociales latinoamericanos, estos movimientos de izquierda se presentan como una combinación de procesos de resistencia frente al monopolio comercial del gran capital transnacional y como una lucha por la redistribución nacional del ingreso. Sobresalen las viejas banderas de la revolución latinoamericana: el derecho a que la izquierda participe en las elecciones y el respeto a los resultados electorales, el derecho a que la izquierda tenga espacios institucionales, el derecho a que nuestros países usufructúen los recursos naturales nacionales, el derecho a la reforma agraria campesina, la lucha por la defensa de los derechos humanos y contra toda forma de discriminación económica, social y cultural. Todo esto bajo un discurso que cobra fuerza y legitimidad pública, pues alcanza cada vez más segmentos de la opinión nacional.

Ejemplos destacados de estos movimientos son las victorias en las elecciones presidenciales y municipales en la mayoría de los países latinoamericanos. Victorias políticas que generan la paradójica y anteriormente señalada contradicción de poderes gubernamentales prácticamente sitiados, económica e ideológicamente, por la férrea oposición de las clases dominantes y del imperio norteamericano, lo que dificulta las transformaciones sociales y hace muy vulnerables a los gobiernos. Se suma a ello la irrupción de lo que se ha dado en llamar la derecha postmoderna, encabezada por antiguos revolucionarios que se dedican exclusivamente a boicotear dichos movimientos, unidos en la acción o electoralmente con la derecha más recalcitrante y con el injerencismo europeo y norteamericano.

Hoy como ayer, Latinoamérica vive conscientemente un gran proceso de cambio cuyo alcance desborda el cuestionamiento a los regímenes políticos y los efectos del sistema socio-económico imperante. Asistimos de nuevo a una transformación desde abajo que amenaza con socavar los valores jerárquicos mejor guardados por la civilización represiva. Las viejas batallas contra la opresión política y la explotación económica, reaparecen renovadas por la lucha contra la discriminación. Una lucha cuya fuerza no depende de la pólvora ni de la toma de un cuartel, sino de la voluntad para emanciparse, revolucionando la institucionalidad exterior a través de una silenciosa voluntad interior. Anteriormente, la discriminación racial, étnica o de género había pasado bastante desapercibida o muy marginada hasta por los movimientos revolucionarios; hoy en día, sin embargo, no se concibe un discurso o una práctica revolucionaria sin la bandera o la participación de todos los marginados por el sistema.

Y aunque el poder realmente existente es hegemonícamente el poder político, militar, económico y cultural del imperio estadounidense, esta vez la estrategia no está orientada a independizarnos del poder imperial o a tomar el poder local solamente, sino a disiparlo, sustituirlo y construir uno nuevo, a imagen y semejanza de una nueva y alternativa forma de vivir del continente latinoamericano. Un poder que no puede limitarse a la administración “civilizada” o “humanizada” del capitalismo, sino que apuesta a alterar las relaciones sociales del sistema capitalista, consciente de que dicho sistema tiene limitaciones estructurales para poder resolver los problemas actuales.

De ahí que el espíritu de la revolución esté influenciado por la autodeterminación en todos sus niveles: autodeterminación de los gobiernos nacionales, autodeterminación de los nuevos sujetos sociales cooperativos y autogestionarios, autodeterminación de los pueblos indígenas y comunidades étnicas, autodeterminación de las mujeres, autodeterminación de los nuevos gobiernos locales, autodeterminación de la nación latinoamericana en su conjunto, en fin autodeterminación del trabajo frente al capital.

Ahora bien, todo gran cambio sucedido en la historia latinoamericana ha mostrado como común denominador un eje global o general que sintetiza las banderas involucradas. Si anteaer, el eje que nos unió fue la lucha por la independencia de las colonias frente a España; si ayer, el eje que nos unió fue la lucha contra la dictadura; hoy, el nuevo eje que parece unirnos es la lucha contra el neoliberalismo y el injerencismo estadounidense y europeo: injerencismo político-ideológico a favor de la derecha local; injerencismo político-administrativo para dismantelar nuestros Estados nacionales y privatizar los recursos naturales locales, las empresas y demás servicios públicos a favor de las corporaciones transnacionales: injerencismo para concentrar la riqueza y el capital en manos de los grandes monopolios extranjeros.

Hoy en día, la revolución latinoamericana avanza a través de los movimientos progresistas, nacionalistas y de izquierda, los cuales a través de elecciones se están amparando del poder político, ocupando gobiernos municipales y gobiernos nacionales en todo el continente. El común denominador de todos ellos es la defensa de la soberanía nacional, sea a favor del capital nacional, sea a favor de los sectores populares, o de ambos. Se habla de la segunda independencia, o de la verdadera independencia. Se lucha contra las medidas neoliberales impuestas por los organismos financieros internacionales controlados por los Estados Unidos; se está proponiendo utilizar monedas regionales; se multiplican los convenios encaminados a la unidad latinoamericana; se forman bloques antiimperialistas como la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de las Américas (ALBA); todos los gobiernos latinoamericanos sin excepción rompieron el bloqueo a Cuba y han establecido relaciones diplomáticas con La Habana, desobedeciendo así las viejas imposiciones del imperio; se han detenido las privatizaciones y varios gobiernos se aprestan a renacionalizar las empresas, servicios públicos y recursos estratégicos; se cuestiona el orden económico internacional y sobre todo el comercio entre países industrializados y países productores de materias primas.

La organización se diversifica y se multiplica, el discurso contra el mercado y contra el sistema capitalista; se generaliza en los principales movimientos sociales; las diferentes categorías de los sectores marginados defienden sus propias reivindicaciones. La crisis financiera en los Estados Unidos coincide con la derrota política del neoliberalismo como solución a la brecha entre pobres y ricos. La política exterior de los Estados Unidos, particularmente las invasiones militares, comienza a ser denunciada en todo el mundo. El discurso sobre el comercio justo es el común denominador de todas las reivindicaciones nacionales.

Como símbolo de los nuevos tiempos se señala el triunfo electoral de un indígena en Bolivia, el Presidente Evo Morales, y de un afrodescendiente en Estados Unidos, el Presidente Barack Obama, así como la decisión unánime de la Organización de los Estados Americanos (OEA) de suspender la decisión de haber expulsado a Cuba del Sistema Interamericano en 1962 por ser marxista leninista. Otro signo de los nuevos tiempos es la declaración de diversos gobiernos de orientar la economía y la sociedad por el camino del socialismo.

Todas las batallas y todas las banderas se juntan, las viejas y las nuevas: la democracia política para todos y todas; la democracia social para todos y todas; la democracia económica para todos y todas; la democracia cultural para todos y todas; la revolución desde arriba y la revolución desde abajo; la emancipación de todas las servidumbres, la pública y la doméstica; pero sobre todo la lucha por la construcción de una nueva sociedad a través de

nuevas relaciones sociales de producción. Hoy, la nueva utopía parece tener buenas raíces, como es la autogestión de la economía desde los productores mismos, dado la gran masa de trabajadores por cuenta propia: campesinos, artesanos y pequeños comerciantes; un verdadero proletariado por cuenta propia, en proceso de cooperativización y con ánimo de sustituir el intercambio no-equivalente por un intercambio equivalente.

De la guerrilla a la insurrección

En el siglo recién pasado Cuba y Nicaragua tuvieron la experiencia de llevar a cabo una revolución armada utilizando el método de la guerra de guerrillas, la toma de ciudades por columnas guerrilleras y el levantamiento popular en las ciudades. En el caso de Cuba la guerrilla tuvo un papel preponderante, en el caso de Nicaragua la preponderancia estuvo en la insurrección urbana.

La guerrilla es un método y una organización militar irregular que busca el apoyo del campesinado para combatir a un ejército regular a través de golpes esporádicos con el fin de escalar una lucha mayor hasta lograr derrotarlo. Una guerrilla exitosa es capaz de conformar columnas guerrilleras con mayor poder de fuego para enfrentarse en forma regular al ejército.

Una insurrección es un método y un movimiento militar urbano que busca soliviantar a la población y paralizar el orden establecido, a través de un conjunto de actividades que van desde el hostigamiento a las unidades y cuarteles del ejército enemigo, hasta el boicot de los medios de comunicación y los servicios públicos, la construcción de barricadas, la huelga general.

Entre la guerrilla y la insurrección están los frentes guerrilleros, es decir, pequeños ejércitos que combinan la lucha guerrillera, la toma de ciudades y la ofensiva militar a través de las columnas guerrilleras de mayor envergadura, pasando de una guerra de movimiento a una guerra de posiciones.

La ofensiva final de la revolución sandinista fue una combinación de frentes guerrilleros posesionados de una ciudad, columnas guerrilleras con mayor poder de fuego, capaces de enfrentar al ejército, y los comandos urbanos encargados de incorporar a la población, distraer al ejército de la dictadura, tomarse los barrios de las principales ciudades, levantar barricadas para empantanar a las unidades del ejército, en fin, desestabilizar la defensa militar del aparato represivo de la dictadura.

La revolución sandinista utilizó todos esos métodos para combatir y derrotar a la dictadura militar. Al final de la guerra revolucionaria contra la dictadura somocista, se hablaba de guerrilleros en la montaña y de guerrilleros urbanos. La revolución sandinista sólo fue posible recurriendo a la insurrección urbana, a pesar de que el mito revolucionario en toda América Latina, incluyendo a Nicaragua, se identifica más con la guerrilla campesina que con la insurrección en las ciudades. En todo caso, la guerra revolucionaria es un proceso que va de la periferia hacia los centros donde mora el poder.

La geografía y la historia de Latinoamérica han sido divididas hacia afuera y hacia adentro. Hacia afuera por sus fronteras, hacia adentro por razas, clases, géneros, pueblos rurales y ciudades urbanas. Los ciudadanos vivían en las ciudades, los campesinos en el monte.

Aquella división ha llegado a ser tan natural como la división entre hombres y mujeres. Cuando las ciudades se hacían la guerra, los batallones se reclutaban en el campo. Todo el poder estaba en las ciudades, todas las miserias en el campo.

La mayoría de las guerrillas latinoamericanas, incluyendo la propia guerrilla del Ché en los llanos de Bolivia, nacieron buscando el apoyo de las masas campesinas. En algunos países latinoamericanos con poca o ninguna montaña, la guerrilla empezó a ensayarse en las ciudades, como fue el caso del Movimiento Tupamaros de Uruguay. La misma revolución sandinista, que tuvo una forma insurreccional, se desencadenó finalmente en las ciudades. Si los guerrilleros se hubieran quedado en la montaña, posiblemente no se hubiera consumado la revolución.

Las primeras nociones de la lucha revolucionaria del Frente Sandinista giraban alrededor de la guerrilla en la montaña y su esperanza en el potencial revolucionario del campesinado. Toda la cultura revolucionaria vivía prendida de la mitología de Sandino en la montaña, junto con los campesinos y los indígenas. Sin embargo, los primeros dirigentes del Frente Sandinista eran de origen urbano, salvo algunas excepciones. En los primeros años, la guerrilla que nació en la montaña se mantuvo prácticamente empantanada y cercada por la Guardia Nacional de Somoza. Después apareció otro grupo que también se reclamaba del Frente Sandinista que ponía sus esperanzas en la clase obrera, tanto rural como urbana. Este grupo incorporó a los cristianos de la Teología de la Liberación a la lucha urbana, siendo así el primer grupo que incursionó militarmente en las ciudades, lo que rompía la tradición de la guerrilla campesina. Después apareció un tercer grupo que también se reclamaba del Frente Sandinista que propuso desencadenar la revolución a partir de incorporar a toda la población urbana, hostigando y atacando los cuarteles urbanos de la dictadura. Este último grupo fue el que propuso las alianzas con todos los sectores de la sociedad, incluyendo a los grupos conservadores opositores a la dictadura militar somocista. El primer grupo se denominaba la Tendencia de la Guerra Popular Prolongada, el segundo grupo se denominó la Tendencia Proletaria y el tercer grupo se denominó la Tendencia Insurreccional ó Tercerista.

La primera señal de que desde las ciudades se podía cuestionar radicalmente al régimen o al sistema llegó de los Estados Unidos. El movimiento cultural comenzaba a ser parte de la agenda de los grupos de izquierda. Movimientos culturales que no necesariamente estaban ligados a revoluciones de carácter nacional. Tal es el caso de las luchas civiles en los Estados Unidos, particularmente de los negros y las mujeres. Se trataba de jóvenes contestatarios de la cultura consumista de la época, quienes se mostraban despectivos frente a la ética del trabajo y el mundo del poder, el hogar y el urbanismo reinante; incursionaban en la experiencia de la marihuana, los alucinógenos, las estancias místicas en los países del extremo oriente, la liberación sexual, la música psicodélica. No es menospreciable la experiencia en el propio Estados Unidos de la incursión militar de los Panteras Negras, expresión de lo que se conoció como el Poder Negro. En los años 60 el orden imperial estaba prácticamente asustado, tanto que tuvo que asesinar a grandes líderes nacionales, como el Presidente Kennedy y el reverendo afrodescendiente Martin Luther King.

Para los sandinistas Sandino era un guerrillero de montaña que caminaba de noche para no chocar con los yankees que lo combatían. Su cuartel estaba en un cerro segoviano llamado El Chipote. Allá no había luz eléctrica, pero la hoguera de ocote, una madera resinosa que abundaba en las montañas del norte, aclaraba los pasos del General, mientras más oscuras

eran las noches más alumbraba el candil. Corrían los años 20. La gente se imaginaba a Sandino cuando escuchaba las canciones revolucionarias. *“La noche se puso un güipil, tejido de luna y corozo y una bandolera de estrellas, y siguió las huellas de los revoltosos. Anduvo de hoguera en hoguera, al gringo también emboscó, y puso en los ojos del indio un par de luceros para ver mejor”*.

Todas las luces alumbraban hacia la montaña. Como dice una canción sandinista: *Que’s aquella luz, que brilla allá en lo lejos, es la luz de Sandino en la montaña*. La lucecita era la seña por donde había que caminar, era chiquitita pero nos alumbraba lo suficiente. A veces desaparecía y nos contentábamos con la luz del candil, una llamita humilde que se movía como la guerrillera que la apagaba y el guerrillero que respetuosamente la observaba.

Las canciones revolucionarias nos llevaban de la mano de la imaginación hacia la montaña. Hay una que dice así: *“Dice Martiniano qu’en la montaña revolucionario todo es allí, anda clandestina una mariposa y su responsable es un colibrí”* (Martiniano era el pseudónimo del líder de la guerrilla campesina y fundador del Frente Sandinista de Liberación Nacional, Carlos Fonseca Amador).

La leyenda de Sandino alimentaba los corazones rebeldes y su silueta se convirtió en símbolo de revolución. Sandino sintetizaba la lucha contra la injerencia estadounidense y contra los vende patria, conservadores y liberales, que habían gobernado Nicaragua desde su independencia de España a comienzos del siglo XIX. Sandino expresaba la imagen del guerrillero popular luchando en la montaña. Sandino era el campesino y el obrero de sangre india, el migrante, el héroe y el mártir de la emancipación. El pensamiento de Sandino era el más progresista, más patriota y más revolucionario en aquella época. Los combatientes sandinistas nos sentíamos hijos de Sandino como los cubanos revolucionarios se sienten hijos de Martí y los mexicanos revolucionarios se sienten hijos de Zapata o de Pancho Villa. Igual que los revolucionarios salvadoreños se sienten hijos de Farabundo Martí. Igual que los bolivarianos chavistas se sienten hijos de Simón Bolívar. En todas partes del mundo la gente busca la memoria de sus antepasados para emanciparse.

Para hacer la revolución se necesitaba un mito, una estrategia, una motivación. En Sandino encontrábamos el camino, el heroísmo y la justificación, en fin, todas las respuestas al drama de nuestro país. La soberanía, la democracia, la justicia social. Cada uno interpretaba el pensamiento y la práctica de Sandino de acuerdo a las necesidades del momento y de acuerdo a sus propios ideales, cultura política e intereses.

Antes de la revolución casi no se hablaba de Sandino ni de la revolución, mucho menos en los pueblitos. Toda la vida pública comenzaba y terminaba con Somoza, los viajes de Somoza, las obras de progreso inauguradas por Somoza. De repente Sandino apareció en la vida política nacional, como mito que se identificaba fácilmente. El sombrero, la silueta de su cuerpo, una bandera rojinegra, una frase corta pintada en la pared, o cualquier otro símbolo, encerraba toda la historia de los últimos 45 años. Sandino era el fantasma que recorría Nicaragua.

Un nivel mayor de concientización surgía de los relatos que alguna gente vieja nos confiaba sobre la gesta de Sandino y la ocupación de los yankees o gringos. A cada uno de nosotros le llegó el día en que por primera vez oía alguna leyenda de Sandino. En mi caso, el primer recuerdo arranca con una anécdota que mi padre me contó sobre Sandino. Según su relato,

un campesino llegó muy temprano al cuartel que se encontraba a la entrada de aquel pueblito, para entonces en manos de marines norteamericanos, procediendo a depositar su alforja y su machete como era costumbre, una simple precaución para evitar atentados contra los soldados estadounidenses. Al llegar la tarde, el campesino en cuestión no recogió su alforja y el gringo comentó “*ah, indio olvidar sus cosas*” Dos días después los machos, como le decían a los yankees en Nicaragua, notaron un olor pestilente, procediendo a rastrearlo para indagar de dónde venía, hasta llegar a la alforja campesina que contenía una cabeza rubia llena de moscas a cada lado de la alforja, un moñón de nuca cortada hacía pocos días. Muchos años después leí en algún lugar la misma anécdota. Después supe que el cuartel de Somotillo fue el primero que los combatientes de Sandino atacaron, logrando que los soldados nicaragüenses a la orden de los gringos abandonaran la plaza y se fueran con ellos.

Otra fuente primaria para nuestros sentimientos nacionalistas y antiimperialistas era un poema de Rubén Darío llamado *Oda a Roosevelt*. Nicaragua ha sido uno de los países latinoamericanos más ocupados por los marines norteamericanos. Nuestra historia conoce largas décadas en las que la intervención militar extranjera era onnipotente y controlaba los aparatos y empresas públicas más importantes: el ferrocarril, la aduana, la banca central, la renta, la policía, el ejército, al menos hasta que los gringos instalaron a Somoza y gobernaron Nicaragua a través de la dictadura somocista. No era remoto pues que la liberación nacional fuera uno de los lemas más importantes de nuestra agenda revolucionaria o que el movimiento revolucionario de Nicaragua se llamara Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), o que el escenario de la gran batalla fuese imaginada en la montaña, en medio de un ejército campesino. Para los cristianos guerrilleros, el Cristo campesino era la verdadera representación de Cristo. Para los marxistas guerrilleros el campesinado representaba la imagen de la confrontación contra el terrateniente. En Nicaragua, la música y las canciones revolucionarias giraban alrededor del campesinado, considerado como el principal sujeto popular de la revolución popular. *Cristo ya nació en Palacaguina, de Chepe Pavón y una tal María. Ella va a planchar, muy humildemente, la ropa que goza la mujer hermosa del terrateniente*, rezaba una canción de la época.

La guerrilla era un método de lucha irregular incubado en la montaña. Si el foco guerrillero no se desarrollaba, la guerrilla se quedaba en la montaña. En última instancia, había que acercarse a los centros del poder. A los cuarteles, no solamente rurales, sino también urbanos. El ejército es una expresión del poder, pero el alma del poder está donde está el jefe de las fuerzas armadas, los oficiales militares y el aparato administrativo del Estado. Es decir, en el centro de las ciudades, sobre todo en la capital.

El poder es como el guardián que cuida la entrada al palacio y la revolución se presenta como el proyecto para burlar a los guardianes, entrar al palacio y desde el balcón cambiarlo todo. Al comienzo todo es lento, como que nunca llegará el momento para atisbar el final, de repente todo se precipita aceleradamente. Cuando estás a las puertas, se arma el tiroteo y entonces todo depende de quien tenga mejores fusiles, más coraje o más municiones. En Nicaragua, decidimos enfrentar al dictador, armarnos y empezar la guerra, los combates se multiplicaron y todo empezó a desmoronarse cuando Somoza se quedó sin municiones.

El último de los dictadores de la dinastía somocista, Anastasio Somoza Debayle, tenía su oficina presidencial y su cuartel general en un lugar llamado el Bunker, donde pasó sus últimos días, pensando si renunciaba o seguía peleando contra los sandinistas, contra los

gringos que lo presionaban para dejar el poder y evitar que la guerrilla tomara el poder, contra los presidentes de la región, contra el mundo entero, *cual Leónidas, el de las Termópolis*, como dijo en su testamento. Gran parte del mundo estaba contra él por diferentes razones: la guerrilla, la oligarquía conservadora, el gran capital, los países vecinos, los Estados Unidos, la opinión pública mundial, miles de profesionales, sindicatos y gremios productivos. Con excepción de la Guardia Nacional, los que estaban con él no contaban mucho y no pudieron ayudarlo. Con él estaban el Partido Liberal Nacionalista (PLN), los funcionarios públicos, los cónsules y embajadores, los jueces y policías de la ciudad y del campo, así como cientos de miles de obreros, campesinos y pobladores en general que tenían metido el somocismo en la cabeza, pero tuvieron una actitud pasiva en la confrontación. Era el momento de las armas

El Bunker era como los castillos en los campos medievales europeos, o los *Fuertes* en la guerra genocida de los angloamericanos contra los indígenas. El Bunker era una fortificación situada en lo alto de la Loma de Tiscapa, en el mero centro de la ciudad de Managua, desde donde se divisa la laguna del mismo nombre. Fortaleza celosamente resguardada por militares, cuerpos represivos de seguridad, oficiales de alto rango, salones para despachos presidenciales, mazmorras y salas de tortura cerradas con barrotes, donde vivieron sus últimos días muchos prisioneros políticos.

Desde la jefatura del ejército pudo construir lo que llegó a ser el somocismo, incluyendo su fortuna personal. Pacificó el país de las interminables guerras entre liberales y conservadores, y sentó las bases del Estado moderno. Jugó a la democracia electoral, a las alianzas políticas, al consenso poblacional, al equilibrio de intereses económicos, a su papel de aliado incondicional del gobierno de Estados Unidos de América. Aunque en última instancia, su verdadero poder estaba en la punta del fusil de los guardias nacionales, quienes le fueron fieles hasta los últimos días. Cuando todo le fallaba, recurría a la Guardia Nacional y a sus aparatos represivos para sofocar golpes de estado, reprimir a la oposición cuando irrespetaban el orden somocista o masacrar levantamientos armados provenientes de sus opositores más radicales.

El poder y el símbolo del poder estaban, pues, arriba, en lo alto de la colina. Nosotros estábamos abajo entre la gente. La revolución tenía que hacerse cuesta arriba y desde abajo. Los soldados de Somoza eran muchos y tenían todos los recursos militares a su favor, por tanto había que sumar mucha gente para combatirlos. Gente pobre que quiere salir de la pobreza, gente de clase media que quiere participar en los bienes de la sociedad, empresarios que no quieren obstáculos políticos o militares para acumular.

La victoria estaba encerrada en ese fortín de hierro y cemento, artillado hasta los dientes, lleno de guardianes y francotiradores en todas las esquinas. Muchos pretendientes fueron tentados de tomarse el Bunker, meta de soñadores y revolucionarios, deseosos de excarcelar la libertad y la patria, encerradas por el dictador, cual si se tratara de princesas secuestradas. La verdad es que así aparecía en nuestra fantasía y así nos comportábamos, cual quijotes asediando castillos para liberar a la dama de sus sueños. Se cuenta que en uno de los encuentros de Sandino con el jefe del ejército constitucionalista, José María Moncada, y ante el ofrecimiento de una niña de trece años para agasajar a Moncada, Sandino dijo: esta niña no será violada, esta niña no será entregada, esta niña es Nicaragua. Aquella niña se convirtió en monja y Sandino en el General de Hombres Libres, admirado por muchos

intelectuales latinoamericanos, algunos de los cuales nos permitieron por primera vez conocer la vida de Sandino.

Una de las canciones que más se cantaban después del triunfo revolucionario era dedicada a una musa llamada Nicaragüita y dice así: *“Ay Nicaragua, Nicaragüita, la flor más linda de mi querer, adornada con la bendita, Nicaragüita, sangre de Diriangén. ¡Ay, Nicaragua! Sos más dulcita que la mielita de Tamagás, pero ahora que ya sos libre, Nicaragüita, yo te quiero mucho más”*.

Así nos imaginábamos la libertad, la patria o la revolución misma. Como una mujer adulta y hermosa, de senos grandes y al viento, envuelta en una bandera, fusil en mano y guiando a los revolucionarios hacia el frente de batalla. Una mujer que te lleva hacia la victoria o hacia la muerte. Una vez que se siente su presencia y comienzan los primeros combates no hay forma de retroceder, pues todo mundo la sigue: la muchedumbre y el compromiso te cortan la retirada. Cuando comienza la pólvora y los acontecimientos se desencadenan, el tiempo, las circunstancias, el destino y hasta las reglas del juego se vuelven irreversibles e implacables. Hay una canción sandinista que citando a un revolucionario cubano lo dice mejor que nadie: *“Si ves que avanzo seguime, si me detengo empujame, y si ves que retrocedo, allí mismo, liquidame”*.

En la imaginación popular, los revolucionarios eran como los caballeros andantes, que luchan por mantener el honor y las promesas por un ideal y un deber, sin preocuparse por enseres o comodidades. Eso no quiere decir que la revolución fue hecha exclusivamente por varones. En la revolución sandinista, como se ha dicho muchas veces, participaron también las mujeres, no solamente en las batallas y demás actividades militares, sino como heroínas y lideresas destacadas.

Pero como en todas las guerras, la mayoría de los combatientes, como la mayor parte de la represión, recae en la gente del pueblo. Por eso es que la imagen popular que se tiene de la revolución es bastante fiel a la realidad. Campesinos descalzos, trotando caminos polvorientos, mujeres famélicas y maridos harapientos, cargando niños enfermos, familias humilladas. Sombreros cubriendo rostros envejecidos y sandalias sosteniendo cuerpos que huyen. Éxodo de pobladores rurales iluminados por el fuego de ranchos incendiados por el ejército del dictador. Adolescentes escondidos en campos y ciudades, agazapados para no ser detectados y detenidos, amarrados y arrastrados, empujados y ejecutados, quemados y abandonados. Llantos de todas las edades. Lamentos y sollozos de la gente. Niñas violadas, aún siendo niñas delante de la mirada desconsolada de su madre y la cara desencajada de su padre. Presos políticos enjaulados, torturados, asesinados en la cárcel y tirados desde un helicóptero al cráter de un volcán o a las aguas del océano. Estudiantes protestando por la masacre de sus compañeros y hermanos. Vecinos solidarios con los jóvenes insurrectos. Adolescentes temerarios que perdieron el miedo y se enfrentaron a pelotones de soldados bien entrenados. Historias de héroes asesinados y resucitados. Anécdota de una chavala que prefirió el ultraje y la muerte antes que delatar a sus compañeros. Múltiples emboscadas. Vidas clandestinas. Conspiración generalizada. Un pañuelo rojinegro guardado en el hueco de un árbol. Pasos de un pelotón de soldados. Toma de cuarteles en los pueblos más alejados. Información que se desliza de casa en casa. Riesgo de muerte en cada gesto de solidaridad. Ilusiones, esperanzas, dolores, tristezas, cólera y paciencia. Grupos que se comunican en silencio, por la noche. Parejas citándose en una casa de seguridad, en una finca insegura. Soplones a montón, cacería y carnicería. Asalto a cuarteles. Manuales.

Leyenda de pueblos liberados y de triunfos heroicos. Frases y lecturas que contagiaban el espíritu, canciones que subían el ánimo y precipitaban la decisión de unirse a la guerrilla. Misiones ligeras que se complicaban con el tiempo. Historia de amores separados. Niños que no conocieron a sus padres. Imágenes esporádicas y escasas que se van reproduciendo y tejiendo hasta formar una visión diferente de las cosas. Secuencia en fotos, panfletos, videos, películas. Discusiones secretas con los amigos más cercanos. Imaginación, ideología y entrenamiento estratégico. Cursos en campamentos del país o en países revolucionarios. Pasaportes falsos, encuentros con viejos amigos o con gente que nunca te hubieras imaginado que andaba metida en tales aventuras. Tareas para todo mundo: prestando la casa para un compañero clandestino, trasladando armas o compañeros de un lugar a otro. Imprimiendo manifiestos, tomando radios y difundiendo comunicados, reclutando simpatizantes, explicando los móviles del movimiento, levantando esperanzas, deshaciendo dudas y calmando temores. Toma de barrios enteros. Rendición de cuarteles y coroneles. Bombardeo de la aviación del dictador. Fotos horrendas en los periódicos del dictador. La voz del dictador pidiendo que se rindan. Masacres. Mantenimiento del humor en los momentos más difíciles de los combates o a la hora de gestionar el poder. Aprendiendo de los demás. Identificándote con los otros. Respetando a las muchachas y arriesgándote por los demás. Audacia, audacia y más audacia, dijeron los primeros revolucionarios desde hace varios siglos.

Desde México hasta Brasil y desde el mar Caribe hasta el océano Pacífico, cada país latinoamericano tuvo su dictadura y cada pueblo su guerrilla. Los jefes de las dictaduras se llamaban generales, los jefes guerrilleros se llamaban comandantes. Una verdadera batalla campal: kepis sobre la cabeza de los soldados; sombreros, gorras y boinas adornando la frente de los guerrilleros y las guerrilleras.

Los dictadores pocas veces salían a la calle, salvo cuando aparecían montados en sus caballos de bronce frente a un estadio deportivo, inmortalizados mientras duraba su mandato. Usaban carros blindados y fortalezas encaramadas sobre las colinas de las grandes ciudades. En vez de fogatas en las playas, a la usanza de piratas, corsarios o bucaneros, los dictadores organizaban fiestas diplomáticas y desfiles de guerra. A punta de prebendas se rodeaban de allegados, a través de torturas y exilios alejaban a sus adversarios y el asesinato era la moneda común para sus enemigos políticos. Esa forma de impartir justicia, Somoza la abreviaba con una macabra frase: *plata para los amigos, palo para los adversarios, plomo para los enemigos*.

No todos eran soldados y no todos eran guerrilleros. La verdad es que al margen de todos ellos, siempre queda bastante gente, quizás la mayoría de la gente, pasiva, resignada y atendida a su suerte. Los amigos del dictador siempre eran pocos, aunque sus simpatizantes eran muchos. Los adversarios y los enemigos comenzaban de a poquito, audaces, reprimidos, sufridos, luego iban creciendo, hasta que se amontonaban: comenzaban entonces las batallas.

Los dictadores y sus oficiales militares se entrenaban y se graduaban en las academias norteamericanas y cuando vacacionaban viajaban a Miami con sus familiares y amigos más cercanos. Eran machos y bien empoderados, rodeados de mujeres y de escoltas provenientes de lugares pobres. Algunos eran blancos o se identificaban con los blancos, otros eran abogados y se llamaban doctores, o recibían un doctorado honoris causa por

parte de rectores universitarios. Eran generales de ejércitos represivos y de pueblos desarmados.

Una guerrilla es algo distinto a un ejército. Son milicianos y milicianas organizados alrededor de un ideal, que trabajan y luchan al mismo tiempo. Son jóvenes semiarmados y semivestidos, luchando contra un poder que empieza a perder hegemonía y popularidad. Los guerrilleros no tenían dirección fija y vivían escondidos en cualquier parte. Eran barbudos y caminaban en grupo, amparados por la soledad de los caminos y por la oscuridad de la noche. Luchaban contra la riqueza, aún cuando algunos eran ricos, se enfrentaban a las dictaduras, aún cuando algunos eran parientes del dictador.

Al igual que los indígenas precolombinos, los guerrilleros dormitaban a orillas de los riachuelos y dormían en hamacas colgadas de los palos, atravesadas por un mecate que tensado de un extremo a otro y cubierto con un plástico, servía de techo contra las lluvias torrenciales. La hamaca es una cama en el aire, que te protege de las culebras y de la suciedad del suelo. Es ligera y portátil, hecha de manila, nylon o lona, se mece como una cuna y aquel movimiento te refresca en los días calurosos y te mantiene seco en medio de la lluvia de la selva. La mayoría de las guerrillas luchaban en la montaña, pero también hubo guerrillas en las ciudades. Las guerrillas de montaña hacían emboscadas a las columnas de los ejércitos de la dictadura, amparándose en las paredes de la selva. Las guerrillas urbanas también montaban emboscadas contra el enemigo, aprovechando las bocacalles. Ser guerrillero era arriesgado y peligroso, incómodo, incierto. Poco a poco las guerrillas se convirtieron en leyendas cercanas, posibles de tocar con las manos y hacerte sentir el goce de estar fuera de la rutina.

Había que llevar una doble vida, como hacen las parejas clandestinas. Como los amantes. Haciendo las cosas a escondidas. Entrando por detrás de la casa. Mirándose en público como si no se conocieran. Encontrándose en los lugares más discretos. Compensando el temor con el placer de la aventura. Encuevado en el día, como en un convento, activo en la noche, como vampiro en busca del cuello de su presa. También había tiempo para amores, mucho más clandestinos que las acciones clandestinas de la guerrilla. Clandestino del enemigo, de las amistades, de tus propios valores y del recuerdo de la conciencia anterior.

Las dictaduras latinoamericanas registraban su partida de nacimiento en la ciudad de Washington. La Escuela de las Américas estaba enclavada en la mera cintura del continente, en Panamá. Un territorio que los norteamericanos arrebataron a los colombianos para formar una república canalera y una escuela-república forjadora de militares entrenados para servir al imperio. Todas las dictaduras enviaron reclutas a entrenarse a las escuelas militares de Estados Unidos, para combatir a las guerrillas que durante aquella época pululaban por las montañas del continente. Aunque también se entrenaban militares de gobiernos democráticos, como los oficiales del gobierno democrático de Costa Rica. Formar soldados es fácil, le decían los instructores norteamericanos a los gobiernos costarricenses, pero formar oficiales es difícil. *Si no quieren tener ejército no lo tengan, pero deben estar preparados para tenerlo en el momento que lo necesiten.*

Los guerrilleros se fueron acercando a las ciudades. Hubo guerrilleros que no conocieron la montaña. Pero muchos conocieron la clandestinidad, la conspiración, el enfrentamiento con los soldados del dictador, el abandono de la comodidad, la cárcel, la tortura, el dolor y hasta

la muerte. Cada uno y cada una vivió la revolución a su manera, aunque todas y todos los que participamos en ella, la vivimos en forma parecida.

La verdad es que la revolución se gesta como foco guerrillero en la montaña y ahí nace el mito del FSLN, cosa nada despreciable en una revolución. Posteriormente, se forman las columnas guerrilleras en diferentes frentes de guerra. Después, la lucha se transforma en guerra insurreccional, es decir, asalto a cuarteles urbanos combinados con la ofensiva de las columnas guerrilleras que llegan de las fronteras de los países vecinos. Finalmente, aparecen los levantamientos propiamente insurreccionales donde miles de chavalos adolescentes hacen posible el empantanamiento de los soldados del ejército.

Al final de la lucha, los diferentes frentes guerrilleros se toman las ciudades, las que son retomadas por la Guardia Nacional. En cada toma de ciudad, sin embargo, la retirada de los comandos arrastra cada vez más a gente comprometida con la lucha. De esa manera, los frentes de lucha que se retiran a la montaña eran cada vez más numerosos.

En los próximos capítulos describiremos el método insurreccional con el cual el Frente Sandinista, en combinación con las columnas guerrilleras que provenían de la montaña y de las fronteras vecinas, derrota a la dictadura. Pero como no todo es lucha militar en una revolución, antes pasaremos a explicar nuestra versión sobre la lucha política y social de la revolución sandinista.

De la revolución política a la revolución social

Las rebeliones tienen mucho de existir. La revolución propiamente dicha nace en Europa a partir del siglo XVIII. Aparece con la revolución inglesa y francesa. Se habla de revolución cuando hay un diseño consciente por parte de un conglomerado social para cambiar el mundo. En el caso de América, tanto de Norteamérica como de Suramérica, la revolución política nace como guerra de independencia. Independencia de las colonias norteamericanas a finales del siglo XVIII, e independencia de las colonias suramericanas a comienzos del siglo XIX.

No se trata solamente de luchar contra una injusticia, sino que se trata de sustituir una visión, un régimen político, una clase social, un sistema socioeconómico, una forma de vivir, incluso una civilización por otra.

La revolución política aparece cuando una clase política es sustituida por otra clase política, es decir, cuando el Estado pasa de manos de una dirigencia y corriente política a otra dirigencia y corriente política. Se habla precisamente de revolución porque el aparato militar es destruido y sustituido por otro aparato militar. Sin embargo, la revolución política no es un asunto puramente militar, sino que alude a un proyecto sostenido no solamente por un ejército revolucionario, sino por todo un bloque social. En otras palabras, la lucha militar es una continuación de la lucha política, expresada esta última en un discurso público y en un conjunto de organizaciones civiles, sociales y políticas. Cuando hablamos de bloque aludimos a una alianza amplia de clases o sectores sociales que se juntan para enfrentar a un adversario superior.

Por supuesto que la revolución necesita una conducción política, pero no existe hegemonía sin alianza política. La revolución sandinista no es una excepción, a pesar de que la imagen de la misma aparece como una guerrilla combatiendo triunfantemente al ejército del dictador. Es por ello que se hace necesario hablar de las alianzas de clase que se tejieron durante la lucha política y militar contra la dictadura somocista.

Una revolución política se convierte en revolución social cuando el poder se ejerce en beneficio de una nueva clase o clases, lo que puede hacerse o bien por medio de representantes de la nueva clase o bien directamente ejercido por ella misma. El beneficio puede estar vinculado al bienestar de la nueva clase o puede estar vinculado directamente al poder económico. La revolución propiamente dicha aparece cuando hay un cambio de toda la estructura económica de la sociedad y la nueva clase es la encargada de gestionar y dirigir la economía. Una revolución política toma cierto tiempo, una revolución social tarda más en llevarse a cabo, la revolución económica toma mucho más tiempo, y la revolución cultural, momento en que culmina una revolución, es cosa de muchísimos años.

En principio la clase es un gran conglomerado de personas caracterizado por el lugar que ocupan en el tejido socioeconómico de un país o en el mercado. Así tenemos la clase de los comerciantes, los empresarios, los campesinos, los artesanos, los obreros, la clase media compuesta por profesionales y estudiantes, etc. Se supone que cada clase tiene sus propios intereses, algunos de los cuales son contradictorios o antagónicos con los intereses de las otras clases, por lo que se habla de lucha de clases. En la lucha política las clases levantan banderas o símbolos que representan sus intereses y sus ideales. El discurso de los líderes sociales expresa por lo general el interés de una clase determinada, independientemente de que dicho líder pertenezca o no a esa clase.

Por lo general, en la lucha política y sobre todo en el discurso ideológico los líderes no siempre hablan en nombre de los intereses de su clase, sobre todo los empresarios, sino que lo hacen en nombre de un conglomerado de mayor aceptación, como la nación, la patria, el pueblo, o de valores universales, como la libertad, la democracia, la dignidad, los derechos. Por eso es difícil saber cuáles son los intereses de clase que representa un líder o una organización determinada.

Existen intereses llamados inmediatos, como el salario de los obreros, o la tierra de los campesinos, o la exención de impuestos de los comerciantes, que revelan con facilidad los intereses de clase de quienes los levantan. Pero también existen intereses estratégicos que aparecen en las grandes luchas políticas y son los que orientan el movimiento histórico.

Es así que la mayor confusión viene del hecho que en la lucha política las clases no se presentan como tales, sino como un proyecto o una corriente política determinada, en el cual participa cualquier simpatizante de cualquier origen de clase que sea. Por ejemplo, en las elecciones donde existen varios partidos políticos, la participación en cada uno de los partidos es de carácter pluriclasista. Y es que concretamente hablando, la confrontación o momento mayor de la lucha de clases aparece como una lucha pluriclasista entre dos proyectos. Por ejemplo, conservadores contra liberales, en cuyas filas milita gente de todas las clases. En el caso de la revolución aparecía el somocismo y la oposición, democrática-conservadora o revolucionaria-sandinista, igualmente, con gente de todas las clases en cada bando.

Es decir, que junto al somocismo luchaban desde capitalistas hasta campesinos, igualmente, junto a la revolución participaban grandes empresarios conservadores y obreros explotados. Y viceversa, ambos proyectos eran adversados por magnates y marginados. Todo lo cual hace difícil dirimir -a simple vista y de acuerdo al oficio de cada participante- cual es el carácter de clase de la revolución. Sin embargo, como veremos en el camino y a medida que la dinámica de la revolución avanza, se van visibilizando los intereses de uno y otro lado. En última instancia lo que cuenta es la posición política de cada combatiente, sea empresario o campesino. Por la posición política se puede inferir a qué intereses de clase, proyecto o corriente, pertenece el líder o el grupo. Por supuesto que existen proyectos que interesan a varias clases a la vez, por ejemplo la soberanía nacional, interesa a todas las clases de una misma nación, lo mismo puede decirse de la democracia.

Al comienzo el movimiento antisomocista se presenta como una lucha entre democracia y dictadura, sin más ni más. Si bien es cierto que al lado de la dictadura todo está claro, al lado de la democracia, sin embargo, la cosa es mucho más compleja, pues tanto puede ser demócrata un marxista anticapitalista, como un gran empresario conservador.

En Nicaragua, la oposición al somocismo más connotada y conocida era la oposición democrática, emprendida por los grupos conservadores durante mucho tiempo y liberales disidentes en los últimos años. Todo se miraba como si fuera una confrontación más entre partidos o alianzas de partidos tradicionales. Esa vez los liberales en el poder, representados por una dictadura, mientras que los conservadores y liberales disidentes representaban a la oposición, a la cabeza de la cual estaba el doctor Pedro Joaquín Chamorro, director del diario La Prensa.

Con ciertas excepciones en cuanto a levantamientos armados, la oposición política se limitaba al campo puramente electoral y de lucha discursiva. El protagonismo opositor estaba en manos de la oposición conservadora, pues no había espacios dentro de la democracia representativa para la izquierda. Somoza tenía el poder y tenía los votos de la mayoría de la población. En esas condiciones no había posibilidad de cambio. Avanzar en la lucha contra el somocismo significaba recurrir a las masas o recurrir a una lucha militar, ambas cosas tenían un antecedente fatal para la oposición, o eran derrotados militarmente o traicionaban la beligerancia de las masas.

No se crea, pues, que la dictadura no tenía apoyo nacional y popular. Si se le llamaba dictadura es porque no dejaba que otra fracción de clase le arrebatara la hegemonía política y militar. La dictadura propiamente tal la padecían tanto los sectores aledaños al círculo del dictador como los sectores de la oposición. La represión aparecía cuando la oposición atravesaba el límite de la ley impuesta precisamente por el dictador. La idiosincrasia somocista en la población nicaragüense se mantiene aún 30 años después de la derrota de la dictadura, ateniéndonos a los resultados de las elecciones.

Por otro lado, la estrategia de la izquierda se basaba en lo que se llamó el foco guerrillero, donde un núcleo de revolucionarios profesionales se infiltraba en la montaña y se ampliaba por círculos concéntricos arrastrando a los campesinos a la lucha. Este núcleo tendría en las ciudades, particularmente en las universidades y centros laborales, una retaguardia para visibilizar a la guerrilla. El resultado había sido desastroso.

Sin embargo, ambos esfuerzos iban creando un imaginario y una memoria colectiva que podría convertirse en un itinerario adecuado para construir el mito antisomocista y revolucionario. Había que mostrarle al pueblo que Somoza no era invencible.

En estas condiciones, la revolución sólo sería posible a través de un acercamiento y de una alianza entre la oposición democrática y una guerrilla más beligerante, con presencia en el campo y en la ciudad. Este acercamiento fue posible a partir de una juventud salida, no solamente de los colegios y universidades públicas, sino de los colegios y universidades privadas. Así se lograba además que algunos hijos de la clase política conservadora y liberal se metieran a la revolución, lo que hicieron a través de los movimientos cristianos surgidos de una corriente llamada *teología de la liberación*. El resto vino acelerándose a través de la dinámica del propio enfrentamiento político y militar entre las fuerzas revolucionarias y el aparato político y militar de la dictadura somocista.

Varios discursos comenzaron a mezclarse. Un discurso democrático contra la dictadura. Un discurso enarbolando los derechos humanos en favor de los humildes y marginados. Un discurso de clase contra el capitalismo y el imperialismo. La dificultad de avanzar contra un formidable y aparentemente inexpugnable aparato militar, permitía cada vez más concesiones por parte del bloque opositor que día a día se formaba. Estos discursos están en el origen de las alianzas y del divorcio posterior de quienes participaron en la lucha revolucionaria contra el somocismo.

La caracterización de una revolución se hace desde que ésta comienza hasta que termina su gran impulso, tal como pasa con un árbol. La semilla y la plántula nos dan la primera pista de lo que será el árbol, pero la verdadera imagen y conocimiento de lo que se engendró, lo tendremos hasta que el árbol está completamente crecido.

Las revoluciones tienen una expresión armada, política, económica y cultural, es decir, una expresión en la que la sociedad cambia en toda su identidad. Sin embargo, cuando se habla de la revolución sandinista, usualmente lo hacemos sin distinguir lo que fue la revolución política, la revolución social y la revolución económica. Esto ha sido fuente de confusión a la hora de interrogarnos sobre el significado de la revolución en su conjunto, sobre sus dirigentes, participantes, proyectos, logros, posibilidades y potencialidades.

Históricamente, las revoluciones latinoamericanas se iniciaron como guerras de independencia contra los españoles y contra los criollos de tendencia conservadora. Estos movimientos aparecieron como revoluciones liberales, inspiradas en los principios liberales de la revolución francesa y estadounidense. Algunas veces las revoluciones tuvieron una motivación democrática, luchando contra dictaduras de cualquier tipo (conservadoras o liberales), otras veces las motivaciones fueron más nacionalistas, luchando contra ocupaciones o intervenciones armadas de países extranjeros, en su gran mayoría de Estados Unidos de América. Posteriormente, las revoluciones se hicieron bajo la inspiración anti-injerencista y antiimperialista y contra el entreguismo local. El resultado de todos estos esfuerzos estuvo fuertemente connotado por la presencia beligerante de las fuerzas externas, tanto en lo militar como en lo político, económico y cultural.

A principios del siglo XX asistimos en Nicaragua a una revolución liberal, la que fue truncada por los conservadores y destronada por el gobierno estadounidense. Y fue en defensa del nacionalismo liberal que precisamente se insurrecciona el General Sandino, aunque

desprendiéndose posteriormente de aquellos liberales, precisamente por considerarlos tan vende patria como los conservadores. El hecho, pues, es que a diferencia del resto de países latinoamericanos que habían desplazado a los conservadores desde finales del siglo XIX, en Nicaragua los conservadores se han mantenido hasta inicios del siglo XXI.

La gran particularidad de la Revolución Popular Sandinista es que fue emprendida contra el liberalismo y contra la corriente de la burguesía somocista que conducía el capitalismo nacional, por un grupo de guerrilleros marxistas, en alianza con una fuerza empresarial excluida del poder político (conservadores, liberales disidentes, clase media ilustrada). Este fenómeno ocurre en Nicaragua debido a que la revolución democrática -requerida por el capital en su conjunto- se hacía contra una dictadura militar, la dictadura somocista, articulada indisolublemente con el Partido Liberal Nacionalista (PLN) de Somoza y con la cultura liberal encarnada en la población. La oposición liberal jugaba el papel progresista desde el punto de vista político, aunque algunos de sus representantes fueran desde otros puntos de vista, devotos del viejo orden y de la hegemonía norteamericana en Nicaragua, antes, durante y después de la dictadura somocista, antes, durante y después de la revolución sandinista.

Había, pues, una lucha entre conservadores y liberales, como muchos siglos atrás había sucedido. Había, ciertamente, una lucha entre democracia y dictadura, jugando los conservadores el papel de demócratas y los liberales plegados a la dictadura. Pero también había una lucha entre capitales, disputándose el Estado para sus propios negocios, donde participaban conservadores y liberales, los primeros resentidos por la pérdida de sus privilegios, a pesar de su cualidades ilustradas, los segundos representando tanto la punta de lanza del capitalismo nacional, particularmente en los negocios de la familia Somoza, como las aspiraciones de un capitalismo emergente de mediano y pequeño capital, al cual Somoza le concedía un espacio significativo.

Al binomio anterior, se agregan e irrumpen las clases medias en general, buscando espacios políticos, sociales, culturales y económicos, dentro de un capitalismo pujante, uno de los más pujantes de América Latina. Y es dentro de estas clases medias, con mayores o menores ingresos, donde surgen una serie de dirigentes que junto a los dirigentes de las clases más acomodadas se van radicalizando al calor de la confrontación política y militar. Estos dirigentes formarán el Frente Sandinista de Liberación Nacional, bajo el ideario antimperialista de Sandino y la orientación socialista de la revolución cubana.

La conjunción de ambas fuerzas, la oposición democrática y la oposición revolucionaria, protagonizará la Revolución Popular Sandinista, con todas sus coincidencias y contradicciones. Esta particular alianza entre guerrilleros castro-guevaristas, empresarios de origen conservador y clase media ilustrada, contrasta fuertemente con las recientes experiencias latinoamericanas donde asistimos a una cierta alianza entre los sectores empresariales más nacionalistas, los nuevos movimientos izquierdistas y fuertes movimientos populares contra la oligarquía financiera y el gran capital transnacional. Aunque a decir verdad la revolución sandinista, como veremos más adelante, no se agota con la insurrección de 1979 contra la dictadura militar, sino que continúa en contra de todas las fuerzas conservadoras y liberales que adversaron la revolución, durante la guerra contrarrevolucionaria, en contubernio con los intereses del imperio norteamericano. En Nicaragua los movimientos sociales arrancan con el movimiento popular insurreccional y continúa durante la revolución sandinista con una formidable organización y movilización de

todas las categorías sociales existentes en Nicaragua: campesinos, obreros, mujeres, estudiantes, comerciantes, pobladores barriales, productores, pequeños empresarios, etc.

Es por eso quizás que ante la pregunta de quienes contribuyeron a hacer la revolución política en Nicaragua, la respuesta correcta sea que fue una compleja alianza antisomocista, independientemente del origen, estatus o proyecto político, social y económico de cada uno de los participantes en dicha alianza. Unos pensando botar a Somoza para establecer la dictadura económica de una clase, pero bajo un régimen elitista, otros para cambiar el sistema (el FSLN) y otros para superar el liberalismo y el capitalismo nacional e imponer en forma democrática un sistema neoliberal (los Estados Unidos).

Si nos atenemos a la participación del gobierno de los Estados Unidos para aislar y finalmente abandonar a Somoza, al apoyo de los gobiernos latinoamericanos y a la participación de la oligarquía conservadora antisomocista, la revolución nicaragüense fue una revolución desde arriba. Si remarcamos el papel predominante del Frente Sandinista y los intereses sociales que defendía en ese momento, la revolución sandinista fue una revolución política que nace desde abajo.

En la revolución sandinista hubo gente de todos los orígenes sociales y nacionales, pensamientos religiosos, ideologías revolucionarias, etc., y todos ellos serán analizados en este texto dependiendo estrictamente de su posición política. Hubo jóvenes de las familias notables que se metieron a guerrilleros y acompañaron un buen trecho a la revolución sandinista, hubo campesinos y obreros de filiación somocista que adversaron a la revolución sandinista en el poder. Hubo fuerzas políticas en Estados Unidos que adversaron al régimen somocista al final de su período y fuerzas políticas igualmente estadounidenses que apoyaron y apadrinaron la contrarrevolución.

A medida que avanzaba la audacia y el entusiasmo guerrillero del Frente Sandinista, bajo el espíritu de la gesta guerrillera latinoamericana, inspirada por el castrismo y el guevarismo, la represión de la dictadura se hacía más insoportable. La represión contra los militantes del Frente Sandinista y la represión contra las bases campesinas y urbanas, llegó a ser tan brutal que alimentó dos banderas que desgastaban la credibilidad del régimen somocista, a saber, los derechos humanos y la Teología de la Liberación, imperantes en aquella época, tanto en los Estados Unidos como en América Latina.

Esta represión era explotada por lo que se llamó la oposición burguesa para deslegitimar a su adversario político somocista y para prevenir a los Estados Unidos que de seguir Somoza en el poder, la guerrilla terminaría triunfando en Nicaragua. Por su parte, el Frente Sandinista aprovechaba la influencia de los estratos ilustrados conservadores en el pueblo nicaragüense para avanzar en su estrategia insurreccional. Sobre todo, después de los reveses guerrilleros en la montaña y de la apenas presente clase obrera organizada o movilizada a favor de una insurrección armada. Hay que señalar que las columnas guerrilleras que bajaron de la montaña lo hicieron en mera insurrección urbana y en gran medida desde el otro lado de las fronteras nacionales. Asimismo habría que recordar que las organizaciones sindicales de una minoritaria clase obrera industrial habían sido influenciadas sobre todo por partidos comunistas y socialistas que siempre estuvieron, hasta nuestros días, más cerca de la aristocracia conservadora que de la lucha armada de las guerrillas latinoamericanas.

Puede decirse que la lucha democrática por parte de todo el bloque antisomocista ganaba terreno a medida que avanzaba la guerrilla insurreccional del Frente Sandinista y viceversa. Aquella dialéctica se convirtió en una carrera contra el tiempo. Somoza asustaba a quien podía, argumentando que profundizar la oposición contra el régimen favorecía a los sandino-comunistas, como les llamaba entonces. Los gringos esperaban que Somoza derrotara militarmente al Frente Sandinista para recomponer la hegemonía escindida al interior de la clase dominante. La burguesía y su dirigencia política opositora al régimen, pero no al sistema, trabajaban y proponían a toda costa lo que fue denunciado por los sandinistas como un somocismo sin Somoza. El Frente Sandinista a su vez aceleraba la insurrección armada, aprovechando aquellas contradicciones en el seno nacional y regional de los sectores dominantes.

Parte de los sectores populares, por su lado, entraba cada vez más en los campos de la batalla ideológica, política y militar. La influencia del diario La Prensa era cada vez más insoportable para el régimen, la guerrilla cada vez más audaz, la seguridad del régimen cada vez más vulnerable, la presión de los gobiernos vecinos cada vez más decidida. Las casas de seguridad, los vehículos, las fincas, se multiplicaban, las armas salían de Cuba y entraban por las fronteras resguardadas por los gobiernos comprometidos con la lucha antisomocista, la conspiración arreciaba.

El mayor peligro para Somoza no eran los guerrilleros sandinistas ni la burguesía conservadora, pues con ambos se había medido y siempre había salido airoso, sino la censura del imperio. El gobierno norteamericano era todopoderoso y lo había apadrinado desde la cuna. Para Somoza el abandono de los gringos era la debacle.

La guerrilla se multiplicaba, las columnas guerrilleras vulneraban los batallones del dictador, la población urbana se insurreccionaba, los cuarteles eran cercados por una chavalada insurrecta. Somoza resistía y resistía todos los embates. La lucha parecía cosa de nunca terminar. Las negociaciones se mantenían día y noche entre todos los participantes.

De repente aparece un avión que traslada al dictador hacia los Estados Unidos, unos anteojos negros y un maletín lleno de dinero. Una plaza llena de gente, gritando y levantando las manos y los fusiles. Muchedumbres en las calles. Milicianas y milicianos semiuniformados. La noticia recorrió el mundo entero y los noticieros repetían la noticia sin cesar: *Los sandinistas llegan a Managua y se toman el Bunker. Anastasio Somoza Debayle, hijo de Anastasio Somoza García, fundador de la Guardia Nacional y de la dinastía impuesta y sustentada por los marines norteamericanos durante 45 años, abandona el poder y se marcha de Nicaragua.*

La beligerancia y desarrollo de la guerrilla, las columnas guerrilleras y la insurrección urbana, confluyeron con el abandono político a la dictadura por parte de la clase dominante local e imperial. Asimismo, la caída de la dictadura coincidía con la victoria de quienes en la oposición tenían los fusiles revolucionarios, es decir, el Frente Sandinista de Liberación Nacional. En esos momentos y en última instancia, el poder parecía estar en la punta del fusil.

La gente se preguntaba y aún se pregunta, por qué se marchó Somoza, si el ejército estaba intacto. Según él, porque lo traicionaron sus amigos norteamericanos. Antes de morir escribió un libro que se llama *Nicaragua Traicionada*, donde relata los recuerdos de su infancia y

cuenta los últimos días en el Bunker. Efectivamente pudo resistir mucho tiempo más, pero no podía hacerlo sin el apoyo material y moral del gobierno estadounidense, según nos relata en su último testimonio político. *“Cuado tenía diez años vine a los Estados Unidos a estudiar. Eso sucedió en la Florida. Con excepción de los primeros cuatro años de la misma, toda mi educación la recibí en los Estados Unidos de América. Mi escuela secundaria fue la Academia Militar de La Salle, en New York. Al terminar allí tomé y pasé el examen de admisión para la Academia Militar de los Estados Unidos en West Point, y me gradué de esa sobresaliente institución militar en 1946. En ese momento podía decir ciertamente que sabía más de los Estados Unidos que de mi propio país. Los lazos que me atan a los Estados Unidos existirán toda mi vida. En lo que se refiere a los Estados Unidos yo no soy un extraño, ni hablo desde afuera. Los Estados Unidos serán siempre una parte de mí mismo, y en mi corazón yo siempre seré una parte de los Estados Unidos de América.”*

En esas memorias Somoza Debayle relata la traición de los Estados Unidos contra su familia. A pesar de haber hecho todo lo que un dictador latinoamericano puede hacer por el gobierno norteamericano, incluso dejar el poder para evitar la revolución. El propósito mayor de la política estadounidense frente a las dictaduras en crisis, tanto en América Latina como en la Nicaragua insurreccionada, era evitar la revolución. La dictadura somocista contribuyó sin quererlo a unir a toda la oposición, a la oposición burguesa y a la oposición revolucionaria, a la oposición nacional y a la oposición internacional. Era preferible quitar a Somoza antes de que fuera demasiado tarde y se produjera otra revolución latinoamericana, esta vez en Nicaragua. Los gringos sabían que una vez en el poder, cuesta mucho frenar una revolución. Ya lo habían intentado en Cuba y no pudieron hacerlo. Los gringos invadieron Cuba con apoyo de Somoza y aquello terminó en una solemne derrota.

En sus memorias Somoza Debayle cuenta todo el apoyo que le dio al gobierno norteamericano para atacar Bahía de Cochinos, cabeza de playa cubana para intentar el derrocamiento del régimen de Fidel Castro. La famosa invasión se hizo desde un puerto nicaragüense llamado Puerto Cabezas, situado en la Costa Caribe. Somoza Debayle confiesa todo lo que pasó, como lo hace un condenado a muerte, sin preocuparse de la versión histórica de sus viejos aliados. La preparación, el acuerdo con el jefe de la CIA, la llegada de las municiones, los aviones de bombardeo B-26 y los mercenarios cubanos, la derrota y tantas cosas más.

Según relata en su libro, especie de testamento político, el gobierno gringo le cortó la ayuda militar, prohibieron a todo el mundo que le vendiera municiones a su ejército, incluso regresaron un barco israelí que le llevaba armas para continuar defendiéndose de lo que él llamaba el *“sandino-comunismo”*. Orientaron a la oposición burguesa que retirara todos los dólares para dificultar las operaciones comerciales. Bloquearon la exportación de café y carne hacia el mercado estadounidense. Se hicieron de la vista gorda con los vuelos y el envío de armas desde Cuba hacia Panamá, las que posteriormente fueron introducidas desde Costa Rica al interior de Nicaragua. Presionaron a la Organización de Estados Americanos (OEA) y a los países centroamericanos en particular para retirarle el apoyo. Prácticamente lo obligaron a retirarse del poder, a entregarlo momentáneamente al jefe del Congreso, para ser entregado definitivamente a la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional.

Los golpes a los cuarteles militares se multiplicaban, las columnas guerrilleras avanzaban hacia la capital, algunos pueblos y ciudades fueron tomados definitivamente por los frentes

guerrilleros, la huelga general se mantenía como proceso larvado, la desestabilización e imagen del régimen era insoportable para el somocismo, la presión diplomática era completamente desfavorable para la dictadura.

Finalmente todos se pusieron de acuerdo: el gobierno de los Estados Unidos, Somoza y el jefe del Congreso Nacional, la oposición democrática y el Frente Sandinista. El trato era que Somoza abandonara el gobierno y el país, el jefe del Congreso Nacional (Francisco Urcuyo Maliaños) entregaría el gobierno a la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, conformada por representantes de todo el bloque opositor, incluyendo al FSLN. Parte del acuerdo era mantener la institucionalidad de la Guardia Nacional, retirando a los mandos militares indeseables e incorporando a algunos mandos de la guerrilla.

¿Qué pasó entonces? Somoza abandona Nicaragua y se marcha hacia los Estados Unidos. En un abrir y cerrar de ojos las cosas se complicaron. El jefe somocista del Congreso anunció, según él por orientación de Somoza, que no entregaría el gobierno hasta concluir el período presidencial, rompiendo así el acuerdo establecido. Cuando Somoza se marcha, la guardia se desmoraliza y huye en desbandada. Esa noche el Frente Sandinista consulta en plena guerra a un número considerable de cuadros sandinistas sobre la posibilidad de continuar la lucha hasta la toma de la capital. A partir de ese momento todo giró a nuestro favor. La salida de Somoza del país había desorganizado a los 16,000 soldados y trabajadores del ejército de la dictadura, quienes abandonaron sus armas, puestos de combate y uniformes, facilitando así la victoria militar de la guerrilla.

El General Somoza Debayle abandonó el Bunker en un helicóptero que lo llevó al aeropuerto y se marchó en un avión hacia Florida en la mañana del 17 de julio de 1979. La gente relató que lo vio entrando y saliendo del cementerio, cargando los restos de su familia. Al poco tiempo fue obligado a abandonar los Estados Unidos. Después de unos días en las Bahamas se trasladó a Paraguay, donde fue ajusticiado posteriormente por un comando internacionalista latinoamericano. Saltó en pedazos, junto a sus restos y los pedazos del carro que lo conducía.

La derrota de Somoza se convirtió en una derrota política y militar del régimen somocista y por tanto de la clase dominante y dirigente a quien la dictadura sustentaba económicamente. La revolución política terminó con una revolución armada en manos de los combatientes del Frente Sandinista y bajo la conducción de la Dirección Nacional del Frente Sandinista. Bien hubiera podido derrotarse a Somoza, como se hace con cualquier cambio de gobierno, sin haber hecho ninguna revolución política, ni social. Si la derrota de Somoza es tildada en principio como revolución política es porque también fue derrotado y desbaratado militar y completamente el régimen político que sustentaba el somocismo: la guardia nacional, el Partido Liberal Nacionalista, el oligopolio bipartidista de liberales y conservadores, la burocracia estatal nacional, departamental y municipal, la voluntad de la burguesía y sobre todo del gobierno de Estados Unidos de seguir tutelando al gobierno nicaragüense, la credibilidad y legitimidad del somocismo en gran parte de la población.

La Junta de Gobierno que sustituyó a Somoza estaba compuesta por todos los sectores que participaron en la lucha contra Somoza y expresaba el bloque de alianzas políticas, sin embargo la hegemonía de la victoria estaba en los fusiles del Frente Sandinista. Paralelamente existía la Dirección Nacional Conjunta, conformada por las tres tendencias del FSLN, quienes condujeron la guerra militar y la estrategia política contra la dictadura. En

otras palabras había un doble poder. Cuando se forma el gobierno, las fuerzas armadas son conducidas por un miembro de la Dirección Nacional. La Coordinación de la Junta de Gobierno estaba en manos de otro miembro de la Dirección Nacional, el Comandante Daniel Ortega. Desde entonces hasta nuestros días, el Comandante Ortega se ha mantenido como líder del FSLN. La revolución antisomocista se convertía así en una revolución sandinista, lo que permitió que se emprendiera la revolución social. Si la derrota de la dictadura puede llamarse revolución social es porque se emprendieron reformas sociales en contra del régimen capitalista imperante.

Tomar el Bunker era necesario, pero no suficiente. La revolución era eso, pero también era más que eso. El Bunker era el poder, pero no todo el poder estaba en el Bunker. A partir de ese momento, la coalición antisomocista comenzó a desgranarse. La inercia de la revolución orientaba cambiarlo todo. Lo primero era democratizar el país, lo segundo resolver el asunto de la soberanía nacional frente a los gringos, lo tercero erradicar las injusticias sociales, esto último era lo más difícil. Para ello había que hacer funcionar el país, ocuparse de todo. Empezamos a darnos cuenta que Somoza Debayle no era solamente un dictador o un jefe del ejército que reprimía a quienes se le rebelaban, sino un estadista que también se ocupaba de todo, un verdadero estadista. Tenía una estrategia económica, un sistema de alianzas políticas con todos los sectores, un plan y unas normas institucionales, un proyecto de hegemonía nacional, un marco para las relaciones institucionales, una política exterior bien montada. Asimismo, nos dimos cuenta que no era cierto que la familia Somoza tenía toda la riqueza del país, como nosotros lo denunciábamos. La verdad era que gran parte de la riqueza la tenía el bloque empresarial de oposición, es decir nuestros principales aliados, padres algunas veces de nuestros compañeros de lucha.

Nicaragua era un país con pocos recursos y no había mucha riqueza que distribuir. Pero la gente no tenía por qué saber todo eso. Durante los primeros años de la revolución nos empezamos a comer lo que había, los más pobres tuvieron un poco más, la clase media un poco menos y los empresarios tenían que poner la mayor parte. En ese momento la ayuda internacional se volvió imprescindible. Empezamos a comportarnos como la solidaridad deseaba que fueran las revoluciones y los revolucionarios. Las explicaciones permanentes se hacían imprescindibles por parte de la revolución.

Con la revolución política terminaban las alianzas, el proyecto de unidad nacional reclamaba el desenlace de la hegemonía. Comenzaba lo que ha sido la gran particularidad de toda revolución política tercermundista: la continuidad de la lucha política contra el acoso político, comercial e ideológico de la madre de las dictaduras políticas, la dictadura político-militar del imperio. Hasta ahora nadie ha podido desprenderse de tal enfrentamiento, ni la Unión Soviética, ni Vietnam, ni Cuba, ni China, tampoco Nicaragua, por supuesto. La revolución democrática contra la dictadura se convertía en un movimiento de liberación nacional y de transformación social.

La revolución política se convertía progresivamente en una revolución social, es decir, el mando político cambiaba de manos, los recursos y excedentes se movían hacia otros sectores sociales. Fenómeno que obedeció a un cambio en la correlación de fuerzas al interior del bloque político que se enfrentó a Somoza. Si hubiese que poner una fecha, puede decirse que fue el mes de septiembre del año de 1979, a escasos dos meses del triunfo insurreccional del 19 de julio del mismo año. La Dirección Nacional del FSLN nos reunió en un local llamado El Chipote, sede de la comandancia general del ejército sandinista y nos

propuso (a unos 500 cuadros sandinistas) echar a andar las medidas sociales de carácter revolucionario que se le habían prometido al pueblo durante la insurrección.

Quienes empuñaban los fusiles podían conducir la revolución. En este caso, los líderes revolucionarios cuyas posiciones se inclinaban contra el capitalismo liberal-somocista e imperialista. Digo contra el capitalismo liberal-somocista, porque al interior del sandinismo había fuerzas que adversaban toda forma de capitalismo, pero también había fuerzas que sólo estaban contra el capitalismo liberal-somocista. En ese momento se creía que todo el pueblo era antisomocista y revolucionario, lo que las elecciones posteriores desmintieron. La verdad es que en aquel momento el sandinismo no llegaba ni a la mitad del pueblo nicaragüense, el resto era claramente somocista y se volvió antisandinista.

Comenzaron así las tareas de la revolución. Creación de un nuevo ejército y de una nueva policía. La confiscación de todas las propiedades del somocismo y la nacionalización de las principales riquezas que estaban en manos de empresas norteamericanas o del capital somocista. El llamado de la revolución para que los campesinos tomaran posesión de las parcelas por ellos trabajadas en tanto que colonos, medieros, apareceros, precaristas. No puede hablarse estrictamente de reparto de tierras, pero sí de alteración de fuerzas en el mundo de la propiedad, este fue el verdadero comienzo de la reforma agraria. La titulación de estas parcelas vendría posteriormente. El nuevo gobierno se dispuso además a abrir relaciones diplomáticas con todo el mundo prohibido por el somocismo y por el gobierno norteamericano.

La primera tarea era formalizar el ejército revolucionario a partir de los principales militantes de confianza del Frente Sandinista, así como del grueso de los guerrilleros que participaron en la lucha insurreccional. Inmediatamente, había que hacerse cargo de sustituir a todos los funcionarios del Estado somocista. Más de cien mil personas entre funcionarios militares y civiles. Finalmente, había que hacerse cargo de las empresas recién confiscadas a la familia Somoza y a los allegados al somocismo. Y todo eso con la gente sandinista que se tenía. Por supuesto que los combatientes provenientes de los segmentos ilustrados fueron los que ocuparon los principales cargos, tanto del ejército, como del Estado y de las empresas. Eso tenía una desventaja hacia adentro, es decir, la influencia en la política y en las medidas de la revolución, pero tenía una gran ventaja hacia afuera, pues estos cuadros y sus familiares tenían mayor legitimidad.

Se detuvo a los acusados de crímenes contra el pueblo, se formaron los Tribunales Populares Antisomocistas y se establecieron lazos diplomáticos y revolucionarios con Cuba y todo el bloque socialista. Inició la reforma agraria y la alfabetización de los sectores más empobrecidos del campo y la ciudad. Se organizaron los campesinos, obreros, mujeres, estudiantes, jóvenes, profesionales, pobladores, la iglesia popular, los indígenas, etc.. Se formó el Consejo de Estado con representantes de todos los sectores organizados. Se formaron las milicias populares que bajo el grito de *Patria Libre o Morir* combatían a los contrarrevolucionarios somocistas y a los invasores extranjeros. Los representantes del bloque opositor abandonaron la Junta de Gobierno poco tiempo después del triunfo, a medida que la revolución se radicalizaba.

La insurrección y la propia dinámica de la revolución maduró las condiciones sociales para pasar de una revolución política a una revolución social. Después del triunfo revolucionario, la democracia no era posible sin el complemento natural que la revolución había generado, a

saber, la justicia social. Y esa disyuntiva la dirimía el poder revolucionario, poder que en ese momento estaba en la punta del fusil de las masas populares. Las medidas de la revolución expresaban el carácter de clase de la misma, en este caso de las clases populares o mayorías empobrecidas. Comenzaba así una revolución social a favor de los intereses de los sectores populares, aunque no toda la gente del pueblo estaba de acuerdo con las medidas revolucionarias. No sólo porque mucha gente del pueblo era somocista y liberal, sino porque los valores del capitalismo estaban enraizados en la cultura popular. Por ejemplo, había campesinos, incluso sin ideología partidaria, que no estaban de acuerdo con las confiscaciones y el reparto de tierras a los campesinos. Lo más difícil de todo esto es que la continuidad de la revolución política, o la revolución política contra el imperio, se llevó a cabo en medio de las tareas de la revolución social y de las contradicciones del poder revolucionario, expresión de toda relación de poder en que se mueven los procesos sociales.

En otras palabras, no se podía hacer la revolución social ateniéndonos al pensamiento y los intereses del bloque de oposición, incluyendo al pensamiento de gran parte del pueblo nicaragüense. Fue bastante difícil hacerla en contra de todos ellos, pero no se podía dejar de hacerla, pues el poder del FSLN residía en miles de combatientes organizados y armados que habían luchado precisamente por llevar a cabo los cambios sociales que todo el pueblo necesitaba para salir del empobrecimiento. Aquí es donde se equivocan quienes dicen: hubieran hecho esto o hubieran hecho lo otro, como si las fuerzas populares que empuñaban el fusil y se organizaban aceleradamente no tuvieran nada que ver con los planes de la revolución.

A partir de este momento, el Frente Sandinista y las fuerzas conservadoras comenzaron a divorciarse. Los sectores más beligerantes del somocismo y quienes lo adversaban desde la derecha, emprendieron la contrarrevolución junto al gobierno de Estados Unidos.

La contrarrevolución se formó desde Honduras con las fuerzas, prácticamente intactas, de la Guardia Nacional de Somoza, pues habían huido y se habían refugiado en los países vecinos. Los estrategas de la Guerra de Baja Intensidad, implementada por el gobierno estadounidense, lograron desarrollar una verdadera guerra de guerrillas campesina. La mayoría de los guardias somocistas provenían del campesinado y fácilmente encontraron apoyo en sus familiares. Además, los finqueros con un liderazgo natural en el campesinado fueron los primeros en alzarse contra las medidas revolucionarias que amenazaban la propiedad rural, arrastrando consigo a miles de campesinos que de alguna manera giraban alrededor de sus valores y de su autoridad.

Las fuerzas estadounidenses de contrainsurgencia campesina tuvieron en la contrarrevolución nicaragüense un laboratorio de lucha irregular, pero incursionando esta vez como guerrilleros frente a un poder revolucionario establecido. Este ejercicio formó parte de la llamada Guerra de Baja Intensidad, donde fuerzas de Estados Unidos apoyan a fuerzas autóctonas, cuidándose de no participar directamente en los combates. Este giro de los marines estadounidenses fue producto del desgaste nacional que tuvieron durante la guerra de Vietnam, en la que la población norteamericana decidió no seguir apoyando aventuras extranjeras de su ejército con la sangre de sus jóvenes.

El enfrentamiento entre contrarrevolucionarios y fuerzas revolucionarias se convirtió en una virtual guerra civil, dada la envergadura de los participantes de uno y otro lado. A partir de entonces las transformaciones sociales tuvieron que hacerse en medio de un estado de

guerra, lo que alteró totalmente el desarrollo social de la revolución. La movilización revolucionaria que había comenzado 20 años atrás con el foco guerrillero en las montañas, el trabajo clandestino de la organización, las columnas guerrilleras y el levantamiento urbano, continuaba ahora con la defensa de la revolución. El Ejército Popular Sandinista, la Policía Sandinista, las Milicias Populares Sandinistas, los Batallones de Lucha Irregular. Finalmente, cuando la lucha ofensiva contrarrevolucionaria se intensificaba, se creó el Servicio Militar Patriótico, en base al reclutamiento legalizado, no necesariamente voluntario. El grueso de los combatientes estaba compuesto en su mayoría por la gente pobre y más consciente. Se llegaron a distribuir más de 200,000 armas a todo el pueblo. La revolución sandinista se radicalizaba en la medida que se endurecía el enfrentamiento con la contrarrevolución. En esos años se declaró la orientación socialista de la Revolución Popular Sandinista.

Sin el apoyo solidario de Cuba, la Unión Soviética y demás países del campo socialista, así como de algunos países europeos, sin el apoyo moral de la joven solidaridad internacional, sin el arrojo y convicción de los combatientes nicaragüenses, obreros, campesinos y estudiantes, la defensa de la revolución hubiera sido imposible.

La revolución sandinista nacía así como guerra irregular para derrotar a la dictadura y como una guerra regular para derrotar el proyecto contrarrevolucionario de la oposición libero-conservadora, los gobiernos aledaños y el propio imperialismo estadounidense. El fusil en manos de las masas populares era imprescindible, pero no suficiente. La correlación interna y externa de fuerzas era cada vez más desfavorable a la joven revolución.

En síntesis, revolución y liberación nacional se volvieron una sola cosa. En los países colonizados, neo-colonizados o subordinados al mercado mundial, sobre todo sin son pequeños países, la revolución aparece asimismo como una lucha de independencia. Así fue durante las luchas independentistas del siglo XIX contra España, y así es ahora durante la lucha contra la presencia de los gobiernos y empresas occidentales. Para ser revolucionario hay que ser independentista, pues el poder verdadero está en la metrópolis, para ser independentista hay que ser revolucionario, pues sin desplazar los intereses metropolitanos no hay posibilidad de revolución.

A doscientos años de la revolución francesa

A doscientos años de la revolución francesa, la historia parece repetirse.

Cada vez que concluye un proceso revolucionario, se dice por quienes no quieren saber nada de revoluciones que se cerró un ciclo de la historia o que se trata de la última revolución. Hace doscientos años se dijo, y algunos todavía lo afirman, que la revolución francesa fue la última revolución, sin embargo, todo lo que ha pasado desde entonces contradice el responso sobre las revoluciones.

La revolución francesa fue la referencia para las burguesías del mundo entero; la revolución francesa nace a finales del siglo XVIII. La revolución mexicana fue la primera referencia para los liberales nacionalistas latinoamericanos; la revolución mexicana se inició en 1910. La revolución rusa fue la referencia para los revolucionarios comunistas y socialistas del tercer mundo; la revolución rusa arranca en 1917. La revolución china fue la referencia para los comunistas que se comenzaron a desencantar de la revolución soviética; la revolución china

fue en 1949. La revolución cubana fue la referencia para los movimientos latinoamericanos de liberación nacional; la revolución cubana fue en 1959. En Europa, la burguesía cantaba *La Marsellesa*, algunos rebeldes mesoamericanos cantaban una canción mexicana llamada *Adelita*, los comunistas y socialistas cantaban *La Internacional*, los sandinistas cantábamos el himno del FSLN.

Alrededor de mediados del siglo XX nacen los famosos movimientos de liberación nacional, con referencias paradigmáticas en cada uno de los continentes del llamado tercer mundo, entre ellos los movimientos de liberación nacional en Vietnam (Asia), el movimiento de liberación nacional en Cuba (Latinoamérica), el movimiento de liberación de Argelia (África). Desde entonces, se multiplican un sinnúmero de movimientos de liberación nacional y de revoluciones en América Latina y el Tercer Mundo. En 1956, el Partido Africano de la Independencia de Guinea Bissau y las Islas de Cabo Verde (PAIGC), dirigido por Amílcar Cabral. En este mismo año nace el Movimiento Popular de la Liberación de Angola (MPLA). En 1961 surge el Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua (FSLN). En 1962 se funda el Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO). En fin, en el Sudeste Asiático, Centroamérica, las Antillas, Sur América, Filipinas y tantas otras partes del mundo se crean movimientos con el nombre de Frente de Liberación Nacional.

A los revolucionarios profesionales la revolución les entra por los relatos históricos o por el ejemplo de sus líderes más carismáticos. En el Tercer Mundo y en América Latina, apareció en aquella época una buena literatura que contribuyó muchísimo a prender el entusiasmo y el compromiso con la revolución. El libro rojo de Mao Tse Tung en China, los discursos de Fidel Castro y los relatos del Ché Guevara en Cuba, los manuales militares de Guyen Giap y de Ho Chimin en Vietnam, los ensayos del peruano Mariátegui. Hubo un ensayo que nos marcó culturalmente muchísimo, me refiero al libro de Franz Fanon, *Los Condenados de la Tierra*, un médico oriundo de Martinique y residente en la Argelia francesa. Allí estaba pintada la discriminación que todos los latinoamericanos y tercermundistas padecíamos, sin decirlo o comentarlo, pues callar la humillación era parte de la domesticación.

El mito revolucionario se extendía, sin embargo, hasta la revolución francesa, es decir, doscientos años atrás, sobre todo la parte más radical de aquella revolución. Todo lo que pasó allá parecía replicarse aquí.

En el antiguo régimen, como llamaban y siguen llamando los franceses al orden feudal absolutista, los reyes se identificaban por nombres y series. El último rey de Francia se llamaba Luis XVI.

El primero de los Somoza, Anastasio Somoza García, no era un rey, pero sus dos hijos varones fueron presidentes de la República, Luis Somoza Debayle y Anastasio Somoza Debayle. Este último tuvo a su vez un hijo llamado Anastasio Somoza Portocarrero, el cual no logró llegar a Presidente de la República porque la gente se armó y derrotó a la dinastía somocista.

Luis XVI se casó con una noble llamada María Antonieta, hermana del emperador de Austria. Las familias de reyes y emperadores europeos celebraban grandes fiestas e iban de caza en familia y se casaban entre ellos.

El primer Somoza se casó con una aristócrata llamada Salvadora Debayle y el último Somoza en la Presidencia se casó con otra aristócrata de nacionalidad norteamericana llamada Hope Portocarrero. Todos los Somoza eran amigos de los norteamericanos y de todos los dictadores del continente. Sus esposas eran amigas de las esposas de los dictadores. Sus hijos eran amigos de los hijos de los dictadores. Las embajadas norteamericanas celebraban fiestas en las que invitaban a la gente más allegada a la dictadura somocista.

El rey de Francia nunca pensó que las cosas podían cambiar, puesto que la opinión generalizada era que el reinado es de origen divino y por tanto eterno. Por eso los reyes eran coronados por los altos prelados de la iglesia católica. Dicen que durante los sucesos de julio el rey escribía en su diario que no había nada interesante que apuntar sobre lo que acontecía en Francia, salvo la visita de sus tías o la cacería de ciervos del día, hasta que escuchó el ruido de la pólvora de la insurrección. Algunos historiadores cuentan que lo mismo le pasó a Poncio Pilatos, quien estando en Jerusalén envió una carta a Roma diciendo que se sentía aburrido porque donde estaba no pasaba nada, al mismo tiempo que desde su ventana miraba pasar a un hombre flaco llamado Jesús montado en un burro. Todos sabemos ahora el impacto que tuvo el cristianismo mismo y después la revolución francesa, pero como decía el gran filósofo alemán (Hegel): *“El búho de Minerva levanta su vuelo al atardecer”*.

Durante el régimen somocista, Somoza regalaba carros nuevos a los obispos católicos y éstos a su vez bendecían las armas de los soldados que salían a combatir a los rebeldes sandinistas. Nadie en el Palacio Presidencial, nombre de la oficina de la Presidencia, se imaginó que las cosas podían cambiar en Nicaragua. Durante la revolución de Julio 1979 en Nicaragua, muchos somocistas se enteraron del triunfo de la revolución sandinista cuando vieron en la televisión la imagen de Sandino y el río de gente que llenaba las calles sin que la Guardia Nacional apareciera para reprimirlos.

A finales del siglo XVIII el rey tenía dificultades para pagar los gastos de sus fiestas y el tren de vida que llevaba la realeza. Los historiadores relatan que el rey usaba más de 200 carruajes, cerca de 2,000 caballos en sus caballerizas y un número similar de servidores para cuidarlos. Las tías del rey se gastaban centenares de miles de libras en velas y otras tantas libras se gastaban en darle de comer a los perros. Por otro lado, 22 millones de campesinos (de los 25 millones de franceses) que vivían bajo el régimen de servidumbre pasaban la peor de las hambrunas, soportando los desmanes de la familia real, la que pisoteaba sus cultivos cuando iba de cacería; pagaban todo tipo de impuestos por cruzar cualquier propiedad, impuestos a los nobles, impuestos a los terratenientes, impuestos-diezmos a la iglesia, impuestos a los funcionarios, etc. La burguesía también tenía que pagar muchos impuestos para poder pasar por los puentes de los señores feudales o para utilizar los caminos, y todo ello simplemente para mantener a una clase ociosa, haragana y parasitaria. La burguesía no quería seguirle prestando dinero al rey, pues temía que éste no pudiera pagarle. La gente estaba harta de pagar tantos impuestos y de observar el derroche de la realeza, derroches en sus fiestas, derroches para sus perros y caballos, derroches para sus guerras, derroches para construir iglesias, castillos y conventos. Las hambrunas se sucedían con mayor frecuencia. Había millones de vagabundos por las calles de las ciudades francesas, mientras los ideólogos de aquella dinastía glorificaban el bien de Francia en cada castillo o en cada catedral. En aquellos tiempos la construcción de un castillo era sinónimo de desarrollo de un país, igual que antes la construcción de una pirámide u hoy la construcción de un banco.

La burguesía francesa no tenía poder político y necesitaba el poder político para tomar las medidas necesarias para revolucionar (destrabar y desarrollar) el mercado, especialmente el mercado de mano de obra, el mercado interno de mercancías y el mercado de capitales, en fin, para emanciparse de los nobles y los terratenientes de feudales. La gente pobre se metió a la revolución para emanciparse de las cargas feudales y las injusticias del viejo orden feudal. La burguesía francesa hizo creer al pueblo francés que la nobleza y el clero tenían toda la riqueza de Francia, en momentos en que los banqueros franceses eran fuertes acreedores del rey y los comerciantes franceses eran incluso más fuertes que muchos nobles y que todos los curas. En aquel tiempo todos los descontentos le creían a la burguesía, porque la burguesía era la clase revolucionaria o al menos los representantes de la revolución.

En Nicaragua más de la mitad de los habitantes eran campesinos y la mayor parte de la gente que vivía en las ciudades provenía del campo. La pobreza era similar a la pobreza de la mayor parte de los países latinoamericanos. La mayoría de los campesinos no tenían tierras. Los cultivos de agroexportación en manos de la burguesía nacional habían ocupado las mejores tierras para sembrar productos como el azúcar, café y algodón o para desarrollar la ganadería. La mayoría de las familias del campo no tenía agua potable, letrinas, luz eléctrica, carreteras, hospitales, escuelas, colegios ni universidades. Somoza y los somocistas tenían negocios en las ramas más rentables de la economía, particularmente en la agroindustria de la carne, el procesamiento del azúcar, el tratamiento de la sangre humana en una Planta llamada Plasmáféresis, el procesamiento de las telas de algodón, los bancos, la construcción, la pesca. Pero su mejor negocio eran las finanzas del Estado. Cuando se marchó en su avión particular Somoza hipotecó todas sus empresas y el gobierno revolucionario se quedó con una banca en quiebra.

La revolución sandinista se hizo contra Somoza y los privilegios políticos y económicos que tenían Somoza y los somocistas, aunque no contra los privilegios que tenía la burguesía no somocista, mucho menos contra los privilegios que tenían las familias conservadoras. El entusiasmo y la necesidad de todos los recursos en la lucha contra Somoza hacían que se evitaran esas discusiones.

Además de ser un dictador, Somoza era un gran empresario, jefe del ejército y Presidente de Nicaragua. Uno de los hombres más ricos y poderosos de Centroamérica. No era de la oligarquía, sino más bien de origen humilde. Para la oligarquía, Somoza era el héroe que mató a Sandino. Pero Somoza se hizo un gran empresario y empezó a competir con el resto de ricos de Nicaragua. Los sectores más conscientes de la clase dominante y dirigente no estaban de acuerdo con el enriquecimiento de Somoza, a quien veían como un recién llegado, como nuevo rico, como mengalo o plebeyo, palabras utilizadas de vez en cuando por las familias de abolengo.

Ciertamente la elite dirigente de abolengo ha sido el sector más conservador y apegado al orden de la clase dominante nicaragüense, pero estar contra Somoza le limpiaba la cara a cualquiera, todo mundo aparecía como revolucionario. En Granada, cuna de la oligarquía conservadora, hubo a principios del siglo XX un grupo autollamado Liga de los Caballeros Católicos, una especie de Opus Dei primitivo que representaba el pensamiento más atrasado. Llegó a tener incluso un pensamiento antiburgués, hasta el límite de coquetear con los levantamientos populares con tal de hacer retroceder la historia a la etapa precapitalista.

Fueron amigos del fascismo europeo porque no estaban de acuerdo con las modas que llegaban de Estados Unidos a corromper los valores morales de la juventud.

Durante el somocismo los negocios iban bien para todos los empresarios, los precios de los productos de exportación fueron los más altos de la historia contemporánea. Había ganancias para todos, pero mucho más para el dictador por el control que tenía del gobierno. La superganancia de Somoza se convirtió en la super-envidia del resto de empresarios. La verdad es que el olfato y la envidia de los sectores más lúcidos y emprendedores de las clases dominantes les decía que necesitaban el poder político para tomar medidas que les beneficiaran cada vez más, pues la competencia con el resto de capitales del mundo disminuía sus ganancias.

La burguesía francesa tomó la iniciativa de hacer la revolución. Los Estados Generales, una institución francesa establecida desde hacía varios siglos, era la única institución que no estaba controlada por la nobleza y el clero, es decir, por la clase gobernante y dominante. El rey los convocó para pedirles más impuestos y más préstamos, a lo que la burguesía se opuso, decidiendo al mismo tiempo democratizar la Asamblea Nacional. Se nombró una Asamblea Constituyente para redactar una Constitución y luego se conformó como Asamblea Legislativa, funcionando como freno al poder omnímodo del rey. El Tercer Estado representaba a la burguesía naciente, clase en ese entonces subordinada, aunque por supuesto no en las condiciones deplorables en que se encontraba el campesinado.

En Francia la burguesía se alió con intelectuales pertenecientes a las clases medias de la época, particularmente a grupos de jóvenes que se organizaban en clubes políticos, uno de estos clubes se reunía en el convento de San Jacobo, por lo que se le conoció como el club de los jacobinos. Al comienzo el discurso jacobino representaba los intereses de la burguesía comercial e industrial. Posteriormente ellos se radicalizaron y expresaron los intereses de los campesinos y los obreros de la ciudad, sin ser ellos necesariamente campesinos, ni obreros. Algunos eran jóvenes descendientes de nobles fracasados. Los líderes jacobinos fueron los más famosos líderes de la revolución francesa, entre ellos Robespierre, Saint Just, Dantón, Marat, Herbert, Babeuf. Puede decirse que los Jacobinos son los representantes más radicales de las clases medias en una revolución, el equivalente hoy a muchos líderes revolucionarios que se amparan del control del Estado y desde ahí decretan las medidas revolucionarias.

Los jacobinos fueron, pues, revolucionarios franceses que se ampararon del gobierno y del liderazgo revolucionario y desde ahí ejecutaron medidas radicales a favor del pueblo, pero no siempre contando con el pueblo. Su nombre aparece en ocasión de reuniones que tenían en el Convento de San Jacobo. Los jacobinos enviaron a la guillotina a miles de nobles y curas, incluyendo al rey de Francia de la época. Finalmente ellos mismos terminaron en la guillotina. Desde entonces se denomina jacobino a intelectuales iluminados o dirigentes con poder o en el poder, quienes en nombre del pueblo usan el poder para emprender medidas radicales de transformación social.

En el caso de Nicaragua, los sectores medios urbanos también reclamaban derechos políticos que hasta entonces estaban monopolizados por el poder de Somoza. Estos sectores, entre ellos los estudiantes y parte de la intelectualidad y los artistas nicaragüenses, tenían menos compromisos que la oligarquía con el sistema imperante y eran por tanto más proclives a radicalizar sus demandas frente al régimen somocista. Algunos de ellos

estuvieron en las filas o eran simpatizantes del Partido Conservador, otros se metieron a organizaciones de mayor contenido social, demócrata-cristianos o socialistas.

Algunos analistas de la revolución sandinista tildaban a los líderes del FSLN de Jacobinos, apelativo utilizado para quienes, aún teniendo un origen de clase diferente, representan los intereses de los obreros y campesinos.

La revolución francesa fue inspirada por los filósofos de un movimiento intelectual llamado *La Ilustración*, perteneciente a lo que se conoció como el *Siglo de las Luces*, entre ellos Rousseau, Montesquieu, Diderot. Muchos de estos filósofos expresaban el espíritu de la revolución de 1648 en Inglaterra. Igualmente hubo héroes de la revolución francesa, como La Fayette, que habían luchado en la revolución de los Estados Unidos de América en 1776, cuando 13 colonias americanas se independizaron de Inglaterra. En aquella época los gobiernos de cada país ayudaban a los revolucionarios de otros países, muchas veces para sacar de la competencia a los regímenes rivales. Otras veces pasaba lo contrario, los gobiernos apoyaban a otros gobiernos para reprimir a los revolucionarios. Francia por ejemplo, ayudó a los rebeldes norteamericanos, Inglaterra apoyó a los revolucionarios franceses, Austria apoyó a la realeza francesa para combatir a los revolucionarios.

La Marsellesa era la canción de la revolución francesa y se convirtió en el himno de la burguesía y de la nación francesa. Comenzaba así: “Allons enfants de la Patrie...” (*Adelante hijos de la patria, el día de nuestra gloria ha llegado...*). A su vez, la revolución sandinista tuvo un himno que comienza así: “*Adelante, marchemos compañeros...*”

Aquí en Nicaragua no hubo un movimiento filosófico como en la revolución francesa, aunque había un sentimiento de injusticia por el monopolio del poder y los atropellos de la familia Somoza y la dictadura militar somocista, sentimiento que calzaba bien con las ideas castristas de la revolución antiimperialista o las ideas formuladas por la Teología de la Liberación. Estos sentimientos y estas ideas se atizaban con la represión del régimen somocista, quien a su vez resentía con temor el rechazo cada vez más generalizado del resto de la clase política. Nuestra filosofía, entonces, estaba en la letra de la poesía y las canciones de la época, en las ideas revolucionarias que llegaban desde Latinoamérica, insertas en las novelas antidictatoriales o en los panfletos de las guerrillas que pululaban en todo el continente.

Así, la lucha por la democracia política, se extendía progresivamente a favor de la justicia social, lo que alimentaba el contenido revolucionario de la lucha.

Los atropellos e injusticias cometidas contra los de abajo eran divulgados por las canciones populares que trasmitían musicalmente la letra de la mejor poesía de la época y el amargo escenario de la lucha y el apasionado coraje de las primeras batallas. Quizás una de las canciones más reveladoras de aquellos atropellos fueron las estrofas de *Las Mujeres del Cuá*: “*Voy a hablarles compañeros de las mujeres del Cuá, que bajaron de los cerros por orden del General, de la María Venancia y de la Amanda Aguilar, dos hijas de la guerrilla que no quisieron hablar. Ay, ay, a nadie vimos pasar, la noche negra se traga aquel llanto torrencial... La patrulla las llevó, vení muchacha, le dijo, laváme este pantalón, la muchacha campesina, fue mancillada ahí-no más, y Tacho desde un afiche reía en el taquesal, Ay, ay, la patria llorando está, parecen gritos de parto los que se oyen por allá.... La indita abortó sentada de tanta interrogación, me lo contó la quebrada, que baja del Septentrión..., Ay, ay,*

la patria llorando está, parecen gritos de parto, los que se oyen por allá". Esa canción nos alimentaba la conciencia de lo que fue la dictadura somocista. No todos los antisomocistas sufrieron los atropellos del dictador, pero todos usufructuaban el sentimiento de solidaridad para con aquellas mujeres campesinas.

A raíz de la revolución cubana desatada en 1959, los sectores medios latinoamericanos fueron atraídos por los aires emancipatorios frente al imperio norteamericano. La revolución cubana había inspirado a muchos jóvenes a meterse a la guerrilla y hacer la revolución contra sus propios dictadores. El ideal de la guerrilla cubana y de las guerrillas latinoamericanas encarnó en lo que se llamó el movimiento de liberación nacional. Como ya hemos señalado, las primeras revoluciones del continente nacieron como movimientos de liberación nacional. Así fue la revolución americana contra Inglaterra y así fueron las revoluciones independentistas latinoamericanas contra España.

Cada movimiento de liberación nacional tenía sus antecedentes históricos en los líderes que en su época se habían opuesto a las invasiones militares o a la hegemonía norteamericana. La revolución cubana levantaba la gesta de José Martí, la guerrilla nicaragüense la de Augusto C. Sandino, y así muchos otros movimientos de liberación nacional.

En conclusión podemos decir que la revolución sandinista, igual que la revolución francesa, fue producto de la convergencia o alianza entre dos fuerzas opositoras al régimen, en este caso opositoras al somocismo, a saber: los sectores antiliberales pertenecientes al Partido Conservador, muchos de ellos pertenecientes a la oligarquía o élite tradicional, y los sectores medios influenciados por los aires emancipatorios de la época, particularmente la influencia de la ideología de la liberación nacional y los movimientos cristianos de la Teología de la Liberación. Además de la influencia de la revolución cubana tuvimos la influencia de la revolución vietnamita y la revolución argelina, de los movimientos impulsados directamente por el legendario guerrillero Ernesto Ché Guevara, argentino que luchó en Cuba, América Latina y África. Pareciera, pues, que liberación es la palabra clave de las revoluciones latinoamericanas. Liberación nacional frente al intervencionismo norteamericano, liberación popular frente al dictador, liberación social frente al orden económico, Teología de la Liberación frente a la iglesia oficial y frente al Dios de la resignación.

En Nicaragua hubo muchos levantamientos armados liderados por grupos provenientes del Partido Conservador, algunos empresarios y por estudiantes de clase media, los que no tuvieron mucho éxito. Los conservadores nunca emprendieron una guerra sin la autorización de los gringos. La burguesía empresarial nicaragüense nunca tuvo la conciencia de clase nacional como para desarrollar la audacia que se necesita para hacer la revolución. En el tercer mundo toda revolución ha necesitado el apoyo de las clases medias y de los sectores empresariales nacionalistas, amén del apoyo de los sectores populares. La lucha clandestina necesita casas de seguridad, vehículos para transportar gente y pertrechos, información en el seno del aparato de la dictadura, muchos recursos materiales. Al comienzo se recurría a robar bancos y vehículos, después a los recursos y contactos de los grupos conservadores y de los empresarios antisomocistas, tanto nacionales como internacionales. La revolución sandinista tuvo el apoyo no solo de la Revolución Cubana, sino también de varios gobiernos socialdemócratas y socialistas del mundo entero.

El Presidente Somoza Debayle, hijo del presidente Somoza García y padre a su vez del coronel Anastasio Somoza Portocarrero, jefe del aparato represivo de la Guardia Nacional,

se volvía cada vez más sanguinario. Se dice que su socio mayor, un cubano “*gusano*”, como le decíamos a los contrarrevolucionarios que salieron de la Revolución Cubana, mandó a matar al más famoso periodista opositor que había en Nicaragua en contubernio con el hijo del dictador. Con el asesinato de este líder conservador y director del diario opositor a Somoza, el Doctor Pedro Joaquín Chamorro, los grupos conservadores tuvieron su héroe y mártir. Incluso se le llamó el Mártir de las Libertades Públicas. Aquel sacrificio también fue usufructuado por sectores que no pertenecían a los grupos conservadores, es decir por la mayoría del pueblo antisomocista y particularmente por el Frente Sandinista.

Lo interesante en esta historia es aprender que gran parte de la clase dominante, es decir de la burguesía empresarial o del grupo conductor del orden (la oligarquía propiamente dicha), se opuso a Somoza y decidieron aliarse con los movimientos guerrilleros de la época, que a la sazón tenían incluso una formación marxista, situación o contradicción que fue atenuada debido a que muchos hijos e hijas de la propia aristocracia empresarial formaban parte del movimiento guerrillero sandinista de ideas antimperialistas. Se dice que muchos líderes cristianos de la Teología de la Liberación y algunas personalidades del sector empresarial o de la intelectualidad, se convirtieron al marxismo durante un período determinado.

En el caso de Nicaragua, esta alianza se encarnó en una de las tendencias del Frente Sandinista –*tendencia insurreccional o tercerista*–, y cuya creación más orgánica fue el “*grupo de los doce*”, compuesto por líderes de orientación revolucionaria, intelectuales antisomocistas, incluso personas de la más alta jerarquía social y económica, pertenecientes al gran capital. A través de este grupo se recibió el apoyo de regímenes políticos de México, Venezuela, Costa Rica y Panamá, entre otros, que a pesar de su tendencia antidictatorial y democrática eran expresiones orgánicas del sistema capitalista imperante. Asimismo, se recibió el apoyo de líderes más radicales de revoluciones en el poder como Fidel Castro en Cuba, Khadafi en Libia, Yaser Arafat en Palestina y el Ayatolah Khomeini en Irán.

En otras palabras, la alianza que cuajó a nivel interno también se expresó a nivel internacional, no solamente por parte de líderes de gobierno, sino también por grupos populares de solidaridad.

El 14 de julio de 1789 los insurrectos del pueblo de París se tomaron La Bastilla, símbolo del viejo régimen. A la cabeza política de los insurrectos estuvieron los líderes jacobinos, quienes comenzaron a expresar más enérgicamente los intereses y el clamor de los desposeídos. Los jacobinos empezaron a formar sus propias organizaciones e instituciones pues la Asamblea Legislativa estaba formada en su inmensa mayoría por miembros de la burguesía francesa, que no había sido capaz de eliminar las cargas feudales a los campesinos, ni de controlar a los especuladores o agiotistas. El voto ciudadano se había limitado a una pequeña parte de los franceses, particularmente a quienes tenían la capacidad de pago de algunas cotizaciones. La Asamblea francesa se dividió en dos fracciones, los jacobinos, que se sentaban al lado izquierdo de la sala y los girondinos, que se sentaban al lado derecho. A partir de entonces se llama de izquierda a la gente que empuja la historia hacia delante y de derecha a quienes quieren retrasarla.

Mientras el pueblo reclamaba todo lo que la burguesía había prometido, ésta se atrincheraba en las nuevas instituciones, pactaba con el rey, formaba la Guardia Nacional y reprimía a quienes querían llevar la revolución hasta sus últimas consecuencias. La correlación de fuerzas, sin embargo, era cada vez más favorable al pueblo trabajador. La burguesía apeló

entonces, igual que lo había hecho el rey, a las fuerzas reaccionarias de los emperadores de Austria, Prusia, Rusia, incluso Inglaterra, así como a mercenarios suizos y alemanes, todos ellos apoyados por sectores contrarrevolucionarios, especialmente campesinos influenciados por la iglesia católica (Les Chouans).

En aquellos momentos las secciones o distritos electorales se convirtieron en sociedades populares y formaron lo que se conoció como la Comuna o administración local compuesta por los representantes del pueblo pobre de cada territorio. Con la comuna nació la idea de que las autoridades fueran revocables en todo momento. Los jacobinos formaron La Convención, una especie de gobierno más popular y dispusieron radicalizar las medidas de la revolución. El voto fue generalizado a todos los ciudadanos, se eliminaron las cargas feudales, se formaron las milicias populares para combatir bajo el grito de *La Victoria o la Muerte* a la coalición de ejércitos invasores de los vecinos estados feudales absolutistas, se condenó y ejecutó al rey por traidor a la patria, se confiscaron los bienes de la nobleza, la iglesia, los emigrados y contrarrevolucionarios, poniendo a disposición de los campesinos dichas tierras, se formaron los Tribunales Populares, se controló el mercado imponiendo un precio máximo (el máximo) a los víveres. La revolución se radicalizaba y los sectores más radicalizados (los *Sans-culotte*, gente de pantalones largos que se rehusaban a utilizar calzón chingo, como la burguesía, y los *enragés* que pregonaban la igualdad de todas las clases y por lo cual la burguesía los llamaba rabiosos), engrosaban las filas de la defensa de la revolución, levantando a los sectores populares del campo y la ciudad.

Francia fue bloqueada e invadida por los ejércitos de los Estados aledaños. Escaseó la comida, comenzaron los sabotajes financiados y organizados por los ingleses, se hacían explotar polvorines, se distribuía propaganda contrarrevolucionaria, se acaparaban víveres para provocar la inflación y el descontento. Se llevó a la revolución hasta la desesperación y ésta tuvo que recurrir a la dictadura en la cual se guillotiné a más de 40,000 personas, entre ellas a los propios líderes de la revolución como fueron Robespierre, Saint-Just, y la burguesía comenzó a reinar para sus intereses.

En Nicaragua, inmediatamente después del triunfo revolucionario sandinista sucedido en el mes de julio del año de 1979 (el mismo mes en que se había tomado la Bastilla, hace doscientos años aproximadamente), empezaron los sandinistas a destruir el aparato somocista de poder, comenzaron las medidas revolucionarias.

Después de las primeras medidas del gobierno revolucionario, la alianza con el bloque antisomocista empezó a resquebrajarse. Líderes de la clase dominante se unieron a los grupos somocistas que se habían refugiado en Honduras y fueron apoyados por el gobierno estadounidense para adversar a la naciente revolución. A partir de entonces la revolución se radicaliza. Se confiscaron los bienes de los empresarios y terratenientes que abandonaron el país, fueran somocistas o no.

Los regímenes centroamericanos (Guatemala, El Salvador, Honduras, Costa Rica) se prestaron al hostigamiento político militar de los Estados Unidos contra la revolución sandinista. El gobierno revolucionario fue bloqueado financiera y comercialmente, una parte del campesinado influenciado por la iglesia católica se levantó contra la revolución. Comenzó un cerco infernal contra la revolución, escasearon los productos, la inflación se disparó, se desarrollaron los sabotajes de los grupos armados y con la asesoría de militares, argentinos y norteamericanos.

La Contrarrevolución logró transformarse en una guerra civil. Era el momento culminante de la *Guerra Fría*. La Contrarrevolución recibió el apoyo de los Estados Unidos. La revolución sandinista recibió el apoyo de los países socialistas.

Haciendo un parangón con la revolución francesa y a 30 años de la revolución sandinista, podría decirse que en toda revolución y en toda alianza cada aliado se propone utilizar al otro para hegemonizar la revolución, expediente que toma mucho tiempo y varios períodos hasta alcanzar su desenlace definitivo. En la revolución francesa los jacobinos desplazaron momentáneamente a la burguesía, posteriormente la burguesía desplazó definitivamente a los jacobinos. En la revolución nicaragüense, los sandinistas desplazaron durante diez años al bloque empresarial, posteriormente los neoliberales desplazaron durante diecisiete años a todo el mundo; últimamente y en medio de una manifiesta bancarrota del neoliberalismo, los sandinistas hegemonizan el poder político, pero en condiciones donde las viejas clases y partidos tienen, junto con el imperio occidental, una parte significativa del control económico y cultural.

Hasta aquí hemos expuesto el parecido de las dos revoluciones, pero existen también diferencias. La primera diferencia es que los sandinistas no fueron derrotados militarmente, ni guillotizados, como no habían sido tampoco ejecutados los líderes somocistas, con excepción del propio dictador Somoza que fue bazuqueado en Paraguay por un comando internacionalista. Otra gran diferencia es que las revoluciones burguesas emprendidas en los países grandes con posibilidades de una acumulación propia, dispusieron de los recursos del exterior a través del saqueo a los países llamados posteriormente del tercer mundo. En el caso de la revolución sandinista, al igual que toda revolución en un país pequeño del tercer mundo, el despegue económico sólo fue posible por el apoyo incondicional de la Revolución Cubana y la Unión Soviética, entre otros, con lo cual pudo mostrar de lo que era capaz un régimen de orientación socialista en cuanto al bienestar de las masas populares.

La Revolución Sandinista, igual que otras revoluciones de la época, es una en la que se combinan la revolución democrática, la revolución nacionalista antimperialista y la revolución socialista anticapitalista. La primera sigue batallando, la segunda avanza siempre y cuando avance en el resto de países latinoamericanos, la tercera anda en busca de otra estrategia para recuperarse de los golpes recibidos a finales del siglo pasado.

El régimen sandinista había sido desplazado de una gran parte del poder, aunque no de todo el poder, a través de un proceso electoral. El sandinismo siguió vivo y con una gran influencia sobre la sociedad nicaragüense -al menos en el 40% del electorado. En las últimas elecciones municipales ganó gran parte de las alcaldías, de tal manera que alrededor del 75% de la población nicaragüense vive hoy (2009) bajo administración de gobiernos municipales sandinistas.

Quizás la gran diferencia histórica es que la revolución francesa se hizo cuando la burguesía estaba naciendo, mientras que la revolución nicaragüense se llevó a cabo cuando la burguesía nacional no había terminado de nacer y estaba más bien feneciendo a manos de la burguesía transnacional y las grandes corporaciones. Otra gran diferencia es que la insurrección sandinista se hizo en alianza con un bloque empresarial dependiente, mientras que la pequeña burguesía francesa hizo la revolución francesa con la clase más revolucionaria de entonces, como fue, al decir, de Carlos Marx, la burguesía industrial.

Si la revolución francesa había mostrado el camino de la democracia política, la revolución sandinista, (igual como lo había iniciado la revolución rusa, o como lo siguen demostrando la revolución cubana, china y vietnamita), ha mostrado el camino de la democracia social y económica. En los próximos años, cuando hayan sido olvidadas las crónicas de los historiadores conservadores nicaragüenses y del imperio gringo, nuestra revolución probablemente será recordada con el mismo respeto que hoy es recordada la revolución francesa.

La revolución francesa y el liberalismo político y económico que la inspiró tenían como objetivo implantar el sistema capitalista en un mercado de libre competencia o de competencia monopólica: hoy por hoy tenemos implantado dicho sistema en todo el mundo occidental. Otro de los objetivos de la revolución francesa fue convertir a toda la población, incluida la servidumbre feudal de la época, en una ciudadanía con derechos y deberes iguales para todos, gobernando democráticamente de acuerdo al sufragio universal y secreto. Con la revolución francesa nació la soberanía de los Estados nacionales, con una burguesía nacional a la cabeza del gobierno. La revolución francesa inauguró la época de las revoluciones, es decir, de los proyectos conscientemente emancipatorios de la humanidad. Después llegó el imperialismo y no todos los países pudieron acceder al capitalismo nacional, al mercado nacional, a la burguesía nacional, al desarrollo nacional, a la creación del proletariado. La existencia del imperialismo y su bota imperial sobre la mayor parte de países subdesarrollados, obliga a los pueblos que quieren alcanzar su soberanía, a transitar por la senda de los movimientos antimperialistas de liberación nacional.

Las revoluciones socialistas se hicieron cuando el capitalismo no estaba todavía implantado en esos países y los revolucionarios tuvieron que hacer el papel de las burguesías, pero en contra de las rancias clases defensoras del orden anterior y dependiente, combatiendo al mismo tiempo las injusticias sociales que trajo el capitalismo.

Todo eso ha traído mucha confusión entre la gente y los revolucionarios. Hoy estamos bajo una ofensiva globalizadora y neoliberal, donde el capitalismo mundial no reconoce fronteras y quiere sustituir al Estado por sus grandes corporaciones empresariales. Las burguesías nacionales de los países pobres empiezan a entablar alianzas con partidos y movimientos de izquierda, lo que también genera mucha confusión.

La revolución francesa no se ha repetido en todos los países del mundo, al menos no se ha repetido en los países del tercer mundo. Y quizás no se va a repetir, pues no parecen haber burguesías nacionales que la hagan, ya que prácticamente se han subordinado a las burguesías transnacionales. No sabemos tampoco si la revolución burguesa en nuestros países será hecha por la burguesía mundial, quizás sí, quizás no. O será hecha por la clase media desde el gobierno, es decir, por jacobinos.

Por otro lado, los ideales de la revolución francesa fueron los ideales de la libertad, la igualdad y la fraternidad, que están lejos de ser cumplidos, ni siquiera en los países más ricos donde se hizo la revolución francesa. En todo el mundo existe la igualdad ciudadana pero en medio de una gran desigualdad social y económica. En nuestros países la igualdad ciudadana existe en medio de una gran miseria y una gran riqueza.

Las revoluciones que se han intentado en el tercer mundo fueron motivadas por la soberanía política, la democracia representativa y la justicia social. Sin embargo, aún los países que viven su revolución, como China y Cuba, todavía luchan por una soberanía política frente a las pretensiones del imperialismo, o por una justicia social en medio de un mercado mundial que también los exprime a través del comercio internacional.

¡Y NOSOTROS QUE LA VIVIMOS ASÍ!

La revolución es sentimiento, pensamiento y acción conjunta. Preguntarse y responder a la pregunta de cómo vivimos la revolución, es hablar de nuestra propia vida, por supuesto, pero sobre todo es hablar de la vida de la época, tanto en el contexto nacional como internacional.

Entre el poder y la revolución estábamos nosotros

Toda revolución tiene que ver con el poder. Sin el poder, la voluntad revolucionaria se estanca. Pero el poder no está solamente en los cuarteles, sino en todas partes, lo mismo que la revolución: en la economía, la opinión, los valores, la cultura cotidiana.

¿Que como fue nuestra relación con ella?

A escondidas, clandestina, sin papeles ni formalidades, sin saber cuánto duraría ni cómo acabaría. No podría decir que fue amor a primera vista. Nos atraía, pero teníamos muchos interrogantes sobre sus cualidades. Algunos desconfiábamos de ella y ella de nosotros.

Como una ilusión entre amantes. Hombres que piensan en la revolución como si fuese una mujer deseada y por quien se arriesga la vida para poseerla. Amantes mujeres que piensan en la revolución como si fuera un idilio que promete satisfacer los deseos femeninos con hombres diferentes a los hombres realmente existentes.

El deseo de todo amante es hacer el amor, el de todo revolucionario es hacer la revolución. Sin la entrega y posesión del sujeto amado no hay amor, sin la toma del poder no hay revolución. A veces, sin embargo, la posesión mata el amor, igual que el poder puede entorpecer la revolución. Sin poder no hay posibilidad de satisfacer plenamente los sueños, sin poder no hay posibilidad de que la revolución triunfe y reine entre nosotros. Pero entre poder y revolución, también hay contradicción. Tanto si nos referimos al poder que nos perseguía, como si nos referimos al poder que perseguíamos. El poder es el principal instrumento para realizar los cambios. Todo proyecto implica una visión de las cosas. Todos, absolutamente todos, utilizan el poder para llevar a cabo su proyecto. No hay nadie que lo use solamente por el placer de usarlo, pues eso sería no usarlo del todo. El poder por el poder es una falacia.

Hasta ahora la revolución siempre fue una apuesta social al poder, a través del poder, por parte de quienes no tienen el poder. Una lucha entre dos fuerzas que involucra a quienes participan y a quienes se resisten a participar, a quienes están a favor de la revolución y a quienes la contradicen, pero tiene una motivación. La revolución es siempre una lucha por la libertad y contra las injusticias, identificadas con el poder. Por eso es que todas las revoluciones sueñan con acabar con todas las manifestaciones del poder, políticas, económicas o culturales.

Entre ella y nosotros estaba el poder que mediaba entre nosotros; por encima de nosotros el poder enemigo que a los dos nos oprimía; delante de nosotros el poder como necesidad; en medio de nosotros, el poder para amarnos sin censura, el poder para cambiar el mundo que nos rodeaba. Lo primero que hicimos fue eliminar el poder que estaba encima de nosotros y el poder que se interponía entre nosotros. Con ella aprendimos a estar abajo, sin celos ni envidias, entregándonos el uno al otro, ofreciéndonos la vida entera y jugándonos la vida el uno por el otro.

Ciertamente. Todo deseo aspira a vivir eternamente, sin tener que formalizar su encanto, a riesgo de traicionar las reglas de su propio juego: alargar la satisfacción para que no muera el espíritu. La satisfacción pone fin al deseo. Fuera del juego y de la aventura todo regresa a la normalidad y al aburrimiento. En el sacramento y en el protocolo se desvanece el viejo encanto, sin que hasta ahora los amantes hayamos podido sofocar ni los hechizos del placer, ni las ventajas del poder.

Estamos hablando del amor, pero también de la revolución. Durante la lucha todo es romance. Cuando se alcanza la victoria, la revolución desdibuja los géneros para volver a dividirse en géneros plurales, abandona poco a poco a sus amantes y se deja guiar por el poder: no es problema de un individuo, sino que son parte de las reglas del juego de la política. Igual que pasa con las parejas: en el noviazgo todo es amor y unidad, cuando se alcanza el lecho conyugal los amantes se vuelven marido y mujer, hombres y mujeres con derechos y deberes, y como tales conducen la relación, subordinando a sus hijos y cumpliendo con las reglas del sistema y del entorno.

El poder no es lo más atractivo, pero es mejor tenerlo que padecerlo. Sin embargo, existen revolucionarios que lo han podido evitar, algunos a costa de la propia muerte.

Cuando Sandino creyó haber terminado la tarea que se propuso (expulsar a los gringos de Nicaragua) se retiró a continuar la revolución en la vida civil. Previamente había que pacificar el país, lo que implicaba pactar con el poder. Lo llamaron de Casa Presidencial, fue y negoció, lo asesinaron y ahí terminó la revolución. En México, Emiliano Zapata, rechazó la silla presidencial, pues para él ahí no estaba la revolución, también fue asesinado.

Se podrá objetar que en ese caso hubo toma del poder por parte de los revolucionarios. Ciertamente. Pero existen otros amantes, sin embargo, que aún después de haber tomado el poder prefirieron seguir como amantes. De la misma manera la revolución que los acompañó aceptó seguir siendo su amante. El Ché Guevara tomó el poder en Cuba junto a otros compañeros, pero siguió enamorado, hizo *“formal renuncia de sus cargos en la dirección del partido, de su puesto de ministro, de su grado de comandante, de su condición de cubano”*, como lo dijo en su despedida, antes de irse con ella a las sierras de Bolivia. Fue como un amante que en vez de casarse, renunció a las comodidades del hogar y prefirió las aventuras del amor. El Ché fue asesinado y la revolución tuvo que esperar la llegada de nuevos amantes.

Tampoco quiero decir que la revolución sólo existe como romance, en donde los revolucionarios hacen el papel de amantes, igual que en las novelas. En la revolución, igual que en la novela, la ficción no está en los hechos, sino en los sueños que nos embriagan. En este relato la ficción no está en el contenido, sino en la forma en que los conflictos aparecen,

en la silueta histórica de los amantes o lectores desconocidos a quienes respondemos, en las posibilidades que mantiene la esperanza.

Aquí hablamos de amantes como si fueran machos, pero cuando se trata de batallas cuerpo a cuerpo, todos los cuerpos participan en la lucha, cuerpos de hombres y cuerpos de mujeres. Durante la lucha los amantes se juntaron y se confundieron los géneros. La revolución es la vida vivida diferentemente, no como mujer ni como hombre, sino como combatientes de una nueva vida, revueltos y sin otra misión que amarse unos a otros.

Se lucha por conseguir el poder, pero puede terminar cuando lo conseguís, si no renovás sus impulsos. El momento más deseado del amor y más febril del amante es cuando se está a punto de llegar al final, desapareciendo al llegar el éxtasis sublime. En el caso del amor, el placer mismo tiene que fusionarse con los sentimientos, siempre insaciables, para que pueda durar, y los sentimientos sólo existen cuando los amantes se vuelven seres iguales, fusionados en una sola unidad, de lo contrario se apaga el deseo que inició la relación. Si sólo la mujer sigue jugando al amor, el amor como relación se apaga. Si el hombre sigue jugando solo y solamente al placer, el amor se aleja. Cuando amantes y revolución se separan, desaparecen los revolucionarios y desaparece la revolución.

Un hombre puede estar enamorado, incluso tener sentimientos de amor hacia una muchacha, o tener buenas intenciones, como dice la gente, pero si para saciar su instinto y conseguir el placer deseado tiene que forzarla, ahí terminan las posibilidades del amor. Con el poder pasa lo mismo, sin la voluntad de todos no hay revolución. Podés tomar una fortaleza o un cuartel, como en los golpes de Estado o como en las victorias militares, pero si no hay participación y consentimiento de la población, la revolución termina inmediatamente y empieza el gobierno por la fuerza. La violación es al amor, lo que la fuerza es a la revolución. Sin acuerdo entre dos, o sin consenso generalizado, no hay amor ni hay revolución.

Aparentemente en el amor no hay que luchar contra ningún adversario, pero no hay que dejarse llevar por la apariencias. Amar también es una lucha contra la soledad, contra la censura en el caso de la mujer, contra el complejo de superioridad en el caso del macho. En fin, contra el poder del entorno que está hecho para competir y mandar, no para seducir o compartir. En el amor no siempre hay acuerdo entre los amantes y la sociedad que los rodea, en otras palabras no siempre hay armonía con las relaciones de poder existentes.

En la revolución hay muchos momentos, sucesos y procesos, igual que en la vida misma. Hay infancia, adolescencia, juventud, vejez y muerte. También resurrección, nuevas condiciones y nuevos cambios hasta la consumación de los siglos. Está el momento de tomar el poder, destruyendo el viejo y construyendo el nuevo, y está el momento de transformar la realidad que motivó la revolución. Esto último es el camino de la verdad de la revolución. Sin la toma del poder no hay revolución, pero sin cambios verdaderos la toma del poder deja de ser revolucionaria.

El gobierno puede ser administración pública, lo que siempre será necesario mientras exista vida colectiva. Pero el poder es también una relación de fuerzas, donde existen dominantes y dominados. Los dominantes tienen el instrumento de la fuerza -el ejército-, los dominados padecen ese instrumento represivo. Durante la lucha todos somos iguales. Si hay alguien con mayor autoridad es porque es más abnegado y sacrificado por la causa, pero cuando se

toma el poder y se gobierna por la fuerza, aparecen de nuevo todas las jerarquías del poder. Entonces la administración se convierte en gobierno sobre la voluntad de los hombres, es decir, en poder.

Como decía uno de los primeros socialistas, Saint Simon: *“en el socialismo, el gobierno sobre los hombres será sustituido por la administración de las cosas”*. Como pasa actualmente en la administración de correos o en los servidores de internet, donde el servicio de distribución o el servidor no necesitan reprimir a la gente, puesto que todo mundo está de acuerdo con lo que se hace. Un revolucionario cubano llamado Camilo Cienfuegos decía que en la revolución, el ejército se convierte en el pueblo uniformado. Un gobierno puede gobernar por la fuerza y se convierte en poder, o puede gobernar por consenso y se convierte en administrador de las cosas del pueblo. En una sociedad donde todo mundo está de acuerdo en usar semáforos, no hay necesidad de que exista un ejército para obligar a la gente a usarlo, basta con un policía que vigile, a fin de que las cosas funcionen bien. Todo se remite a educación. Por eso es que lo primero que hace toda revolución es comenzar a educar a la población en su conjunto. Sin educación no hay revolución.

En la vida de una revolución encontramos dos momentos principales. El primero es cuando los marginados se revelan contra un tirano que gobierna por la fuerza y luchan por la libertad y por la justicia. A esta parte se le llama revolución política o revolución democrática, verdadero idilio entre revolución y amantes. Pero aún aquí, la participación de la gente siempre es bien limitada. El segundo momento es cuando tenés que usar el poder para cambiar las cosas que se resisten a cambiar, aquí comienza la revolución social. En ese momento te encontrás ciertamente con gente que no quiere cambiar las cosas y se resisten y hasta llegan a adversar a la revolución, comienza así una contrarrevolución. Y frente a quienes no están de acuerdo con la revolución, frente a quienes adversan la revolución, comienza el poder revolucionario a funcionar en forma coercitiva. En esto el paradigma sigue siendo la revolución francesa, es decir, la revolución burguesa.

Toda revolución verdadera comienza violentando el viejo orden, recurriendo a las formas más violentas, como la llamada época del terror durante la revolución francesa. Y eso que las revoluciones burguesas se ampararon del poder político una vez que ya existía una clase de grandes empresarios con suficiente hegemonía en el mercado, por lo que pronto, históricamente hablando, pudieron gobernar democráticamente, ya que cuando tomaron el poder, el capitalismo ya estaba prácticamente funcionando. En cambio, cuando las revoluciones socialistas tomaron el poder, el socialismo apenas existía en la cabeza de los revolucionarios, teniendo que recurrir a crearlo desde arriba. En el socialismo, hasta que se toma el poder político es que la gente tuvo que aprender a vivirlo y a pensarlo al mismo tiempo, la revolución tuvo que prolongar la fuerza, sobre todo ante sus enemigos, antes de gobernar tranquilamente y en forma totalmente democrática. La revolución se comporta entonces como una revolución desde arriba, desde el poder. Como vemos, el poder es la cosa más contradictoria del mundo, se toma para liberarse, se toma para cambiar las cosas, pero tiene que disiparse para poder mantener la voluntad colectiva. La revolución socialista, por supuesto, no ha sido una excepción. El momento democrático de las revoluciones aparece mucho tiempo después. En América Latina, primero aparecieron las guerrillas en abierta lucha armada contra las dictaduras militares, últimamente los cambios democráticos pugnan por instalarse.

Pero mientras se hace la revolución, el poder se padece, el poder es injusto, el poder te aplasta, hay que desafiar el poder y el orden, hay que tomarse el poder, de lo contrario, no hay liberación ni revolución.

Los manuscritos encontrados en el Bunker

Al igual que el amor o la misma vida, la revolución se goza y se sufre. Hay muchas maneras de sufrir. Una de las peores es la cárcel o pérdida de libertad. Cuando se tiene, la libertad no se aprecia mucho, pero cuando se pierde, se convierte en lo máspreciado. Lenín decía que el revolucionario tiene que ser lo suficientemente astuto para no caer preso, pero ya sabemos que eso no siempre es posible. Los aparatos de seguridad son cada vez más sofisticados.

La detención por un aparato de seguridad es muy tensionante y significa el fin de las ilusiones y de toda esperanza. La primera vez que padecí tal infortunio fue durante unas navidades en Madrid en 1968. Había logrado comprar un pasaje para viajar a Ibiza con mi novia, para lo cual tuve que vender sangre en un hospital, pues no nos ajustaba el dinero que teníamos. Ya había vendido sangre otras veces, muchos estudiantes lo hacíamos cuando andábamos sin dinero. La primera vez fue para comprar un pasaje a Alejandría, en barco desde Barcelona.

Una noche antes del viaje, como a las dos de la mañana llegaron dos matones del aparato de seguridad del régimen franquista y sin apenas recuperarme de la sorpresa, ya estaba encañonado con una pistola. Los golpes y las torturas se convirtieron en un vía crucis de nunca acabar. Interrogatorios sin horario. Estuve recluido en la Plaza del Sol, en el sótano de una mazmorra medieval donde no se sabía si era de noche o era de día. Húmeda y silenciosa. El único ruido aparecía cuando el carcelero me llevaba una sopa hecha de espinas de pescado y cáscaras de papa. Cuando después de 45 días me dijeron que me iban a deportar a Francia apenas me lo creía, pues estaba seguro que me matarían antes.

Otra vez fue en Tegucigalpa, Honduras. Desde ahí me llevaron a Managua y me alojaron en el Bunker, donde quedaban las instalaciones de la presidencia y las mazmorras de los aparatos de seguridad del somocismo. Pasé otros 45 días, esta vez con una capucha negra hasta el pescuezo. Estaba en una oficina aislada con ventanas hacia la laguna de Tiscapa, pero al igual que la vez anterior, todo era oscuro en derredor. La verdad es que estos no son recuerdos para recordar, incluso suelen olvidarse muchos detalles. Por razones del destino, estos detalles los encontré en un manuscrito en uno de los escritorios del Bunker, unos días después de la victoria insurreccional sobre el régimen somocista. Quise guardarlo para enseñárselo a mis hijos, pero no lo hice y no sé por qué, quizás porque tendría que completarlo con algunas reflexiones que hoy tengo oportunidad de hacer.

Lo primero que se me vino a la cabeza en aquel mundo de la capucha negra era la bandera rojinegra. La bandera rojinegra de Sandino y la bandera rojinegra del FSLN, era un símbolo de rebelión y de esperanza. Los guerrilleros de Sandino usaban un pañuelo rojinegro alrededor del cuello. Los guerrilleros del Frente Sandinista utilizaban el pañuelo como un pasamontaña para taparse el rostro a la altura de la boca. Para unos era un distintivo, para otros una seguridad frente a quienes pudieran reconocerlos. La capucha negra es otra cosa.

Es un trapo negro que usan los verdugos para cortarle la cabeza a sus víctimas. Estamos en pleno desarrollo de los acontecimientos donde el poder mora.

El guerrillero que andaba un pañuelo rojinegro es un guerrillero libre, aunque ande clandestino. Un guerrillero encapuchado con una capucha negra es un guerrillero hecho prisionero, clandestino para quienes lo cuidan y para quienes lo torturan.

Andar clandestino no es agradable del todo. Uno añora la libertad total, su identidad pública, la comunicación con el mundo. Hay guerrilleros que andan libres, sin pañuelo rojinegro en el rostro, nadie sabe que son guerrilleros, ni sus propios compañeros, pues son soldados con pseudónimos, trabajando bajo su identidad cotidiana. Sólo la misión los distingue del ciudadano común y corriente. En aquella época se les llamaba cuadros legales. El guerrillero clandestino es menos libre que el guerrillero que lucha en la montaña. Además del poder represivo del aparato militar, está el poder del orden, el legal, el cívico y el cultural.

El guerrillero hecho prisionero es también un cuadro clandestino, sospechoso quizás de ser un guerrillero, pues hasta que no confiesa sus pecados mantiene su clandestinidad. El guerrillero que tiene una capucha negra es el menos libre de todos. Un guerrillero encapuchado no es libre ni siquiera para contar su pasado, al menos no todo su pasado. Durante el somocismo, guerrillero es sinónimo de revolucionario, es decir, un fuera de la ley y el orden.

La capucha negra que le ponían a un ciudadano sospechoso del delito de ser guerrillero era una protección, para el guerrillero y para el verdugo. Mientras dure la capucha negra, la vida del guerrillero está asegurada. Cuando me pusieron la capucha negra con dos pequeños orificios a la altura de la nariz, para poder respirar supuestamente, me produjo cierta seguridad, aunque las trompadas y las patadas, los chuzos eléctricos y las esposas que te aprietan las muñecas saben mucho peor cuando uno está completamente a oscuras.

¡Primero que se confiese, después que se muera!, ordenó un oficial de seguridad, aludiendo a los comentarios de sus subordinados. Tengan cuidado decía uno de ellos, estos comunistas son tan fanáticos que para hacernos quedar mal son capaces de ahorcarse. Otro sugería: *que duerma con esposas porque por la noche se puede tirar a la laguna.*

Cuando uno se va a morir, cuando se confiesa o cuando escribe una novela no le importa contar su vida. Pero en ocasión de un interrogatorio las cosas cambian, uno tiene que contar su historia salvando aquellas cosas que te pueden comprometer y hay que contarlas al pie de la letra, pues quien te interroga te hace las mismas preguntas varias veces. Equivocarse debilita la veracidad o verosimilitud del relato y eso significa varias sesiones más de tortura. Uno se siente desnudo espiritualmente, mucho más desnudo que cuando te tienes que quitar la ropa en un cuarto frío para los ejercicios de tortura.

En el confesionario uno apenas mira la sombra del sacerdote, sólo escucha su voz, recomendaciones, penitencias y absoluciones. En un interrogatorio todo es incertidumbre, amenaza, zozobra. Las torturas se vuelven una forma de comunicación. El deseo de ver al verdugo se convierte en una peligrosa tentación, apenas protegida por una capucha negra con dos pequeños orificios como los que deja el vampiro cuando te chupa la sangre, aunque lo suficiente para que desde un cierto ángulo puedes verlo. Si el torturador se da cuenta que lo miraste, te puede costar la vida.

A medida que pasaban los días, aquella situación se volvía desesperante por incierta y porque se va acabando la paciencia de tener que padecer aquella ignominia. Los padecimientos físicos no eran tan torturantes como los psicológicos.

Una vez que triunfó el Frente Sandinista, todos teníamos curiosidad de saber los secretos del dictador. Las escrituras de sus propiedades hipotecadas. Fotos de tristes recuerdos. Y por supuesto las fichas de los presos políticos. Al entrar al Bunker vinieron a mi memoria los aciagos días de cárcel y aquellos interrogatorios de nunca acabar. Los golpes e insultos, las largas noches llenas de pasos apresurados, el chuzo eléctrico que te metían en el trasero, las simulaciones de ahogamiento en tinas de agua. Las sorpresas a cada minuto. La madeja de atajos para evitar los puntos críticos de aquel examen interminable, mentir y escabullir los lugares más comprometedores o tortuosos que pudieran comprometer mi ansiada libertad. Ahí estaban mis declaraciones con punto y coma, algunas de mi puño y letra, otras redactadas por ellos mismos, con anotaciones que delataban las trampas psicológicas de los interrogatorios.

Ese fue mi examen más difícil. Ellos querían saberlo todo y yo contarle todo, todo menos el verdadero pecado para la guardia somocista: haber estado en un campamento cubano. Al comienzo ambos jugamos el juego y gracias a un familiar mío que había sido compañero de escuela y de barrio del General Genie, jefe de la seguridad del dictador, salí libre y con vida, escoltado por un par de palmeras que se mecían como celebrando mi libertad. *“Se lo entrego sano y salvo, pero que se vaya del país, pues si se queda lo va a matar la guardia”*, le dijo el General a mi tío.

Aquellos interrogatorios fueron como un viaje encapuchado al pasado.

Los recuerdos-interrogatorios en el Bunker tuvieron que remontarse a 1965, durante un viaje a Rumanía. En el verano anterior, luego de cortar fresas al norte de Inglaterra, había conocido a una amiga en Londres, era comunista y me hizo visitar la tumba de Marx y el Museo Británico donde Marx investigaba y en el que escribió gran parte de sus obras. Era estudiante de literatura y fue quien me habló por primera vez de la historia del Conde Drácula, ilustrado en la novela de Stocker que ella misma me regaló. Desde entonces los Cárpatos rumanos me atraían sobremanera y hacia allá me dirigí en cuanto pude. Nada me hacía más ilusión que conocer el castillo donde según la literatura había vivido Nosferatu el vampiro. Después hubo algo que me hizo más ilusión que las aventuras del Conde Drácula, como fue visitar el Mar Negro con una compañera de viaje. Aproveché un congreso estudiantil para tener un pretexto más aceptable para estar en Rumanía.

Cuando regresé por primera vez a Nicaragua me detuvieron, diciéndome que uno de mis pasaportes estaba manchado por haber viajado a los países socialistas. Ciertamente, durante el somocismo los pasaportes tenían una advertencia: prohibido viajar a los países socialistas. Las prohibiciones eran parte del poder, eran legales y quien las infringía se sometía al juicio y castigo de la ley. Durante el somocismo las leyes estaban legitimadas y resguardadas por quienes las cumplían y por las penas que quienes las burlábamos teníamos que cumplir.

Pensé que sería una cosa pasajera, pues para mí viajar a Rumanía no tenía importancia política. En primer lugar porque para un joven que se había empezado a politizar bajo el

espíritu libertario de aquellos años, aquel país no tenía nada de socialista y por lo tanto nada de prohibido, en segundo lugar porque ingenuamente pensé que mi posterior estancia en un campamento cubano durante el verano de 1968 era un secreto que ni la inteligencia gringa lo sabría, menos la poca inteligencia que había en los servicios de seguridad del aparato somocista. Me equivocaba, la inteligencia militar somocista siempre se alimentó de la materia gris de los servicios de la inteligencia norteamericana.

Los interrogatorios en el Bunker tuvieron lugar entre diciembre de 1969 y febrero de 1970, yo tendría un poco más de veinte años. Al comienzo tuvieron mucha paciencia conmigo, a juzgar por el tiempo que me dieron para que contara mi vida. Tenía que contarle todo, desde que salí hasta que regresé a Nicaragua. Aproveché para recordar los primeros años de mi adolescencia. Era una manera de pasar el tiempo, pues no tenía otra cosa que hacer, ni otra experiencia que debía contar.

Comencé con la biografía más elemental. Mi madre era maestra rural, mi padre pequeño productor y escribano de la municipalidad. Mi vida transcurría entre los quehaceres domésticos y la escuela primaria. Ser el primero de la clase era para mí tan incómodo como ser el último, ser buen alumno era casi como humillar a los demás y ser mal alumno significaba defraudar a mis padres. Creo que desde ahí comenzaron mis antipatías y tribulaciones frente a la jerarquía y las incomodidades que aquella generaba, todas me sonaban a privilegios mal ganados o a castigos injustos. Al final de mis estudios de primaria rogué a mis padres permitirme no aceptar una beca que el inspector del departamento me entregó para estudiar magisterio en la Escuela Normal de San Marcos. Una estupidez, pues mis padres difícilmente me podían enviar a estudiar por su cuenta. La verdad es que me parecía más interesante ser bachiller, máximo grado académico conocido en aquel poblado, que ser maestro. El director de mi escuela era bachiller y parecía saberlo todo.

Otra profesión que me parecía interesante era ser aduanero. Yo vivía enfrente de la Oficina de Aduanas, una casa como otra cualquiera, a no ser por el ajetreo de oficiales entrando y saliendo a toda hora del día o de la noche. Era un cuerpo cívico-militar, diferente a la Guardia Nacional de Somoza, pero el más importante del pueblo, quizás por la cercanía con la frontera hondureña. Lo poco que yo sabía de ellos es que correteaban y hasta se mataban con los contrabandistas, todo por proteger al fisco y a los comerciantes legales. Los guardias, en cambio, protegían las fincas ganaderas de los robadores de ganado. Lo que más me llamaba antipáticamente la atención era los rangos o jerarquía entre ellos. Los de más alta jerarquía trataban como sirvientes a los de más baja jerarquía. Los aduaneros ganaban más que las maestras y más que los escribanos de la Alcaldía, aunque estos últimos ganaban más que la gente que cortaba algodón en las haciendas de Chinandega.

El pueblo tenía unos dos mil habitantes, incluyendo las comarcas aledañas. Sin embargo, las autoridades, entre guardias, aduaneros y administradores, no pasaban de diez personas. Aparentemente, tomar el poder en aquel poblado parecía fácil. Aunque entonces nadie pensaba tomarse el poder en el poblado. De todas maneras el poder no era solamente un cuartel con cinco guardias, una oficina de aduana con tres aduaneros armados y un juzgado con dos funcionarios, el juez y el secretario.

El poder es algo más que un cuartel. Estaban los tres ricos del pueblo, que tenían mucha autoridad, el cura, que tenía mucha autoridad espiritual, los maestros, que tenían mucha autoridad sobre la gente. Todo el pueblo tenía metido en la cabeza que había que respetar y

obedecer a las autoridades. Igual que pasa en una casa familiar, donde el papá sólo es una persona y aunque los hijos y sobrinos sean muchos, todos están de acuerdo en respetarlo y obedecerlo. Igual que pasa en una hacienda, donde sólo existe un patrón y decenas de peones, pero donde todos están de acuerdo en respetar y obedecer sus órdenes. En otras palabras, el poder no es solamente la voluntad de poder de las autoridades, ni las armas que puedan tener, es también la voluntad de obedecer y sobre todo el miedo que existe en la gente. En última instancia, el poder está tanto en la dominación como en la subordinación.

El poder del somocismo estaba basado en la obediencia a las leyes y la autoridad, en creer que derrotar a Somoza era una cosa imposible. Todo poder se beneficia del gran poder que significa el orden público. Para la gente pobre y sencilla lo posible alcanza en el ojal de una camisa, lo posible tiene estrechos horizontes. El poder es el miedo al castigo. Cuando cometés un pecado o un delito, de acuerdo a lo que piensan las autoridades y a lo que piensa la gente que respeta y obedece a esas autoridades, te sentís solo y abandonado por todos, sentís miedo de que se repita el castigo que ya tuviste de tus padres, maestros o de las personas mayores cuando eras chiquito.

En aquel poblado alguna gente se había rebelado contra los guardias, los aduaneros y el juez, pero todos eran buscados y apresados, golpeados y sentenciados a duras penas de prisión. Como decía un amigo de mi padre, acostumbrado a las vendettas de las comarcas: esa familia (la Guardia) es muy grande, nunca se termina, por más que le matés a muchos de ellos.

Volviendo a los interrogatorios del Bunker. Algunos eran importantes, por el rango de los interrogadores, otros eran menos importantes. Por las noches, la confesión continuaba con los vigilantes. Algunos viejos, otros jóvenes. Con ellos la cosa era diferente, ambos hablábamos, cada uno de sus propios recuerdos. Aunque yo procuraba contarles el lado cotidiano de mi vida, la infancia, la aventura para viajar a Europa, la pobreza de mi familia, el mal que les estaba causando por el error de mis captores, teniéndome ahí en el Bunker sin razón alguna. Durante esos interrogatorios me di cuenta que teníamos mucho en común. Bueno casi todo. La diferencia era el papel que cada uno de nosotros jugaba en aquella celda. Todo lo que yo pudiera contarles de mi infancia, me lo podían contar ellos a mí. Todos tenían origen campesino o eran hijos de campesinos. Se habían metido a trabajar en los servicios secretos por necesidad, como ellos mismos decían.

Uno de ellos me dijo. *Quítese la capucha. Yo no tengo nada contra usted y estoy seguro que usted no tiene nada contra mí.* Dudé un poco, pues sabía que era peligroso. Insistió y hasta me solicitó que le ayudara a responder algunas tareas para hacer en casa. Acepté de buena gana. Otro de ellos era originario de una comarca cerca del pueblo donde yo me había criado. Juntos recordamos aquella geografía.

El viaje en carreta y a caballo por el llano, en bote y tren por esteros y litorales hasta la ciudad capital. Pero ni modo, había que salir del pueblito para poder estudiar. El lento caminar de los bueyes, embozados en una carpa de cuero de vaca, precioso techo contra la intemperie, el tigre, la lluvia, los monos que caían de los árboles, el sereno y el frío de la noche, el solazo y la calor del día, el ruido ensordecedor de las chicharras durante el día, el zumbido amenazador de los zancudos durante la noche. Los bueyes apenas sacaban la cabeza por encima de los lodazales y el viaje se hacía interminable. El olor era inolvidable, lo reconocería de inmediato, a cuajada seca y sudor acumulado, a cuero mojado y telas

orinadas. Todos juntos al interior de la carreta, pero cada uno con sus propios pensamientos. Después había que avanzar a caballo. La carreta se regresaba y nosotros continuábamos el viaje. Los mayores conducían los caballos, los menores íbamos sentados en las ancas. Llegábamos con las nalgas sofornadas, sin poder apenas caminar, casi tullidos, buscando cualquier cosa para mitigar el dolor en la mancuerna.

En el puerto del Estero Real, una lengua de mar que entraba del Océano Pacífico, tomábamos el bote y nos alejábamos de aquella montaña espesa, negra y chorreada de agua todo el tiempo. El bote llevaba un motor de gasolina fuera de borda; a los lados, una gran pared verde parecía retroceder, mientras nosotros nos deslizábamos hacia adelante. Por fin llegamos a Puerto Morazán. El tren esperaba humeante, los vagones pegados uno a otro hasta llegar a la locomotora, negra y brillante, como recién lustrada con contil. Al avanzar se mecía de un lado a otro, sacudiéndose ligeramente hasta que se detenía. Nosotros viajábamos en segunda clase, otros en tercera clase y otros en primera clase.

Aquellos recuerdos también estaban llenos de penalidades, tanto de los demás como las mías propias. Pero contándolos uno se reconfortaba, pues nada era igual a la situación de estar preso. Pensé en la revolución como en una muchacha por la cual había que sacrificar lo que fuera necesario para poder alcanzarla.

Mi primer flirteo con la revolución ocurrió durante una noche en la que uno de los primeros combatientes urbanos del Frente Sandinista, Julio Buitrago, nos hizo escuchar un discurso de Fidel Castro, que contaba lo que realmente pasaba en la vida diaria de los pueblos latinoamericanos y nos conminaba a rebelarnos para cambiar las cosas. Corría el año de 1959 o de 1960. Desde entonces, Cuba ha sido, para los latinoamericanos, el símbolo y paradigma de la revolución.

No recuerdo si lo escuchamos por Radio Habana-Cuba o por una grabación en disco, pero la verdad es que fue suficiente para comenzar a cultivar ideales justicieros. Años después la guardia somocista mató a Julio. Yo me bachilleré y me fui del país. Era la época de la fiebre del oro blanco, como los ricos llamaban al cultivo del algodón. Los campesinos abandonaban sus parcelas y se iban a trabajar a los algodones. Los niños dormían a la orilla de las alambradas, mientras sus padres cortaban algodón bajo el abrasador sol del trópico occidental. Con un saco al hombro en los algodones, hombres y mujeres se ganaban la tortilla y los frijoles de cada día. En los algodones casi no se veían soldados, pero todo aquel paisaje estaba atravesado por relaciones de poder. El poder del macho sobre las hembras, el poder del capataz sobre ambos, el poder del mandador sobre el capataz, el poder del administrador sobre el mandador, el poder del hacendado sobre todos ellos, el poder del banquero sobre el hacendado, el poder de los exportadores sobre los productores pequeños y medianos, el poder del chulo que administraba los burdeles a la entrada de las grandes haciendas y que vivía del servicio sexual de aquellas pobres muchachas, familiares de los trabajadores del algodón.

Pensé que mi suerte no había sido tan mala como la de aquella gente. Sin embargo, el sufrimiento no tiene comparación. Se sufre individualmente y el sufrimiento de los demás no logra calmar tu sufrimiento.

Durante la secundaria participé en algunas escaramuzas estudiantiles. La que más recuerdo fue una manifestación contra una matanza de estudiantes por la Guardia Nacional. Los que

participábamos nos sentíamos movidos por pura solidaridad. Los que no participaban insistían en que no lo hiciéramos: *Te pueden matar; de todas maneras no los vas a resucitar. Tus padres te mandaron a estudiar con mucho sacrificio, no los defraudes. Qué ganás con andar en eso. Pensá en tu futuro, pronto te vas a bachillerar. Imaginate que te pase algo. Cómo lo van a resentir en tu casa.* Aquellas palabras tenían fuerza y nos hacían dudar. Somoza no lo sabía, pero aquellos sentimientos de compromiso familiar le ayudaban a mantenerlo en el poder, pues funcionaban como una prisión invisible y permanente. Me molestaban más aquellas recriminaciones que el miedo que le tenía a la guardia. Me sentía culpable y malagradecido con mis padres. El último empujón para salir de la duda me lo dio el ejemplo de una linda muchacha, quien al decir de los profesores andaba metida en el Frente Sandinista, ella cursaba los años superiores y yo los primeros años del bachillerato. Andaba con el hermano de un compañero de clase y de cuarto. Fue como la imagen de la revolución para muchos de nosotros. Años después esa bella muchacha fue apresada y torturada por la guardia del dictador, como muchas otras muchachas.

La misma advertencia me hacía el señor que me cuidaba por las noches en el Bunker, al hablarme de prisioneros políticos conocidos que ahora estaban muertos. Me relataba el sufrimiento de las madres de aquellos muchachos y de la importancia de ser alguien en la vida; comparaba las oportunidades que ofrecía el gobierno con el destino de muchas muchachas, que por andar en la guerrilla fueron maltratadas por la Guardia. ¿Es cierto que en Europa hay unos trenes que tienen aposentos y vos podés acostarte con una muchacha?, me preguntó uno de los vigilantes del Bunker, aburrido de mis cuentos de estudiantes y deseoso de satisfacer una sensual curiosidad. Le conté un par de aventuras, exagerándolas un poco por el lado vulgar y libidinoso, con lo que me gané una naranja cortada en gajos. Me indicó que era hora de dormir, lo que aproveché para seguir recordando, esta vez a mi gusto y antojo aquellos años juveniles. Sentí que me estaba pasando, incluso simpatizando con el enemigo. La verdad es que no sentí tanto odio como el que sentí con el español franquista que me golpeaba la cara y me decía *qué hace un indio jodiéndonos la paciencia, después que le permitimos estudiar aquí en España.* Al menos con el vigilante de mi pueblo que me interrogó en el Bunker, no mediaba ningún sentimiento racista que nos perturbara la relación política, enfrentada cada uno a su manera. Preferí pensar en cosas más agradables.

En uno de los veranos, mientras trabajaba en un restaurante sueco, conocí a unos muchachos latinoamericanos que estudiaban en Leningrado y viajaban por barco hasta Estocolmo. Ahí surgieron las discusiones sobre el tipo de socialismo para los países latinoamericanos. Los muchachos que estudiaban en la Unión Soviética se inclinaban por el socialismo leninista, despreciando lo que ellos llamaban el *socialismo color de rosa* de los suecos. Para mi recién estrenada cultura libertaria, Suecia se acercaba más a mis fantasías político-culturales. La educación y la salud eran gratuitas, había libertad sexual a niveles que nunca me lo hubiera imaginado, el Estado apenas se hacía presente a través de los policías que cuidaban los parques, el excelente nivel de vida parecía garantizado para todo mundo gracias a una estructura tributaria inmensamente progresiva. Además, la juventud sueca estaba en contra del Apartheid en África del Sur y contra la invasión norteamericana en Vietnam. Los camaradas a su vez me hablaban de las grandes corporaciones suecas y del intercambio comercial desigual entre los países europeos (incluyendo los países escandinavos) y nuestros países latinoamericanos.

Las discusiones terminaban cuando los más sensatos del grupo decían: primero pensemos como hacer la revolución y después veremos qué socialismo vamos a construir. Otros

citaban a Mao: *“la revolución está en la punta del fusil”*. En la cultura de aquellos tiempos, la revolución era sinónimo de tomar el poder, tomar el poder sinónimo de lucha armada, lucha armada sinónimo de guerrilla y así hasta llegar al Estado y poner las cosas boca arriba.

La solidaridad con la revolución vietnamita nos unificaba a todos. Un pueblo que había sido ocupado muchas veces, primero por los imperios asiáticos, después por los imperios occidentales. El orgullo occidental no soportaba que un puñado de pequeños hombrecitos y mujercitas haya puesto en jaque y derrotado al ejército francés. El gobierno gringo no había perdido una sola guerra en su contemporánea historia como invasor imperialista y todo el mundo pensaba que todo era cuestión de tiempo para que Vietnam cayera. La revolución soviética y la revolución china apoyaban a los patriotas vietnamitas que habían cometido el delito de haber escogido el socialismo como régimen de gobierno y como opción social de vida.

Los poblados vietnamitas eran bombardeados inmisericordemente por el ejército invasor estadounidense. Bombas de Napal caían por todo el territorio y causaban destrozos infernales a la población. Los vietnamitas dormían en refugios, las escuelas y los hospitales fueron construidos bajo tierra para poder soportar el bombardeo de los modernos aviones de Estados Unidos. Morían muchos vietnamitas, pero también morían muchos yankees. Los jóvenes del mundo entero nos sentíamos moralmente muy mal, siendo testigos pasivos de aquella masacre. ¿Qué hacían los soldados gringos a miles de millas de su país, desbaratando la libertad y la soberanía de un pueblo?

Para mí no fue tan fácil solidarizarme con los vietnamitas. El gobierno de Vietnam era comunista al estilo leninista, es decir, estatista, gobernado por un partido y con una férrea burocracia a la cabeza del Estado. Para un libertario aquello era suficiente para adversar a dicho gobierno. Finalmente y hasta con cierta vergüenza comprendí que se trataba no solo de una guerra militar, sino de una guerra política entre dos fuerzas. El adversario principal eran los gringos. La justicia universal estaba con Vietnam. Y Vietnam no era solamente un gobierno, también un pueblo martajado por la bota militar estadounidense. Disyuntivas como aquellas las tendría toda mi vida.

En el Bunker repasaba todos aquellos parajes. Ellos daban vuelta y vuelta alrededor del verano en que estuve en Cuba. Yo procuraba no recordarlo y sacarlo de mi memoria. Antes de cada interrogatorio remachaba para mis adentros aquella frase de mis compañeros libertarios: *cuando te agarren, tienes que negar hasta lo evidente*. El oficial de seguridad me entregó una noticia que por su gesto y el contenido de la misma, me hizo sospechar que sabían más de la cuenta y que su paciencia estaba llegando al límite: *tu hijo murió al nacer en un hospital alemán*, me dijo. Yo no había dicho que mi mujer estaba embarazada. Dichosamente sólo fue una frase para mostrar el odio que algunos oficiales quisieron mostrar ante mi silencio. Al salir de la cárcel supe que no era cierto, pero ya había sufrido suficiente.

La verdad es que el itinerario que yo quería ocultar era el itinerario París, La Habana. Un recorrido de las barricadas del mayo francés, a un campamento en la Sierra de los Órganos en Cuba.

Para un prisionero político todo termina cuando te matan o cuando te sueltan. Para mí todo terminó con un simulacro de fusilamiento. Eran las 2 de la mañana. El muchacho que me cuidaba me despertó y me miró con una mirada de lástima. Yo pensé que lo que venía era

una jornada de tortura. Luego llegó un oficial y me dijo, *vos lo quisiste*, me tomó del brazo y me quitó las esposas de las muñecas. Salimos a la orilla de la laguna de Tiscapa. Había un viento fresco. Me sentaron en un taburete arrimado junto a la pared de las oficinas y me amarraron las muñecas por detrás. Un periodista del periódico de Somoza, *Novedades*, me empezó a tomar fotos desde varios ángulos. Enseguida alguien por detrás me vendó poniéndome en forma desordenada un pañuelo alrededor de la cabeza. Estaba tan mal puesto, posiblemente a propósito, que pude ver a un guardia con un fusil en las manos. La verdad es que todo aquello me pareció un verdadero teatro mal interpretado. Nunca llegó el disparo. Sentí que después de eso nada podría sucederme. Efectivamente, al día siguiente me soltaron.

Barricadas, campamentos y ciudades insurrectas

La generación rojinegra tuvo la oportunidad de vivir varias experiencias revolucionarias en Centroamérica, El Caribe, Sudamérica, Asia y Europa. Participó en procesos donde se luchaba por la liberación nacional o por la emancipación social, contra el colonialismo europeo o el imperialismo estadounidense, contra el capitalismo o contra el socialismo burocrático, contra la cultura autoritaria o contra la civilización patriarcal.

Mi primera visión seria de la política la tuve a través de unos compañeros ácratas españoles. Reconozco que ellos fueron mis más cercanos mentores y la universidad madrileña el espacio de acción más frecuentado. Los libertarios, como se hacían llamar mis compañeros, me entregaron un librito llamado *catecismo revolucionario*, una extraña combinación terminológica. El primer mandamiento comenzaba así: "*nadie está obligado a cumplir ningún artículo de este catecismo*". En tanto que estudiantes o intelectuales activos y solidarios del movimiento obrero, tuvimos dificultades para visitar las fábricas obreras españolas, pues el Partido Comunista era muy celoso de su influencia entre los sindicatos. A pesar de ello lográbamos infiltrarnos, grabábamos cintas magnetofónicas con el *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels y las llevábamos a las fábricas. Después nos fuimos para París, lugar de residencia de la insurrección generalizada.

Aquel verano fue uno de los más calientes en la vida política revolucionaria de la Europa contemporánea. La más radical de las revoluciones. Francia fue uno de los primeros países en iniciar una insurrección explícita y simultánea contra el capitalismo y el socialismo de Estado, contra la cultura patriarcal, depredadora y consumista de la globalización actual. Esta insurrección es conocida como los sucesos de mayo del 68 (1968), que se extendió por todas las capitales de Europa, tal como mucho antes lo había hecho la revolución francesa de 1789. Llegamos cuando la huelga general estaba en pleno desarrollo, la basura yacía amontonada en las aceras de las grandes avenidas, podíamos dormir en cualquier parte, pues todo estaba ocupado por los *Comités de Acción*. Quizás la mayor experiencia revolucionaria de todo este ramillete lo representó el movimiento ocupacionista de mayo 68, experimentado en muchas capitales del mundo, especialmente en Francia. Una explosiva alianza entre estudiantes radicales y obreros organizados, todos haciéndose cargo de gestionar directamente los centros del poder, las fábricas, las instituciones. El fin de la empresa privada y el comienzo de la autogestión generalizada.

Y nosotros que la quisimos tanto, escribiría Daniel Cohn Bendit, 20 años después de los acontecimientos revolucionarios de mayo 68, indagando el destino actual de los que

participamos en aquella epopeya post-moderna. Unos estaban presos, otros se desencantaron y otros ocupaban puestos en algunos parlamentos, como es el caso del propio Cohn Bendit, representante del partido los Verdes en el Parlamento Europeo. Salvar el medio ambiente es una de las nuevas banderas de la revolución contemporánea. Alguna gente piensa que la depredación de la naturaleza por parte de las grandes corporaciones, o la marginación y desempleo de la gente, es más desastrosa que la explotación de clase que se hace a través del trabajo.

Muchos de los intelectuales de aquella época prácticamente traicionaron la revolución.

En la revolución de mayo, había muchas corrientes, la que más me cautivó fue la de un grupo que nació en Nanterre y se llamaba 22 de marzo, dentro del cual se destacaba un muchacho de 22 años (Daniel Cohn Bendit) mitad francés, mitad alemán. Finalmente, mi simpatía se desplazó progresivamente hacia los *situacionistas*, quizás porque algunos de los más connotados líderes de este movimiento, habían sido los profesores que más me habían cautivado en la universidad. Aunque Cohn Bendit era la vedette del movimiento sesentayochesco francés, no era el mayor representante de *Los Rabiosos* (*Les enragés*), como se autollamaban aquellos anarquistas, parodiantes de los movimientos más radicales de la primera revolución francesa. La historia se repite de muchas maneras, decían nuestros ilustres y mundialmente conocidos profesores, mientras nos contemplaban pintando sobre los frescos de los muros universitarios la frase que más nos deleitaba: “*La humanidad no vivirá tranquila hasta que el último de los capitalistas sea ahorcado con las tripas del último burócrata*”. Montesquieu había dicho lo mismo, doscientos años antes, pero aludiendo a los curas y a los militares. En las escaleras hacia la buhardilla donde nos alojábamos, las pintas eran más íntimas, entre ellas había una que nos atraía sobre manera por su crítica mordaz al matrimonio patriarcal: *la monogamie est une masturbation a deux* (la monogamia es una masturbación entre dos).

Daniel el rojo, bautizado así por los medios, líder de los estudiantes insurrectos y tan joven como nosotros, era un brillante orador. “*Aquí hablan hasta los traidores*”, dijo en la Asamblea de la Sorbona, mientras entregaba el micrófono al Secretario General del Partido Comunista Francés. De aquellos muchachos aprendí el significado del fascismo rojo representado por el estalinismo y del catolicismo fascista encarnado en los líderes del Opus Dei de la España franquista. Yo me identificaba con los anarquistas, pero algunas veces recordaba a un amigo del Partido Comunista Francés que me había alojado y me ayudó a conseguir asilo político en Francia cuando me expulsaron de España. No pude destronar del recuerdo la gratitud hacia aquel muchacho del Partido Comunista que había conocido en el campamento 5 de mayo en Cuba. Hay que ser agradecido, me dije. Mi familia es católica, pensé, y me quieren como si yo fuera un santo.

El movimiento de ocupación rápidamente se extendió a una gran parte de las fábricas francesas. Todo era apasionante pero disperso, nadie coordinaba aquel movimiento que se radicalizaba solo, desde las calles, los colegios de secundaria, las universidades, las fábricas, incluso algunas escuelas militares. Las bases del Partido Comunista y los sindicatos bajo su influencia se sumaron finalmente al movimiento de ocupación y llamaron a la huelga general, pero sus dirigentes no tenían en su agenda un proyecto revolucionario de tal envergadura, a pesar de ser uno de los partidos mejor organizados del mundo. Uno de los intelectuales de la época, Sartre, sintetizaba las limitaciones del movimiento diciendo: *no se puede hacer la revolución sin el Partido Comunista, tampoco se puede hacer con el Partido*

Comunista. En aquella época había comunistas que combatían y había comunistas que se burocratizaban y pactaban con el poder.

Las revoluciones latinoamericanas no fueron hechas por los partidos comunistas, pero en las pocas revoluciones triunfantes, los movimientos guerrilleros una vez en el poder se convirtieron en partidos comunistas o leninistas. En Nicaragua el Partido Comunista se alineó finalmente con el gobierno de Estados Unidos, la oligarquía nacional, los liberales y con todo movimiento contrarrevolucionario o antisandinista, ahí donde lo hubiera.

En aquella época los sueños revolucionarios eran muy ambiciosos. La revolución o irrupción del orden político, social, económico y cultural comenzaba con rechazar el poder gubernamental, para lo cual había que combatir y derrotar a los aparatos represivos. En segundo lugar, se trataba de emanciparnos de la presencia gringa en todo el mundo. En tercer lugar, había que construir el socialismo o igualdad de oportunidades para toda la población. En cuarto lugar, erradicar el autoritarismo burocrático surgido en los gobiernos socialistas. Finalmente, soñábamos con emanciparnos de todos los poderes cotidianos encarnados en los espacios de dominación cultural (la familia, la iglesia, las empresas, los valores clasistas, urbanistas, racistas, consumistas y patriarcales).

Toda aquella generación estaba prendida por la revolución. No había nada en el mundo que nos entusiasmara tanto como emprender aquel proyecto y soñar con gozarla en carne y hueso. En la memoria aparecía la Comuna de París, los trabajadores por fin gobernándose a si mismos. Desde entonces, la autogestión generalizada se ha convertido en la imagen de una sociedad revolucionaria.

Dichoso el día que te toca entusiasmarte con un proyecto, una aventura o un amor. Se trata ni más ni menos que de salir de tu soledad y de la rutina de la vida cotidiana. Se trata de encontrar pañía o compañía, como en el juego, las fiestas o los paseos. Claro que cada uno lo vive a su manera, pero el sentimiento es el mismo. El juego lo conocemos desde niños, enamorarse le pasa a todo el mundo, aventuras todos hemos tenido, algunas pequeñas y poco trascendentales, otras extraordinarias como las que se observan en algunas películas. Pero las revoluciones son más escasas y son compartidas por pocas generaciones a lo largo de la historia.

Esa revolución estaba preñada de un sentimiento que gozamos todos los que participamos en ella, cada cual desde su pedacito de experiencia que le tocó vivir. Yo la viví así, como se las estoy contando. Como prolongación de experiencias cotidianas infantiles, como punto de partida hacia nuevos sentimientos y nuevos pensamientos, como una obsesión arrastrada por mucha gente, por muchas circunstancias sociales y sentimentales.

Llegamos a quererla tanto que arriesgamos todas las comodidades de la vida misma por estar con ella. Dejamos a padre y madre por seguirla. Aceptamos la cárcel y las torturas antes que delatar sus escondites. Fuimos fervientes creyentes en sus posibilidades infinitas para resolver todos los problemas: resucitar a nuestros muertos, secarnos las lágrimas y cicatrizar nuestras heridas. El frío, el hambre y los peligros no eran más que pretextos para poner a prueba nuestra devoción por ella, mientras más inclemente era el entorno, más orgullosos nos sentíamos por estar a su lado. La veneramos e idealizamos como no hemos podido hacerlo con nada ni nadie. Ella alimentó nuestras más tempranas fantasías y colmó nuestras más inciertas esperanzas. El exilio y la morriña de estar fuera y alejado de los

tuyos, los convertíamos en futuras añoranzas de un destino largamente acariciado. Cansados a veces, pero sin saciar por ello el ánimo o los impulsos más atrevidos.

La vida en una revolución es como la vida de dos enamorados. Algunos la desean, pero no la tienen ni obtienen. Dejan la vida por tenerla. Todo rasgo de machismo desaparece dejando traslucir la ternura y la solidaridad que llevamos reprimidas en el corazón. Sólo pensamos en fusionarnos con ella y entregarle nuestras más profundas intimidades, recrear con ella la humanidad y el porvenir entero. Soñamos con gozarla y celebramos el día en que nos entregamos mutuamente el uno al otro.

La quisimos sin cesar, deseosos de poseerla y de convivir con ella toda una eternidad. Fuimos intransigentes y hasta perdimos la compasión por defender su pureza. Que por qué la quisimos tanto, me preguntarán ustedes. Yo diría que por habernos resucitado la fe que había muerto en nosotros.

La vida era intensa y la doctrina se radicalizaba con la práctica cotidiana. Nadie pensaba en tomar el poder sino en disiparlo a través de asambleas, comités de acción o grupos autogestionarios. Los días pasaban entre barricadas en las calles y asambleas en las universidades u otros centros culturales, principalmente en la Sorbona. Había muchos grupos izquierdistas, anarquistas, trotskistas, maoístas. Mientras se ocupaban las fábricas y las instituciones, se tomaban las calles por cientos de miles de manifestantes. Se multiplicaban los choques con la policía, quien disparaba balas de goma, lanzaba chorros de agua, golpeaba con garrotes, empujaba, pateaba y detenía manifestantes, inundaba con gases lacrimógenos. Inmediatamente aparecieron las barricadas, construidas principalmente de adoquines, pero también con carros incendiados, árboles cortados a lo largo de las grandes avenidas. Había barricadas por doquiera, defendidas por miles de chavalos y chavalas que vivían lo que habían soñado, insurreccionarse frente al orden establecido.

De las ventanas de las casas o edificios de siete pisos, los vecinos se solidarizaban con la juventud tirando agua para sofocar el gas lanzado por los policías. El cuerpo y el espíritu del pueblo se hicieron presentes a medida que la insurrección arreciaba.

La huelga general se convirtió en una huelga activa. Una huelga activa comienza expulsando y sustituyendo a las autoridades del centro, universidad o fábrica que se ocupa, las que son gestionadas por los trabajadores, oficinistas o estudiantes. Se rompe la división del trabajo, todos hacíamos trabajo administrativo y trabajo productivo. La autogestión generalizada era la consigna más gritada y el trabajo más intenso. Imagínense ustedes una fábrica de aviones gestionada por los propios obreros, sin dueños ni capataces. Los teatros gestionados por los artistas. Y todo en función de la creatividad. Las cooperativas del campo llevaban comida a los obreros y estudiantes de las ciudades. El problema es que todavía no había teoría ni proyecto diseñado para aquella bella práctica, digna de los soñadores más radicales. Los gobiernos europeos temblaban, para ellos era el fin del mundo capitalista. El fantasma de la revolución francesa de 1789 los sacó de su pasividad y empezaron a planificar la intervención armada. Fue la primera emergencia general a nivel mundial para la clase dominante. Las fuerzas militares europeas estuvieron a punto de intervenir París militarmente.

Algunos de nosotros pertenecíamos al Comité pro-Vietnam. Donábamos sangre y enviábamos equipos a los combatientes vietnamitas.

En la primavera de aquel año, la Unión Soviética ocupó Checoslovaquia y nosotros protestamos por aquella ocupación. Comenzaba a tambalearse para la izquierda la legitimidad del socialismo de Estado, al mismo tiempo que daba sus primeros pasos el socialismo autogestionario. La Comuna de París de la primera revolución francesa, la Comuna de París de 1848 y la Comuna de París de 1871, eran los recuerdos más atractivos que se tenían en aquellos momentos. Pero no todo era recuerdo, para lo cual estaba ahí, el modelo político yugoslavo: todas las fábricas en poder de los trabajadores, todas las naciones federadas.

El romance y la historia ocupaban nuestras vidas. La ocupación de la Universidad de Madrid y la amistad con una argelina cuya familia había dedicado toda su vida a liberar Argelia de los franceses. París y los paseos en el río Sena con una muchacha vietnamita, muy chiquita y muy revolucionaria. Los tanques rusos sobre Praga y la visita en pareja a las casas museos de tantos artistas. El bombardeo de los aviones israelitas y una estudiante de teología musulmana que vivía en El Cairo y se identificaba con el marxismo, la que a pesar de tantas pláticas apenas me pudo aclarar semejantes contradicciones.

A pesar de ser latinoamericanos participábamos con gran entusiasmo y nos sentíamos en casa, pero soñábamos con regresar a Latinoamérica. Las pancartas más visibles de mayo 68 tenían pintada la imagen del Ché Guevara. El Ché había caído combatiendo en Bolivia un año antes. Cuba estaba sitiada por el gobierno de Estados Unidos y nuestra solidaridad con Cuba lograba romper nuestras críticas a los regímenes comunistas burocratizados. Cuba era la expresión más decente del socialismo de aquellos días. Las luchas revolucionarias recorrían el mundo entero, incluyendo las luchas en los propios Estados Unidos. Fue la época en que los atletas negros de las olimpiadas mundiales galardonados con la medalla de oro, recibían la presea con la mano alzada y empuñada con un guante negro en señal de protesta. No estaban dispuestos a ser representantes de los Estados Unidos en el exterior y masacrados al mismo tiempo en el interior. El campeón mundial de boxeo de peso pesado Cassius Clay, afrodescendiente, se convirtió al Islam, se cambió el nombre por el de Mohammed Alí y rehusó alistarse en el ejército para ir a pelear a Vietnam. En represalia, el gobierno lo despojó de su título mundial, pero el ejemplo cundió en la juventud estadounidense y la invasión a Vietnam terminó con un fracaso total. Todas aquellas escenas las mirábamos por televisión en el mundo entero.

En Europa la primavera llegaba a su final y comenzaba el verano. El movimiento de mayo 68 perdía beligerancia. El gobierno francés había aceptado todas las reivindicaciones propuestas por la oposición, a pesar del grito de "*seamos realistas, pidamos lo imposible*". En aquellos países las vacaciones de verano tienen una inercia muy fuerte. A lo más que llegamos fue a buscar donde pasar el verano en una forma más decente. Se nos ofreció participar en una experiencia muy particular durante el aniversario del 26 de julio en Cuba.

Los revolucionarios cubanos nos propusieron construir una ciudad comunista donde no circulara el dinero, ni existiera la división del trabajo, ni el Estado y donde todo mundo tuviera las mismas oportunidades. El campamento estaba situado en la Sierra de los Órganos y se llamó Campamento 5 de mayo, en honor al natalicio de Carlos Marx. Al comienzo estuvimos tan extraviados como niños queriendo organizar el mundo. Primero tuvimos que organizar la comunicación, inventariando las lenguas y los intérpretes; comenzamos a formar brigadas para construirlo todo, los ingenieros y los arquitectos las viviendas y las acometidas de aguas

limpias y grises, los agrónomos la plantación de viveres y los cafetales que los cubanos nos habían solicitado; los economistas, sociólogos y psicólogos la administración del campamento y de la vida cotidiana; los abogados la administración de justicia entre los que compartíamos el campamento; los artistas, la diversión, la creatividad y la catarsis; los filósofos y pensadores la discusiones sobre la eliminación de la división del trabajo entre campo y ciudad, entre trabajo manual y trabajo intelectual, entre géneros, entre administración y ejecución, etc. Las discusiones eran interminables, sólo atenuadas por el trabajo productivo en las lomas donde sembrábamos el café.

Éramos dos mil personas en el Campamento, mil jóvenes cubanos y mil jóvenes llegados de todos los rincones del mundo. Allí estuvimos todo el tiempo, salvo cuando salimos a participar en la celebración del 26 de julio, aniversario del comienzo de la revolución cubana. La celebración de aquel 26 de julio tuvo lugar en Las Villas, lugar donde el Ché había descarrilado el tren blindado que le había ofrecido Mussolini al dictador cubano Fulgencio Batista. Los mil extranjeros fuimos invitados de honor y estuvimos en el mismo estrado que los héroes del Cuartel Moncada. En aquella ocasión Fidel aprovechó para criticar a su manera la invasión soviética a Checoslovaquia, lo que despertó hacia Fidel nuestras simpatías de izquierdistas furibundos.

Éramos jóvenes y no podíamos reprimir nuestros impulsos más críticos y libertarios. Cuando llegaban los comandantes cubanos a visitarnos o a trabajar con nosotros al campamento, incluyendo al propio Fidel, aprovechamos la oportunidad para plantearles críticas sobre la forma de gobernar o gestionar la revolución cubana. Fidel se reía y nos decía jocosamente, *participan en un par de barricadas y ya piensan que están listos para resolver los problemas de un país revolucionario*, quisiera verlos por un hoyito el día que estén aunque sea un día en el poder. Más de alguna vez recordé aquella frase, en los días más difíciles, que fueron muchos, de la revolución sandinista en el poder.

Todos aquellos recuerdos aparecieron muchos años después, cuando nos tocó construir barricadas en las ciudades nicaragüenses durante la insurrección sandinista, pero sobre todo cuando nos tocó empezar a administrar ciudades liberadas o un Estado que minutos antes despreciábamos. Se trataba de reemplazar a miles de personas, empezando por el ejército, la policía y la Seguridad del Estado, toda la burocracia civil, ministros, directores y demás funcionarios de todos los ministerios y poderes del Estado, a lo que habría que agregar la organización de centenares de milicianos sandinistas. En total había que reemplazar a más de cien mil personas, por jóvenes sin experiencia alguna en nada que tuviera que ver con gobernar un país, pero sí con una experiencia llena de conocimientos en cómo destruir todo lo que oliera a gobierno.

En aquella época las guerrillas revolucionarias compuestas por estudiantes y campesinos recorrían todo el subcontinente latinoamericano y caribeño. Levantamientos en República Dominicana, guerrillas en Guatemala, El Salvador, Honduras, Colombia, Venezuela, Perú, Bolivia, Brasil, Uruguay, Chile y Argentina. En Chile ganó las elecciones un presidente socialista, en Panamá llegó al poder un presidente antimperialista que recuperó el Canal de Panamá para los panameños. Se tomó el poder en Grenada y en Nicaragua. Los dictadores salieron huyendo hacia los Estados Unidos. Vietnam derrotó y expulsó al ejército gringo. Hubo revoluciones en Asia y Africa, movimientos por los derechos civiles en Estados Unidos, movimientos estudiantiles en Europa.

En todo ese tiempo hubo muchos analistas destacados, no tanto como los enciclopedistas franceses, pero muy bienvenidos en las aulas universitarias por sus agudas críticas al colonialismo y al imperialismo. Historiadores, sociólogos y economistas ilustraban la realidad de la dependencia y las principales causas del subdesarrollo de los países del Tercer Mundo. Los manifiestos de la Revolución Cubana y del Movimiento de Países No Alineados alimentaban nuestras sensibilidades.

La literatura y la música fueron quizás el equivalente más cercano a la ilustración europea que encendió la revolución francesa. Las novelas contra los dictadores fueron las primeras novelas del boom literario latinoamericano que contribuyeron a encender la conciencia antidictatorial: El Recurso del Método de Alejo Carpentier, un retrato completo de la figura del dictador, o El Siglo de las Luces del mismo autor donde aparece la revolución francesa en el Caribe; El Señor Presidente del guatemalteco Miguel Angel Asturias; Yo el Supremo del uruguayo Roa Bastos; El Otoño del Patriarca del colombiano Gabriel García Márquez, por no citar que las más emblemáticas o quizás las que mejor recuerdo; esas novelas fueron los mejores tratados de sociología sobre las dictaduras latinoamericanas. Lo mismo podríamos decir de la poesía y las canciones que en todo el continente se escuchaban como himnos de justicia y rebelión.

Diez años después y en otras circunstancias conocí a otro Daniel, el Comandante Daniel Ortega. Estábamos en plena insurrección. Yo estaba en la región occidental, donde se había liberado prácticamente todo el territorio. Daniel llegaba de Costa Rica encabezando la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional que había decidido trasladarse a Nicaragua para forzar la salida del dictador. Llegó ataviado como todo un guerrillero, flaco como don Quijote, barbudo como Fidel, bigotudo como Emiliano Zapata, vestido de verde olivo y fusil al hombro como los milicianos.

El grito que más se escuchaba en todo León en ese momento era: ¡*la marcha hacia Managua, no se detiene!*!, mientras le explicábamos a la Junta de Gobierno, junto a un grupo de campesinos organizados, el significado de lo que entonces llamamos *Comunas Agrícolas Sandinistas (CAS)*. Con la llegada de la Junta de Gobierno a León iban personajes de las familias más notables del país que se habían sumado a la guerrilla del Frente Sandinista. A algunos de nosotros nos parecía extraño. Eran antisomocistas, pero no marxistas, ni izquierdistas. Ahí comenzó nuestro sectarismo y nuestra intransigencia. Regresamos al casco urbano de la ciudad de León, convenciendo a cada muchacho o muchacha que se hacía llamar comandante en cada esquina para que nos dejara pasar, sin poder revelarles la identidad de la comitiva. Cada cabeza era un mundo y cada bocacalle un comando sandinista. La alegría y el celo era lo único en común que tenían aquellos puestos improvisados.

El hostigamiento al régimen estaba a la altura de la imaginación. Huelgas, tranques al transporte, tomas relámpagos de radios y televisoras para enviar mensajes al pueblo, radios clandestinas en las fronteras, pintas en las paredes, panfletos que circulaban en las escuelas y centros de trabajo, ajusticiamientos de soplones y connotados esbirros y criminales somocistas. Las instituciones públicas se hostigaban desde dentro, se bloqueaban los inodoros de los ministerios con tornillos envueltos en algodón, lo que atascaba inmediatamente las cañerías y producía una sensación de vulnerabilidad en las autoridades.

Después las escaramuzas tomaron mayor fuerza, envergadura y seriedad. Las orientaciones parecían muy claras. Se comenzaba hostigando a las patrullas de la Guardia Nacional. Inmediatamente después había que pasar a cercar cuarteles, simulando que éramos muchos o que estábamos mejor apertrechados de lo que realmente estábamos. Cuando la Guardia se atrincheraba en sus cuarteles había que construir barricadas, cosa bastante fácil dada la inmensa participación de la gente en las jornadas insurreccionales. Se procedía a limpiar de representantes del orden somocista la ciudad sitiada, se recuperaban armas y pertrechos utilizables en las tareas insurreccionales. Se ocupaban los aparatos e instituciones públicas, radio, prensa, televisión, correos y teléfonos, empresas, gasolineras, farmacias, hospitales, vehículos, bancos, casas abandonadas, finalmente los propios cuarteles. La ventaja de esta táctica es que pueda hacerse simultáneamente en todas las ciudades y poblados. Finalmente, una vez que la Guardia estaba atrincherada en sus cuarteles, se les cortaba el agua, la luz y el teléfono. Sin agua ni comida, la rendición era cuestión de tiempo.

La principal forma de lucha de la Revolución Sandinista fue la insurrección urbana. A pesar de que todos la seguimos asociando con las guerrillas en la montaña. Ciertamente hubo guerrillas en la montaña como las hubo en toda Latinoamérica, pero igual que las guerrillas latinoamericanas, la mayor parte de estas guerrillas no tuvieron mayor éxito. Cuando alguna columna guerrillera proveniente de la montaña se atrevía a tomarse una ciudad, como pasó varias veces con la guerrilla sandinista que operaba en el norte, la que logró tomarse Estelí, la Guardia Nacional recuperaba la ciudad en pocas horas o pocos días. Los que participaban en la toma de la ciudad tenían que partir a la montaña para evitar la represalia de la Guardia Nacional. Gran parte de las matanzas por parte del ejército somocista fueron “limpias” perpetradas contra jóvenes e indefensas familias enteras.

En la pared divisoria de una vivienda a otra se habían hecho huecos para pasar comida, municiones, armas, combatientes, heridos, correos, etc, de un lugar a otro. Podíamos atravesar un bloque de casas sin tener que salir a la calle. Así se preparaba la gran jornada de la insurrección final. Todo comenzaba con grupos de chavalos y chavalas formados espontáneamente en cada barrio, grupos fogueados en diferentes tareas menores. Todos se conocían, todos competían en solidaridad, generosidad y valentía. Los líderes aparecían espontáneamente, no hacía falta nombrarlos, bastaba el reconocimiento de los demás en recompensa a su valor. El liderazgo se cargaba más como responsabilidad que como privilegio.

Los grupos se convertían en comandos, cada vez mejor armados y organizados. De repente los grupos comenzaron a crecer y se confundían con la población que se reunía por las noches en cada esquina. A partir de entonces, la principal orden del día era empezar a formar barricadas, levantando muros que atravesaban una calle e impedían el paso de cualquier vehículo. En cada barricada, hecha con adoquines, barriles, postes, alambre de púas, se organizaba un comando. Las barricadas se convertían en cuarteles y los líderes de cada comando se convertían en comandantes, a cual más audaz o aguerrido.

Al comienzo las patrullas del ejército, montadas en unos jeepones militares, llamados entonces BECAT (*Brigadas Especiales Contra Ataques Terroristas*), desbarataban las barricadas y regresaban a sus cuarteles. Algunas veces los BECAT eran hostigados por los comandos guerrilleros urbanos con bombas de contacto o cocteles molotov, hechos con una botella de Coca Cola llena de combustible y tapada con una mecha a la que se le pegaba fuego al momento que se lanzaba. Posteriormente, comenzaron a construirse zanj

mayores, colocadas detrás de cada barricada, lo que imposibilitaba el paso de los vehículos del ejército.

El momento final de la insurrección militar era cuando los diferentes comandos le cortaban el fluido eléctrico, agua potable, teléfono y el abastecimiento de comida a cada cuartel de la Guardia Nacional. Algunas veces los bloques de casas ubicados frente o cerca de los cuarteles somocistas fueron utilizados por los comandos de los guerrilleros urbanos como cuarteles alternativos; posteriormente eran bombardeados, quemados o destruidos por el propio ejército, con el fin de sacar a los guerrilleros que ahí se encontraban parapetados. Esas casas o edificios servían para que los francotiradores sandinistas asediaran a los soldados del ejército nacional.

Algunas veces los muchachos más temerarios se subían a los techos de los cuarteles, decididos a sacar a los soldados de su madriguera. Si los soldados salían al amparo de algún arma mayor, ametralladoras calibre 30 ó 50, tanquetas artilladas o protegidos por la aviación somocista, los muchachos y las muchachas les tenían preparada una emboscada. Igualmente fueron emboscadas brigadas de soldados llegados desde fuera de la ciudad.

En esos momentos quedaban pocas opciones a la Guardia: esperar a que vinieran a rescatarlos de la capital, rendirse o esperar el asalto final. Algunas veces los aviones les lanzaban comida y pertrechos. Muy pocas veces se rendían pues le tenían terror a los sandinistas, debido a la propaganda somocista. Al final de los combates encontrábamos pocos soldados al interior de cada cuartel, pues preferían morir a entregarse. Al final de la insurrección final en todo el país, los soldados empezaron a rendirse, pues las noticias ya daban por derrotada a la dictadura somocista.

Cuando caía la noche y mientras la Guardia se mantenía encerrada en el cuartel, la ciudad se llenaba de tertulias alrededor de llantas de carro encendidas, se contaban anécdotas, se informaba de lo que pasaba en otras ciudades a través de emisoras extranjeras o de la emisora clandestina del Frente Sandinista, Radio Sandino, que transmitía desde Costa Rica.

Cuando cesaban los combates comenzaba una fiesta muy particular. Todo mundo se sentía de vacaciones y en familia. Todas las actividades eran colectivas y promiscuas. Todos querían participar y ayudar en lo que fuera. Aquello parecía el juicio final, en el que todos quieren ganarse el cielo compitiendo por ver quién hace mejor la tarea. La censura sexual dejó de atormentar y culpabilizar a tantos jóvenes insurrectos. El espacio y el tiempo se democratizaban en cada lugar. En el día, como barricada; en la noche, como silvestre cámara nupcial.

La mayoría de la gente que participaba no había leído nada, ni sabía mucho de revoluciones, salvo lo que se decía de la lucha guerrillera sandinista contra Somoza, pero la práctica los graduaba a todos sin otra materia académica que el peligro y la audacia, la esperanza y el entusiasmo, la necesidad y la solidaridad.

En Nicaragua las cosas no fueron tan radicales, salvo en los procedimientos, pero quisimos tanto la revolución como quisimos a las amadas más cercanas. En nuestra revolución algunos sacerdotes sandinistas fueron nombrados ministros, otros guerrilleros de familias notables llegaron a ser generales.

La revolución es la preparación para una fiesta que realmente comienza cuando nos damos cuenta que la verdadera fiesta ha terminado. Las ilusiones comienzan cuando te vas definitivamente a la clandestinidad, cuando le decís adiós a tu familia y sentís que no volverás hasta el día de la victoria o quién sabe cuando.

Yo había comenzado la guerra en el Frente Interno, en uno de los barrios de Managua. Mientras se preparaba el repliegue para Masaya fui enviado a León para apoyar la organización de una sociedad civil completamente insurreccionada y armada. Entramos a León con un grupo de compañeros y compañeras de las diversas tendencias políticas del Frente Sandinista. Una de las fortalezas, llamada El Fortín, todavía estaba en manos de la guardia somocista y desde ahí bombardeaba todo lo que se movía. Tuvimos que abandonar la carretera que nos conducía a la ciudad para evadir sus cañonazos. Finalmente el Fortín fue tomado por la guerrilla sandinista.

Al final de la guerra insurreccional fui enviado a La Habana para las celebraciones de la Revolución Cubana. De nuevo al Habana Libre, pero esta vez llegando desde el seno de una revolución triunfante. Todo parecía natural. Cuba mostraba el camino y cada guerrilla victoriosa regresaba a contar los últimos días de las dictaduras y los primeros de la victoria. Nos hicieron visitar, todavía en uniforme y cual recompensa, los lugares más elegantes, incluso el Copacabana, un club nocturno lleno de luces y mujeres bellas.

Diez años después el Frente Sandinista fue derrotado electoralmente. En esos días fui invitado a una universidad mexicana para contar qué había pasado. Después de la conferencia me invitaron al museo de León Trotsky, donde el jefe del Ejército Rojo había perdido la cabeza. Mientras escribía una postal a mi hijo mayor, jocosamente pensé: al menos no perdimos la cabeza, ni los gringos lograron que la perdiéramos. Las imágenes que bullían en mi cabeza no eran las de Diego Rivera ni las de la Frida Khalo, sino las de los campesinos que acompañaban a Sandino decapitados por las tropas norteamericanas.

Sin familia, sin mercado y sin Estado

Pocas veces en la vida de un revolucionario se participa en una revolución y muy pocas veces una revolución ofrece la oportunidad de vivir una experiencia comunista. Sin familia, sin mercado y sin Estado. Nosotros tuvimos la oportunidad de vivir aunque sólo fuese algunas semanas una experiencia similar. Eso ocurrió durante algunos de los días de la insurrección.

El día que se fue Somoza yo estaba en el cuartel Blas Real Espinales, un cuartel improvisado que la jefa insurreccional del Frente Occidental Rigoberto López Pérez me orientó establecer frente al suyo, un mes antes del 19 de julio de 1979. Había sido enviado desde el Frente Interno, situado en los barrios orientales de Managua, semanas antes de que aquel frente se abandonara y sus fuerzas se replegaran hacia Masaya, al sur del país. Blas era un dirigente de una de las tendencias del Frente Sandinista y a quien conocí en Costa Rica, donde estudiábamos sociología. Por Blas me involucré en los primeros ensayos insurreccionales de Masaya y Chinandega, antes de la insurrección final.

Varios días después de nuestra llegada a León, *El Fortín* fue tomado, dedicándonos alegremente a reordenar las cosas, es decir, a reconstruir el orden, a reinstaurar otro poder y otra forma de hacer las cosas. Los gritos de júbilo y ráfagas de ametralladoras me sacaron a

la calle. “¡Se fue Somoza, jodido!”, entonaban las voces más roncadas del barrio. Yo empecé a llorar. Me imagino que mucha gente lloró, sobre todo los liberales más allegados al régimen.

Cuando se fue Somoza mi llanto era de tristeza, pues se terminaba la insurrección, es decir, la vida cotidiana revolucionaria tal como yo la imaginaba y tal como la vivíamos en aquella ciudad tomada por los combatientes del Frente Sandinista. Estuvimos así un mes antes del 19 de julio, día de la victoria final. Los muchachos no paraban de disparar y gritar. *¡Por esos muertos, nuestros muertos, juramos defender la victoria!*, gritábamos en cada entierro. Nuestros muertos eran cargados por la gente del barrio, el ataúd cubierto con la bandera rojinegra y unas letras blancas del FSLN. La muerte imprevista estaba presente día y noche. Muerte de los presos políticos, de los guerrilleros que encontraban escondidos en las casas de seguridad y habían sido denunciados por los soplones del régimen, muerte en los hospitales de hombres macheteados en las caminos y las cantinas, muerte por choferes borrachos que golpeaban a peatones también borrachos, muerte en las peleas de gallo, muerte de niños por malaria y sarampión, de las mujeres por mal parto, muerte por enfrentamientos entre guerrilleros y soldados de la Guardia Nacional, de pobladores por bombardeos de aviones de la fuerza aérea de Somoza, muerte de novias y novios, de compañeros y compañeras, de padres e hijos. Tenía fresca la muerte de un niño de 12 años alcanzado por un franco-tirador, un par de pasos delante de mí, en los barrios orientales de la capital, al que tuve que llevar en brazos a un centro de salud, donde llegó muerto. Igualmente la muerte de dos muchachos que estaban en una zanja en el ángulo opuesto al mío, ambos fueron desbaratados por un rocketazo de un avión durante los bombardeos a la ciudad capital.

En una ciudad recién liberada como León, cada uno de nosotros sintió en lo más hondo el espíritu de la libertad, la igualdad y la fraternidad de la vieja revolución francesa. No había poder alguno. Los cuarteles de la guardia y de la policía de Somoza estaban quemados o destruidos. Todos comíamos en el mismo comedor y en el mismo plato, nos bañábamos en el mismo baño, dormíamos en el mismo cuarto, promiscuamente como duerme la gente pobre en sus pequeños cuartos. Todo se distribuía equitativamente. Todos teníamos un fusil y un parque de municiones. Se respetaba a todas las compañeras mujeres, igual que se respeta a las mujeres de una misma familia. Nos decíamos hermanos, porque lo sentíamos y lo creíamos. Yo creo que todos los que han estado en la guerra han experimentado ese sentimiento de pertenencia a una familia ampliada.

En diferentes frentes guerrilleros se sintieron sensaciones parecidas. La diferencia con León es que fue la ciudad que más tiempo pasó en manos de la guerrilla y parecía que ahí estaríamos por mucho tiempo, como en las zonas liberadas de territorios latinoamericanos que permanecen mucho tiempo en poder de la guerrilla. En León nadie sabía que pronto sería 19 de julio, día de la victoria final.

En el caso de León, donde la insurrección tenía completamente el poder, tuvimos por un cierto tiempo lo que se conoce como comunismo de guerra. A cada uno según su necesidad y de cada uno según su capacidad. Estábamos en junio y las lluvias habían iniciado. No sabíamos cuando caería Managua, si es que se lograba. Comenzamos a planificar la siembra de granos y a organizar la producción. Toda la ciudad y todo el campo era patrimonio de la guerrilla sandinista. Había que planificar todas las labores urbanas y rurales, sin tener un proyecto previo de cómo hacerlo. La única orientación era responder a las necesidades de la propia ciudad y las necesidades de los otros frentes de guerra. En las

ciudades del Pacífico de Nicaragua, donde estaba León, se encontraban los ingenios de azúcar, las procesadoras de aceite y leche, los molinos de granos para fabricar harina, además de los otros bienes que se distribuyen en una ciudad. Se enviaba azúcar y aceite a los otros frentes de guerra y se administraba la distribución de comida al interior de la ciudad.

Una de las primeras tareas fue inventariar lo que había. El medicamento en los hospitales y en las farmacias. Las municiones en las bodegas. El ganado en las fincas. El personal profesional y técnico. Nada tenía precio porque nada era propiedad de nadie, en otras palabras, todos nos sentimos dueños por primera vez de todo lo que existía.

Ya nos habíamos acostumbrado a la vida sin horario, sin salario, sin mercado y sin policías. Todo, absolutamente todo, estaba bajo el control de la guerrilla. Los hospitales y las farmacias, las gasolineras y las fábricas, las universidades, el transporte, las fincas y los mataderos. La organización de la ciudad de León se facilitó por la ocupación de las emisoras y la programación emprendida. Los trabajadores y trabajadoras que laboraban en estas emisoras eran sandinistas, de manera que todo fluía naturalmente. Los profesores de la universidad y los médicos de los hospitales y clínicas privadas se ofrecieron inmediatamente para lo que fuera. La voluntad y el entusiasmo contribuyeron a tomar iniciativas de todo tipo. Se comenzó a alfabetizar y a curar gente humilde en los barrios y el campo. Se decidió comenzar a cultivar los campos, pensando que León sería la ciudad responsable de alimentar a los otros frentes de guerra. A los pocos días comenzaron a surgir problemas de indisciplina, hastío, aburrimiento con las tareas rutinarias, los combatientes se querían ir a pelear a los otros frentes de guerra. Comenzamos entonces los talleres de capacitación: defensa circular, arme y desarme de fusiles, funcionamiento de ametralladoras y tanquetas, historia del Frente Sandinista, análisis de la economía somocista, información sobre la Revolución Cubana, elementos de la lucha de clases, rudimentos del socialismo.

Nos reuníamos en los salones de la universidad, en los corredores de los clubes, en las aulas de los colegios y de las escuelas, en las iglesias. Utilizábamos los campanarios para tocar las campanas y llamar a la población a la plaza en ocasiones de emergencia.

Nos levantábamos cuando amanecía, independientemente de la hora en que nos habíamos acostado. Las reuniones del Estado Mayor eran por las noches y al amanecer. A veces nos dormíamos en plena reunión. Mejor dicho, unos dormían y otros discutían. El desayuno era en lugares amplios o en cualquier esquina de la casa y del patio. Había mataderos en diferentes barrios, donde se repartía carne y leche. En otros lugares se repartía pan, azúcar y aceite.

El sentimiento imperante era de euforia total. La lucha y la victoria nos habían liberado de todo espíritu egoísta. Celos y envidia desaparecieron junto con el viejo orden. Todo parecía haber desaparecido: la familia, el gobierno, el dinero y el mercado, la propiedad privada de las haciendas y de las fábricas; por lo demás, todo era permitido o casi todo. La comida se distribuía como en el día de la Gritería o fiesta a la Virgen, gratuitamente y con el mayor fervor y gusto de aquella primera fiesta de tal tipo que jamás habíamos siquiera imaginado.

No sabíamos cuánto tiempo duraría y la verdad es que hubiéramos preferido que durara toda la vida. Pero los acontecimientos se precipitaron. Somoza no aguantó la ofensiva guerrillera apoyada por los presidentes de la región y la presión del Presidente de los Estados Unidos. El día que se fue Somoza estuve con algunos compañeros y compañeras para inventariar las

municiones y pertrechos militares que la guardia somocista había dejado abandonadas en El Fortín, última fortaleza de lo que fue la dictadura en aquella ciudad.

Cuando caían todos los cuarteles, como ocurrió en León, las tareas cambiaban. El mercado se interrumpía, el dinero no era el principal instrumento de cambio. La planificación comenzaba en todas las actividades de la vida cotidiana. Nos tomamos los depósitos de víveres en general y se distribuían los bienes en forma equitativa. La única prioridad era el abastecimiento a los campos de batalla en otros frentes o a los hospitales.

La vida pública se convierte en la vida cotidiana de la mayor cantidad de gente que participa en las jornadas revolucionarias. Todo mundo parece andar armado, muchachos y muchachas. La solidaridad se extiende en todas las relaciones. Todos actúan armónicamente alrededor de las tareas del proyecto. La vida académica se detiene y la mayor parte de los estudiantes y profesores participan en las tareas como combatientes, vigilantes, cocineros, transportistas, médicos, alfabetizadores, conferencistas.

En plena insurrección me encontré con un periodista francés que había entrado desde Honduras con las columnas del norte y quien solicitaba una entrevista con el responsable de la organización civil de la ciudad. ¿Qué hace un situacionista, veterano del mayo 68 francés, a punto de convertirse en un burócrata de un partido de una revolución triunfante?, me preguntó provocativamente aquel periodista. El libro fue publicado por aquel periodista, hijo del Ministro de Agricultura de Francia, bajo el título: Los Muchachos, estando ya nosotros en el poder. Mi respuesta sirvió para que uno de los Comandantes de la Revolución Sandinista me tildara de Trotskista. Cuando me lo dijo guardé silencio y sonreí, pensando en los comentarios que yo le haría a mi hijo Jerónimo, alemán-nicaragüense y militante de la Liga Trotskista en París, sobre la matanza perpetrada por el Ejército Rojo comandado por Trotsky contra la Comuna anarquista de Cronstad durante los sucesos de la revolución rusa en 1921. Si supiera este comandante, me dije, que para mí Trotsky es un símbolo también del estalinismo, a pesar de haber sido muerto por un estalinista. Después del triunfo me costó bastante decidirme a solicitar formalmente la militancia sandinista, la que finalmente solicité por respeto y deferencia con mis compañeros y compañeras.

Durante los días de la insurrección desapareció el funcionamiento tradicional del núcleo familiar. Muchas casas estaban tomadas por los sandinistas. La ciudad estaba limpia de soplones y de los oficiales de la seguridad de Somoza, los cuarteles de la Guardia Nacional y la Policía estaban vacíos u ocupados por los guerrilleros.

Mientras en el Estado Mayor se discutía el orden del día, afuera, el resto de la ciudad estaba en fiesta. Fiesta es la palabra más cercana a lo que pasaba en una ciudad liberada. Lo inverosímil aparecía delante de los ojos. Centenares de muchachos y muchachas aparecían ahora con la cara destapada y con pañuelos rojinegros en el cuello o en la cabeza en el caso de las muchachas. En la mayoría de los casos los fusiles eran más grandes que quienes los llevaban encima. La mayoría eran jóvenes quinceañeros, es decir, un poco mayores y un poco menores de quince años.

Una vez tomada la ciudad de León, había tres tipos de tareas. La defensa de la ciudad que estaba tomada por el Frente Sandinista, la continuidad de la guerra en las otras provincias y la administración de la población civil en las ciudades y poblados liberados. En el Estado Mayor, en el que participábamos no más de seis personas responsables de las diferentes

tareas, se informaba de lo que pasaba en los otros frentes de guerra, se planificaban las tareas del día, tanto las militares como las civiles. A cada momento había noticias de que la Guardia quería recuperar León, por el lado de la carretera a Managua, por el balneario de Poneloya, por la frontera con Honduras, por tierra o por aire. Las principales incursiones de la dictadura a la ciudad de León se hicieron con aviones de guerra. Por medio de las emisoras de la capital nos dábamos cuenta de lo que pasaba en el resto del país, así como de las mentiras de la Guardia, que a cada rato decía que León ya había sido recuperado por el régimen.

Inmediatamente que la ciudad se liberaba, los bordes de la ciudad eran resguardados. Misiones militares a cargo de compañeros o compañeras de confianza, por lo general militantes del Frente Sandinista, eran enviados a vigilar e informar de cualquier movimiento anómalo que sucediera en las fronteras. En el caso del Frente Occidental Rigoberto López Pérez, tuvimos que hacerlo en la frontera con Honduras, tocándome a mí llevar a cabo aquellos operativos por el conocimiento que desde la infancia tenía de aquella frontera.

Una vez ocupada la ciudad requisamos todo el dinero que pudimos sacar de los bancos. Pronto el dinero salió de circulación, en parte porque se enviaba fuera de la ciudad -fuera de León todavía circulaba-, en parte porque en la ciudad perdía cada vez más su valor, pues todo se distribuía gratuitamente.

Los hogares cocinaban para todos los que necesitaban comida, la solidaridad coincidía con los sentimientos que cada madre siente por su hijo. Los guerrilleros eran jóvenes y considerados como hijos de todos los adultos, igualmente los adultos aparecían como sus propios progenitores.

Si nos decíamos hermanos y hermanas era porque nos sentíamos de una misma y peculiar familia. Nunca conocí, ni sentí tanto respeto por las compañeras mujeres y nunca vi a tantas mujeres confiadísimas de estar entre hombres. Eso no quiere decir que no teníamos relaciones amorosas y sexuales. Era como amar incestuosamente, sin proyecto y sin hábito, como dice una canción que cantábamos en la insurrección parisina de mayo 68.

Había tantas mujeres como hombres en los comandos urbanos, en los nuevos cuarteles sandinistas que pululaban en cada esquina, en la construcción de las barricadas, manejando vehículos recuperados. En el Estado Mayor de León, la mayoría de los liderazgos militares eran mujeres y todo mundo lo veía como lo más natural del mundo.

Los cuarteles estaban llenos de muchachos y muchachas. No había charlas de género ni necesidad de establecer cuotas para los cargos de responsabilidad, todo sucedía por selección natural de acuerdo a la autoridad generada en medio de la lucha. Hombres y mujeres limpiábamos la casa y los fusiles, lavábamos los platos, la ropa, aceptábamos la disciplina no importando el género de donde emanaba.

No había mercado. Todo se distribuía de acuerdo a las necesidades. La comida, los fusiles, las municiones, los uniformes, la ropa, los medicamentos, los vehículos y el combustible. Tuvimos que utilizar las imprentas para imprimir bonos de colores y usos diferentes. Cualquier vehículo que circulaba permitía que cada quien se montara según la dirección de su recorrido. El combustible se distribuía priorizando la gran tarea, que era la defensa, luego

se priorizaba la producción, es decir, las necesidades de las fábricas que funcionaban, de los tractores de las fincas y los camiones de transporte.

El trabajo remunerado desapareció por completo. No había diferencias, o mejor dicho, las diferencias que pudiera haber de formación académica, edad, sexo, origen familiar, profesión, historia personal, no significaba jerarquía o diferenciación alguna, cualquier sentimiento servil o autoritario era desterrado progresivamente y las nuevas relaciones cotidianas se impusieron con la fuerza del sentido común. Pensamos que todos nuestros recuerdos de los días anteriores serían cosa del pasado. La confianza entre todos era transparente y espontánea.

¿De dónde venía la tristeza, entonces?

Del fin de la guerra. Era obvio que la partida de Somoza ponía fin a la guerra. Todo volvería a la normalidad. Los horarios, la división del trabajo, las jerarquías, los salarios, el trabajo cotidiano, la familia, la ley, el nuevo orden, en fin, el poder de nuevo.

Podría parecer una sensación romántica. Eso pensé yo también, pero cuando un muchacho que cuidaba el cuartel me dijo al día siguiente: *Jerónimo (mi pseudónimo), cuando termine la guerra, vos te irás a Managua, porque sos estudiado, pero yo no quiero quedarme de guardián cuidando oficinas*, sentí que no estaba tan equivocado. Guardián les llamaban durante el somocismo a los guardias viejos que cuidaban las oficinas.

Días después todo volvía a la normalidad y tuve que entretenerme con las nuevas tareas y con la nueva situación que enfrentaba a la revolución con los gringos, pero todo fue diferente, nada volvió a ser igual como en aquellos días de guerra. En las emisoras sandinistas recién instauradas se escucharon los primeros decretos, reconociendo los salarios caídos que durante la insurrección nadie pudo cobrar.

De las comunas a la reforma agraria

Casi dos meses estuvo el Estado Mayor del Frente Occidental Rigoberto López Pérez con el mando absoluto en todo el occidente del país. El resto de Nicaragua todavía estaba insurreccionado y la Guardia resistía valientemente. Las fincas agropecuarias se encontraban en manos de los Estados Mayores de cada frente insurreccional. Se ordeñaban las vacas y se destazaban novillos para alimentar a las tropas y posteriormente a la población. En alguna ocasión los campesinos pidieron permiso a los jefes militares para matar toros que vivían mejor que ellos. Los permisos se dieron a pesar de que aquellos toros, al decir de los propios trabajadores, costaban decenas de miles de dólares.

Fui enviado a la frontera con Honduras para tratar de parar el contrabando de ganado que algunos finqueros ejecutaban hacia el otro lado de la frontera. Me acompañaban 40 muchachos y muchachas. Llegué a mi viejo pueblo y me dijeron que había una reunión en las oficinas del correo. Antes de llegar me abordó una señora y pronunciando mi nombre, me suplicó que llegara a salvar a su hija de un muchacho que la hostigaba. Abandoné la pose que el pseudónimo me permitía. La acompañé hasta su casa y encontré uno de los cuadros más difíciles para mantener la ilusión de que todo es color de rosa en las revoluciones. Estaba vestido de verde olivo y blandía un fusil en la mano, sobre un caballo blanco como en

el que cabalgaban los héroes de las películas mexicanas que mirábamos hace años. Estaba prácticamente en medio de la salita de aquella humilde casa, bien borracho y reclamando que le entregaran a la hija de la señora. Al verme rodeado de tantos milicianos retrocedió e inmediatamente nos reconocimos. Había sido seminarista y pasábamos juntos las vacaciones en casa de un tío mío que era párroco. Jugábamos a la misa. Tomábamos vino y comíamos hostias. El sacristán nos iniciaba en la cotidianidad de todos los ritos de la iglesia católica. Nos hacía ver a las vírgenes en sus estructuras de madera, sobre el cual recaía el manto sagrado. Nos contaba las intimidades de las niñas beatas del pueblo.

No sabiendo cómo entrarle simulé una misión y le dije: *“me enviaron a fusilarte por delincuente”*. *“No me matés hermanito, acordáte de tu tío que tanto me quería”*. *“Hagamos un trato”, le respondí, “vos te vas de este pueblo y yo me hago el que no te encontré”*. Así terminó aquella escaramuza. ¿A quién corresponde este personaje, me pregunté, en la historia de las revoluciones? No había dudas del coraje del muchacho en la lucha contra la Guardia, tampoco había dudas de que pertenecía a las filas del pueblo. Su padre era obrero y su madre arreglaba flores para el altar de la iglesia El Calvario. Pero nadie podía negar que cargar un rifle le permitía todo el potencial de arrogancia y prepotencia que el poder genera.

Una vez en León entregué mi informe al Estado Mayor. Las reuniones eran durante la madrugada. Aquello parecía un concierto de muertos vivos. Todo mundo flaco y demacrado por el desvelo y la tensión de los días de guerra. Propuse mi plan de formar lo que llamamos las Comunas Agrícolas Sandinistas (CAS).

Los últimos días de Sandino los dedicó a construir su principal sueño de revolucionario, a organizar las comunas, forma alternativa de trabajar y vivir. Dicho sea de paso, el sueño de todos los revolucionarios. Vivir en una comuna te hace más libre que vivir en una ciudad. En una ciudad somos prisioneros del orden público. En una comuna el orden público se confunde con el orden comunitario y con el orden privado.

Una comuna es algo más que una cooperativa. Una cooperativa es una unidad económica donde varios trabajadores ponen algo en común, puede ser la tierra o el crédito, un negocio comercial o una planta industrial. Las familias campesinas viven en sus propias casas, el trabajo sigue siendo un lugar público, como se acostumbra en las fábricas. Una comuna es una sociedad y un Estado en miniatura. La unidad de una comuna es la comunidad, donde cabe la actividad económica, pero también las otras actividades, la escuela, el dispensario médico, las actividades recreativas, la defensa del territorio, incluso muchas de las labores domésticas. Una comuna es la unidad básica e integral en un territorio de una sociedad comunista. Claro que existe espacio para una cierta vida privada, para una pareja por ejemplo o para una familia, pero también hay comunas donde la educación y demás actividades de reproducción familiar son colectivas.

Muchos años después, un líder cooperativista me dijo que la sigla CAS quiere decir César Augusto Sandino. La verdad es que durante la insurrección nunca se me había ocurrido. En esa misma conversación, el nieto de Sandino me dijo que todo eso no había sucedido por casualidad y que la voluntad de su abuelo me había guiado en aquella tarea. Efectivamente, Sandino era un líder comunero. Cuando se fueron los yankees de Nicaragua, Sandino regresó a las Segovias e inició su experiencia cooperativa o comunera, expresión de lo que él llamaba *la Comuna Universal*.

El proyecto de las comunas que organizamos en los territorios liberados, consistía en entregar las fincas a los antiguos trabajadores y a los campesinos aledaños, pero además se trataba de editar de nuevo los viejos ensayos de lo que es una comunidad ajena al mercado y al poder. En mi memoria estaba presente la Comuna de París de la revolución de 1871, los Consejos de Obreros de la revolución rusa, las Comunas campesinas y obreras de la revolución china, las empresas autogestionarias de la revolución yugoslava y otras tantas experiencias comuneras más aisladas, incluyendo los kibutz israelitas y mi propia experiencia del Campamento 5 de mayo en una sierra cubana.

Para quienes están prejuiciados o perneados por el anticomunismo, les recuerdo la experiencia de los kibutz israelitas. Ahí todos los niños vivían juntos en las habitaciones, un único comedor, todos asociados en los espacios deportivos, la misma ropa para todos, el mismo apellido, el del kibutz o el del centro infantil. Los padres llegando el fin de semana y atendiendo a todos los niños por igual, unidades colectivas haciéndose cargo de la educación. Los niños felices, sin pobreza y con todo el amor de la sociedad a su alrededor. Recordemos que Israel no es comunista, todo lo contrario, es uno de los países más capitalistas del mundo, en otras palabras, es una experiencia, como la experiencia de la familia, pero dentro de un contexto diferente.

Las comunas de León fueron lo máspreciado de mi experiencia revolucionaria. Previo a la formación de una comuna había un entrenamiento político, militar y sociológico. La propiedad sería de todos, la asamblea era soberana, el objetivo era hacer justicia, construir un orden diferente y producir comida para los combatientes, evitando que la dictadura nos matara de hambre. Desde el punto de vista del Estado Mayor se trataba asimismo de sembrar una especie de cuarteles cívico-económicos, dificultando así un posible regreso de la Guardia.

No había salarios, por supuesto, puesto que todos eran dueños, igual que en una cooperativa. Los representantes son revocables y administran todos los problemas del día, el plan de producción, la defensa militar, la justicia, las relaciones con las otras comunas, etc. Algunas fincas tenían más bienes que otras, cosa que se arreglaba fácilmente trasladando animales o tractores de una finca a otra. Las comunas nombraron sus representantes ante la Federación de Comunas de Occidente. La oficina de capacitación sindical de la Universidad de León servía de centro coordinador de las comunas. A medida que las comunas demandaban un servicio, el modelo se extendía al resto de la ciudadanía. Los hospitales enviaron un médico o un estudiante de medicina a cada comuna. Los colegios y las distintas facultades de la universidad enviaban profesores a cada comuna con el objeto de alfabetizar a los trabajadores que no sabían leer. Las imprentas editaban los folletos que servían de capacitación a los comuneros. De los diferentes cuarteles improvisados sacábamos a la gente más destacada para acompañar a los campesinos comuneros, adiestrándolos en habilidades militares.

En total se formaron 80 Comunas Agrícolas Sandinistas (CAS). Teníamos un sello, simulando un tractor coronado con el sombrero de Sandino. Las autoridades nacionales del Frente Sandinista estaban imbuidas en la ofensiva general. Cuando la insurrección triunfó a nivel nacional el modelo de las comunas agrícolas sandinistas se extendió a nivel de todas las delegaciones nacionales del recién nombrado Instituto de Reforma Agraria (INRA). Cerca de quinientas unidades de producción experimentaron el espíritu de las Comunas Agrícolas Sandinistas de León y Chinandega.

El Instituto de Reforma Agraria estaba dirigido por un Comandante de la Revolución y por lo tanto tenía mucha autoridad. Nos habíamos conocido en la guerra y rápidamente me nombraron delegado de la reforma agraria para occidente. Meses después se decidió que ese no era el modelo de reforma agraria para la revolución. Todas las empresas que estaban en manos de las comunas fueron convertidas en empresas estatales. Recuerdo que en uno de los momentos de aquella transición, el ministro me preguntó: *¿qué les has metido a la gente en la cabeza que no quieren aceptar salarios, ni siquiera los salarios caídos que la revolución está reconociendo a los que participaron en la guerra?* Se acabó, me dijo, medio en broma medio en serio, ese *proyecto de falansterios*, aludiendo a las experiencias del socialista francés Charles Fourier. Yo también experimenté una sonrisa. Los trabajadores entregaron las empresas, algunos a regañadientes, otros pasivamente. Los cuadros urbanos profesionales que habían acompañado a los campesinos comuneros regresaron a la ciudad.

En los primeros días de la revolución yo compartía mi tiempo entre las comunas, el Ministerio de Planificación y la Secretaría de Propaganda y Educación Política del Frente Sandinista. En esta última propuse que sacáramos un periódico que se llamara Poder Popular, recordando aquel periódico llamado El amigo del Pueblo (L'ami du peuple), sacado por Danton durante los debates jacobinos de la revolución francesa. El periódico se llamó Poder Sandinista y yo fui nombrado su responsable. Gran parte de los artículos versaban sobre la autogestión de los trabajadores en las empresas, tanto en las empresas del Estado como en las empresas privadas.

En honor a la verdad, habría que decir que la reforma agraria que siguió a la experiencia de las comunas mantenía en cierto sentido el espíritu autogestionario y asociativo. Una vez que se formaron las Empresas de Reforma Agraria, se implementó un mecanismo participativo sin precedente. En realidad, una de las experiencias más bonitas de la revolución fue la cogestión de las empresas entre trabajadores delegados por sus sindicatos y profesionales delegados por la revolución. Por decreto, la firma de los representantes de los trabajadores era obligatoria en cada cheque que se emitía. Las asambleas de trabajadores de aquellas empresas discutían el plan de producción y mantenían el seguimiento a los planes de la economía nacional. Desde el Ministerio de Planificación, dirigido por otro Comandante de la Revolución, elaborábamos los folletos de capacitación. Años después se decidió dejar de editar el semanario Poder Sandinista.

La otra experiencia digna de contarse en cuanto al espíritu asociativo y autogestionario de la revolución es la del Consejo de Estado, a través del cual vivimos la experiencia de lo que es verdaderamente un Estado revolucionario. Ahí estaban representadas todas las organizaciones sociales, desde las cámaras de la empresa privada y la iglesia católica, hasta los gremios, sindicatos y asociaciones campesinas y estudiantiles. Por supuesto que la representación popular era más numerosa que la representación del capital y de la reacción. La revolución fue acusada de comunista y aquel Consejo de Estado se sustituyó por el parlamento tradicional, donde la representación de diputados se hace por medio de los partidos políticos que participan en las elecciones.

A medida que pasaba el tiempo la división del trabajo cobraba más fuerza y cada cual se especializaba cada vez más en uno solo de los trabajos. Yo me quedé definitivamente en el Ministerio de Desarrollo Agropecuario y Reforma Agraria (MIDINRA), trabajando en la participación del campesinado en el proceso revolucionario, sin embargo seguí participando

en cuanto comisión especial se formaba para discutir cada uno de los tantos problemas de la revolución.

Una de las experiencias más duras de la revolución sandinista fue el levantamiento campesino, fomentado y apoyado por somocistas y por el gobierno norteamericano. Por supuesto que los primeros contrarrevolucionarios fueron los propios guardias somocistas que se habían refugiado en Honduras, lo que parecía lógico y comprensible; pero lo que no parecía lógico y comprensible era la participación del campesinado.

Nos metimos a profundizar en los procesos de reforma agraria. Enviamos compañeros y compañeras a estudiar por varios meses las reformas agrarias más conocidas: Cuba, la Unión Soviética, Taiwán, Guyana, incluso enviamos una docena de compañeros y compañeras a una estancia de seis meses al Land Tenure Center de Wisconsin en los Estados Unidos. En todas aquellas experiencias encontramos las mismas regularidades. Discurso público contra la propiedad capitalista, contra las familias burguesas, contra el mercado y los comerciantes agiotistas, intervención del mercado y fijación de precios, confiscación y distribución de tierras, privilegiada hegemonía de las empresas estatales por sobre todos los productores agropecuarios e industriales, denuncia de las posiciones reaccionarias de la iglesia católica. Todo aquello era mucho para un campesinado que apenas había participado en la revolución. Los trabajadores rurales que más participaron en la revolución fueron los asalariados de las empresas agroexportadoras que sobrevivían como trabajadores estacionales, mitad obreros y mitad campesinos.

¡Qué ganas de pasar por el mismo lugar, nos decía un experto chileno durante una sesión de trabajo en la sede de la FAO, en Roma. *“Si quieren seguir distribuyendo bienes a los campesinos, sigan haciéndolo, pero luchar contra el mercado es cosa muy seria”. Cambiar las cosas no es un asunto de voluntad, ni de misericordia, ni de solidaridad, sino de reglas muy precisas, si no las manejan bien se volverán contra ustedes. El campesino trabaja para comer, si le entregan la comida, dejará de trabajar. Si a los obreros les reparten los bienes producidos en la fábrica, los venderá y sacará más dinero que el salario que las empresas estatales le entregan. Si siguen apoyando la producción cooperativa sin ocuparse del mercado para colocarlas, los mismos campesinos les echarán la culpa de no poder vender a buen precio sus mercancías.* Cuando le explicamos que estábamos en plena guerra de agresión y que no era pensable que los campesinos y obreros movilizados también trabajaran y se regularan por la oferta y la demanda, el compañero chileno nos dijo: *no he dicho nada.*

La guerra continuaba en plena revolución, cosa que mucha gente ignora al juzgar los acontecimientos revolucionarios. Para que se tenga una idea cercana sobre lo que pasaba en aquellos días, piénsese que las zonas de guerra por donde nos movíamos se parecía mucho a las operaciones de una guerra de guerrillas, con la diferencia que los muertos y las emboscadas eran mucho más frecuentes. Defender cuarteles, empresas estatales, cooperativas, torres de electrificación, escuelas, hospitales, vehículos del ejército o de cualquier institución, brigadistas de salud, alfabetizadores, visitantes, grupos de internacionalistas, funcionarios de gobierno, todo eso se hacía con la técnica y el celo de las operaciones militares, moviéndonos de día y de noche, infiltrando a los comandos de la contrarrevolución, manteniendo redes de informantes y cuadros de inteligencia por todos lados.

La revolución estaba bloqueada exteriormente, su infraestructura destrozada por el terrorismo contrarrevolucionario, los jóvenes organizados y a cargo de la alfabetización y la vacunación eran asesinados. Había que cortar el café, el algodón y el tabaco prácticamente en brigadas, es decir, con cortadores plenamente armados y organizados militarmente. La oposición llamada democrática tenía nada menos que 25,000 soldados armados hasta los dientes y bien entrenados por el ejército norteamericano. La mitad del presupuesto de la república se gastaba en la defensa de la revolución. Nada de lo que se hacía podía abstraerse de la Guerra de Baja Intensidad del gobierno de los Estados Unidos.

En plena guerra solicité permiso, 15 días, para ir a presentar mi tesis de doctorado a la universidad de París. Estábamos en plena guerra. Esta vez llegué a la universidad en vehículo de la embajada de Nicaragua. Uno de los asistentes dijo antes de comenzar la defensa, *“dicen que un guerrillero se va a doctorar”*. Aquella frase me puso más nervioso. Quedar mal ante el jurado no me preocupaba tanto como quedar mal ante una sala llenísima de gente de la solidaridad. Dichosamente todo salió bien, me dieron la máxima calificación y recomendaron la publicación de la tesis que precisamente versaba sobre la reforma agraria, la misma fue publicada por la editorial Siglo XXI de México.

La dinámica del modelo agropecuario de la revolución tenía su propio combustible. A medida que los recursos escaseaban, producto de la guerra que la contrarrevolución había desencadenado contra la revolución, las empresas de reforma agraria eran presionadas para producir alimentos. Los frentes de guerra necesitaban cada vez más víveres, la sobre-atención a la defensa de la revolución se volvía imprescindible. Las Empresas de Reforma Agraria decidieron producir parte de aquellos víveres, lo que era visto como una competencia desleal de aquellas empresas con el campesinado. El resto lo hacía la propaganda contrarrevolucionaria del enemigo. Los periódicos, las radios y la televisión de la burguesía tronaban contra todas las limitaciones y debilidades de la revolución, los curas contrarrevolucionarios despotricaban contra el discurso revolucionario y las medidas de la revolución.

Para los que piensan que la reforma agraria nicaragüense fue muy radical quiero relatar una anécdota. Recuerdo que una de las primeras ayudas por parte de la comunidad internacional fue un apoyo financiero de la Agencia Interamericana de Desarrollo (AID) para elaborar la Ley de Reforma Agraria de la revolución sandinista. En ese entonces el delegado de la AID me propuso que consideráramos implementar la misma ley que ellos elaboraron para El Salvador. Se trataba de una ley súper radical que proponía confiscar a todos los dueños de propiedades mayores de 100 manzanas, lo que quizás para El Salvador era necesario, debido a lo reducido del país, pero que en el caso de Nicaragua hubiera significado expropiar a gran parte del campesinado y de las comunidades indígenas nicaragüenses. Asimismo me propuso que todo lo que pasara en el Ministerio de Reforma Agraria y todas las medidas propuestas tendrían que ser reportadas y hasta consultadas a su oficina, pues era parte de las condiciones del apoyo financiero. Le pedí que abandonara mi oficina y hasta ahí llegó la ayuda de la AID.

El mundo entero comenzó, en plena guerra, a pedirle a la revolución la perfección de un modelo democrático. Libertad de prensa, libertad de precios, cero inflación, libertad de cultos. Los detalles más conflictivos de la revolución eran estudiados con lupa por todos sus críticos. La estrategia era sencilla, se mostraba al mundo como parte del modelo revolucionario -lo que no era más que el producto de las circunstancias- de una revolución, en guerra contra el

gobierno más agresivo y poderoso de la tierra, el gobierno de los Estados Unidos de Norte América. Si controlábamos las actividades de la insurrección contrarrevolucionaria nos presentaban como totalitarios. Si los soldados somocistas mataban a algún alfabetizador, acusaban al alfabetizador de estar indoctrinando al campesinado, pero no decían nada del asesinato. Si censurábamos a los diarios de la oposición nos acusaban de estar contra la libertad de expresión. Si matábamos a los soldados enemigos nos tildaban de asesinos. Si la contrarrevolución destruía puentes y puertos con lanchas y soldados norteamericanos, hablaban de la solidaridad del presidente Reagan para con los paladines de la libertad nicaragüense.

La revolución respondió entregando más tierras, más crédito, más insumos, más educación, más salud y más organización, más unidad nacional con la burguesía, quien derrochaba el apoyo y boicoteaba a su vez la producción; la suerte estaba echada y la vorágine de los acontecimientos incendiaba cada vez más un orden que no lograba estabilizar su propia trayectoria. Se desarrolló un movimiento cooperativo sin precedentes que permitió la mayor organización rural de la historia del país. Por supuesto que los rendimientos y la estabilización del modelo cooperativo padecieron todas las vicisitudes de aquellas circunstancias. Al igual que a todo lo que existía, los intelectuales extranjeros de todo el mundo le exigían a las cooperativas en particular y a la reforma agraria en su conjunto, toda la perfección de un manual o la estabilidad alcanzada en varios siglos por las cooperativas europeas. Las cooperativas se llamaron Cooperativas Agrícolas Sandinistas (CAS), guardando el espíritu de las primeras Comunas Agrícolas Sandinistas (CAS) y fueron verdaderos bastiones de la defensa militar de la revolución y de las medidas revolucionarias. Cooperativas que por supuesto no eran juzgadas por sus críticos en función de la defensa de la revolución y sus medidas, sino en función de los rendimientos productivos de una sociedad industrializada y estable.

Algunos especialistas proponían que las empresas confiscadas al somocismo fueran entregadas al campesinado en carácter de reforma agraria, sin explicarnos cómo haríamos con el capital industrial que las mismas contenían y que formaba parte de la economía de la empresa. Otros analistas nos sugirieron que mejor se las entregáramos a la burguesía para que las trabajaran, por supuesto que con todo el apoyo financiero y fiscal que ellos requerían. Uno de los intelectuales que luego llegó a ser Ministro de Economía de la restauración liberal culpó a la revolución sandinista de la caída de la producción algodonera (citando un libro que yo había publicado clandestinamente *El somocismo y el modelo capitalista agroexportador*), en momentos en que en el resto de Centroamérica ya nadie estaba prácticamente produciendo algodón, debido a que los precios internacionales habían caído por debajo de los costos de producción. La revolución había decidido mantener un área mínima de producción algodonera por razones de alianzas con los empresarios y los trabajadores asalariados del algodón, medida que se hizo con varios productos y que por supuesto significaba subsidiar al mercado mundial y a sus monopolios.

Como dice el dicho nicaragüense, *no es lo mismo verla venir que platicar con ella*. Al menos uno de los intelectuales más lúcidos de una de las corrientes comunistas, acostumbrado a criticar las revoluciones, el líder trotskista Ernest Mandel, lo entendió perfectamente, a juzgar por el diálogo que sostuvimos montaña adentro al norte de Nicaragua, en ocasión de mostrarle en vivo la defensa revolucionaria a manos de los milicianos campesinos.

Una de las actividades dignas de mención en aquellos estudios fue la elaboración de una encuesta a los trabajadores del campo. Aprovechando lo que se conoció como la Cruzada Nacional de Alfabetización solicitamos que los 60.000 brigadistas que marcharon a alfabetizar a los campesinos y a las comunidades indígenas llenaran una encuesta sobre las características de las familias campesinas donde se alojaran. Todas las boletas fueron llenadas con bastante facilidad puesto que los brigadistas convivieron varios meses con aquellas familias, no encontrando ninguna dificultad para conocer cada detalle de los hogares campesinos. Las boletas fueron procesadas en equipos donados por la AID y su análisis sirvió de base para elaborar las leyes y decretos sobre la reforma agraria. Relativamente hablando es una de las encuestas más grandes jamás hechas sobre las clases sociales en el campo.

Lo que pasó con el campesinado pasó igualmente con los pueblos indígenas y las comunidades étnicas de la Costa Caribe de Nicaragua. Aquel territorio había sido el asiento de los enclaves norteamericanos de la madera, el banano, el oro y la plata, entre otros. Los pobladores tenían aún fresco el recuerdo de empresas norteamericanas, religiones llevadas por los norteamericanos, salario y tecnología de punta, jerarquía laboral y profesional, bienes de consumo enlatados y percibidos como lo último del progreso cotidiano.

Cuando los enclaves se retiraron aquellas poblaciones y territorios quedaron abandonados y sumidos en una especie de autonomía primitiva por parte del régimen somocista. La revolución sandinista fue una revolución hecha por la mayoría mestiza hispano parlante, urbana y católica del resto del país. De manera que toda presencia de las medidas de la revolución y de sus delegados no podía menos que provocar un choque cultural sin precedentes en la Costa Caribe, donde vivían los pueblos indígenas miskitos, mayagnas, ramas y las comunidades afro-descendientes, criollas y garífonas.

En los primeros años del triunfo revolucionario nos dedicamos en la institución de reforma agraria que yo dirigía a estudiar la presencia de la revolución en aquellos territorios, así como las contradicciones étnicas por ella suscitadas. Editamos un libro que incitaba a establecer la autonomía indígena, lo que no fue bien recibido por quienes estaban encargados de aquella zona. Gran parte de los indígenas se levantaron contra la revolución, exigiendo entre otras cosas la separación de su territorio. Los ánimos se soliviantaron a medida que las orientaciones revolucionarias llegaban a dichos territorios, el gobierno de Estados Unidos se volvió acérrimo defensor de los indígenas nicaragüenses y apoyaba las demandas separatistas de los líderes indígenas.

En momentos en que la guerra arreciaba y los levantamientos campesinos e indígenas se hacían insoportables para la naciente revolución, me nombraron responsable para coordinar una Comisión para diagnosticar y hacer una propuesta sobre la situación de los pueblos indígenas y comunidades étnicas de la Costa Caribe. Igual que con la reforma agraria, enviamos a compañeros a estudiar y conocer las experiencias autonómicas de otros países, particularmente de las naciones que años después se desmembraron de la Unión Soviética. Se concluyó que una propuesta autonómica de carácter multiétnico sería parte de la solución. La comisión fue conformada por representantes nacionales de las comunidades étnicas y de los pueblos indígenas, así como por representantes del gobierno revolucionario. Se visitó gran parte de las comunidades y se contactó a sus representantes, se ensayó una especie de asamblea constituyente conformada por la Comisión de Autonomía y los representantes locales de las comunidades. La principal reivindicación era la plena

ciudadanía en un país que siempre los había marginado, el acceso común a sus recursos naturales y el pleno ejercicio de su cultura. El gobierno revolucionario demandaba el cese de las hostilidades contra la revolución.

En una de las tantas asambleas que tuvimos con líderes de los movimientos armados y mientras explicábamos la importancia material de la revolución para el desarrollo de aquella zona, se levantó un señor negro y nos dijo: *no nos van a convencer, aunque nos empiedren de oro las calles de Bluefields. Ustedes no han entendido que lo que queremos es dejar de ser ciudadanos de tercera categoría.*

Recuerdo que en plena negociación sobre la autonomía apareció en un periódico francés, creo que France Soir, una foto donde unos supuestos milicianos sandinistas gritaban alegremente alrededor de los restos de unos cadáveres indígenas miskitos recién quemados por las tropas del ejército sandinista. Meses después el periódico alemán Der Spiegel, desmintió aquella foto, la que había sido montada sobre una quema verdadera que la Guardia Nacional de Somoza había perpetrado a unos guerrilleros sandinistas. Todo el expediente me lo enviaron unos compañeros de la solidaridad internacional, que sirvió para denunciar ante las autoridades, la prensa y el pueblo estadounidense, el nivel de rabia publicitaria de la derecha en Europa y Estados Unidos.

Finalmente, la Asamblea Nacional aprobó lo que se conoció como Principios y Políticas de los Pueblos Indígenas y Comunidades Étnicas de la Costa Atlántica. La ley fue aprobada con rango constitucional por el gobierno revolucionario. Contempla gobiernos autónomos en la parte norte y sur del territorio caribeño de Nicaragua, lo que de hecho implica una radical descentralización del Estado y de los recursos nacionales. La restauración liberal y neoliberal se ha opuesto jurídica y fácticamente al proyecto autonómico, retrasando su reglamentación, cosa que se hizo finalmente en ocasión del regreso del Frente Sandinista al poder político.

En una de las entrevistas que tuvimos que hacer para explicar la propuesta conjunta del gobierno revolucionario y de las comunidades indígenas y étnicas, me tocó visitar al embajador de Guatemala en Nicaragua, uno de los gobiernos más críticos con lo que ellos llamaban el etnocidio provocado por la revolución, durante la guerra civil entre campesinos e indígenas de una y otra parte. Efectivamente, una parte de los campesinos y otra parte de los indígenas estuvieron con la revolución. Una vez que le hicimos el planteamiento sobre la autonomía el embajador de Guatemala exclamó, ustedes están locos, con una medida como esa, lo que van a provocar es un incendio de nuestros países. La Ley de Autonomía, igual que la Ley de Reforma Agraria, implicaba por supuesto el derecho de las comunidades indígenas y de los campesinos a afectar los intereses de los grandes terratenientes, lo que no era muy grato para el embajador, ni para los enclaves gringos radicados en los territorios indígenas. Mi sorpresa fue mayor, puesto que ingenuamente yo había pensado que el embajador de Guatemala nos iba a felicitar y hasta pedir asesoría para implementar una ley parecida que favorecería a la mayoritariamente población indígena de Guatemala.

Además de la experiencia de las Comunas Agrícolas Sandinistas y del movimiento de autonomía de las poblaciones de la Costa Caribe, la revolución sandinista conoció una experiencia autogestionaria sin precedentes en la historia nicaragüense. Me refiero a las empresas de los trabajadores surgidas en el momento en que el FSLN pierde las elecciones, experiencia que al igual que las anteriores me tocó vivir de cerca y estar consciente y entusiastamente involucrado y comprometido.

Corría el año de 1990, el Frente había perdido las elecciones y el nuevo gobierno, restaurador del régimen oligárquico, decidió regresar todas las empresas y bienes a los antiguos dueños confiscados por la revolución. Se trataba ni más ni menos de regresar la historia al mismo lugar y momento en que Somoza la había dejado.

Una vez que las tropas contrarrevolucionarias habían sido desmovilizadas y las tropas del Ejército Popular Sandinista licenciadas, el nuevo gobierno retiró el crédito al campesinado y abrió el crédito a los más allegados personajes de la oligarquía. A su vez, las empresas estatales eran vaciadas de trabajadores y sindicatos, con el ánimo de ser entregadas limpias de problemas a los antiguos dueños. En ese momento surgió lo que podía darle contenido a la insurrección cívica desatada por la población más beligerante y consciente que ha tenido Nicaragua en su historia política. Los trabajadores rechazaron el regreso de las empresas al somocismo y decidieron ocuparlas directamente para ser autogestionadas por ellos.

Las barricadas surgieron de nuevo en todas las calles y caminos del país. Los medios de comunicación, los edificios gubernamentales, puertos, aeropuertos, escuelas y universidades, las ciudades enteras fueron tomadas. El transporte, las carreteras, fronteras y aduanas estaban tomadas por el sandinismo revolucionario en la oposición. El gobierno fue completamente desbordado e imposibilitado de reprimir aquellas manifestaciones. La única salida era entregar el poder al Frente Sandinista o negociar con el Frente Sandinista. Oficialmente el Frente Sandinista no había ni planeado ni deseado aquella inesperada desobediencia civil jamás observada en el país.

El carácter de clase de aquellas jornadas y de aquella hermosa experiencia autogestionaria, se expresó más que nunca en la conformación de lo que se conoció como *los Revueltos*, un irregular ejército formado por trabajadores de las empresas estatales (agrícolas, pecuarias, pesqueras, agroindustriales, etc.), campesinos de las Cooperativas Agrícolas Sandinistas (CAS), licenciados del Ejército Popular Sandinista (EPS), desmovilizados de la Resistencia Nicaragüense (la Contra); gente que se había enfrentado en el combate, terminaron luchando juntos a favor de lo que consideraban su verdadero programa revolucionario. Nació así lo que se conoció como el Área Propiedad de los Trabajadores (APT), compuesto por empresas que días antes se conocían como Área Propiedad del Pueblo (APP). La derecha empezó a tronar contra el Frente Sandinista y surgieron voces dentro del sandinismo que también criticaron aquella radical manifestación autogestionaria. Algunos de nosotros, que apoyamos activamente la toma de las empresas por los trabajadores, fuimos tildados y acusados de terroristas a diestra y siniestra.

Al cabo de algunos días las ocupaciones se desmovilizaron puesto que no había proyecto ni plan alguno, salvo protestar por las medidas restauradoras de la contrarrevolución en el poder. Aquel proyecto no podía avanzar sin el Frente Sandinista, pero tampoco podía avanzar hasta sus últimas consecuencias con el Frente Sandinista. Al final se decidió negociar las ocupaciones y las mismas desembocaron en un acuerdo que dividía la posesión de las antiguas empresas somocistas en cuatro partes. Una parte para los trabajadores, una parte para los campesinos desmovilizados de la contrarrevolución, una parte para los licenciados del ejército y una parte para la burguesía. La parte de la burguesía tuvo todo el apoyo del nuevo gobierno, la parte del ejército y de la contrarrevolución fue entregada en su mayor parte a los jefes de ambas agrupaciones, la parte de los trabajadores fue entregada

mediante un contrato de compra venta, que jamás se respetó por parte del gobierno y gran parte de las mismas fueron perdidas en la vorágine del mercado.

El Frente Sandinista no tenía cultura autogestionaria. La influencia de la cultura socialista, particularmente cubana, no contemplaba en aquellos momentos la autogestión obrera. Algunos pensadores sandinistas -que habían pertenecido al partido socialista- mostraron su más mezquino y trasnochado estalinismo para despotricar contra un proyecto que según ellos tenía como objetivo convertir a los obreros en capitalistas y corromper la trayectoria sindicalista de los trabajadores, sin darse cuenta que con ello sólo legitimaban el regreso de las empresas del Estado a los antiguos dueños somocistas.

En esas jornadas los trabajadores, particularmente quienes pertenecían a la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC), dieron una muestra de coraje y lucidez extraordinaria, puesto que siendo sandinistas y no sintiéndose con la venia del Frente Sandinista, asimismo, siendo sindicalistas y socialistas de cultura leninista, nunca tuvieron en su agenda el control total por parte de la clase obrera de los bienes productivos, y aún en tales circunstancias se metieron a esa aventura. La mayor parte de los trabajadores autogestionarios conformaron lo que se llamó Unión Nacional de Productores Libremente Asociados (UNAPA) en honor a la célebre definición marxista: el socialismo, decía Marx, es la *unión de productores libremente asociados*. Yo tuve el privilegio de ser el secretario por varios años de aquella novedosa organización. En el centro de investigación donde trabajaba estuvieron por mucho tiempo las oficinas de todas las federaciones autogestionarias del campo nicaragüense. Tuvimos la solidaridad de muchas experiencias autogestionarias estadounidenses, españolas y peruanas. Tampoco duró mucho tiempo. El mercado se encargó de golpearlas, pero algo queda todavía de aquella experiencia asociativa y autogestionaria.

En total la reforma agraria alteró más del 50% de la tierra en fincas, sobre todo si tomamos en cuenta las tierras indígenas destinadas a demarcarse a favor de los pueblos indígenas. Es así que 30 años después, el 70% de la tierra en fincas pertenece a los pequeños y medianos productores, sumando los que ya tenían tierra y los que recibieron tierra de la reforma agraria.

LA REVOLUCIÓN DESDE ABAJO

La guerrilla y la insurrección es un movimiento desde abajo, como son las manifestaciones estudiantiles, las huelgas sindicales o las luchas campesinas. Ahora bien, una vez tomado el poder, la revolución es una combinación de tareas emprendidas desde arriba y desde abajo.

Las grandes transformaciones como la confiscación y distribución de la tierra, la alfabetización o la organización cooperativa, se hacen desde el poder y con apoyo de las instituciones públicas, pero basadas en la movilización popular. Pero la revolución no son solamente reformas sociales y servicios públicos a la población, sino transformaciones estructurales, siendo la principal, la sustitución de una clase por otra en la conducción de la sociedad. Sin embargo, cuando se quiere sustituir una clase por otra, las cosas no son tan sencillas, pues la nueva clase no ha nacido y no puede hacerse de la noche a la mañana, salvo que se establezcan las condiciones para que eso pase. Sustituir una clase por otra significa no solamente recuperar el poder político, sino, sobre todo, detentar el poder económico y la hegemonía cultural.

Todos sabemos y ya lo hemos comentado en este trabajo que las revoluciones contemporáneas, una vez que toman el poder, enfrentan la contrarrevolución interna y la ofensiva contrarrevolucionaria de los poderes imperiales, en condiciones totalmente desfavorables, no solamente por la correlación internacional de fuerzas, sino porque internamente la economía que se administra y la sociedad que se gobierna están en manos del adversario.

Lo peor es que si no se hace eso, las reformas políticas y sociales pueden revertirse de la noche a la mañana, como pasó cuando las revoluciones tuvieron que someterse al arbitrio de una opinión pública todavía dominada y controlada por los viejos valores.

La lección es que no importa cuales sean las circunstancias, las revoluciones tienen que emprenderse desde arriba y desde abajo. En otras palabras, una de las lecciones de la revolución sandinista es que estando en el poder o estando en la oposición hay que abocarse a realizar aquellas transformaciones que permitan a la nueva clase (los trabajadores-productores organizados) ampararse del poder económico y cultural. Sabemos asimismo que dichas transformaciones, económicas y culturales, no se hacen en frío, sino en caliente, es decir, en lucha y competencia, difícil y prolongada.

Pues bien, el asunto es que en el año de 1990, diez años después de la revolución política y apenas habiendo comenzado las reformas sociales, el Frente Sandinista pierde las elecciones y comienza un período de restauración conservadora y neoliberal, el más radical y contrarrevolucionario de América Latina.

Fue en ese momento que el líder de la revolución sandinista, el Comandante Daniel Ortega, propuso gobernar desde abajo, lo que significaba frenar la embestida contrarrevolucionaria y conservar las conquistas de la revolución. Aquella experiencia abrió las posibilidades no solamente de gobernar desde abajo, sino de emprender ciertas tareas históricas revolucionarias aún sin contar con el poder político central.

Por qué perdimos las elecciones

Una vez tomado el poder político, la revolución sandinista enfrenta inmediatamente la fuerza y la voluntad del gobierno estadounidense, lo que somete a la joven revolución a una confrontación contrarrevolucionaria de grandes proporciones. Estaba claro que toda revolución tercermundista se convierte en una guerra de independencia contra el poder extranjero que la niega y la castiga. Así pasó con las guerras de independencia frente a España y así está pasando en la lucha por la liberación nacional frente a Estados Unidos y Europa.

La Revolución Popular Sandinista tenía prácticamente todo el poder político. El ejército y la policía que se llamaban Ejército Popular Sandinista y Policía Sandinista. El resto de las instituciones del Estado. Las organizaciones sindicales, cooperativistas y poblacionales. La mayoría de los medios de comunicación. Las asociaciones de profesores, estudiantes, profesionales y periodistas. El partido más organizado del país.

Con dicho poder el Frente Sandinista prepara la defensa de la revolución. Las fuerzas armadas se entrenan y reciben apoyo logístico de los países socialistas. Se organizan las

Milicias Populares Sandinistas. Se arman a las cooperativas y a los sindicatos del campo, puesto que la arena de la guerra se trasladó al campo. Se conforman voluntariamente los Batallones de Lucha Irregular (BLI) con pobladores reclutados en los barrios urbanos, departamentales y municipales. Se organiza el Servicio Militar Patriótico. Sin el apoyo de Cuba y de la Unión Soviética, la revolución no hubiera podido defenderse y hubiera fácilmente sucumbido a la ofensiva contrarrevolucionaria.

Además de la defensa, las tareas sociales y productivas ocupan la atención de la dirección revolucionaria. Se organizan 60,000 brigadistas para alfabetizar al 60% de la población. Se conforman las brigadas de vacunación y de salud para atender las principales enfermedades de la población. Otras tantas brigadas se organizan para atender las tareas de recolección de café y algodón principalmente, a la cual se integran los funcionarios del gobierno. Se organiza la distribución de alimentos básicos para toda la población, principalmente arroz, frijoles y aceite (AFA).

Todas estas tareas se tienen que realizar en condiciones de guerra, donde las fuerzas armadas, las milicias, los batallones de reserva, las organizaciones sociales y la población se mezclan totalmente. Bueno, no toda la población, pero sí, la población más activa, es decir, la población sandinista revolucionaria.

La contrarrevolución se organiza desde afuera y tiene su principal base social en una parte del campesinado medio y de las comunidades indígenas de la Costa Caribe. Es apoyada totalmente por los aparatos militares y de contrainsurgencia del gobierno de Estados Unidos, quienes en una Guerra de Baja Intensidad desgastan enormemente a la revolución. Tan atroz fue el terrorismo estadounidense que el Tribunal Internacional de la Haya condenó al gobierno de los Estados Unidos de América (USA) y lo conminó a pagar los daños ocasionados al gobierno de Nicaragua, alrededor de 17,000 millones de dólares, deuda que hasta ahora el gobierno estadounidense no ha querido honrar.

En estas condiciones y con miles de muertos de ambos bandos que contribuyen a polarizar el contexto nacional, es que el Frente Sandinista es obligado a someter a escrutinio el poder revolucionario. En aquellas condiciones nadie podría pensar que la oposición que no tenía prácticamente presencia en las instituciones del poder público pudiera ganar las elecciones. Efectivamente, la candidata y el bloque opositor llamado Unión Nacional Opositora (UNO) no tenían ni el ejército, ni la policía, ni los sindicatos, ni las cooperativas, ni las organizaciones estudiantiles o barriales, ni influencia alguna en las instituciones gubernamentales. Su poder estaba en lo que se ha llamado la mayoría silenciosa, es decir, una mayoría poblacional que ni siquiera muestra su intención de voto en las encuestas, pero que en tanto mayoría tiene el poder de decisión en una elección. Efectivamente, en última instancia, el poder está en la voluntad mayoritaria de la gente, es decir, en la cabeza y el alma de los ciudadanos.

Durante los diez años de gobierno revolucionario, las medidas sociales fueron extraordinarias. Millones de manzanas de tierra para los campesinos, insumos, maquinaria y crédito para todo el campesinado del país, alimentos básicos, salud y educación gratuita para toda la población del país, pleno empleo para la gente de las ciudades, espacio organizativo e institucional para las organizaciones sociales, leyes y decretos a favor de la población marginada, entre ellas el derecho a la autonomía de las comunidades étnicas y pueblos indígenas de la Costa Caribe, otros servicios públicos como agua, electrificación y vivienda como nunca se había tenido. Si el voto electoral se decidiera por los bienes materiales

distribuidos a la población, el Frente Sandinista debería haber tenido casi el cien por ciento de los votos, pero como todos sabemos, más ahora que antes, la lucha electoral es una lucha ideológica, donde cada votante asiste a las urnas con su propia, sagrada y testaruda idiosincrasia.

Obviamente, someter el poder a la modalidad de las elecciones occidentales, es decir, al modelo de partidos políticos, donde la población se divide de acuerdo al poder de la propaganda y a los valores existentes, significa apostar a tener la mayoría política del electorado o a ser derrotado.

Claro está que en tales elecciones, independientemente del resultado final, cada partido tiene la oportunidad de obtener, en forma proporcional a sus votantes, un espacio de poder en las instituciones públicas. Decimos esto porque existe la cultura política en las democracias occidentales de pensar que la victoria o la derrota de un partido político son totales, cosa que no es así. Ciertamente se gana o se pierde, pero no totalmente. Detrás de esta visión está la percepción de que el gobierno es sinónimo de todo el poder, cosa que solamente pasa cuando el partido que obtiene la presidencia de gobierno representa a la clase o clases que detentan el poder económico y cultural.

La dictadura somocista, por ejemplo, fue derrotada militarmente y desplazada del poder político, sin embargo, tenía el apoyo de la clase económicamente dominante y el apoyo de la mayoría de la población nicaragüense. Si, desde 1979 hasta su reciente victoria en el año 2006, el Frente Sandinista nunca alcanzó la mayoría política en las elecciones. La insurrección sandinista se llevó a cabo con aproximadamente un 20% de la población y la revolución sandinista alcanzó en sus diez años de gobierno un apoyo de alrededor de 40% de la población. Es cierto que en 1984 el Frente Sandinista ganó las elecciones con una mayoría relativa, pero debido a una abstención mayoritaria por parte de la derecha en dichos comicios electorales.

Por lo tanto, ante la pregunta de por qué el Frente Sandinista perdió las elecciones, la mejor respuesta que tendría es que fue debido a que se presentó a las elecciones sin tener la mayoría política de los votantes. Otra cosa sería preguntarse por qué no logró en diez años cambiar la opinión de la mayoría de la población, hazaña difícilísima en aquellas condiciones. Recordemos además que la revolución sandinista derrotó a la dictadura somocista en conjunto con una parte importante de la clase dominante, la oligarquía conservadora, sector que inmediatamente después del triunfo revolucionario se juntó con los liberales somocistas para adversar militarmente a la joven revolución. En términos ideológicos, puede decirse que la población se dividió en dos, aquellos que estaban con la bandera azul y blanca, es decir, con la patria y sus valores republicanos o liberales, y aquellos que estaban con la bandera rojinegra y sus valores antimperialistas. Precisamente, otra de las lecciones de la revolución sandinista es que hay que batallar con las dos banderas y a la velocidad promedio de ambos segmentos poblacionales.

Donde menos votos obtuvo la revolución fue en el campo, lugar donde estaban más arraigadas las ideas convencionales. La contrarrevolución tuvo su base principal en el campesinado y en las comunidades indígenas, lo que no quiere decir que la revolución no tenía ninguna base social. Esto nos hace entrar a discutir la relación entre lo urbano y lo rural.

Después del triunfo revolucionario, la ciudad fue de nuevo la sede del poder. Las primeras medidas revolucionarias favorecieron principalmente a la gente de las ciudades. El pensamiento urbano era el pensamiento dominante. Desde la ciudad se llevó la revolución al campo. Los jóvenes de las ciudades se fueron a alfabetizar campesinos, llevando consigo la cultura urbana. Las fiestas y concentraciones de la revolución se celebraban en las ciudades.

El modelo económico de la revolución fue un modelo urbano. Toda la riqueza confiscada al somocismo pasó al Estado y fue administrada por empresas estatales, a la cabeza de las cuales estaban gerentes urbanos. Durante la revolución, el campesinado se convirtió en un sujeto social a quien había que apoyar, pero nadie consideraba que pudiera ser un sujeto económico para el desarrollo del país, pero aún, muchos líderes campesinos consideraban que las empresas de reforma agraria competían deslealmente con el campesinado al producir productos como maíz, frijol, arroz, leche, huevos, etc., productos propios de la economía campesina.

No siempre se valoró suficientemente lo que significa para el campesinado la propiedad, el mercado, la tradición religiosa y sus hijos fuera del hogar. El discurso revolucionario sobre la propiedad se refería a la propiedad del gran capital, pero el campesinado pensaba en su parcela. El discurso revolucionario sobre el mercado se refería a la diferenciación que genera el mercado y al encarecimiento de los precios por los agiotistas, pero para el campesinado el mercado significa el lugar donde vende sus granos. El discurso revolucionario combatía la posición contrarrevolucionaria de algunos curas, pero para el campesinado criticar a un cura es criticar la tradición religiosa. El discurso revolucionario sobre el Servicio Militar se refería al patriotismo para defender al país de los ataques extranjeros, pero para el campesinado la patria es en primer lugar, su familia y su parcela.

Las costumbres blancas y mestizas de la población hispanoparlante y católica del Pacífico de Nicaragua, que llegaban a través de los alfabetizadores y extensionistas del gobierno revolucionario, no siempre coincidían con la idiosincrasia del campesinado, ni de los pueblos indígenas de religión morava y lengua criolla-inglesa del Caribe. Y por supuesto, los gringos encendieron una mecha para la cual nuestras limitaciones servían de combustible. La liberación nacional hacia fuera, tuvo que madurar a través de la liberación nacional hacia adentro. La revolución urbana que se insurreccionó contra Somoza tuvo que aprender de la contrarrevolución que se levantó en el campo.

En resumen, podemos inferir que no es lo mismo botar una dictadura a través de una insurrección armada y en alianza con un sector importante de la clase dominante -que quiere eliminar a la dictadura, pero no hacer la revolución-, que derrotar un régimen político que tiene 45 años de existencia. No es lo mismo que un grupo significativo de guerrilleros logre desplazar al dictador, que desterrar la cultura del mercado o de los valores occidentales. La verdad es que no es fácil revertir una cultura de doscientos años de vida republicana libero-conservadora o de quinientos años de cultura neocolonial. Por otro lado, para cualquier persona sensata, independientemente de su afiliación política, votar por el sandinismo, después que el gobierno de los Estados Unidos sentenció que de ganar el Frente Sandinista ellos continuarían la guerra, era mucho pedir.

Eso quiere decir que en cualquier elección donde la derecha logre unificar a toda esta masa poblacional no sandinista o antisandinista esta derecha ganará las elecciones, mientras el frente Sandinista no logre el apoyo de la mayoría política nicaragüense. La prueba está en

todas las elecciones donde la derecha va unida; no es por casualidad que últimamente se ha impuesto la norma de que los partidos políticos tienen que ganar con más del 50% de los votos. La prueba está en las elecciones del año 2006, donde la derecha iba separada y eso posibilitó que el FSLN ganara las elecciones. En la última elección municipal, la del año 2008, a pesar de que la derecha iba unida el Frente ganó la mayoría de las alcaldías, lo que prueba que el Frente Sandinista alcanzó la mayoría política del electorado o de la población.

Mucho se especula sobre el impacto de las medidas revolucionarias. Se dice que el Frente perdió las elecciones porque hizo la reforma agraria o porque la hizo de tal forma. La verdad es que una parte significativa del campesinado -los campesinos sandinistas- votó por la revolución, mientras que otros campesinos, no revolucionarios o contrarrevolucionarios, votaron en contra de la revolución. Se especula asimismo sobre la intervención del mercado y sobre el discurso en contra de los sectores contrarrevolucionarios, sean del gran capital, el gobierno de los Estados Unidos o la jerarquía de la iglesia católica. La verdad es que todos estos sectores jamás estuvieron de acuerdo con la revolución, independientemente de lo que se hiciera. Por otro lado, hay medidas que se hacen no porque se sea revolucionario o no, sino porque se está en guerra, tal como lo demuestran las medidas tomadas por cualquier gobierno en tiempos de guerra; medidas que no son por supuesto del todo populares.

Ahora bien, no hacer la reforma agraria hubiera significado no hacer revolución; no intervenir el mercado en tiempos de guerra hubiera sido un disparate; no alfabetizar al campesinado porque no teníamos los alfabetizadores adecuados, hubiera significado renunciar a la transformación de la conciencia popular.

No puede decirse que la derrota electoral significó la derrota total de la revolución. No, la derrota del gobierno sandinista no significó la derrota de la revolución, la que continuó luchando desde la oposición por sus conquistas y por nuevas victorias. Por supuesto que la voluntad del nuevo régimen neoliberal era desaparecer al Frente Sandinista, representante de la revolución y de todas las reformas sociales que beneficiaban al pueblo. Cosa que por supuesto no pudo hacerse, debido a la resistencia de las fuerzas organizadas del sandinismo. La oposición a las primeras reformas neoliberales no se hizo esperar y asistimos prácticamente a un levantamiento revolucionario jamás logrado en la propia insurrección sandinista de 1979, lo que muestra que la revolución había calado al menos en un 40% de la población. No puede decirse entonces que la victoria libero conservadora de 1990 fue una victoria total sobre el sandinismo. Las fuerzas armadas sandinistas no pudieron ser desarmadas, parte de las tropas contrarrevolucionarias se comenzaron a pasar al Frente Sandinista y a resistir conjuntamente contra las medidas neoliberales.

Tampoco podría decirse que no hubo una derrota, ni que fue una simple derrota electoral. No, hubo derrota electoral y hubo derrota de un modelo de transformación, derrota muy parecida a la derrota que padeció la opción del socialismo de Estado en los países del este europeo. Si hoy estamos luchando en un marco electoral y en un contexto de mercado, es porque la correlación de fuerzas con la que terminamos la guerra fría así lo dispuso.

Después de la derrota electoral muchos heredaron un sentimiento de culpa. Se confesaron los mismos pecados de antaño y cada uno escogió su propia penitencia. *Yo se los canté*, le dijo Somoza al último periodista que lo entrevistó, mientras volaba hacia la muerte que lo esperaba en Paraguay, *algún día me van a pedir que regrese*. El día en que lo mataron fue bautizado como el Día de la Alegría. Hasta ese día todos los dictadores habían muerto en su

cama, gozando en el exilio del dinero robado a los contribuyentes. Había que romper la tradición pues de eso tratan las revoluciones. Diez años después del triunfo revolucionario y con ayuda de muchas almas arrepentidas, los somocistas en 1990 recuperaron el poder y comenzaron a destazar vorazmente la poca carne que le quedaba a la nación. Durante el neoliberalismo la migración aumentó mucho más que durante la guerra.

Todos comenzaron a hablar de los errores de aquel proceso histórico. La verdad es que la revolución fue una realidad llena de contradicciones como todas las realidades, en brazos de fuerzas sociales que arrastran a todo el que se oponga o enrole en ellas. ¡No debieron matar al dictador dicen unos, debieron haberlos matado a todos decían otros! ¡No debieron haber confiscado a los burgueses somocistas, clamaban unos, debieron haber confiscado a todos los burgueses, somocistas, no somocistas y antisomocistas, respondían otros!

Los viejos intelectuales de tendencia conservadora, los nuevos ideólogos neoliberales y postmodernistas, junto a ciertos disidentes de la revolución se han especializado en desprestigiar todo lo que huele a revolución, izquierdismo, sandinismo, utopía, esperanza. El desprestigio es el principal castigo al que no sigue los pasos de sus antepasados y se rebela de contra el nuevo orden capitalista. Los desertores se han disfrazado de demócratas y se aprestaron a deslegitimar toda resistencia contra el nuevo orden establecido. En sus discursos no aparece otro enemigo que los adversarios de izquierda. La derecha y el imperialismo no les generan tanta saña, resentimiento y envenenamiento como sus antiguos compañeros de armas. Se piensan rebeldes porque se pasan maldiciendo todo el día el poder, pero no se dan cuenta que son rebeldes de derecha, pues el único poder que cuestionan es el poder en manos de la izquierda, incapacitados para pronunciarse contra los poderes que controla la derecha.

La ética se convirtió en un discurso para desprestigiar y difamar al adversario. La culpa no permite asimilar las lecciones de la revolución y dificulta proseguirla en las nuevas circunstancias.

Purísima, Piñata y Banquete

Durante la revolución hubo *purísima* para los pobres, *piñata* para la pequeña burguesía y *banquete* para los banqueros y funcionarios corruptos. La *purísima* es una fiesta pagana donde por cantarle a la Virgen te regalan comida, frutas y refrescos. La *piñata* es una fiesta de clase media donde por asistir al cumpleaños de un niño vecino te regalan juguetes. El *banquete* es una comilona que acostumbran los poderosos donde se sirven en abundancia los mejores manjares que existen en el país.

Durante trescientos sesenta y cuatro días, el mercado nos obliga a vender y comprar buscando cómo sacarle provecho al otro. Pero el día de *las purísimas*, o fiestas religiosas, que en honor a la Virgen se celebran en los pueblos de Nicaragua, muchas familias se preparan para regalar sus ahorros convertidos en gorras u ofrendas que se hacen al prójimo. Mucha gente participa y quién más y mejor regala es mejor visto por los demás. El resto del año la jungla del mercado sigue su voraz costumbre de empujarnos mutuamente a la competencia individual y a la codicia.

La *piñata* es menos popular y es más particular. Sólo se celebra en la casa del niño que cumple años ese día y a ella asisten los amigos del festejado. Los niños y niñas que asisten tienen la opción de quebrar la *piñata* (una tinaja envuelta como regalo y que contiene caramelos), para atrapar los caramelos. La quiebra de la *piñata* se hace con los ojos vendados y un bastón en la mano, parecido al que usan los ladrones para quebrar a un prójimo detrás de una esquina, realizando un gesto parecido al que hace el bateador de *base ball* al darle un batazo a una bola lanzada por el adversario.

El *banquete* es una comida suntuosa, completamente elitista. Es una actividad para adultos y se celebra en grandes ocasiones. Los invitados no van a jugar sino a hacer negocios o a celebrar un buen acuerdo, como un matrimonio o la presentación de un candidato a un puesto público. Los poderosos celebraban banquetes periódicamente para las grandes ocasiones.

La *purísima* significó la mayor redistribución de la riqueza que ha habido Nicaragua en beneficio de los más desposeídos. La revolución repartió un tercio de las tierras del país al campesinado, insumos y maquinarias a las cooperativas, la mitad de los terrenos baldíos de la capital a los pobladores y generalizó el crédito a todos los productores.

La *piñata* significó la entrega de casas y algunos medios de producción a la clase media que dirigió la revolución. Durante la década revolucionaria la clase media vivía igual que la gente común y corriente. Después de la derrota electoral el Frente Sandinista aceptó las reglas del vencedor: vivir en una economía de mercado. Miles de personas se quedaron con la casa en que vivían por decreto de la revolución, incluyendo a la clase media en general. Muy pocos abusaron de lo que se conoció como la *piñata*, pero suficientemente como para fomentar el escándalo de la revancha oligárquica que no soporta que unos *cualquiera* recién llegados accedan a un mejor nivel de vida.

La *purísima* y la *piñata* fueron incomparables con lo que significó el *banquete*. Después de la derrota electoral y durante lo que se ha conocido como el período de la restauración, la oligarquía se despachó un verdadero festín con los bienes del Estado. Escándalo que ha sido reconocido por moros y cristianos, incluso por el propio gobierno de Estados Unidos. Cien millones de dólares gastados para resarcir patrimonio y lucro cesante a los antiguos dueños somocistas, regresándoles dinero por empresas que ya estaban quebradas y que además habían sido capitalizadas por la administración revolucionaria. Cien millones de dólares en concepto de lavado de dinero de las arcas del Estado, dinero proveniente de impuestos y donaciones de la cooperación internacional; hoy siguen muchos acusados de aquellos desmanes. Cien millones de dólares por rescate empresarial y bancario de una burguesía endeudada durante el período de la restauración. Cien millones de dólares por coimas y facturas subvaluadas en el proceso de privatización de las empresas del Estado. Cien millones de dólares anuales por exención de impuestos a empresas nacionales y transnacionales, producto del tráfico de influencias entre empresarios y gobernantes. Trescientos millones de dólares por venta de bonos al Estado a tasas de interés leoninas. En total, alrededor de mil millones de dólares en toda la década, equivalente al doble de las exportaciones netas o a la mitad del Producto Interno Bruto de Nicaragua.

Después de la revolución, los créditos que recibía el campesinado fueron trasladados a los últimos empresarios que quedaban, el mercado concentró de nuevo la riqueza y un millón de personas pobres se ha marchado hacia el extranjero, mientras los últimos empresarios

prefieren, como dicen ellos, ser cola de león y no arriesgarse a ser cabeza de ratón. Nicaragua ha quedado tan pobre que es uno de los pocos países del mundo en que su gente emigra hacia el sur, particularmente hacia Costa Rica.

Los militantes del Frente Sandinista defendimos la *purísima* y la *piñata*, independientemente de que la mayoría de nosotros no hubiera recibido casas, ni fincas. Por supuesto que hubo abusos, tanto en la *purísima* como en la *piñata*. Campesinos que recibieron tierras o insumos los vendieron al otro lado de la frontera, cuadros sandinistas que tenían derecho a una casa de acuerdo a la ley se quedaron con dos casas. Igual que al otro lado de la mesa, en el banquete, hubo antiguos dueños que no solamente recibieron su finca de regreso, también bonos de indemnización por ella, sin que por ello la oligarquía condenase el *banquete*. La propaganda de la derecha y de los disidentes del Frente Sandinista se sumaron al coro de la derecha y toda la culpa se la echaron a quienes se quedaron militando al interior del Frente Sandinista.

Después que se perdió el gobierno muchos militantes y dirigentes sandinistas abandonaron la lucha revolucionaria, se arrepintieron de todo, perjuraron de la revolución, diciendo que de no ser por ella hubieran sido doctores o exitosos empresarios.

Salirse del Frente era como conseguir un pasaporte de intelectual modernizado, tener un expediente moral certificado por los medios de comunicación de la derecha, ser considerado como una persona políticamente demócrata. Quedarse en el Frente era exponerse a las mayores descalificaciones: ortodoxo, *piñatero*, corrupto, terrorista, trasnochado, cargar con todo el desprestigio con que la derecha mediática y el gobierno norteamericano castigan a diario al que no obedece sus preceptos. En ese momento la historia la escribían de nuevo los vencedores, en este caso la oligarquía conservadora y la nueva derecha.

La revolución inconclusa

La revolución es un proceso de cambio violento y profundo, lleno de antecedentes y efectos más o menos prolongados. Cambio de gobierno y de las clases que dirigen el gobierno, de las formas de producir y de distribuir la riqueza. Violencia con las armas o violencia sin las armas, pero violencia al fin, porque una parte de la población se impone a la fuerza sobre la otra parte. Cambio profundo, porque los cambios no son solamente de presidente o de gobierno, sino de toda la vida política, social, económica y cultural de un país. En la revolución todas las formas de poder y todos los poderes cambian significativamente, el poder militar, el control de los recursos, las formas de pensar y sentir.

Lo que más se conoce es el pico de dicho proceso, cuando el conflicto alcanza su desenlace. El 14 de julio de 1789 en Francia, el 19 de julio de 1979 en Nicaragua. Pero antes de julio pasaron muchas cosas, aunque ciertamente los procesos tienen un inicio y un fin.

Una revolución termina cuando está satisfecha, cuando su programa se realiza completamente. Es como el hambre: termina cuando se sacia. En este caso la revolución se transforma en la realidad del día, nadie habla más de revolución y la misma se convierte en el pasado, remembranzas, efemérides y celebraciones.

Pero existen otras maneras en que la revolución deviene inconclusa. Unas veces porque no logra mantener el poder recién conquistado, como en la Revolución Sandinista. Otras veces cuando se intenta realizar transformaciones completamente desde arriba, debilitando la parte democrática de la revolución, como en las postrimerías de la Revolución Soviética. Otras veces, la revolución pierde fuerza cuando los funcionarios se acomodan a los privilegios del poder y se vuelven funcionarios acomodados ideológicamente, fenómeno que acontece parcial o totalmente en cualquier proceso revolucionario.

Un buen ejemplo de revoluciones terminadas es la revolución inglesa, la revolución estadounidense, la revolución francesa y otras tantas más revoluciones burguesas, todas ellas concluyeron lo que habían iniciado. Eliminaron el despotismo y la servidumbre, centralizaron los poderes, organizaron el capitalismo y saquearon al mundo entero.

Habría que preguntarse por qué la revolución inglesa, estadounidense y francesa, que según se dice fueron las revoluciones burguesas por excelencia, pudieron concluirse y por qué las revoluciones socialistas no han podido concluirse. Primero habría que decir que la revolución burguesa se cumplió, pero solamente en las metrópolis; en la periferia, lo que hoy se llama Tercer Mundo, la revolución burguesa no se ha podido cumplir. Es pues la revolución burguesa una revolución metropolitana, con una periferia que le permite más bien seguir concentrando la revolución en sus propios países.

En primer lugar, la revolución burguesa comienza cambiando la vida cotidiana, inventando nuevas tecnologías, eliminando las fronteras internas del mercado, desobedeciéndole al rey y a los señores feudales, estudiando más y rezando menos, en otras palabras, la revolución empezó desde abajo como se dice ahora. Cuando los revolucionarios franceses hicieron su revolución política, ya los burgueses administraban la economía real, el rey estaba endeudado con los banqueros y dependía de ellos; hacía siglos habían empezado su transformación socioeconómica. Cosa muy distinta es el caso de las revoluciones socialistas, que iniciaron su vida por el lado político o toma del poder, realizando las transformaciones sociales y económicas desde arriba, sin que las cosas estuvieran preparadas.

Por otro lado, las revoluciones burguesas se realizaron completamente en lo tecnológico, económico, político, institucional, ideológico, cultural y se convirtieron en sistemas establecidos; sus valores se encarnaron en el pensamiento de la gente, en las instituciones del capitalismo triunfante y en las relaciones capitalistas del mundo entero. En cambio las revoluciones socialistas, a pesar de haber emprendido una serie de transformaciones políticas, sociales y económicas, todavía están por alcanzar su pleno desarrollo. Gran parte de lo que se hizo tuvo que hacerse desde arriba, forzando una realidad socioeconómica que no estaba lista, ni quería transformarse. Es como querer parir a una criatura que todavía no ha nacido.

Algunos países de orientación socialista han intentado cambiar las relaciones capitalistas reguladas por el mercado, por relaciones reguladas por el Estado, como Cuba, China o Vietnam, con bastante éxito, pero en cuanto el Estado deja de presionar, la mercantilización se desata, tal como lo hemos visto cuando se ha liberado la economía campesina, o permitido la inversión extranjera en Cuba, o cuando se ha permitido el funcionamiento de empresas privadas locales y transnacionales en China. No importa que la clase política soviética, por ejemplo, haya mantenido durante ochenta años un sistema centralizado, en cuanto perdieron el poder político, todo retrocedió y la economía capitalista recuperó su

funcionamiento. Eso no quiere decir que no sea importantísimo tener el control del poder desde arriba, sobre todo para apoyar transformaciones, consolidar nuevas relaciones de producción, mantener un proceso progresivo de reformas, o para remover los obstáculos que te impiden avanzar, desde arriba o desde abajo.

Se dice que las revoluciones socialistas no han podido desarrollarse porque no han implementado la democracia occidental, lo que significa ignorar que la más paradigmática de las revoluciones democrático burguesas, como ha sido la revolución francesa, nacen bajo la fuerza y el terror. Y hasta que ha pasado un tiempo comienzan a institucionalizar la democracia. Los primeros pasos de la revolución francesa fueron bastante sanguinarios, pero la gente apoyaba ese terror. La gente en el campo les cortó la cabeza a los curas y a los señores feudales, incluso le cortaron la cabeza al rey. Así pasó en Inglaterra y en Francia, y así ocurrió en otros países.

En los últimos años, sin embargo, algunos países asiáticos lograron emprender exitosamente una revolución burguesa combinando una voluntad política y desarrollando el potencial tecnológico de una clase preparada para ello, tal es el caso paradigmático de Japón. Quizás el caso más cercano de una revolución burguesa, que combinó las transformaciones desde arriba con transformaciones desde abajo, sea la revolución costarricense de 1948. Hicieron su revolución armada, tomaron el poder y comenzaron a cambiar todas las instituciones. Además de instaurar un gobierno democrático, realizaron una reforma agraria integral, repartieron la tierra a los campesinos, fomentaron las cooperativas de campesinos y de trabajadores, nacionalizaron el comercio, la banca, el seguro social, los servicios de comunicación, llevando la educación y la salud públicas a la mayor cantidad de gente, alfabetizando a la mayoría de los costarricenses, distribuyendo mejor los ingresos entre el campo y la ciudad, construyendo la ciudadanía y fortaleciendo la sociedad civil, eliminando al ejército, industrializando el país, creando el mercado interno, construyendo un Estado nacional dirigido por una burguesía nacional, defendiendo los derechos más elementales de la soberanía nacional.

La revolución socialista tiene una tarea doble. Por un lado, tiene que cumplir las etapas de la revolución democrático-burguesa, al menos en los países subdesarrollados, aunque tenga que hacerse sin la burguesía, por otro lado, tiene que realizar las tareas de la revolución socialista. Las tareas de la revolución democrático burguesa son, entre otras, la reforma agraria, el pleno empleo o acceso a otra fuente de ingreso, la industrialización, el mercado interno, educación y salud para todos, democracia. Pero en la mayoría de nuestros países no vemos realizada ni siquiera las tareas de la revolución democrática. Y todo parece que no se podrá hacer con la burguesía, porque aquí no existe una burguesía nacional, pues la misma está subordinada al capital extranjero. Por eso es que decimos que la revolución socialista tendrá que hacerse cargo de las tareas de la revolución democrático-burguesa.

Ahora bien, una revolución socialista tiene que hacerse cargo de cumplir simultáneamente con las tareas de la revolución socialista propiamente dicha, es decir, cuando el Estado logra controlar el mercado, cuando el gobierno de los hombres se convierte en la administración de las cosas y cuando en la administración de las cosas participe todo mundo en beneficio de todo mundo. El momento cuando la sociedad sin clases se hace carne y habita entre todos y todas nosotras, cuando ya no hay necesidad de seguir alterando bruscamente las cosas, cuando la propuesta asociativa y autogestionaria se hace institución o vida cotidiana, concretamente cuando los productores-trabajadores gestionan directamente las fábricas o

las fincas, y los pobladores gestionan directamente la administración pública, cuando el poder desaparece, o mejor dicho se disipa, o mucho mejor dicho se distribuye entre toda la gente, cuando la gente se hace cargo de gestionar su propia vida, cuando las cocineras, decía Lenin, puedan hacerse cargo de la política y del Estado.

Quizás el caso más cercano de una revolución socialista sea el cubano. Si pensamos en Cuba, fácilmente notamos que ellos hicieron su revolución política, tumbaron al dictador e impusieron un régimen revolucionario, e igual que los revolucionarios franceses realizaron las medidas de transformación y se encaminaron a crear las instituciones democráticas para gobernar de acuerdo al consenso de la gente, así como a responder a las necesidades sociales del pueblo. Por otro lado, los revolucionarios cubanos han luchado bastante para no burocratizarse más de lo necesario. Podemos decir que es una revolución en marcha, como no ha habido otra en la historia de las revoluciones. Ahí hay salud y educación para todos y todas. Ahí hay empleo para todos y todas. Estas cosas, aparentemente insignificantes no se encuentran ni siquiera en los países más ricos del mundo capitalista.

Sin embargo, en la etapa del capitalismo imperialista en que se vive hoy, las revoluciones políticas no se hacen solamente contra los dictadores internos, sino contra los dictadores externos. Por eso es que Cuba sigue haciendo su revolución política frente a la dictadura imperial estadounidense a la vez que avanza en la revolución social. Todo parece indicar, sin embargo, que el imperialismo tiene cada vez menos capacidad de frenar las transformaciones en el mundo entero, tal como lo demuestra el caso de China.

En nuestra generación ha habido muchas revoluciones inconclusas. En 1950, dos años después de la revolución costarricense, nació una revolución en Guatemala. Empezó la reforma agraria y los campesinos estaban contentos. Desgraciadamente había una empresa norteamericana que funcionaba como enclave: la United Fruit Company, a la que no le pareció lo que estaba pasando. (Y los enclaves norteamericanos son como pedazos de los Estados Unidos incrustados en nuestros países). La compañía se puso de acuerdo con la embajada norteamericana y entre ambos decidieron derrocar a la joven revolución. Le pidieron ayuda a Somoza, armaron un ejército y derrocaron al presidente Arbenz. Después vino la represión, como en todo proceso donde triunfa la contrarrevolución. En 1952 hubo otra revolución en Bolivia, los mineros se organizaron y apoyaron la revolución. Comenzó la reforma agraria. Pero luego la presión norteamericana logró desplazar a la joven revolución. En 1970 se inicia un proceso revolucionario pacífico en Chile. Los Estados Unidos apoyaron a las fuerzas armadas, asesinaron al presidente socialista Salvador Allende y comenzó una gran represión. En 1979 hubo revoluciones en Nicaragua y en una isleta que se llama Granada, en el mar Caribe. Ambas revoluciones fueron intervenidas militarmente por el gobierno de Estados Unidos, lográndose detener estos procesos revolucionarios.

Ahora bien, a nivel de la nación latinoamericana la revolución continúa, independientemente de los tropiezos o retrocesos en cada una de sus repúblicas. Alrededor del año 2000 asistimos a sendos procesos de transformación política y social en todo el continente. Hay algunos muy viejos, como la guerrilla colombiana, que controla una parte del territorio desde hace cincuenta años. Hay otros recientes, como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en el sur de México, donde los indígenas luchan por la autonomía. Existen otros movimientos pacíficos en Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua, entre otros, donde se lucha por la soberanía frente a los gobiernos y empresas imperiales, en un marco democrático y en un contexto de mercado, lo que significa un gran desafío para estos movimientos.

La revolución sandinista es una revolución inconclusa debido a las adversidades encontradas en cada etapa, pero es parte de un proceso revolucionario ininterrumpido. Sandino expulsó a los gringos, pero fue asesinado y no pudo lograr sus sueños de establecer comunas en los territorios ocupados por su ejército. Sin embargo, 45 años después, los ideales de Sandino fueron retomados por el Frente Sandinista de Liberación Nacional y en 1979 el proceso revolucionario sandinista continúa. La revolución popular sandinista inició una serie de reformas sociales, pero fue desplazada del poder por unas elecciones superintervenidas por el gobierno de Estados Unidos. Sin embargo, el Frente Sandinista resiste, derrota al neoliberalismo y retoma el poder 17 años después, continuando así con las tareas anteriores.

La ofensiva neoliberal

Después de la implosión de los estados socialistas en 1989, los organismos financieros occidentales desencadenaron una ofensiva para dismantelar los Estados nacionales del Tercer Mundo en general y de América Latina en particular. Se trataba de privatizar la función pública y desnacionalizar la economía. Los estragos son incalculables y se convirtieron en una herencia difícil de desterrar.

La restauración contrarrevolucionaria y neoliberal (1990-2006) facilitó en Nicaragua todo el proceso de privatización. El discurso de la nueva derecha coincidía plenamente con el discurso renovado de una parte de la vieja izquierda que hoy priorizaba la democratización del sistema, por encima de las reivindicaciones en torno a la justicia social. La privatización y la corrupción permearon todas las instituciones públicas sin excepción. Los gobiernos extranjeros fueron muy complacientes con los gobiernos neoliberales y la corrupción gubernamental sólo fue señalada para aquellos grupos liberales que entablaron acuerdos parlamentarios con el Frente Sandinista.

La primera orden fue privatizar el Estado

La estrategia consistió en privatizar las empresas públicas, incluyendo los servicios básicos, entre ellos las telecomunicaciones, la energía, la educación, la salud, el agua, el transporte, las carreteras, el seguro social y cualquier otro desempeño institucional de la cosa pública. La estrategia fue muy sencilla. Primero había que abandonar presupuestariamente todos esos servicios y dejar que se deterioraran, después, una vez que se había convencido a la población de que todo lo público era sinónimo de desastre, vinieron las corporaciones transnacionales y compraron a precio de guate mojado doscientos años de esfuerzos sociales.

Eliminaron prácticamente los aranceles a la importación, con el objetivo de que los países industrializados pudieran internar todas sus mercancías, hecho que desbarató las posibilidades de la manufactura nicaragüense.

Privatización, corrupción y desnacionalización de la economía

La compra de las empresas públicas se acompañó de la corrupción de los funcionarios gubernamentales y de los magnates de las corporaciones a través de coimas millonarias.

Inmediatamente la corrupción gubernamental fue denunciada por los organismos internacionales, aunque cuidándose mucho de no involucrar en la crítica a las propias empresas transnacionales, particularmente europeas y estadounidenses.

Cada escándalo de la corrupción gubernamental servía para legitimar la privatización de quienes podían comprar los monopolios estatales y convertirlos en monopolios privados y extranjeros. Con el triunfo de las corporaciones, la vieja economía nacional pasaba al museo de la historia.

Las corporaciones transnacionales tuvieron todas las facilidades para comprar las empresas y para operar al interior de la nación neo-colonizada. Una serie de leyes y tratados completaron el nuevo saqueo, entre ellos el levantamiento de las barreras arancelarias que años atrás habían defendido al capital nacional frente a la competencia del capital extranjero, el torpedeo a las conquistas sociales laborales, y el levantamiento de las viejas censuras que la sociedad le imponía al capital extranjero: censuras arancelarias, censuras medioambientales, censuras morales, censuras impositivas, censuras legales en general, etc.

La privatización del Estado facilitó la desnacionalización de las empresas privadas más rentables. Después se comenzó a descapitalizar la producción nacional, incluyendo la pequeña producción. El colmo fue la desnacionalización del comercio interior, pues se decidió convertir a nuestros países en una gran pulpería donde se venderían-distribuirían los bienes y servicios llegados de la metrópolis.

Intervención neo-colonial de las instituciones públicas

Durante el proceso de privatización-corrupción, las instituciones públicas nacionales comenzaron a ser intervenidas y administradas por la cooperación externa. El crédito internacional seguía haciendo estragos en nuestras débiles economías, los intereses de la deuda y su cancelación superaban los montos del capital adelantado, el grueso de la ayuda al desarrollo llegaba bajo la figura de nuevos préstamos y priorizaba el pago de la deuda externa, y las donaciones empezaron a llegar como donación en especies o en servicios, con el fin de favorecer la realización del capital metropolitano en nuestros países. La burguesía nacional se refugió en la planilla del Estado, en el tráfico de influencias, en la hipoteca como mecanismo para vender sus propiedades y en el rescate bancario, abultando así nuestra deuda pública interna.

Las instituciones financieras internacionales (IFIS) decidieron hacerse cargo de las finanzas públicas de los gobiernos nacionales. El Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), impusieron lo que ellos llamaron el ajuste estructural por medio del cual regularon la vida económica de los países del Tercer Mundo a favor de las empresas transnacionales.

A su vez la cooperación externa (crédito más donaciones) intervino los ministerios públicos de los países receptores, a través de proyectos dirigidos y administrados por las diferentes agencias de los países desarrollados. Llegó un momento en que la mayor parte del presupuesto de cada uno de los ministerios estaba en manos de la cooperación: los directores de esos proyectos, los vehículos, los equipos, los programas, los desembolsos,

prácticamente todo. Incluso se orientó a los ministerios que para sobrevivir se dedicaran a vender servicios al mejor postor, el que casi siempre resultaba ser la gran empresa privada.

Todo un andamiaje jurídico administrativo terminó de paralizar el quehacer público de los gobiernos nacionales. Los ministerios se convirtieron en administradores del capital privado y de nuevas agencias no gubernamentales. El Estado se fue reduciendo prácticamente a su mínima expresión: un aparato impositivo encargado de cobrar impuestos indirectos para pagar el servicio de la deuda externa-interna y las fuerzas policiales para combatir el terrorismo, el narcotráfico y la delincuencia, así como para regular la migración.

El Estado y la sociedad civil

Una vez que el gobierno fue desprovisto de las funciones nacionales, los organismos internacionales continuaron el debilitamiento del gobierno central a través de la descentralización o traslado de funciones hacia los gobiernos municipales, aunque no necesariamente la descentralización del presupuesto, pues su objetivo era debilitar el Estado. Simultáneamente decidieron que la ejecución del presupuesto público que todavía quedaba en manos del gobierno se ejecutara a través de agencias privadas, tales como empresas, organizaciones llamadas sin fines de lucro y otras agencias. A los organismos de la sociedad civil se les asignó diversas funciones, entre ellas la de ser proveedores de servicios del Estado (estudios, consultorías, venta de bienes, ejecución de proyectos) o ejecutores de la cooperación internacional.

En el caso de América Latina más de 50,000 profesionales con mucha sensibilidad social y larga experiencia en la lucha popular, se convirtieron en asalariados de la cooperación y fueron cooptados por sus propios mensajes. Muchos organismos no gubernamentales con especialidades propias adquirieron cierta beligerancia: medio ambiente, violencia sexual, participación ciudadana y otras banderas vinculadas a los derechos humanos, lo que permitió el fomento de nuevos derechos a favor de la población.

En el fragor de la lucha ideológica el neoliberalismo introdujo el concepto de sociedad civil, identificándolo con un grupo de notables a la cabeza y un conjunto de organismos cívico-políticos salidos de los llamados Organismos No Gubernamentales (ONGs). El mensaje era cuestionar y sustituir el viejo concepto de la cosa pública, el Estado y los partidos políticos, con el fin de apuntalar la democracia del mercado. Esta posición ha sido muy beligerante dado el apoyo que estos organismos tienen por parte de la llamada cooperación internacional.

A lo largo de estas últimas décadas el rol original de los ONGs ha venido disipándose y orientándose y/o reconvirtiéndose en función de los nuevos mandatos.

a) El primer mandato que la cooperación internacional confirió a los nuevos sujetos de la sociedad civil fue servir de colchón amortiguador frente a los estragos causados por la privatización de los servicios públicos. Acción necesaria ciertamente, llevada a cabo con ahínco y abnegación, tanto por parte de los responsables nacionales como del personal de los organismos externos, ambos con mucha militancia política a favor de los derechos humanos.

Se formaron ONG de educación dedicados a la alfabetización. Acción noble individualmente, pero con poco impacto social. Por ejemplo, se alfabetizaba a 100 iletrados, mientras el

sistema capitalista generaba 10,000 iletrados en el mismo período, simultáneamente el presupuesto de educación disminuía mucho más. Y lo mismo pasaba con la salud y otros servicios públicos en proceso de desmantelamiento.

b) El segundo mandato fue recoger los excedentes de la economía popular a través de lo que se ha dado en llamar el sistema de microcrédito. A partir de un momento y cuando ya la privatización caminaba por si sola, se dijo que los ONGs tenían que ser autosostenibles y que la mejor forma de auto-sostenibilidad era que se dedicaran a incrementar el capital adelantado por la cooperación internacional a través de préstamos de corto plazo. Pocos pudieron resistirse y muchos no sobrevivieron.

Las microfinanzas harían el trabajo que los bancos tradicionales no podían seguir haciendo. Las tasas de interés de los préstamos que las microfinancieras entregaban a los pequeños productores, sobre todo a pequeños comerciantes y pequeños consumidores oscilaban entre el 20% y 60%. Decenas de millones de dólares destinados por el capital internacional a los pobres del Tercer Mundo comenzaron a incrementar la fuente occidental de dichos fondos. Por supuesto que los productores empobrecidos necesitaban esos recursos, pues los gobiernos dejaron de prestarle dinero; sin embargo, por cada uno que progresaba habían diez que eran embargados o entraban en un proceso de descapitalización (usualmente sus actividades no son rentables y menos que lo sean si tienen que pagar un porcentaje en concepto de tasa de interés).

El sector más vulnerable fue el productivo, pues a lo largo de todo este tiempo y en parte por la carga de los intereses, los productores han venido descapitalizándose. Paulatinamente, los créditos se orientaron principalmente al comercio y al consumo, aprovechando el flujo de las remesas familiares que llega al bolsillo de los pobres.

c) El tercer mandato orientaba dedicarse a consultorías, estudios, incidencia y cabildeo, que el capital extranjero necesitaba, tanto para facilitar la privatización como para introyectar nuevos valores, generalmente desde la óptica neoliberal. Se decidió jubilar la cosa pública estatal y sustituirla por una nueva forma de operar lo público. Lo privado o semiprivado disputaba y se convertía en la nueva cosa pública. El nuevo ciudadano se convertiría en el consumidor del mercado y en su célula más preciada.

Los medios de comunicación de la derecha abrieron sus páginas, pantallas y micrófonos a los intelectuales escogidos como notables y representantes de la sociedad civil. La ofensiva contra lo público cabalgaba sobre las críticas al quehacer de los gobiernos. Mientras más se debilitaba el gobierno, más se ensañaban en el desmantelamiento del Estado Nación. Muchos cuadros profesionales de los ONGs fueron cooptados por los nuevos partidos de la derecha neoliberal, los mismos abandonaron su independencia original y algunos de ellos empezaron a militar en las nuevas organizaciones cívico-políticas de corte neoliberal.

La lucha ideológica y la división de la sociedad civil

La lucha ideológica se expresa en los diferentes campos de batalla, siendo uno de los más importantes el mundo de la sociedad civil. Entendemos por sociedad civil la función de disputar la hegemonía. El concepto de sociedad civil se antepone al de sociedad política. La forma de la sociedad política es la coerción, mientras que la forma de la sociedad civil es la persuasión, de ahí la importancia del factor ideológico. En nuestro contexto los organismos

que se dedican a la función de cohesión social a través de la persuasión son las iglesias, los medios de comunicación y algunos organismos cívico-políticos. Si un partido político o el ejército mismo utiliza la forma persuasiva-ideológica o la acción cívica respectivamente, no hay porque no considerarlo como perteneciente a la sociedad civil.

Actuando más beligerantemente en la vida política aparecieron en Nicaragua un destacamento y una tendencia cuyos representantes fueron definidos por los medios de comunicación como notables, los cuales fueron considerados los legítimos representantes de la sociedad civil. En el discurso de estos notables apareció la ética como un discurso para descalificar, desprestigiar y satanizar al adversario político, principalmente a los líderes de partidos y organizaciones que todavía insistían en luchar contra el orden establecido. Todos los “ismos” fueron exiliados menos el real-ismo del capitalismo salvaje. Gobernabilidad era gobernabilidad del neoliberalismo y del capitalismo globalizado. Mientras los nuevos líderes e intelectuales tronaban contra los que se enfrentaban a la nueva etapa del capitalismo colonial, dejaban intacto e impoluto los estragos más salvajes de las corporaciones transnacionales. Nuestros intelectuales y periodistas aparecían muy valientes contra la clase política que se empeñaba en resucitar al Estado Nacional, pero muy sumisos contra la clase económica.

A medida que las contradicciones políticas, económicas y sociales arreciaban, los organismos emergentes de la sociedad civil se fueron dividiendo hasta conformar tres grupos cívico-políticos cada vez más diferenciados. Un grupo llamado *Movimiento por Nicaragua* manifiestamente afiliado a la élite conservadora y a sus organizaciones partidarias, muy minoritario en afiliados, pero con cuadros muy influyentes en los medios de comunicación; este grupo defiende las políticas neoliberales. Un grupo llamado *Coordinadora Civil* compuesto en su mayoría por ONGs, muchos de sus dirigentes militan en el partido Movimiento de Renovación Sandinista (MRS) con un discurso anti-FSLN; este grupo defiende la institucionalidad heredada. Un tercer grupo llamado *Coordinadora Social* compuesto en su mayoría por movimientos sociales, gremios y sindicatos, manifiestamente cercanos al Frente Sandinista; este grupo cuestiona las políticas neoliberales y apuesta al cambio social.

En el diagrama siguiente ofrecemos una referencia ideológica de las organizaciones involucradas en la lucha cívico-política. Por supuesto que esta clasificación es apenas una referencia que indica la tendencia ideológica, pues no necesariamente existe una adhesión ideológica absoluta.

INTERESES IDEOLOGICOS	AFILIACION CIVICA DE LOS DIRIGENTES	PARTIDO POLITICO
Neoliberalismo	Movimiento por Nicaragua	Partido Conservador
Institucionalidad heredada	Coordinadora Civil	MRS
Justicia Social	Coordinadora Social	FSLN

La otra gran fuerza política nicaragüense, el Partido Liberal Constitucionalista (PLC), desprendido del viejo partido somocista, no aparece en el diagrama, pues sus organizaciones de base no tienen una representación en redes cívico-políticas y prácticamente han desaparecido, nos referimos a las Juntas Comunitarias de Obras y Progreso (JCOPs).

Gran parte de la lucha ideológica se dirime en los espacios mediáticos y está escenificada no solamente por los partidos políticos, sino por los dirigentes de las tres organizaciones cívicas señaladas, las que expresan claramente intereses sociales e ideológicos diferentes. En estas circunstancias y dada la importancia estratégica para mejorar la correlación de fuerzas, el Frente Sandinista se dispone hoy a redoblar la lucha ideológica, enfrentando una oposición que controla los medios de comunicación y cuyos valores ejercen una influencia significativa en una parte de la población nicaragüense, particularmente en las clases medias acomodadas.

La izquierda política y la izquierda social

Junto a la izquierda política nació lo que se llama ahora la izquierda social, es decir, un conjunto de movimientos sociales, de Organismos No Gubernamentales (ONGs) y de viejos movimientos populares con nuevas reivindicaciones, con un discurso a favor de los grupos marginados, poniendo en agenda los nuevos problemas generados por el capitalismo y sus empresas transnacionales. Quizás el principal factor de identidad de la izquierda social haya sido presentarse como organismos separados y autónomos del gobierno, las iglesias, los partidos políticos y las empresas.

La izquierda política correspondía a los partidos políticos, es decir, a las organizaciones con vocación de poder. La izquierda social en cambio correspondía a grupos contestatarios, algunos muy beligerantes, con reivindicaciones parciales, pero sin vocación de poder. La cultura de la nueva izquierda social, irrumpió y penetró en la identidad política y social del propio Frente Sandinista y de las propias organizaciones sociales vinculadas al sandinismo.

Estos movimientos sociales se organizan en función de necesidades puntuales o de aspiraciones culturales concretas, la mayor parte de ellos son emprendidos por profesionales con alguna capacidad económica. Estas organizaciones sociales transitan paulatinamente hacia identidades políticas de mayor envergadura, como redes, movimientos sociales y muchos de sus miembros están vinculados individualmente a organizaciones políticas afines. Simultáneamente asistimos al desarrollo de movimientos populares, emprendidos por sujetos más sociales y económicos (pobladores, campesinos o trabajadores asalariados), generando actividades socioeconómicas donde se defienden sus intereses de una manera más consciente y realista. Y en todas estas actividades convergen partidos, organizaciones de carácter cívico-político, movimientos sociales, incluso organismos institucionalizados. A su vez, algunos de estos movimientos populares convertidos en sujetos políticos, acceden a espacios institucionales, municipales o nacionales.

Todas estas expresiones eran importantes para hacer avanzar el movimiento social en su conjunto: existencia de organizaciones, disputa por la hegemonía u orientación de la economía y la sociedad, fogueo en actividades y luchas sociales por intereses económicos, toma de espacios institucionales en los municipios o en el gobierno central, realización de

convergencias y alianzas encaminadas a debilitar al enemigo común y fortalecer el movimiento estratégico en su conjunto. Todo este movimiento contribuyó a oxigenar la democracia política, tanto por los movimientos políticos de izquierda, los nuevos movimientos sociales, como por las reformas jurídicas, sociales y económicas, integrando las nuevas banderas del momento (ecologismo, feminismo, democracia participativa, derechos autonómicos para los pueblos indígenas y las comunidades étnicas).

En el caso de Nicaragua, esta izquierda social auguraba una fuerte oposición al neoliberalismo, sobre todo en convergencia con una organización partidaria como era el Frente Sandinista de Liberación Nacional. Sin embargo, no siempre las cosas fueron así, en parte por la cultura política del Frente Sandinista, en parte por la posición adoptada por un desprendimiento de la izquierda social, particularmente por lo que se llamó la derecha post-moderna, caracterizada por posiciones en contra de toda pretensión emancipatoria encabezada por la izquierda política.

Algunos organismos de esta izquierda social se autodenominaron como los representantes de la sociedad civil, se convirtieron en núcleos cooptados por el nuevo gobierno neoliberal, renegando algunos de ellos de la revolución para mejorar sus relaciones con los nuevos gobernantes. Negaban tres y más veces haber pertenecido al partido del que hasta ayer habían sido sus más fervientes entusiastas. Abandonaron al Frente Sandinista pero también abandonaron la lucha. Convirtieron la crítica al Estado, a los partidos políticos y a los viejos movimientos populares (gremios y sindicatos) en una crítica a toda forma de organización estatal, partidaria o asociativa que sea de izquierda, a la usanza del nuevo discurso neoliberal; para ellos sólo había espacio para los nuevos notables de la sociedad civil. Pocos años después aparecieron militando en partidos de la derecha y asistiendo a la embajada de los Estados Unidos para decir que jamás volverían a ser como antes. A partir de ahora juraban ser demócratas hasta la muerte, criticando a su vez cualquier esfuerzo revolucionario para intentar cambiar el orden establecido.

En un momento determinado surgió una polémica que dificultó la unidad en la acción entre la izquierda política y la izquierda social. Por influencia de un grupo de Organismos No Gubernamentales, en la mayoría de los casos financiados por la NED (National Endowment for Democracy); un organismo norteamericano que dispone financiamiento para organismos afines en su lucha contra los movimientos de izquierda), surgió la tesis de que los partidos políticos, igual que los Estados, son innecesarios y perniciosos para la democracia. Para ellos, las elecciones deberían dotarse de candidatos escogidos entre los notables de la sociedad civil, pues los partidos políticos estaban ya desgastados.

Esta tesis y esta ofensiva comenzaron a utilizarse contra todos aquellos que militaran o que se quedaran en el Frente Sandinista. La situación era bien difícil para muchos compañeros, pues después de la derrota electoral del Frente Sandinista, los ONGs fueron un buen refugio para sobrevivir y además para seguir trabajando con la gente del pueblo. También se levantó la consigna de criticar a todo aquel que anduviera hablando en nombre de los demás. Se dijo que cada uno debe velar por sus propios intereses y por sus propias reivindicaciones. Se castigaba a todo el que anduviera cuestionando injusticias. La militancia política y la solidaridad fue estigmatizada.

En síntesis podemos decir que nos parece legítima la existencia tanto de la izquierda política como de la izquierda social. La principal pertinencia proviene del hecho de que la clase social

no es la única categoría para las luchas sociales. En segundo lugar, porque a la par de las reivindicaciones estratégicas existen y deben existir las reivindicaciones parciales. En tercer lugar, porque se ha demostrado que existen muchas posibilidades de emprender transformaciones desde abajo que no tienen que esperar que una organización política tome el gobierno para empezar a implementarlas. Sin embargo, es bueno señalar que los movimientos sociales, por muy fuertes que sean, su potencial no alcanza más que a tener un poder de veto. Incluso hemos conocido experiencias de robustos movimientos en América del Sur, sin que se hayan garantizado las mínimas reformas por las cuales lucharon. Es paradigmático el caso del Movimiento Al Socialismo (MAS) liderado por Evo Morales, quien tuvo que convertirse en partido político y ganar las elecciones en Bolivia para poder parar las injusticias y lograr realizar las transformaciones necesarias a favor de la soberanía nacional y el bienestar de la población.

En otras palabras, se ha logrado revertir el discurso neoliberal o romper el mito de la derecha postmoderna de que el Estado no sirve para nada, que los partidos políticos no deben existir y que la izquierda no puede ganar elecciones con un discurso antisistema.

En el caso de Nicaragua, el discurso y la práctica neoliberal no lograron impedir los triunfos electorales del Frente Sandinista, tanto a nivel municipal como parlamentario. Igual que en muchas partes del continente latinoamericano-caribeño el Frente comenzó a ganar parcialmente las elecciones municipales y a tener espacios de legitimidad que nunca había tenido ante los adversarios. La derecha cambió de táctica, a medida que perdía el poder institucional se pasaba a la oposición y comenzó con mayor pericia algo que nosotros intentamos antes de la revolución: cuestionar la democracia electoral. La diferencia estaba en sus objetivos y en el blanco de sus ataques: la izquierda la cuestionaba por insuficiente para resolver los problemas sociales, la derecha la cuestionaba porque la nueva democracia se manchaba de rojinegro sandinista. Comenzaron a decir que a pesar de ostentar legal y democráticamente el poder, no se tenía la legitimidad para gobernar. Primero dijeron que el Frente no debía gobernar nunca más porque no tenía vocación democrática, pero cuando se tuvieron los suficientes votos para entrar al Parlamento y a los demás poderes del Estado, empezaron a decir que cómo era posible que se nombrara a funcionarios que eran del mismo partido que había ganado las elecciones, es decir del Frente Sandinista. Agregaron que las reglas habían cambiado, que ahora los partidos políticos no tenían legitimidad y que los funcionarios tenían que ser nombrados por la sociedad civil, y por miembros notables reconocidos y legitimados por la sociedad y sus voceros en los medios de comunicación controlados por la derecha.

La resistencia al neoliberalismo

Inmediatamente después de la derrota electoral del Frente Sandinista, en 1990, un puñado significativo de militantes fuimos reunidos por Daniel. Ahí estaban los más viejos combatientes del Frente Sandinista, los más temerarios héroes de la insurrección, los más abnegados soldados de la guerra librada contra las tropas armadas de la contrarrevolución. Dispuestos a todo, a la mínima señal de sus líderes. Pero la suerte estaba echada, había que entregar el poder, la guerra había terminado y la lucha sólo podría continuar por otros medios. Esos medios no estaban diseñados en los manuales revolucionarios, ni permitidos por doctrina alguna que se preciara de ser revolucionaria. Habíamos aprendido la lección. El poder revolucionario sólo podría sostenerse contando con una mayoría política. La

legitimidad de las armas tenía que ceder espacio a la legitimidad de la voluntad colectiva. Y los votos eran una opción entre otras para conseguirla.

La única frase que podía calmar los ánimos fue pronunciada por Daniel: *Gobernaremos desde abajo*. No era la primera vez que un movimiento revolucionario se planteaba un poder paralelo. Pero en aquellos momentos, nadie sabía qué cosa significaba aquella bonita y prometedora frase. No teníamos el Estado, ni el apoyo de la oligarquía, ni de la burguesía, ni podíamos robar bancos como en tiempos de la insurrección. Muerto Somoza, la clase dominante nacional e internacional no quería saber nada de alborotos. Ellos pensaban en sus viejos negocios y nosotros en cómo íbamos a sobrevivir. A los excombatientes de uno y otro lado, el nuevo gobierno libero conservador les prometió una digna inserción en la vida civil, cosa que hasta ahora no se ha cumplido en lo más mínimo.

Una revolución había concluido: la revolución política, habiendo logrado un régimen democrático. Había que empezar desde abajo aquellas tareas de la revolución social que no se habían podido concluir desde arriba.

Primero habría que preguntarse qué es una revolución desde arriba. Podría decirse que son cambios que se le imponen a la población, a favor de ellos, pero no siempre con su consentimiento, ni con su participación. Cambios que una vez que se pierde el poder, todo amenaza con regresar a como estaba antes.

En todo caso, muchos de los cambios acaecidos durante los diez años que duró la revolución en el poder han permitido poder continuar la resistencia, incluso desarrollar cambios desde abajo. Ahora bien, la revolución desde abajo requiere dos condiciones, una político-cultural y otra socioeconómica. La primera y única forma de poder gobernar desde abajo es contando con una mayoría política en la población. A partir de ahí todo parece de nuevo posible. La importancia de las elecciones es que se convierten en una posibilidad de disputar la hegemonía, discutiendo, persuadiendo, educando. Si no se tiene esto, se corre el riesgo de gestionar el gobierno y conducir la sociedad coercitivamente. Por eso es que la introducción de la democracia electoral occidental terminó desmoronando a los regímenes socialistas durante el siglo XX. La otra condición es socioeconómica, basada en la apropiación -por los nuevos sujetos económicos o por las nuevas clases- del control de los recursos y de la gestión de la producción y el intercambio económico productivo, esto último es posible debido al control de la tierra y de los procesos productivos por parte de los pequeños y medianos productores.

Después de perder las elecciones, el Frente Sandinista se dispuso a participar por primera vez y desde la oposición en un proceso democrático. Anteriormente, habíamos luchado por la democracia combatiendo al ejército somocista, pero sin cultura democrática; botar a la dictadura apenas significaba la primera parte de aquella tarea. La democracia había que construirla, pero la izquierda no tenía un buen expediente para hacerlo. Nuestra experiencia democrática se había limitado a defendernos de la represión dictatorial, aprendiendo a sobrevivir a través de la lucha armada. La verdad es que la democracia burguesa siempre estuvo limitada a la cuestión política y reservada a quienes tuvieran los medios económicos disponibles, por lo tanto en aquellos tiempos no tenía mucho interés entre nosotros. Y nuestra generación después de 45 años de dictadura, no tenía motivos para simpatizar con ella.

Obligados a defender lo conquistado nos decidimos a ensayar y aprender el juego político democrático. Escogimos tres prioridades a defender: el ejército, la Constitución y las conquistas sociales. Defender el ejército y la Constitución dependía de la correlación política de fuerzas, las conquistas sociales dependían de factores económicos que casi no controlábamos, pues la economía social de la revolución siempre estuvo ligada al control del gobierno y a la solidaridad socialista; al perder las elecciones y derrumbarse el socialismo soviético, perdíamos las posibilidades de defender la anterior distribución de la riqueza.

Aún sin perder las elecciones y el gobierno, difícilmente hubiéramos podido mantener aquel precioso gesto distributivo. La economía apenas tenía la fuerza de sostenerse sin los sobresaltos de la contrarrevolución en marcha. *Arréglense con los gringos a cualquier precio*, nos dijo un alto funcionario soviético, aún antes de perder las elecciones. Los amigos cubanos nos lo confirmaron. El Socialismo de Estado del bloque socialista se había derrumbado. Solamente la ayuda de la Unión Soviética significó alrededor de USA 1,000 millones de dólares anuales, incluyendo créditos que fueron condonados posteriormente.

La primera tarea era repensar la revolución, en circunstancias completamente diferentes. La correlación de fuerzas después de la guerra fría y de la implosión del campo socialista europeo, nos impuso prácticamente una estrategia diferente para cambiar las cosas. Antes la estrategia era muy sencilla: lucha armada, toma del poder político, confiscación del capital y sustitución de los empresarios por el Estado, distribución equitativa de los bienes, prioridad a la clase obrera, intervención vertical del mercado, desarrollo posterior de las fuerzas productivas con apoyo del campo socialista.

Ahora las cosas son diferentes. El sujeto principal son todas las formas de organización popular (el pueblo organizado), incluyendo por supuesto a la clase obrera; la toma del poder debe hacerse a través de las elecciones y contando cada vez más con la mayoría política para ganar las elecciones; la intervención del mercado debe hacerse en forma democrática; la gestión de la economía se hace desde el Estado y desde los sectores privados, sobre todo de parte de los sectores populares organizados económicamente; la independencia de la metrópolis se lleva a cabo a través de relaciones privilegiadas con los países del Sur, sean socialistas o no; las transformaciones sociales se hacen desde el gobierno, pero también desde la oposición; la lucha ideológica ocupa un espacio más estratégico que antes; la sobrevivencia de los militantes, igual que la de toda la sociedad se hace desde el mercado, independientemente de las formas sociales de distribución que puedan existir.

Inmediatamente nos dimos cuenta que estábamos obligados a tomar en serio la democracia representativa, no tanto por considerarla como la gran panacea, sino para ocupar dicho espacio en la lucha por la opinión pública. Las luchas electorales fueron ardientemente inmisericordes, lo que hizo que el Frente Sandinista no las tomara a la ligera, pues se convirtieron en una lucha ideológica encarnizada entre una revolución que aspiraba a mantener su posibilidad y un régimen liberal y oligárquico que aspiraba a desbaratarla por completo. En otras palabras, asistíamos a una prolongación de la lucha de clases o de la guerra por otros medios, en condiciones completamente desfavorables.

Las luchas ideológicas entre el Frente Sandinista y los segmentos ilustrados del orden establecido calaron al interior del propio sandinismo. Comenzaron los verdaderos síndromes de la derrota electoral. Hubo recriminaciones, acusaciones complejas y simplistas, lucha de facciones al interior del propio Frente. El costo era tremendo, pero no teníamos otra opción

que administrar aquellas nuevas contradicciones. La creciente diferenciación social complicaba las cosas. El pluriclacismo de antaño tenía esta vez otras connotaciones. Quien no tuviera recursos no podría aportar mucho, pero quien los tenía no gozaba de simpatía. Y hacía falta muchos recursos para sostener a los cuadros profesionales de la organización, mantener el periódico, la televisión, la radio, los panfletos, las pintas en las paredes, los grupos armados que todavía quedaban resguardando contra la posibilidad de una política de terror por parte de la derecha. A las dificultades de la organización se sumaban las dificultades personales. Había que buscar trabajo en condiciones de revanchismo extremo por parte de la derecha y del nuevo gobierno. Todo sandinista era prácticamente defenestrado en su posibilidad de una inserción en la sociedad civil. La mayoría de los soldados fueron expulsados de las fuerzas armadas, la gran mayoría de funcionarios y empleados sandinistas que quedaron en el gobierno fueron echados, bajo el pretexto de una reconversión ocupacional que de paso privatizó y empujé a al Estado.

A pesar de haber aceptado las reglas del juego se nos criticaba por ser demasiado autoritarios y ortodoxos. Una vez un dirigente sandinista, en proceso de disidencia, se me quejaba del atraso en que se encontraba el partido, escuchando en uno de los congresos las viejas consignas de *¡Dirección Nacional, ordene! Escuchá, me dijo, gritan como borregos*. Yo le contesté: esa actitud fue inculcada por usted, Comandante, y por todos nosotros durante toda la lucha militar contra los gringos y la contrarrevolución. Ahora tenemos que ir de nuevo a los barrios y comarcas a contribuir al necesario cambio de actitud entre toda la militancia. Poco tiempo después dicho dirigente abandonó completamente el Frente Sandinista y regresó a la vida cotidiana. Otro dirigente se metió a parlamentario y terminó condenando a Cuba: también se salió del Frente Sandinista. Cada dirigente que se salía debilitaba al Frente Sandinista, pues hacía coro con la reacción sobre los errores de la revolución. Habían participado en todos los sucesos de la revolución, pero no paraban de repetir su inocencia.

Desde el punto de vista individual, la cosa no era tan fácil después de la derrota electoral. Nadie tenía nada, ni en qué caer muerto, sobre todo los que no tenían una profesión u oficio. La mayoría de los revolucionarios ya tenían más de 35 años, varios hijos que mantener en un país desmantelado por la guerra. Teníamos algunas ideas de cómo realizar las nuevas tareas revolucionarias, la mayoría de ellas vinculadas a la defensa de las conquistas de la revolución. El mercado y las medidas neoliberales empezaron a erosionarnos individualmente y sin saber qué hacer. Empezó la diferenciación social. Los que tenían una casa eran cuestionados por los que no tenían casa. Los que tenían una motocicleta eran cuestionados por los que no tenían ni una bicicleta. Los que tenían un diploma por los que todavía eran analfabetas.

Si antes había filas entre la alta clase media esperando ganar su militancia, ahora la fila era de disidentes buscando como ganarse la nueva legitimación del orden establecido. Algunos presionaron por cambiarle la identidad al Frente Sandinista, vestirlo diferentemente para poder vendérselo a quienes quisieran comprarlo. Cuando no lo lograban, desertaban hablando pestes del mismo. A su vez, algunos de los que se quedaban en el Frente, reaccionaban como lo querían o describían los nuevos disidentes o la derecha recalcitrante: iracundos, sectarios, indiferentes y despectivos ante la deserción de los demás.

Desde el punto de vista político y de acuerdo a lo que pasaba en el resto de países latinoamericanos, gobernar desde abajo no era más que escalar espacios institucionales en todos los poderes del Estado. Había también miembros del Frente para quienes gobernar

desde abajo era profundizar la organización, desarrollar las luchas sociales y comenzar a construir en la oposición nuevas formas de asociatividad y autogestión, en otras palabras, construir en cualquier condición las posibilidades de otra economía y otra sociedad.

En estas condiciones, la identidad y el comportamiento revolucionario de otros tiempos cedía el lugar a una identidad de izquierda, es decir, a una cultura de cuestionar el poder, si estábamos en la oposición, y/o al sistema, si acaso la izquierda alcanzaba el poder ejecutivo o los poderes municipales.

Para los nuevos críticos, el único revolucionario bueno era el revolucionario que había muerto por sus principios, y no se concebía otro comportamiento revolucionario que la conducta franciscana de una resignada pobreza. La situación no era tan sencilla y albergaba dos posturas que dificultaban el punto medio de la izquierda: una que mantenía un discurso revolucionario a la vieja usanza, sabiendo que tenía que actuar en otras condiciones; otra que para legitimar su comodidad material e ideológica, abandonaba toda militancia de izquierda.

Cada quien empezó a luchar a su manera, unos se acomodaron ideológicamente y se separaron completamente de la revolución. No querían saber nada de lo que pasó y sobraban pretextos para ello. En la mayoría de los casos le echaban la culpa a los dirigentes, otras veces al Frente Sandinista y algunos a la propia revolución. Quedarse en el Frente Sandinista comenzaba a ser mal visto. El discurso de la derecha había calado finalmente.

De nuevo el poder aparecía lleno de contradicciones. Había que tomar el poder a través de las reglas del sistema democrático, lo que dificultaba cuestionar los valores imperantes, sobre todo cuando la mayoría de la población es todavía muy conservadora y está empapada hasta la médula de los valores del sistema. En un inicio el Frente jugó a portarse bien confiando en que así podía neutralizar las críticas, pero lo que lográbamos era culpabilizarnos y debilitar nuestras convicciones sin que nos quitaran el castigo. La oligarquía conservadora, que había perdido el parlamento y resto de poderes del Estado, incluso las alcaldías, sin poder recurrir a las fuerzas armadas como antaño lo hacía Somoza, echó mano de su mayor poder estratégico: la autoridad, la legitimación, el prestigio y el reconocimiento, alimentados por los medios de comunicación que controlaba. Los viejos valores fueron desempolvados y muchos empezaron a sucumbir a las jerarquías de antaño: el macho, el blanco, el rico de apellido, el amigo de los Estados Unidos, el moderno, el demócrata, el notable de alcurnia y abolengo, el profesional y el exitoso, el transparente. Lo que nadie sospechó en un primer momento es que todos esos valores estaban reservados para una determinada posición política. El revolucionario jamás sería legitimado por los voceros del orden.

En estas condiciones de lucha democrática, la revolución solo podía avanzar con el mayor consenso de la mayor cantidad de gente. Comenzó la lucha por la hegemonía, la disputa en los campos ideológicos en innumerables batallas. La publicidad de un capitalismo voraz y reprimido durante la década revolucionaria hacía mella en cualquier discurso alternativo. Sin embargo la realidad empobrecedora, depredadora, racista, machista y humillante, se convirtió en un muro de resistencia frente a los cantos de sirena de un sistema que no sólo explota, sino que margina.

Esta vez no había una contradicción principal a la cual nos subordinábamos todos, como fue la contradicción entre la revolución y la dictadura militar somocista. Ahora estábamos inmersos en una serie de contradicciones y había que moverse en cada una de las contradicciones de diferente manera. En una contradicción, entre el imperialismo y las fuerzas nacionales, nos colocamos al lado de las fuerzas nacionales. En una contradicción entre la oligarquía entreguista y la burguesía nacional, nos colocamos al lado de la burguesía nacional. En una contradicción entre la burguesía nacional y los trabajadores, nos colocamos al lado de los trabajadores. En una contradicción entre los trabajadores machos o machistas y las mujeres, nos colocamos al lado de las mujeres. En una contradicción entre una y otra organización política nos colocamos al lado de la organización más progresista. En una contradicción al interior de una organización progresista, nos colocamos al lado más progresista de esa organización. Y así sucesivamente. Hacer exactamente lo que un gran revolucionario llamado Carlos Marx recomendaba a los comunistas en el Manifiesto del Partido Comunista: *“Los comunistas no proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar al movimiento obrero (o popular). Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás”*. En otras palabras, situarse en la práctica a la cabeza de los movimientos más progresistas del sistema, independientemente de las posiciones teóricas o ideológicas que se tengan en la cabeza o de los deseos personales.

En tales condiciones, el principal campo de batalla, era la lucha ideológica. Contra la visión del mundo que tenía el neoliberalismo, contra su propaganda, contra sus valores para legitimar el mundo actual y contra los argumentos utilizados para justificar lo que hacen. En ese sentido había muchas cosas que hacer. Escribir en un periódico, hablar en una radio o en una televisión, escribir una pinta en una pared. Denunciar las injusticias del régimen o del sistema o de la civilización. Estudiar y conocer las experiencias revolucionarias, pasadas y presentes. Discutir lo que está pasando en el país y en el mundo, en la escuela o en el trabajo, en la organización o en la iglesia. Contribuir bajo todas las formas posibles en aclarar, desmentir, emancipar, desculpabilizar, informar, educar y formar en los valores alternativos a toda la población y a cada ciudadano con el cual se tuviera la oportunidad de conversar o trabajar.

En esas condiciones, el Frente Sandinista, junto a los movimientos populares nacidos o fortalecidos con la revolución, impulsó todas las protestas posibles. La primera gran protesta fue la paralización del país para evitar que toda la propiedad regresara a sus legítimos dueños. Con dicha protesta se logró revertir aquella medida. Sin embargo, el costo político fue muy grande. Se acusó a los sandinistas de querer desbaratar el país y no querer someterse a las reglas civilizadas de la oposición democrática. Comenzó a circular una consigna entre los ONGs que decía *más propuestas y menos protestas*. Lo que contrastaba enormemente con el tipo de oposición contrarrevolucionaria que la derecha había emprendido contra la revolución: 25,000 hombres armados, voladura de puentes, asesinatos a los alfabetizadores, terrorismo de todo tipo, bloqueo comercial y financiero, etc.

La ofensiva neoliberal no se concentraba solamente en las medidas de privatización de las empresas y los servicios públicos, sino que se extendía a una verdadera cruzada de evangelización y desmovilización de la población para que resistiera todos los recortes sociales: la desaparición del crédito para los campesinos, el pago en las escuelas y en los centros de salud, el recorte de medicamentos en los hospitales, los despidos generalizados, etc. El objetivo era privatizar la conciencia social y dejar todo en las manos del mercado.

La lucha ideológica cobraba la mayor importancia, pues sin conciencia no había posibilidad de organización o movilización. Organizarse y apoyar la organización de los trabajadores, los estudiantes, las mujeres, los jóvenes, los marginados, los migrantes, en fin, de toda la gente que necesita organizarse. Organizarse para luchar, para capacitarse, concientizarse y movilizarse, preparar huelgas, administrar empresas asociativas o cooperativas, asambleas de barrio.

Otro campo de batalla importante era el político. Luchar por los espacios de poder en el gobierno, a través de las elecciones y en favor de tu organización, así como la lucha contra todas las formas de poder en tanto que relación discriminatoria: las relaciones de poder en el gobierno, en el trabajo, en la escuela, en la familia, en la organización política, en los valores, en las costumbres, en la visión que se tiene del mundo. Luchar por aquellas reformas institucionales que mejoren la correlación de fuerzas del proyecto alternativo. Claro está que dentro del marco de la democracia representativa, la vida de un militante no podía agotarse el día de las elecciones, como es el caso para los liberales. La lucha tenía que traspasar la vida electoral.

Pero resistir al neoliberalismo era sobre todo organizar la vida económica en forma diferente, única manera de enraizar los cambios sociales. Y eso es lo que los trabajadores y los pequeños productores comenzaron a hacer. Junto a las luchas sindicales se tomaron las empresas, se formaron sociedades anónimas laborales, se cooperativizaron los pequeños y medianos productores del campo y la ciudad. Claro que esa lucha es larga y difícil, pero lo importante era tener una estrategia y comenzar a trabajar en esa dirección.

Cambiar las cosas desde abajo en el sistema mercantil y capitalista en que vivimos era comenzar a tener una estrategia frente al mercado, luchar políticamente por reformas que impidan la diferenciación. La consigna estratégica era *el control democrático del mercado*. Combatir los monopolios, la tributación regresiva, el alza de los precios en los productos básicos. Luchar por aumentos salariales y mejores condiciones de trabajo y de vida de los trabajadores y de los pobladores. Luchar por mejores precios, ingresos y condiciones de vida y de trabajo de los campesinos, las capas medias, las mujeres, los jóvenes, las comunidades indígenas. Impedir que la competencia individual sea la que regule todas nuestras relaciones, pasando a crear instancias y espacios colectivos para contradecir y neutralizar las tendencias individualizantes de la vida social en que vivimos.

Se destacan en este momento la lucha de las organizaciones sociales vinculadas al Frente Sandinista durante la revolución como son la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC) y la Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos (UNAG), encabezando marchas y huelgas campesinas para frenar las medidas neoliberales. El Frente Nacional de los Trabajadores (FNT) encabezando paros y huelgas sindicales a favor de los derechos adquiridos. La Coordinadora Civil y la Coordinadora Social, agrupando asociaciones de diferente tipo y realizando marchas en contra de las políticas de ajuste de los organismos financieros. Igualmente encontramos al movimiento estudiantil luchando por mantener un porcentaje del presupuesto para subsidiar a los estudiantes pobres.

Ahora bien, tal como estaban sucediendo las cosas y como lógicamente tenían que pasar, las tareas eran simultáneas. Los nuevos sujetos económicos avanzaban en la gestión de los recursos y avanzaban en la gestión de los espacios institucionales. En este sentido, la

asociatividad en el campo económico, igual que la participación y la autogestión, se acompañaban de participación y autogestión política, aún sin haber tomado el poder del gobierno nacional. Por eso era importante la participación en los gobiernos municipales o en los consejos autonómicos indígenas. La revolución de las nuevas formas de gestión recorría la propia vida cotidiana. Participar en esas experiencias, discutir y divulgar las mejores experiencias, ordenarlas, sistematizarlas, teorizarlas y elevarlas a valor social.

Estas mismas tareas estaban sucediendo en América Latina, lo que alimentaba la esperanza. Los campesinos en América Latina están presionando desde hace mucho tiempo por tomarse la tierra y empujando la reforma agraria, presionando por el crédito, los caminos, la cooperativización, las políticas económicas que los favorezcan. Los obreros ya comenzaron a luchar por tomarse las fábricas y comenzar a gestionarlas. Los pobladores ya comenzaron a organizarse en los barrios para luchar contra el alza en las tarifas públicas o privadas, por participar en los cabildos municipales, en la discusión del presupuesto en las alcaldías. No es por casualidad que los movimientos de izquierda comienzan a ganar las elecciones y tomar el gobierno por la vía del voto consciente de la gente.

En el caso de Nicaragua, había una tarea ineludible, como era la reconciliación, pues el pueblo salió muy dividido de la guerra, tanto los campesinos como los obreros y los pobladores en general. Después de una guerra, las reconciliaciones son difíciles. Crean divisiones internas entre las organizaciones. La reconciliación entre los campesinos fue más fácil pues había intereses comunes de clase entre ellos. Claro está que la derecha no estaba interesada en la reconciliación, decían que ya la guerra había pasado y que no tenía sentido hablar de reconciliación.

El Frente Sandinista comenzó una política de reconciliación con todas las fuerzas que adversaban al neoliberalismo y rechazaban la subordinación a las metrópolis. Se tejieron amplias alianzas con los desmovilizados de la Resistencia (los Contras) y con diversos partidos políticos en el momento de las elecciones. Pero quizás la más importante de las alianzas fue la realizada con el Partido Liberal Constitucionalista (PLC), encabezado por su líder y exPresidente de Nicaragua, Dr. Arnoldo Alemán, a pesar de haber sido acusado de corrupción, enjuiciado y enviado a prisión, precisamente por el Frente Sandinista. Estas alianzas se concretaban en el Parlamento y en los Concejos Municipales de las diferentes alcaldías del país. Esta alianza fue estratégica para el Frente Sandinista en su empeño por escapar a la polarización antisandinista, planificada y orientada por los gringos. Por supuesto fue la alianza más vilipendiada por la derecha oligárquica y mediática, a la que denominaron peyorativamente *el pacto*. Por medio de ese pacto el Frente Sandinista accede y logra una serie de leyes que favorecían a los sectores populares, así como la posibilidad de que en las elecciones presidenciales cualquier partido pudiera ganar las elecciones con el 40% de los votos o con el 35% de los mismos, siempre y cuando la diferencia entre el primer y segundo lugar fuera de cinco puntos.

Como puede verse, toda esta resistencia necesitaba de una organización que diseñara y se pusiera a la cabeza de la estrategia a desarrollar, pues había mucha confusión y la derrota había erosionado la moral de mucha gente. Ese papel le correspondió al Frente Sandinista, particularmente a su principal dirigente el comandante Daniel Ortega, que dicho sea de paso fue abandonado por la mayoría de los líderes y responsables anteriores: comandantes de la revolución, comandantes guerrilleros, secretarios políticos, ministros, diputados, diplomáticos, intelectuales, periodistas, magistrados, etc.

Es así que se comenzaron a emprender cambios desde abajo. Quizás los más importantes, además de la defensa activa de algunas conquistas de la revolución y de la formación de asociaciones de índole económico, fueron algunos programas que se hicieron con la solidaridad de Cuba y Venezuela. Destacan el programa de alfabetización "*Yo Sí Puedo*", que se comenzó desde el seno de aquellas alcaldías que habían sido ganadas por el Frente Sandinista, aunque no se tuviera el gobierno. La operación Milagro, un programa para devolverle la vista a los afectados por catarata, igualmente se hizo con apoyo de las alcaldías. El programa energético y de apoyo social Petrocaribe por medio del cual se accede a crédito para importar petróleo, se paga el 50% y el resto se difiere a largo plazo, pudiendo invertirse los excedentes en programas sociales.

EL REGRESO DEL FSLN

Después de la derrota electoral de 1990, la revolución sandinista continuó a través de la resistencia del Frente Sandinista y de los movimientos sociales frente a las políticas neoliberales. Ciertamente que la revolución es resistencia, pero no se puede estar resistiendo toda la vida. Hay que recurrir al controversial poder de cualquier manera que se pueda, pues el poder es la síntesis de las posibilidades. El poder puede ser todo lo contradictorio que digamos, pero es mejor tenerlo que padecerlo.

Como hemos dicho anteriormente, aunque no se tenga el Poder Ejecutivo bien se puede recurrir al poder de las masas organizadas, al poder de la opinión pública, a los poderes parciales en el parlamento o en las alcaldías.

A lo largo de los 17 años de neoliberalismo el Frente Sandinista pudo acceder a una significativa cuota de escaños parlamentarios y al control de muchas alcaldías, incluso se convirtió en el partido con más alcaldías del país. Finalmente, a finales del año 2006 el Frente Sandinista, encabezado por el Comandante Daniel Ortega, gana las elecciones presidenciales. La situación no fue nada fácil, pues había que gobernar un Estado heredado, dirigir un proceso de transformación en el seno de una sociedad capitalista y disputar la hegemonía en medio de una opinión pública bien permeada por los valores del neoliberalismo.

El regreso al poder por parte del FSLN implicaba la posibilidad de continuar con las tareas inconclusas de la revolución de los años 80. En otras palabras continuar con la revolución. Alguna gente se pregunta si es pertinente seguir hablando de revolución, cuando la lucha se desarrolla en el marco de la democracia representativa y en el contexto del mercado. No hay duda de que el gobierno sandinista actual es una continuidad del proceso revolucionario anterior. Claro está que no se trata de repetir las tareas concluidas en aquellos procesos, como es la expulsión de las tropas gringas y la derrota de la dictadura militar somocista, puesto que ambas tareas ya se finalizaron.

La victoria del Frente Sandinista significa en primer lugar, la contención del neoliberalismo y el fin de las medidas neoliberales. En segundo lugar, significa conquistar la soberanía frente al injerencismo estadounidense y europeo, enrumbándolo por la senda de la unidad latinoamericana. En tercer lugar, la construcción del poder ciudadano, con el fin de que la ciudadanía pueda restituir sus derechos, precisamente conculcados por el neoliberalismo,

como es el derecho a la educación, la salud, el crédito, entre otros; la construcción del poder ciudadano significa además la posibilidad de revolucionar la democracia representativa, superando sus limitaciones a través de la democracia directa. En cuarto lugar, pero no menos importante, significa la organización asociativa y autogestionaria de los trabajadores y de los pequeños y medianos productores, a través de cooperativas y federaciones de mayor envergadura, con el fin de recuperar los excedentes que el mercado les drena y de participar cada vez más en la gestión del Estado y de la economía. Creemos que estos cuatro elementos, entre otros, son suficientes para hablar de lucha revolucionaria en cualquier país de América Latina o del Tercer Mundo.

La nueva etapa del proyecto sandinista*¹

En estas condiciones y a partir de la toma de posesión del gobierno sandinista el 10 de enero del año 2007, se perfila en Nicaragua la posibilidad de continuar el proyecto de la revolución en el nuevo contexto nacional e internacional. Un proyecto que: 1) Recupere el liderazgo del Estado, 2) Resuelva las necesidades básicas de la mayoría de la población, 3) Resuelva los problemas que bloquean el crecimiento agroindustrial, y 4) Emprenda las transformaciones sociales en las relaciones de producción y en el comercio.

La pregunta obligada para una organización de vocación revolucionaria y socialista es ¿cómo realizar las transformaciones sociales en el marco de la democracia representativa y en el contexto del mercado? Este partido, hoy en el gobierno, tiene que administrar un país donde la economía capitalista es la economía dominante y debe gobernar una sociedad donde los valores hegemónicos son los valores liberales y neoliberales. Su posición lo obliga a funcionar como un partido de gobierno, pero en oposición al sistema capitalista imperante.

La Constitución de la República expresa todavía la voluntad de cambio de la revolución de los años ochenta, pero no así la correlación de fuerzas de aquella época. Según la Constitución actual *“la función principal del Estado en la economía es desarrollar materialmente el país, suprimir el atraso y la dependencia heredada; mejorar las condiciones de vida del pueblo y realizar una distribución cada vez más justa de la riqueza”*. Asimismo, señala: *“Nos oponemos a todas las formas de dominación y explotación colonialista e imperialista y somos solidarios con todos los pueblos que luchan contra la opresión y la discriminación”*.

En tales condiciones lo primero que se propuso el gobierno del Frente Sandinista fue recuperar el liderazgo del Estado, pues sin éste difícilmente se podían emprender y apoyar las transformaciones sociales.

1) El Frente Sandinista y la recuperación del Estado nacional

En la nueva etapa del proyecto sandinista, el Frente Sandinista en el gobierno cuenta con una significativa influencia en las fuerzas armadas (Ejército Nacional y Policía Nacional) que provienen de la revolución sandinista; en todos los poderes del Estado, compartiendo el resto de poderes con otras fuerzas políticas; en la mayoría de los gobiernos municipales; en la universidad y colegios de secundaria; en sectores de base de la iglesia católica y en algunos

¹ Este fue publicado en forma similar en la revista Visión Sandinista.

sectores de las iglesias evangélicas; en las organizaciones sociales y en gran parte de las organizaciones civiles y medios de comunicación radial. No así en los grandes medios de comunicación escritos, ni en los principales canales de televisión.

Es necesario señalar que en el parlamento, lugar donde se aprueban las leyes, el Frente Sandinista ha estado siempre y hasta ahora, en franca minoría, lo que lo obliga a tejer permanentemente alianzas con las otras fuerzas políticas.

Por otro lado, el contexto internacional latinoamericano era favorable a una resistencia continental frente al injerencismo del gobierno de los Estados Unidos y de los gobiernos europeos. Efectivamente, en los últimos años asistimos a un gran movimiento latinoamericano representado por líderes nacionalistas que accedieron a los diferentes espacios de poder, entre ellos la presidencia, el poder judicial-legislativo-electoral, los gobiernos municipales, desde donde se proponen y están logrando revertir el proceso de privatización y la ofensiva injerencista extranjera. Esta batalla se lleva a cabo en el marco de la llamada cooperación, verdadera política de ocupación de las instituciones públicas por parte de los organismos internacionales. Esta batalla encontró un buen ambiente a raíz de la llamada *Declaración de París* (marzo, 2005) que expresa la decisión de cerca de 200 países y organizaciones internacionales de alinear la cooperación, es decir, ajustarse a los principios, estrategias y procedimientos escogidos por los países que reciben la cooperación.

Una vez en el gobierno, el Frente Sandinista fortalece las alianzas con Cuba, Venezuela, Bolivia y otros países latinoamericanos, africanos y asiáticos, incluyendo Irán y repúblicas de la antigua Unión Soviética; se realizan esfuerzos conjuntos con los gobiernos centroamericanos y caribeños, a fin de unirse frente al neoliberalismo y frente a las políticas imperiales aún activas sobre nuestros países.

La recuperación del Estado implica de hecho su transformación, es decir, la institucionalización de aquellas fuerzas sociales que garantizarán las reformas necesarias. Institucionalidad que conviviría paralelamente con aquellos rasgos de la institucionalidad existente no sujetas a alteración, por razones de correlación de fuerzas.

En este sentido, el Frente Sandinista y el Gobierno de Reconciliación y Unidad Nacional se propusieron apoyar la creación y desarrollo de un nuevo sujeto político basado en el poder ciudadano.

En síntesis, el perfil social o *nuevo tipo de Estado* al que aspira el proyecto debía conducir a sustituir el viejo tipo de Estado (*combinación gobierno + corporaciones*), por un nuevo tipo de Estado (*combinación gobierno + asociaciones y consejos populares*). Esto implica priorizar los intereses del capital nacional y sobre todo, la producción de los pequeños y medianos productores.

Los sujetos políticos de la nueva hegemonía. Estructuralmente hablando, la transformación social descansa en la creación de los nuevos sujetos políticos y económicos que puedan gestionar la sociedad en general y la economía en particular, por la senda de la justicia social. Si desde el punto de vista político, el ciudadano aislado ha sido el sujeto político por excelencia del modelo liberal, y desde el punto de vista neoliberal los grupos de notables son sus representantes, el proyecto sandinista propone enriquecer la tradición democrática, organizando a la ciudadanía en *consejos comunitarios o consejos del poder ciudadano*, lo

que no niega la existencia o multiplicación de otras formas de representación y participación. Estos consejos funcionan como escuelas políticas de participación e incidencia real en los asuntos de interés colectivo (lucha contra las drogas y el narcotráfico, las pandillas y la trata de personas, las enfermedades, la ignorancia, la depredación del medio ambiente y la marginación o negación de los derechos humanos).

El siguiente esquema puede dar una idea de la voluntad del proyecto sandinista en su nueva etapa, en el cual se expresa la relación prevista entre el gobierno central y municipal y los nuevos sujetos políticos y económicos. En los consejos locales, departamentales y nacionales participan los ciudadanos organizados, así como las organizaciones sociales y económicas existentes en el país.



En síntesis, la estrategia apunta a institucionalizar los dos pilares del proyecto, a saber, los *Consejos* del Poder Ciudadano en el ámbito cívico-político-social y las *asociaciones* en el campo económico. *¡Sin un nuevo sujeto político, sin un nuevo sujeto económico, no puede haber un nuevo modelo social!* De esta manera, la democracia directa de los Consejos de Ciudadanía estaría enriqueciendo la democracia representativa del proyecto liberal y la democracia participativa de las nuevas corrientes progresistas. Igualmente, las asociaciones de productores nacionales (pequeños, medianos y grandes) tendrían un trato preferencial frente a las corporaciones transnacionales del viejo proyecto neoliberal.

2) El proyecto de bienestar ciudadano

El bienestar social o bienestar de la ciudadanía tiene como objetivo garantizar los servicios básicos, la seguridad cotidiana y la dignidad personal. Garantizar los servicios básicos implica un programa de re-nacionalización de los servicios públicos. La seguridad ciudadana requiere el fortalecimiento y saneamiento ético de las fuerzas armadas para combatir la delincuencia, el narcotráfico y el tráfico de influencias. Ahora bien, en las condiciones socioeconómicas en que se encuentra el país, tales tareas no podrán llevarse a cabo sin una masiva movilización social, ejemplo de las cuales son la gran cruzada de alfabetización y las grandes jornadas de vacunación. La dignidad personal tiene como objetivo erradicar la discriminación moral y la explotación económica, encaminándonos hacia una forma de relacionarnos, basada en el respeto y la solidaridad social.

Garantizar los servicios básicos implica destinar mayor presupuesto para tales servicios (salud, agua, educación, vivienda, caminos, seguridad, recuperación del medio ambiente, derechos humanos, otros). Finalmente se necesita trastocar la estructura tributaria nicaragüense, tanto por la vía de disminuir la evasión y tributación fiscal, como de transformarla en una estructura tributaria progresiva (exigiendo mayor pago a quienes más ganan).

El Gobierno de Reconciliación y Unidad Nacional concentra sus objetivos en la lucha contra el hambre y la pobreza, *a través de un programa social pero con un enfoque productivo agroindustrial y un esquema de transformación social*. No se avanzaría mucho si se espera erradicar la pobreza con programas asistencialistas para dedicarnos a la producción, tampoco se avanzaría mucho dedicándonos a la producción sin ocuparnos al mismo tiempo de la transformación del país. La simultaneidad de este proceso se garantiza a través del apoyo a los pequeños productores, quienes en Nicaragua son paradójicamente los más pobres y los más productivos, a la vez que son los nuevos sujetos de un proyecto alternativo. En este sentido, uno de los programas más emblemáticos contra el hambre y la pobreza ha sido el programa Hambre Cero, por medio del cual se prioriza y se capitaliza en especie al campesinado y a la mujer rural como sujetos del desarrollo agropecuario y agroindustrial. El programa apunta a entregar un paquete productivo alimentario a 75,000 mujeres del campo.

Quizás la mejor manera de apreciar el programa de bienestar social del gobierno sandinista, sea comparándolo con el desempeño de los gobiernos neoliberales anteriores.

La educación. El gobierno sandinista de los años 80 descendió la tasa de analfabetismo de 45% a 12%. En los 17 años de gobiernos neoliberales la tasa de analfabetismo subió de nuevo a 35%. El gobierno sandinista de ahora, en dos años de gobierno ha logrado prácticamente erradicar el analfabetismo en el país. Esto ha sido posible con el apoyo solidario e incondicional de Cuba y Venezuela. Hay que señalar que la población alfabetizada está siendo recepcionada en las escuelas públicas para continuar su educación formal. En los gobiernos neoliberales la educación se había prácticamente privatizado. Las escuelas funcionaban como pulperías y servían para el negocio del personal administrativo. Los niños tenían que pagar matrícula, material escolar y hasta tenían que llevar sus pupitres. Hoy en día, la educación es completamente gratis. Se entrega un millón de meriendas y un vaso de leche diariamente. En los gobiernos anteriores los estudiantes universitarios tenían que paralizar las ciudades y ser reprimidos por la policía para que se les reconociera el 6% del presupuesto nacional. Con este gobierno es la primera vez que se les reconoce dicho

porcentaje, sin necesidad de exponer sus vidas. Existen miles de brigadistas escolares organizados por el gobierno para alfabetizar, reparar y construir escuelas y pupitres.

La salud. En los gobiernos anteriores la salud se había privatizado. Los pacientes tenían que pagar hasta el alcohol para una herida. Los índices de mortalidad y morbilidad habían aumentado. Hoy en día, la salud es gratuita. Las operaciones de la vista o de trasplante de riñón son completamente gratuitas. En dos años de gobierno se han realizado gratuitamente 45,000 operaciones de los ojos, con lo cual se le ha regresado la vista a igual número de pacientes. Operaciones que antes costaban dos mil o cinco mil dólares, han sido posible gracias a la solidaridad de Cuba y Venezuela. Se han abierto hospitales y centros de salud en lugares donde antes no llegaba ni siquiera un médico, incluyendo la Costa Caribe. Existe un movimiento de médicos sandinistas acompañado por el gobierno que recorre el país, haciendo consultas gratuitas. Se ha congelado el precio de los medicamentos genéricos.

La energía. En los gobiernos anteriores la escasez de energía había llegado a un nivel tal que el flujo eléctrico funcionaba solamente 12 horas al día, situación que se resolvió en los primeros dos años de gobierno, gracias al suministro de plantas eléctricas y petróleo suministrado por parte de Venezuela en condiciones favorables. Se inició la construcción de presas hidroeléctricas con capital brasileño e iraní, así como la recuperación de plantas geotérmicas que los gobiernos anteriores habían abandonado. Comenzó el suministro de energía eólica. En total se ha aumentado la capacidad de generación eléctrica en un 35%, más que en toda la era neoliberal.

Carreteras, caminos y calles. Las carreteras entre las principales ciudades estuvieron sin reparación y completamente descarpetadas durante los 17 años de gobierno. En dos años de gobierno sandinista, la mayor parte de esas carreteras fueron reconstruidas (Sébaco, Matagalpa, Jinotega, Masaya-Nandaime, San Juan del Sur, El Viejo, entre otras). A través de los Consejos del Poder Ciudadano, el gobierno central y las alcaldías sandinistas se han pavimentado más calles que en toda la época neoliberal.

Se han abierto programas para retirar a los niños de la calle y para cuidar niños en Centros Infantiles, para atender a los niños de familias migrantes, cosa que no existía antes.

Producción campesina. En los 17 años de gobiernos neoliberales se había cortado completamente el crédito al campesinado. En los dos años del gobierno sandinista se ha reactivado el crédito al campesinado, alcanzando a 200,000 familias campesinas. Se ha distribuido urea venezolana a más de cien mil familias campesinas a precio más barato que el del mercado. Se está garantizando precios justos a los productores de granos básicos, a través del acopio de granos por empresas del Estado. Dentro de los programas del ALBA, se está exportando a Venezuela, frijoles y ganado proveniente de las cooperativas ganaderas y frijoleras, así como leche suministrada por medianos productores nicaragüenses.

Fomento del Liderazgo de las mujeres. A través del programa Hambre Cero, se han repartido 35,000 bonos o paquetes productivos alimentarios a igual número de mujeres del campo. Estos bonos tienen un valor de 2,000 dólares cada uno y se entregan en especie. Este programa ha posibilitado la organización cooperativa de estas mujeres. Por decreto presidencial se estipula que el 50% de los puestos de ministros, viceministros, alcaldes,

vicealcaldes y concejales tienen que ser ocupados por mujeres, habiéndose alcanzado dicho porcentaje. En la organización del Frente Sandinista también funciona la misma norma.

Apoyo a pobladores. Se abrieron cinco mil puestos de abastecimiento de productos básicos en las principales ciudades del país. Hoy por hoy, la tarifa del transporte urbano es la más barata de América Latina, gracias a un subsidio gubernamental. Igualmente, se garantiza a precios menores a los del mercado, el abastecimiento de llantas y repuestos a las cooperativas de taxistas, buseros y transporte interurbano. Se han entregado decenas de miles de títulos de propiedad a familias de los asentamientos urbanos. Se abrió un programa llamado Usura Cero para familias de pequeños comerciantes en las principales ciudades del país. Se subsidia a la mitad de los pobladores con bajo consumo de agua y luz en los barrios de la capital. Se distribuyeron centenares de miles de bujías ahorrativas en los hogares más pobres del país. Se logró dotar de agua a ciudades que no la tenían, como Juigalpa, bombeando agua del lago de Nicaragua. Comenzó el tratamiento de aguas residuales de la capital que antes caían al lago de Managua. A los pobladores indígenas de la Costa Caribe, se les ha comenzado a demarcar y titular por primera vez sus tierras, habiéndose alcanzado hasta ahora el 8% del equivalente al territorio nacional.

3) El crecimiento agroindustrial basado en la producción de alimentos

El motor principal de un desarrollo equitativo puede lograrse a través de la reactivación productiva de los *pequeños y medianos productores*, tanto del campo como de la ciudad, siendo como son la mayoría de los productores y los que más riqueza, empleo y alimentos generan al país. Esto implica reorientar las políticas económicas hacia estos sectores, apoyándolos para que puedan escalar la cadena de valor y vincularse al mercado. Estamos hablando de los campesinos en general y de la llamada pequeña-y-mediana empresa (PYMES).

Se considera que la agroindustria alimentaria es la vía de industrialización más promisoría para el país, dado que se dispone de la materia prima para llevarla a cabo, es decir, los alimentos, incluso para potenciar otras industrias como el sector turístico. Los alimentos son una necesidad para la gente, los animales, los suelos, el mercado interno, la industria de transformación y el ahorro o la generación de divisas a través de las exportaciones.

Priorizar a los pequeños y medianos productores no significa soslayar ni mucho menos al resto de bloques económicos existentes en el país, nos referimos a las empresas extranjeras y a las nacionales, pero sí condicionar la relación o el apoyo a las mismas en función de la estrategia nacional.

4) Asociatividad y comercio justo

El proyecto sandinista se propone transitar a un modelo incluyente por medio de las *asociaciones económicas* de pequeños, medianos y grandes productores, cuyo fin sea la capacidad de estos productores para incidir en el mercado, escalando los eslabones de la cadena de valor, a través de la asociatividad agroindustrial. Asimismo, se ha promovido la autogestión de los trabajadores en sus centros de trabajo, de los estudiantes en sus centros de educación, de los pobladores en sus comunidades.

Hoy por hoy, las cooperativas agrupadas en uniones, federaciones y confederaciones, se aprestan con apoyo del gobierno para hacerse cargo de una serie de proyectos que tienen que ver con el procesamiento del maíz, el frijol, la harina, la carne, el pescado, las verduras, las frutas, la leche, etc.

Frente a la acumulación vertical como un medio de acumular por acumular, típico del capitalismo, la asociatividad y la autogestión se propone la acumulación horizontal como un medio para satisfacer las necesidades de los productores, trabajadores y pobladores. La acumulación horizontal mantiene la propiedad privada en el ámbito de la producción y fomenta la gestión colectiva de la misma en el ámbito de la circulación (comercio, industria, servicios financieros, administración, entrenamiento técnico y educación en general).

La autogestión de los trabajadores, los estudiantes y los pobladores en sus asuntos económicos, sociales y culturales en general, se propone terminar con las relaciones de dominio en todas sus manifestaciones.

En el campo comercial se estableció un mecanismo de compensación de precios entre el campo y la ciudad, a través de la reactivación de la Empresa Nacional de Abastecimiento (ENABAS), que había sido liquidada por los gobiernos anteriores. Por medio de esta empresa se acopian y distribuyen alimentos a un precio justo, favoreciendo así a los campesinos, productores de alimentos, y a los ciudadanos pobres de las ciudades, consumidores de esos alimentos.

La situación de economía globalizada en que se desenvuelven nuestros países, así como el tamaño de los mercados, vuelve imperativa la integración regional de nuestras economías. Hasta ahora, nuestras economías estuvieron subordinadas a los capitales del mercado mundial, con un raquítico mercado interno, distorsionadas por una urbanización sin industrialización y en medio de un perverso intercambio desigual dentro de las redes del comercio internacional.

Ahora bien, intervenir en el mercado significa incidir tanto en el mercado local como en el mercado internacional, fomentando el comercio justo y sumándose a la integración regional, centroamericana, latinoamericana y de los países del sur en general.

Más allá de la reconciliación política*

Hasta ahora hemos hablado de la reconciliación y de las alianzas políticas, pero la visión del Frente Sandinista, entiende la reconciliación más allá de lo político, incorporando las nuevas banderas de transformación como es la lucha contra la depredación del medio ambiente, la lucha contra el maltrato a la mujer y la violencia familiar, la lucha por relaciones equitativas entre el campo y la ciudad o entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, la lucha contra el saqueo de las materias primas del Tercer Mundo por parte de los países del Norte, pero sobre todo la lucha y el trabajo en aras de la reconciliación cotidiana y social en el seno de los oprimidos.

El gobierno sandinista se presenta como un Gobierno de Reconciliación y Unidad Nacional, lo que invita a preguntarse, cómo puede un gobierno de tal naturaleza política llevar a cabo las transformaciones sociales y económicas que necesita para avanzar hacia otro sistema. Poner en agenda la reconciliación no significa afirmar la desaparición del mundo de las

contradicciones o de las transformaciones, sino mostrar el recorrido por el cual la humanidad va encontrando formas de superarlas, transformando su realidad en base a intereses comunes. Ahora bien, si no encontramos intereses comunes, no habrá forma entonces de detener la confrontación permanente. En otras palabras, la reconciliación parte de la posibilidad de determinar intereses comunes entre los contendientes, como pasa en aquellos casos en que ante la posibilidad de hundimiento del barco donde se escenifica una encarnizada reyerta, los contendientes prefieren establecer una prórroga.

Lucha de intereses y reconciliación son dos momentos, en el espacio y el tiempo, de un mismo recorrido, hacia la transformación y la perfectibilidad de lo social. En cada situación histórica nos encontramos con una agenda concreta de conflictos, esfuerzos de reconciliación y oportunidades de transformación de la gran contradicción: la contradictoria y conflictiva relación entre amos y esclavos. En todo caso, en este mundo plagado de contradicciones no podemos vivir sin luchar, pero tampoco podemos vivir sin reconciliarnos, tal como nos pasa en las relaciones cotidianas. La reconciliación no aspira entonces a erradicar el mundo de las contradicciones o de la lucha, sino a sacarle ventaja a un buen armisticio. Hay tiempo, pues, para luchar y tiempo para reconciliarse, algunas veces incluso nos desarrollamos luchando en una pista y reconciliándonos en otra.

La reconciliación no es, pues, un pacto entre amos y esclavos, por medio del cual los segundos se subordinan o se resignan a la dominación de los primeros, sino el fin de un conflicto que aspira a la desaparición de ambos, en tanto que amos y esclavos, no necesariamente en tanto que personas. Por eso es que la reconciliación aspira a la finalización de un conflicto que haya resuelto o disminuido la contradicción. Ahora bien, alrededor de una contradicción o conflicto, los contendientes directos no son los únicos involucrados. Usualmente, existe gente interesada en generar conflictos donde ninguno de los contendientes sale ganando, pues su autodestrucción es el objetivo final de quienes los provocaron. Efectivamente, durante mucho tiempo la inmensa mayoría de la gente se ha mal-matado para mayor gloria de una minoría, lo que ha desprestigiado la lucha y desesperanzado toda forma o proyecto de emancipación. En estos casos, la solución no puede ser la de arriar las banderas de la reconciliación ni de la emancipación, sino de levantarlas contra quienes se encargan de poner a pelear a la gente, para lo cual se hace necesario la reconciliación en el seno de los oprimidos y marginados. Si el pueblo estuviera ideológicamente unido, jamás sería vencido.

Existen muchos tipos y universos de contradicciones. Algunas involucran y afectan a toda la humanidad, como puede ser la contradicción entre la civilización por un lado y la naturaleza por el otro lado; otras se desarrollan al interior de la humanidad misma, como pueden ser las contradicciones escenificadas entre opresores y oprimidos o marginados, sean éstas entre clases, naciones, etnias, regiones, géneros, amén de las contradicciones del mundo cotidiano en cada relación personal.

El programa de reconciliación y unidad nacional del FSLN

El programa de reconciliación del gobierno sandinista actual tiene como objetivo la despolarización del país y la construcción de un proyecto de unidad nacional. El programa de reconciliación se desarrolla a través de un discurso y una práctica concreta expresada en una política de alianzas a nivel de la superestructura y en una política educativa en el seno de la población.

La política de alianzas y la política educativa representan el principal instrumento del Frente Sandinista para neutralizar la polarización existente en la cultura política, en la clase política y económica, como en la población en su conjunto. En el caso concreto de Nicaragua, la polarización ha significado una polarización antisandinista, donde la derecha aglutina a todas las fuerzas y discursos contra el Frente Sandinista. Hasta ahora y desde hace 200 años, las fuerzas extranjeras y las fuerzas locales de la oligarquía han fomentado y atizado una gran división en el seno del pueblo, una confrontación salpicada de guerras civiles y de intervenciones militares, situación que ha impedido la defensa de las causas comunes de la nación y del pueblo nicaragüense.

La historia política de la revolución sandinista y las posibilidades de su victoria sobre la dictadura somocista en 1979 comienza con una alianza en el seno de los opositores a la dictadura del general Anastasio Somoza. Se trataba de unir esfuerzos entre sandinistas y conservadores frente a los liberales somocistas.

A raíz del triunfo en 1979, la revolución sandinista se esfuerza en vano de reconciliarse con todas las fuerzas nacionales, a fin de enfrentar la política de agresión del gobierno estadounidense. Finalmente, quienes se reconciliaron fueron los liberales y conservadores, quienes con el apoyo decidido del gobierno norteamericano lograron derrotar en las urnas al gobierno del FSLN en el año de 1990.

A partir del año de 1990 el FSLN emprende beligerantemente una política de reconciliación con las principales fuerzas contendientes. Es así que logra entenderse con los principales líderes y fuerzas de la Resistencia Nicaragüense (*los Contras*), así como con los líderes y fuerzas cívicas que lo adversaron durante el período revolucionario. Finalmente, la política de reconciliación sandinista logra una práctica de acuerdos parlamentarios con la principal fuerza política, como es el Partido Liberal Constitucionalista (PLC).

La base objetiva de esta política de reconciliación está en la contradicción que existe entre el liberalismo y el neoliberalismo, la que a su vez está basada en la contradicción entre el capital nacional y el capital transnacional.

A medida que las corporaciones ocupaban el mercado nacional, los empresarios locales comenzaron a quebrar. La mayoría de los medianos y grandes capitales nacionales sucumbieron ante la ofensiva del mercado mundial, una minoría de ellos se reciclaron y lograron ingresar al concierto regional del capital transnacional. La burguesía empresarial, en tanto que burguesía nacional, fue desplazada por la burguesía transnacional, el liberalismo, en tanto que doctrina del capitalismo nacional, fue desplazada por el neoliberalismo, en tanto que doctrina del capitalismo globalizado.

El debilitamiento del capital nacional y la hegemonía del capital extranjero generaron una gran crisis en la doctrina liberal. El neoliberalismo aparecía así como el triunfo del mercado contra lo que había sido el Estado y la nación. La economía de mercado alcanzaba su mayoría de edad y se encarnaba en una sociedad de mercado. Los nuevos partidos neoliberales, fueron puestos en manos de las viejas oligarquías conservadoras, quienes se propusieron, con apoyo del imperio, desplazar a los partidos liberales de antaño y a cualquier otro incómodo partido político, a medida que la soberanía nacional se asfixiaba dentro de la globalización del capital transnacional.

A partir del triunfo electoral, a finales del año 2006, el Frente Sandinista se propone continuar las reformas inconclusas iniciadas durante el régimen revolucionario de los años 80, las que no puede lograr sin antes haber despolarizado el país. El Frente se propone no solamente emprender alianzas con los líderes u organizaciones, sino fomentar una estrategia de reconciliación en el seno dividido de los sectores populares, bajo el supuesto que nada diferencia desde el punto de vista cívico, de clase o de los intereses nacionales a un ciudadano liberal, sandinista o conservador.

Esta política ha encontrado eco en los sectores empresariales de la burguesía nacional que resienten cada vez más la ofensiva de las corporaciones extranjeras y el efecto devastador de las políticas neoliberales.

Ahora bien, el programa de reconciliación y unidad nacional tiene diferentes expresiones según el polo de cada una de las contradicciones e intereses en juego. Entre los intereses de los empresarios nacionales y los intereses de los empresarios extranjeros, el Frente Sandinista opta por los intereses de los empresarios nacionales. Entre los intereses de los grandes productores nacionales y los intereses de los pequeños y medianos productores locales, el Frente Sandinista opta por los intereses de estos últimos. Entre los intereses de los empresarios en general y los intereses de los trabajadores, el Frente Sandinista opta por los intereses de los trabajadores. En el conflicto desatado por la violencia familiar y la discriminación política en que se encuentra la mujer, el Frente Sandinista opta por relevar el liderazgo de las mujeres.

Por supuesto que los adversarios del Frente Sandinista, particularmente los partidos políticos, los *alcones* norteamericanos y algunos portavoces de la opinión pública de derecha, cuestionan la política de reconciliación, perdiendo muchas veces la perspectiva y cayendo así en un discurso agresivo y extemporáneamente guerrerista. Como dijo una ex-combatiente de la Resistencia Nicaragüense: *los que a un lado y otro de la acera nunca tiraron un tiro y durante la guerra entre revolución y contrarrevolución estuvieron debajo de la cama, son hoy los más furibundos enemigos de la paz y la reconciliación.*

Este programa de reconciliación y unidad nacional no excluye la inevitabilidad de nuevas luchas, expresión a su vez de otras tantas contradicciones, no porque éstas no hayan existido antes, sino porque ahora la gente tiene más conciencia de su desfavorecido rol en aquéllas. Entre ellas se encuentran la lucha por alcanzar, consolidar y enriquecer la democracia (representativa, participativa y directa), la lucha por la participación de todos los sectores en la riqueza nacional, la lucha por la integración latinoamericana, la lucha por los derechos humanos (políticos, económicos, culturales), la lucha por la igualdad de género, la lucha por salvar la biodiversidad, la lucha por la autogestión generalizada de la sociedad civil, la lucha por la justicia social.

La humanidad en general y la izquierda en particular han venido tomando conciencia de estos divorcios y los han incorporado a su programa de lucha. De tal manera que más allá de las contradicciones y reconciliaciones políticas, hay que señalar las otras contradicciones y las otras reconciliaciones.

Divorcio y reconciliación con la naturaleza

En sus orígenes la sobrevivencia del género humano aparece enfrentándose a una naturaleza agresiva que además establecía los límites de su propio bienestar. Todavía vivimos de la herencia de nuestros antepasados que soñaron con el dominio absoluto de aquella naturaleza exterior que nos condiciona, sueño convertido en pesadilla por el holocausto generado por el crecimiento productivista y consumista al interior del sistema capitalista.

En la base de todas las contradicciones contemporáneas se encuentra la contradicción entre el hombre y la naturaleza. El mal que recibimos haciéndole daño a la naturaleza es mucho mayor que el daño que la naturaleza les hizo a nuestros antepasados.

En todo este tiempo hemos literalmente deshollejado la piel de la tierra, extraído sus vísceras convertidas en materia prima para la industria en todas sus manifestaciones y agotado sus cuencas hídricas. Cada paso hacia el progreso aumenta la temperatura del globo terráqueo y su metabolismo se trastoca arrastrándonos de nuevo hacia el polvo desértico de su vida inorgánica. Los límites de la dominación sobre la naturaleza se vuelven evidentes y maduros en las postrimerías del capitalismo, llamado hoy capitalismo salvaje. Y los límites del progreso capitalista aparecen cuando los esfuerzos del crecimiento, se encaran cada día que pasa, hacia la destrucción del piso donde se lleva a cabo la batalla.

La tierra y su principal portavoz, la climatología, ha dicho *¡basta!* y nos grita a diario: *¡reconciliación o muerte!* El dominio del hombre moderno, es decir, de la guerra a muerte con la naturaleza amenaza con destruir al amo y al esclavo.

Lo mismo pasa en la relación con la naturaleza interna. La mayor parte de las enfermedades humanas son provocadas por la agresividad y la codicia a la que hemos sometido a nuestro cuerpo, alma y espíritu. La etiología social de las enfermedades es cada día más evidente y sus efectos están diezmando los sucesivos ejércitos generacionales. Los virus nos están ganando la guerra hacia la eternidad.

El cuerpo, el alma y el espíritu se suman al grito de la tierra y nos demuestran eficientemente cómo la lucha por la felicidad, cosecha infelicidad y más infelicidad. La forma civilizada de nuestra existencia se ha convertido en un acelerador cultural hacia la muerte.

En este divorcio pueden percatarse fácilmente las limitaciones de la batalla. Por muy agresiva que aparezca la naturaleza, no puede estar en la agenda de esta lucha su desaparición.

¿Es posible la reconciliación entre la civilización y la naturaleza? Sí. Siempre y cuando logremos una armonía que reconcilie la sostenibilidad de la naturaleza y nuestra propia sostenibilidad.

Divorcio y reconciliación entre los géneros

¿Es posible la reconciliación entre el macho y la hembra? Sí, siempre y cuando hombres y mujeres se pongan de acuerdo en combatir aquellas instituciones que mantienen la injusticia contra las mujeres, lucha que incluye la reconciliación entre las propias hembras para mejorar su correlación de fuerzas frente al adversario común.

Es manifiesta la contradicción y el conflicto, es necesaria la lucha de las oprimidas y marginadas, es cada vez más asquerosa la mirada y el látigo del verdugo, se hace necesario desarmarlo, pero sobre todo es imprescindible lograr erradicar las condiciones que hacen posible su existencia. Pero el fin de esta lucha no puede ser otro que reconciliar y compartir nuestra existencia, por lo tanto no olvidemos, en el fragor del combate, la esperanza que nos mueve a luchar y a vivir de otra manera. No está de más recordar que la violencia contra la mujer amenaza y afecta, aunque de otra manera, la vida de los hombres.

La contradicción entre el macho y la hembra ha existido desde hace mucho tiempo, pero la lucha apenas surgió cuando aquéllas empezaron a tomar conciencia de la injusticia y el derecho que las asiste para cambiar su situación.

En este conflicto los estragos del amo se han exacerbado a medida que la desobediencia de la mujer aflora. La violencia contra la mujer se ha convertido en una verdadera carnicería que a diario cobra millones de víctimas. El placer de antaño con el cual el amo saciaba sus instintos, tributo natural del poder, ha sido desplazado hacia una agresividad patológica que a medida que daña el cuerpo del esclavo envenena el alma del verdugo, animalizando sus sentidos y lastimando irreversiblemente el aparato de su sensibilidad interior.

En este caso, la reconciliación sólo puede arribar a buen término cuando ambos rechacen el rol asignado por el sistema, a uno como amo y a la otra como esclava. Otra cosa no sería más que resignación de ambos ante su incapacidad para transformar la separación que los castiga en aparente gratificación. Esta reconciliación comienza en el lugar donde la destrucción de ambos se lleva a cabo, en la casa y en la vida cotidiana, apostando a la dignidad de la mujer y a la hominización del hombre, a la voluntad y a los mecanismos adecuados para transformar las actuales relaciones patriarcales. La crítica al otro siempre será necesaria, pero la manera de rebelarse contra las injusticias es absteniéndose de cometerlas y padecerlas.

Divorcio y reconciliación entre el campo y la ciudad

¿Es posible la reconciliación entre el campo y la ciudad? Sí. Siempre y cuando los campesinos hayan reconciliado sus intereses entre sí. Siempre y cuando ambos logren organizar una verdadera alianza alrededor de los precios de sus productos. Siempre y cuando las instituciones logren emprender medidas que mejoren la distribución de excedentes entre el campo y la ciudad.

La relación entre el campo y la ciudad ha sido también una relación de injusticia, entre trabajo intelectual y trabajo manual o entre distintos tipos de trabajo, donde unos trabajan para que otros coman y se diviertan, unos cortan leña para que otros se calienten, en fin, donde unos marginan y otros son marginados.

Quienes adversan la reconciliación entre el campo y la ciudad, generalmente ciudadanos y ciudadinas, estarían animándonos a mantener esa vieja e injusta brecha, Pero al igual que en los casos anteriores, el conflicto ya apareció, poniendo en entredicho las ventajas de antaño de los pobladores urbanos.

Los campesinos ya comenzaron a emigrar hacia las ciudades, en busca del bienestar milenariamente negado, haciendo explotar los servicios urbanos. Los ciudadanos empiezan a

sentir sed y hambre, caminan entre la basura, sus niños se convierten en mendigos, la polución los asfixia y el verdor de la naturaleza apenas se alcanza a reconocerla en las fotos de los viejos tiempos.

Al igual que en los casos anteriores aquí la reconciliación apuesta a cambiar las viejas relaciones. Los niveles del conflicto muestran la imposibilidad de destruir al adversario, en este caso a los ciudadanos que habitan en las ciudades. La reconciliación entre el campo y la ciudad será el fin de la injusticia que hoy caracteriza su relación.

El divorcio y la reconciliación entre el Norte y el Sur

¿Es posible otro mundo? Sí. Siempre y cuando los pueblos del Sur reconozcan sus intereses comunes y reconcilien sus fuerzas y sus esperanzas.

La contradicción se convierte en conflicto y hoy en día los conflictos amenazan los viejos privilegios del amo. La paz social que necesitan los poseedores para gozar su riqueza ha sido perturbada por el clamor de justicia de los desposeídos. Matar al esclavo no resuelve la situación del amo y aún la lucha más ardiente de los esclavos, no puede tener otro destino que la desaparición de toda relación de esclavitud.

Los países ricos no tienen quien les compre, lo que pone en riesgo la realización de sus mercancías, medio de acceder a la ganancia. Los ricos de los países pobres hace rato que abandonaron sus empresas ante la competencia de los países ricos. Cada vez hay menos ricos, aunque sean cada vez más grandes y cada vez hay más pobres que están cada vez más empobrecidos.

Las guerras de rapiña del Norte contra el Sur ya no son simples paseos coloniales, la resistencia de los desposeídos arrecia. O nos reconciamos o la guerra continuará hasta la desaparición física de ambos. O cambiamos los términos de intercambio comercial entre el campo y la ciudad, entre el Norte y el Sur, o los conflictos calentarán más el planeta.

Por muy arrasadores que sean los bombardeos, los pilotos y los invasores tendrán que aterrizar para llevar a cabo sus inversiones y ahí estarán esperándolos los sobrevivientes de tantos patriotas asesinados.

Los espacios urbanizados del Norte comienzan a ser prácticamente invadidos por los campesinos del Sur, que ya no aguantan la condiciones de barbarie a que han sido sometidos por sus vecinos del Norte. O nos reconciamos o escalamos el conflicto; nos matamos unos a otros, o comenzamos a cambiar el mundo que nos dividió.

La reconciliación es necesaria cuando la confrontación se ha convertido en un suicidio para ambos polos de la contradicción y el conflicto.

El divorcio y la reconciliación en el seno de los oprimidos

Independientemente de la valoración que tengamos de las contradicciones, conflictos, armisticios o transformaciones de quienes se enfrentan y, logran o no superar la relación anterior, existe una reconciliación que en mi opinión resume las oportunidades de toda

emancipación. Se trata de la reconciliación entre los oprimidos y marginados alrededor de sus intereses comunes.

Efectivamente, toda relación entre amo y esclavo se hace posible por la división al interior de los esclavos, por la separación en el seno de los oprimidos. Los privilegios del amo se expresan como servidumbre del esclavo. El macho usufructúa la pasividad de la hembra. El dominio de los poseedores descansa en la desorganización y desmovilización de los oprimidos. Las corporaciones transnacionales gozan de la subordinación de los gobiernos nacionales. Pero eso no es todo. Todas las guerras del amo contra sus esclavos se hacen utilizando un ejército de esclavos.

La conciencia generalizada, la organización generalizada, la movilización y la lucha generalizadas contra todos los opresores, no será posible sin la reconciliación de todos los oprimidos. Sin la reconciliación de los oprimidos no habrá reconciliación generalizada.

Toda opresión descansa en la separación o división entre los oprimidos, por tanto la bandera de la reconciliación debería favorecer a quienes más la necesitan. La lucha por la reconciliación parte del reconocimiento de la contradicción, la división y la opresión en que se encuentra la mayoría de la gente.

A esa reconciliación le temen los que nunca han luchado por la emancipación, los que atizan la división artificial en el seno del pueblo, los que gozan el menú social de las relaciones de privilegio en cualquiera de sus manifestaciones.

Hasta ahora las emancipaciones han sido parciales y la lucha contra la opresión ha dejado como saldo la división en el seno de los oprimidos. Y esta división es más evidente entre los sectores populares que entre los sectores dominantes.

En otras palabras, la lucha contra la naturaleza ha beneficiado a unos pocos y maldecido a la inmensa mayoría de los pobladores del planeta. La lucha contra la represión sexual ha beneficiado al macho y ha sumido en la ignominia a las mujeres. Las luchas de independencia han descansado sobre los hombres de los más humildes y explotados en beneficio de las elites nacionales.

No se trata de dejar de luchar o de desconocer las reglas sociales de la historia, sino de avanzar en la gran reconciliación en el seno de los oprimidos para poner fin de una vez por todas a la opresión contra la naturaleza, contra la mujer, contra los pobladores del campo y del Sur, en fin, contra los oprimidos y marginados en general.

La democracia directa

Frente a la crisis del capitalismo nacional y a partir de la hegemonía de las grandes corporaciones, los líderes de la globalización han echado a andar un régimen político neoliberal basado en la democracia del mercado, que tiene como objetivo dismantelar el Estado nacional y proponer que sea el mercado el que regule todo el comportamiento de la sociedad, desbaratando la herencia liberal de la cosa pública. La democracia neoliberal en Nicaragua tuvo un gran auge en los últimos 16 años de gobiernos contrarrevolucionarios, en parte por el sesgo restaurador de dichos gobiernos y en parte por la ofensiva del llamado capitalismo globalizado.

Existe en la cultura política, una corriente que no estando de acuerdo con los efectos del capitalismo neoliberal, aunque sin proponerse cambios radicales para eliminar la propiedad privada o la producción burguesa, utilizan el término de democracia participativa, implementando algunas prácticas encaminadas a mejorar el desempeño democrático en general. Habiendo aceptado disputar el poder dentro de las reglas del juego de la democracia representativa, plantean mecanismos de democracia participativa para organizar a las clases subalternas (clase media y popular), ya sea por medio de referendos o plebiscitos, ya sea a través del debate organizado tratando de influenciar a los gobiernos de turno, pero sin una estrategia alternativa y concreta al orden dominante.

Existe una agenda en la izquierda que montándose sobre el marco de la democracia representativa y habiendo incorporado los mecanismos de la democracia participativa, ha comenzado a incursionar en formas más cercanas a la democracia directa, buscando cómo las organizaciones populares participen en las decisiones políticas, sociales y económicas a través de consejos de toda índole. Siendo este el caso del Frente Sandinista.

Recordemos que la democracia, además de un derecho de los ciudadanos a elegir a sus representantes, es una lucha por el poder, hasta ahora por el poder político. De tal manera que además de la actividad de los votantes, existe una lucha entre los diferentes partidos políticos por tener el control del poder y apuntalar el proyecto que cada uno propone para la sociedad.

En términos concretos el Frente Sandinista ha optado por una especie de democracia tripartita, donde se combinan la democracia representativa, la democracia participativa y la democracia directa. La *democracia representativa* gobierna a través de la participación de los ciudadanos aislados, quienes votan cada cierto tiempo y se mantienen pasivos durante cinco años ante el quehacer gubernamental. La *democracia participativa* gobierna a través de la organización de la ciudadanía, en forma más o menos permanente, ya sea a través de referendos o a través de instancias y mecanismos específicos para influenciar el desempeño de las instituciones públicas. La *democracia directa* apuesta a la organización masiva de los ciudadanos en consejos, con el fin de participar en espacios institucionales decisivos, en favor de sus propios intereses y de los intereses de un proyecto alternativo.

Es dentro del ámbito de la democracia representativa, donde el Frente Sandinista ubica su política de alianzas y donde se disputan los diferentes espacios políticos del Estado republicano. Aquí se llevan a cabo las elecciones municipales, parlamentarias y presidenciales. En los últimos años el balance de la izquierda que lucha por espacios de poder político dentro del marco de la democracia representativa ha sido exitoso, tanto en América Latina como en Nicaragua. Es así que en las diferentes elecciones municipales, parlamentarias y presidenciales, el Frente Sandinista ha salido como el partido ganador.

En este tiempo, el Frente Sandinista ha mantenido una precaria y crítica *detente* con aquellos que durante la revolución fueron sus adversarios más encarnizados, a saber, la iglesia católica, los gremios del sector privado y el gobierno norteamericano, los organismos financieros internacionales y algunos sectores de la cooperación internacional. El principal mecanismo de resolución de conflictos con estos sectores ha sido el diálogo y la concertación.

En estos dos años de gobierno sandinista, la oposición recalcitrante al gobierno ha estado liderada ideológicamente por los grandes y tradicionales medios de comunicación, quienes en gran parte obedecen al pensamiento de los sectores más desplazados de la clase dominante, así como al pensamiento de la clase media más acomodada ideológicamente y presa de los valores de la postmodernidad, para quien los cambios a favor de los pobres y marginados no compensan la pérdida de su protagonismo político, o lo que ellos llaman el costo autoritario de los cambios en Nicaragua.

Esta clase media, apadrinada por la cooperación internacional y refugiada en gran parte en algunos organismos no gubernamentales financiados por organismos de Estados Unidos, optó en los años anteriores por el fortalecimiento de la *democracia participativa*, a través de la formación de redes de influencia y participación en la opinión pública, los derechos humanos y el asistencialismo social para paliar los estragos del retiro estatal de los servicios públicos. En este caso, la democracia participativa, igual que el resto de mecanismos democráticos, también ha significado una lucha por el poder político, concretamente por el modelo de Estado y de sociedad que cada uno de los proyectos participantes propone.

Además de estas formas de democracia, en las cuales también se participa, existe una forma de democracia directa que ha venido siendo apuntalada por el Frente Sandinista en los últimos años y que se ejerce a través de los Consejos del Poder Ciudadano.

Por poder ciudadano se entiende la fuerza organizada de la ciudadanía para recuperar y ejercer la soberanía. De acuerdo a la Constitución de Nicaragua, “la ciudadanía radica en el pueblo quien la ejerce a través de las instituciones y procedimientos que establezca la Constitución y las leyes”. A través del poder ciudadano, el pueblo de Nicaragua se prepara hoy en día a transformar la naturaleza del Estado y la cultura política de la sociedad nicaragüense.

Históricamente, el concepto y práctica del poder ciudadano nace con la crisis de la democracia burguesa, llamada también democracia representativa y últimamente democracia participativa. Y la crisis de la democracia burguesa nace cuando las mayorías empiezan a tomar conciencia de que la justicia social no puede ser alcanzada en el capitalismo, ni tutelada por la cooperación internacional y empiezan a elegir a gobiernos críticos con el sistema capitalista. Es el caso de los nuevos gobiernos progresistas o de izquierda que a finales del siglo pasado y comienzos de este siglo han venido ganando elecciones en América Latina.

Podríamos decir que la democracia directa, es decir, la participación de la ciudadanía en la gestión estatal en una forma directa, permanente y generalizada, nace con la misma democracia occidental electiva, pero limitada a un segmento de ciudadanos, como ocurría en Grecia antes de nuestra era, donde la participación de estos ciudadanos-notables iba más allá de la elección de autoridades; forma democrática que se fue haciendo difícil mantener debido a la masividad de la ciudadanía.

En los tiempos modernos, la democracia directa se inicia con la experiencia de la Comuna de París, donde los ciudadanos se organizaron en un gran consejo para administrar directamente la cosa pública.

Posteriormente asistimos a la forma más avanzada de democracia directa proveniente de la experiencia de los consejos o soviets de la revolución rusa-soviética y de los regímenes socialistas de Europa del Este. Decimos más avanzada por su organicidad e institucionalidad, pero sobre todo porque a su función autogestionaria se agregaba el objetivo de transformar un sistema en la medida que se construía otro. Fueron, asimismo, significativas las experiencias de las Comunas chinas, que unieron la gestión productiva territorial a la gestión democrática.

Se trataba de avanzar en la democracia, más allá de los sindicatos y de los partidos políticos. En este sentido, la democracia directa se expresa como una democracia consejista, que considera a los consejos y comunas como la organización que sustituiría la maquinaria estatal burguesa por un régimen de consejos asociativos y autogestionarios.

En los países latinoamericanos y desde hace mucho tiempo existen dos experiencias significativas. Por un lado, los Consejos de Ancianos de las Comunidades Indígenas, por otro lado, la experiencia heredada de la cultura municipalista española, donde la ciudadanía participa directamente en los gobiernos municipales a través de los Consejos Municipales.

A nivel del concierto mundial de las naciones funciona, desde el final de la segunda guerra mundial, una experiencia vinculada a la cultura de los consejos, como es el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, donde todos los que participan lo hacen en igualdad de condiciones.

Al igual que pasó con la democracia electiva o representativa, donde al comienzo sólo participaba una élite y en la cual se negaba el derecho al voto a las mujeres, iletrados o marginados económicamente, en la democracia consejista ha pasado lo mismo. La primera aparición en Nicaragua de una experiencia consejista, es la que ocurre al final de la dictadura somocista con el Consejo Nacional de la Empresa Privada (COSEP), quien hasta ahora ha sido el único que tiene una influencia directa en el quehacer de la economía, la sociedad y el gobierno. Asimismo y desde hace mucho tiempo existen diferentes consejos, tales como el Consejo Supremo Electoral o el Consejo Nacional de la Cruz Roja.

En el ámbito académico y en forma más masiva existe en Nicaragua el Consejo Nacional de Universidades (CNU), donde los estudiantes gozan de paridad decisiva junto a la administración y el cuerpo profesoral de la universidad. Este Consejo goza de rango constitucional.

En los años ochenta y bajo el gobierno revolucionario sandinista funcionó en Nicaragua el Consejo de Estado, virtual sustituto del parlamento burgués, donde estaban representados en igualdad de condiciones todos los sectores sociales del país. Asimismo, durante el mismo período se creó con carácter constitucional el Estatuto de Autonomía para los Pueblos y Etnias de la Costa Caribe, cuya máxima autoridad recae en los Consejos Regionales Autónomos y que está totalmente vigente.

Durante los gobiernos anteriores, algunas veces por iniciativa de la bancada de diputados sandinistas, aparece otra experiencia de democracia directa o democracia consejista a través de los Consejos de Desarrollo Departamental (CDD) y de los Comités de Desarrollo Municipal (CDM), donde participan muchas organizaciones sociales, particularmente

conformados u orientados por los llamados Organismos No Gubernamentales (ONGs). El actuar de estos consejos se limita mucho más al ámbito de los gobiernos municipales.

Igualmente, durante aquellos gobiernos se formó el Consejo Nacional de Planificación Económica y Social (CONPES), donde participan las principales organizaciones nacionales del país.

Siempre dentro de la experiencia consejista, aunque esta vez en manos de los sectores populares, asistimos durante el primer año de gobierno sandinista a la más masiva experiencia de democracia directa o democracia consejista como son los Consejos de Poder Ciudadano (CPC), tanto los Consejos Comunitarios del Poder Ciudadano, como los Consejos Sectoriales del Poder Ciudadano. Los Consejos Comunitarios del Poder Ciudadano se organizan desde los barrios, comarcas, municipios, departamentos, hasta el nivel nacional. En cada circunscripción se forma lo que se ha dado en llamar los Gabinetes del Poder Ciudadano. A nivel nacional se encuentra el Gabinete Nacional del Poder Ciudadano, donde además de los Consejos Comunitarios del Poder Ciudadano, participan las organizaciones sociales (sindicatos, gremios, ONGs), los Consejos de Desarrollo Departamental (CDD) y los ministros del gobierno nacional.

Siendo que es la experiencia más reciente sobre los mecanismos de funcionamiento del poder ciudadano, expongo a continuación el decreto presidencial por medio del cual se crean los Consejos del Poder Ciudadano con sus órganos y atribuciones respectivas.

“Artículo 1: Se crean los Consejos y Gabinetes del Poder Ciudadano, a fin de que el pueblo nicaragüense en el ejercicio de la Democracia Participativa y Directa de los diferentes sectores sociales del país, se organicen y participen en el desarrollo integral de la nación, de manera activa y directa; y apoyen los planes y las políticas del Presidente de la República, encaminadas a desarrollar estos objetivos. El servicio en estos Consejos y Gabinetes, será enteramente voluntario y sin goce de sueldo.

Artículo 2. Los Consejos y Gabinetes del Poder Ciudadano tendrán presencia en las comunidades, comarcas, barrios, distritos, municipios, departamentos, Regiones Autónomas y a nivel nacional, debiendo de existir en cada uno de ellos, un Coordinador o Coordinadora de Promoción de Derecho de Ciudadanía, de Comunicación y Propaganda, de Seguridad Ciudadana; Intercambios Comunitarios y Solidaridad; de Derechos de la Mujer; de Derechos de los Jóvenes y Niños; de Derechos de los Adultos Mayores, para la Salud, para la Educación, para el Medio Ambiente, para el Transporte e Infraestructura; para el Desarrollo Rural, para la Cultura, para el Deporte; de Propuestas hacia los Gobiernos Locales; de Programas y Proyectos de Promoción de Empleo, Autoempleo y Trabajo Comunitario; Coordinador General y todas aquellas o aquellos que ellos mismos decidan. Son soberanos.

Artículo 3. Se crea el Gabinete Nacional del Poder Ciudadano, integrado por los Consejos del Poder Ciudadano, a través de un representante de cada uno de los 16 sectores establecidos en el artículo anterior, de cada uno de los 15 departamentos y dos Regiones Autónomas existentes en el país, harían en total de 17.

Es decir, este Gabinete Nacional compuesta por 272 personas, estará integrado por 16 personas de cada uno de los 15 departamentos y las dos Regiones Autónomas del país, en representación de cada uno de los 16 sectores, más el Presidente de la República que lo presidirá, y la Coordinadora de la Secretaría de Comunicación y Ciudadanía del Gobierno de

la República; los Ministros de Estado, Presidentes de Entes Autónomos y Gubernamentales; Autoridades de la Policía Nacional, la Junta de Directores del CONPES, y demás funcionarios gubernamentales que determine el Presidente de la República.

También podrán formar parte del mismo, representantes de los distintos sectores económicos y sociales del país, que soliciten su participación y que la misma sea aprobada por dicho Gabinete.

Se establece que el Gabinete Nacional del Poder Ciudadano, es el resultado de un proceso organizativo desde las bases de nuestro pueblo, establecidos de la siguiente manera: Consejo Comunitario del Poder Ciudadano, Gabinetes Comarcales del Poder Ciudadano; Gabinetes de Barrios del Poder Ciudadano, Gabinetes de Distritos del Poder Ciudadano. Gabinetes Municipales del Poder Ciudadano; Gabinetes Departamentales, Regionales, del Poder. En todas las áreas y sectores que sean necesarias se podrán crear otros Gabinetes”.

En la realidad, los Consejos Comunitarios del Poder Ciudadano se organizaron bajo la influencia del partido más organizado y de mayor orientación popular del país, como es el Frente Sandinista, por lo que han sido rechazados por la derecha tradicional y postmoderna, a pesar de la pretensión del gobierno de que los mismos sean integrados por toda la ciudadanía. Al menos un millón y medio de personas en barrios urbanos y comarcas rurales, es decir, una parte significativa de la población adulta nacional (tres millones), se encuentra actualmente organizada en los Consejos de Poder Ciudadano.

Se conforman los Consejos Sectoriales del Poder Ciudadano, donde se combina la organización por sector (ganadero o cafetalero, por ejemplo) con la organización por territorio. En estos consejos la participación política actual es mucho más plural que en el caso de los Consejos Comunitarios.

Finalmente, habría que destacar durante el primer año de gobierno sandinista la conformación del Instituto Nicaragüense de Fomento Cooperativo (INFOCOOP) y del Consejo Nacional de Cooperativas (CONACOO), en el cual están representados los distintos sectores de cooperativas: servicios, ahorro y crédito, agropecuarias, producción y multisectoriales. Entre ellas encontramos: las cooperativas afiliadas a la Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos (UNAG), a la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC), a la Cooperativa de Ahorro y Crédito (CARUNA, R.L.), así como uniones, empresas cooperativas y federaciones, tales como NICARAOCOOP, FENACOO, FENIAGRO, FEMUPROCAM y FECODESA.

Un puntal estratégico en la lucha y conformación de los nuevos sujetos económicos ha sido la FEDERACIÓN NACIONAL DE TRABAJADORES (FNT) que agrupa a la mayor parte de los trabajadores organizados del país.

Ahora bien, la democracia directa, que por supuesto incluye a los sectores económicos organizados, no excluye una lucha por los excedentes, sobre todo en condiciones en que la misma se desarrolla en el contexto del mercado. La lucha por la democracia económica en este caso es la lucha por los excedentes, forma superior de la lucha de clases.

La lucha por los excedentes se expresa en la competencia entre los diferentes bloques económicos en que se encuentra dividida la economía nicaragüense, a saber, el bloque de la

economía capitalista transnacional, el bloque de la economía capitalista nacional, el bloque de la economía popular y su expresión superior como es la economía social o asociativa.

a) *El bloque de las empresas transnacionales*, incluyendo las llamadas empresas de zona franca, importantes desde el punto de vista del empleo, pero sin ningún efecto multiplicador sobre la economía del país. A este bloque se integra *la oligarquía financiera encarnada en los mega-capitales de unas cuantas familias*; vinculada con el capital transnacional, ella misma se incorpora o conforma empresas transnacionales de carácter regional.

Es el bloque hegemónico porque las relaciones del mercado capitalista globalizado son las relaciones dominantes en la economía. Ciertamente que las grandes corporaciones interesan al país porque estimulan la inversión y generan empleo, pero no se puede seguir permitiéndoseles el irrespeto a los derechos laborales, la destrucción del medio ambiente, la exención de su obligación tributaria.

b) *El bloque de la empresa privada nacional*. La empresa privada nacional ha sido golpeada fuertemente en las últimas décadas. Fue golpeada por la llamada competencia desigual del somocismo y fue golpeada por las medidas de la revolución sandinista. Pero sobre todo ha sido golpeada por el neoliberalismo y la crisis financiera.

La situación estratégica del capital nacional no es la mejor, tomando en cuenta que la dinámica de la economía se ha caracterizado en los últimos años por dos movimientos adversos: a) quiebra de los capitales locales por la competencia feroz del capital transnacional, y b) avance de la economía popular en el control de la tierra y de la producción, aunque no de los excedentes ni de la orientación de la sociedad y la economía hacia dicho sector.

El bloque de la empresa privada nicaragüense está organizado y representado en el Consejo Superior de la Empresa Privada (COSEP), desde donde participa e incide en las instituciones de gobierno. En los últimos años ha tenido una posición mucho más nacionalista que antes, mucho más que la derecha mediática.

c) *El bloque de la economía popular*. Aquí se encuentran los pequeños y medianos productores del campo y la ciudad, los campesinos, las comunidades indígenas, las empresas de los trabajadores, los artesanos y demás trabajadores por cuenta propia.

Este bloque, a pesar de controlar el 70% de la tierra y de la producción agropecuaria, manufacturera y comercial se encuentra en los eslabones primarios de la cadena de valor, lo que le impide captar los excedentes que produce, siendo los mismos drenados a través del mercado hacia aquellos sectores que se encuentran en eslabones superiores. La forma de salir de esta situación de empobrecimiento es asociarse y escalar los eslabones industriales, financiero-crediticios y comerciales (mercado interno y externo) de la cadena de valor de la economía. Situación que no puede alcanzarse sin el apoyo del Estado, es decir, del gobierno central y de los gobiernos municipales, de los centros de estudio y asesoramiento técnico, así como del apoyo de las organizaciones sociales y civiles existentes en el país. Hoy por hoy, la economía asociativa y autogestionaria, es la esperanza para que los productores de la economía popular logren superar su pobreza y su situación subordinada en el tejido de los bloques económicos.

Actualmente, la economía popular sólo tiene dos alternativas: a) mantenerse subordinada a las relaciones capitalistas y al monopolio del gran capital, o b) organizarse y alcanzar la asociatividad agroindustrial.

El gráfico que se expone a continuación muestra la actual correlación de fuerzas en la sociedad entre los diferentes sectores económicos y muestra a su vez la orientación del nuevo proyecto sandinista, conviviendo con el capital, pero a favor del desarrollo nacional, y apoyando y encaminando la economía popular hacia la asociatividad y la autogestión. Al igual que el gobierno, un conjunto de organizaciones civiles y sociales están acompañando a los sectores de la economía popular, asociativa y autogestionaria, con el fin de poder construir y ejercer la democracia económica.

En la base del diagrama se encuentra el sector capitalista, hegemonizado por el capital transnacional. El capital nacional, limita con el gran capital extranjero y con la economía popular.

Más arriba se encuentra el bloque de la economía popular, el más grande en términos de familias y generación de empleo. En este bloque y situado en la parte superior se encuentra el sector más avanzado de la economía popular, llamado sector asociativo y autogestionario, compuesto por federaciones de cooperativas y empresas de trabajadores.

La estrategia de desarrollo agroindustrial prioriza a los productores que más producen alimentos, empleo y divisas, es decir, a los pequeños y medianos productores del campo y la ciudad, siendo ellos los que hacen posible que la lucha contra la pobreza pueda llevarse a cabo a través de una estrategia productiva y de transformación social. Los recursos y las políticas económicas y sociales del gobierno estarían disponiéndose para este sector.

La crisis financiera y el nuevo orden económico

Las economías subdesarrolladas, agropecuarias, productoras de materias primas, neocolonizadas económicamente, son economías dependientes con una huella profunda del modelo neoliberal.

Aunque la izquierda haya tomado el Poder Ejecutivo, (que como sabemos ni siquiera es todo el poder político, puesto que no se controlan ni el parlamento, ni todas las alcaldías, ni el resto de poderes del Estado), existe en estas economías una fuerte presencia de las empresas transnacionales.

Arremeter contra esas empresas es atentar contra el empleo de una parte significativa de la población, los ingresos fiscales, la publicidad, el flujo comercial nacional e internacional.

Por otro lado, hablar de economías dependientes es hablar de gobiernos que dependen en gran parte de la cooperación internacional para mantener su presupuesto y los principales

programas económicos y sociales. No es posible pensar en estabilidad sin el apoyo de esos países, independientemente de que dicha ayuda, a corto, mediano y largo plazo, sea perjudicial para el liderazgo del Estado y para la sostenibilidad de la soberanía nacional.

Finalmente, estas economías dependen en gran parte del mercado de los países desarrollados, industriales, hegemónicos en el mercado mundial, lo que a la vez tiene una consecuencia nefasta en cuanto a los precios de intercambio comercial.

Hoy en día, el mundo capitalista vive una crisis financiera que está golpeando a los países en general, incluyendo a los países pequeños y dependientes. Hay menos mercado externo, es decir, menos exportaciones y menos importaciones, menos inversiones, menos ingresos fiscales, menos empleo, menos mercado interno, menos cooperación. Toda esta situación está golpeando a aquellos países gobernados por organizaciones de derecha y de izquierda. Ante este panorama, la izquierda se pregunta ¿qué clase de crisis es ésta y qué hacer ante tal crisis?

La más grande economía del mundo atraviesa la mayor crisis de su historia. El antecedente más significativo ocurrió durante la gran depresión estadounidense en el año de 1929 del siglo recién pasado.

Se habla de crisis financiera cuando ocurre una contracción o encarecimiento del crédito, lo que afecta la producción material y por tanto el empleo y el bienestar social. En el sistema capitalista, las crisis financieras se suceden periódicamente. Son recurrentes e inevitables.

Las crisis financieras se derivan del pecado original del capitalismo: el divorcio entre la producción y el consumo. Cada vez más oferta y cada vez menos capacidad de compra o consumo. En una economía capitalista, el crecimiento exponencial de la producción de riqueza se acompaña de un progresivo empobrecimiento de los trabajadores y de la población en general. La férrea competencia que se impone en el mercado capitalista globalizado, tiende a despojar a la gente y a los países más débiles de sus excedentes y de su capacidad de compra, asimismo, tiende a descapitalizar a los productores, incluso a los grandes empresarios nacionales, mientras las grandes corporaciones, particularmente las corporaciones financieras acaparan y concentran cada vez más la riqueza en pocas manos.

El problema económico para el propio sistema radica en la necesidad absoluta que tienen los capitalistas de realizar todo ese arsenal de mercancías, incluyendo el dinero, pues hasta que no se coloquen en el mercado no se realiza la ganancia, cosa que se hace cada vez más difícil, pues el mismo sistema disminuye permanentemente la capacidad de compra de los consumidores.

Frente a esta penuria reinante y la angustia por vender, el crédito aparece como la solución inmediata, pues los empresarios menores y los consumidores en general no tienen otro palo en qué ahorcarse que endeudarse. Y con el crédito viene la usura y el despojo de sus últimos ingresos, la hipoteca, el embargo, la iliquidez y las crisis de colocación del dinero y de los bienes en general.

Es lo que pasó con la industria de la construcción y el negocio inmobiliario en los Estados Unidos. El dinero concentrado en los bancos clamaba colocación, la industria de la construcción se dispuso a edificar millones de viviendas, los bancos se dispusieron a colocar

el dinero con grandes facilidades de oferta y pago. Había que colocar tantas viviendas, el negocio parecía próspero y se hizo fiesta con los créditos, se emitieron acciones y bonos inmobiliarios en los bancos inversionistas, en las aseguradoras y en todo el bolsón especulativo.

El resto de la historia es archiconocida. Al cabo de cierto tiempo la gente tuvo dificultades para pagar por problemas de ingresos o por aumento de las tasas de interés, el sistema bancario comenzó a perder liquidez, la oferta monetaria se contrajo, el secreto no se pudo guardar y el pánico aceleró la debacle.

La crisis financiera que nace del empobrecimiento de los trabajadores y de los países periféricos, de la competencia y la especulación, del saqueo a los países del Tercer Mundo, alcanza ahora a los ricos y a los países ricos. Es en ese momento que la clase intelectual y periodística comienza a hablar de crisis. Sin embargo, la crisis financiera no es más que una expresión de una crisis generalizada que se expresa como crisis energética, crisis alimentaria, crisis del medio ambiente, crisis de la ética del trabajo, crisis política.

En este sentido podemos hablar de crisis financiera del sistema capitalista. No podría afirmarse que esta crisis financiera no es una crisis financiera del sistema capitalista, pues es la única crisis financiera que existe y el sistema capitalista es el único que existe en la inmensa mayoría del mundo y sobre todo en las metrópolis donde estalló la crisis.

¿Cómo resuelve la crisis financiera el sistema capitalista? Contrayendo momentáneamente el crédito y la producción, fusionando y concentrando las empresas y los bancos, disponiendo de los ingresos fiscales para rescatar a los bancos quebrados. Es lo que pasó en Nicaragua con el negocio de los CENIS, cuando los gobiernos liberales dispusieron de C\$17,000 millones de córdobas para capitalizar a los banqueros. Es lo que está pasando en los Estados Unidos, donde el Presidente solicita al Congreso y entrega centenares de miles de millones de dólares a los banqueros para evitar que la debacle se profundice.

Hoy todo el fundamentalismo del mercado que ayer gritaba ¡libertad financiera irrestricta! ¡no a la intervención del Estado!, hoy gritan ¡banqueros del mundo uníos!, ¡mayor regulación y mayor intervención del mercado!. ¡Socialismo para las corporaciones, mercado libre para los pobres!

La quiebra y la recomposición del capital dejará muchos cadáveres en el camino, la especulación aumentará la concentración de la riqueza mundial; y el sistema, una vez recuperado, volverá a mover la rueda de su fortuna.

¿Cómo deberíamos disponernos frente a esta crisis financiera? En primer lugar, explicando el fracaso del mercado capitalista y la permanente perversidad del sistema. En segundo lugar, organizando a los contribuyentes para no dejarse estafar por gobiernos al servicio de la clase financiera, exigiendo que los banqueros paguen con su dinero las recurrentes crisis de especulación. En tercer lugar, presionando a los gobiernos del mundo, particularmente a los gobiernos de los países del Sur, para que se insurreccionen contra la hegemonía del dólar, diversificando las relaciones comerciales Sur-Sur, acelerando la formación de bloques económicos, al estilo del ALBA. En cuarto lugar, apoyando las políticas a favor de la nación, la producción, el comercio justo y el bienestar de las mayorías. En quinto lugar, organizando

a los trabajadores, productores directos, cooperativas y federaciones para que se vayan haciendo cargo de la economía y del Estado.

Por muchas crisis financieras que existan, el capitalismo no se derrumbará por su propia cuenta, si no se sustituye por otro sistema de orientación socialista, liderados por gobiernos de orientación socialista, cosa que en el mundo apenas se inicia, hablando históricamente.

Por el momento, lo que observamos es una confesión por parte de los líderes occidentales del fracaso del modelo neoliberal, es decir, la especulación de los mercados monetarios en manos de los grandes bancos. Igualmente, asistimos a una sospecha por parte de la opinión pública mundial de que el sistema capitalista no es invulnerable a sus propias contradicciones. Finalmente, asistimos a políticas más proteccionistas por parte de todos los países del mundo, incluyendo propuestas para crear un mundo multipolar y un nuevo orden económico internacional que termine con la hegemonía del gobierno y del capital financiero estadounidenses.

En tal sentido y en el caso de América Latina en general y de Nicaragua en particular, han recurrido a políticas independentistas en lo político, comercial y cultural. En América del Sur, se implementó la Coordinadora Nacional del Sur (CONASUR). Se está implementando una moneda común, paralela al dólar de los Estados Unidos y se han desarrollado una serie de encuentros para avanzar hacia la integración latinoamericana.

En toda América Latina se ha implementado una iniciativa llamada Alternativa Bolivariana de los Pueblos de América (ALBA), con el objetivo de desarrollar la solidaridad, la complementariedad y la cooperación entre los distintos países que la conforman. Al interior del ALBA se encuentra Petrocaribe, cuyo objetivo concreto es garantizar la energía a los países que la conforman.

Asimismo, los países de América Latina han arreciado la integración entre todas las 34 naciones que la conforman. Integración que aparece como una muestra de independencia frente a los gobiernos de los Estados Unidos y de Europa, al mismo tiempo que emprenden relaciones con todos aquellos países del Sur con los cuales se tengan afinidades o se pueden desarrollar proyectos de interés común.

Lecciones de la revolución sandinista*

Como toda revolución, la revolución sandinista, en tanto que suma de liberación nacional, bienestar social, democracia para todos y transformación estructural del sistema, no puede hacerse si no existen las condiciones políticas, sociales, económicas y culturales para eso. Un país ocupado por las tropas extranjeras como era Nicaragua no podía pensar en gobernarse a sí mismo sin expulsar a los yankees. Un país gobernado por una dictadura militar no podía pensar en gobernarse democráticamente sin destronar a la dictadura militar. En un gobierno democrático no puede resolverse la injusticia social sin cambiar el sistema económico. Un sistema económico no puede transformarse si no existe la conciencia y la voluntad generalizada en la población de que aquello es necesario y posible, así como las condiciones objetivas, nacionales e internacionales, para hacer posible aquella voluntad.

Pues bien, la revolución sandinista, comienza, entonces, desde mucho antes del 19 de julio y no termina con el fin de la dictadura. Veamos a grandes rasgos el itinerario del movimiento sandinista revolucionario a todo lo largo de su historia.

En 1927, Nicaragua se encuentra ocupada por miles de invasores yankees. En este mismo año, Sandino se levanta en armas contra la ocupación de las tropas angloamericanas.

En 1933 Sandino derrota y expulsa a los yankees de Nicaragua. En este año, después de seis años de una guerra de guerrillas emprendida por el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua (EDSNN), las tropas angloamericanas abandonan Nicaragua.

En 1934 los gringos asesinan a Sandino, nace la dictadura militar somocista y se consolida el capitalismo nacional. En este año, Sandino es asesinado por Anastasio Somoza, jefe de un cuerpo militar creado por el gobierno de Estados Unidos de América. Los sandinistas son masacrados y el sandinismo es prohibido en Nicaragua. Entre 1934 y 1979 Somoza sienta las bases del Estado y del capitalismo nacional. Governa con el apoyo del Partido Liberal y del Partido Conservador quien acepta un estatus de subordinado.

En 1958, el veterano Ramón Raudales, un general sobreviviente del ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua, encabeza un levantamiento contra la dictadura militar somocista en el que se incorporan los combatientes de la nueva generación de sandinistas.

En 1961 veteranos de la guerrilla de Sandino fundan el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). En este año, otro veterano, el coronel Santos López, quien en 1934 escapó de la celada donde asesinaron a Sandino, crea con jóvenes de una nueva generación de sandinistas el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), quien emprende una guerra de guerrillas bajo la concepción del *foco guerrillero*, es decir, la expectativa de que a partir de un destacamento de guerrilleros, los campesinos se sumarían y formarían las columnas guerrilleras.

En 1979 el FSLN se insurrecciona en las ciudades, expulsa al dictador y gobierna en el marco de una revolución. En este año, el FSLN encabeza la victoria insurreccional y desplaza del poder al aparato de represión del somocismo. El FSLN inicia una revolución política y las primeras reformas para cambiar el somocismo. Se profundiza la soberanía nacional y la revolución se vincula al campo socialista, soviético y socialdemócrata.

Entre 1979 y 1989 el somocismo se restaura en el exilio y comienza un proceso contrarrevolucionario. El somocismo es derrotado política y militarmente, pero conserva su base social y sus alianzas internacionales. Sectores de la Guardia Nacional se retiran hacia Honduras, donde son rearmados por el gobierno norteamericano y apoyada por los gobiernos centroamericanos. Entre 1979 y 1989, la contrarrevolución nicaragüense y el ejército de los Estados Unidos de América, logran desarrollar lo que se llamó la Guerra de Baja Intensidad, es decir, el desencadenamiento de una guerra terrorista de desgaste desde el exterior y desde las zonas militares, una guerra diplomática y mediática que hostigaría permanentemente a la joven revolución, sin que las tropas norteamericanas se involucren tan directamente en el campo de batalla.

En 1990 el Frente Sandinista pierde las elecciones, el campesinado contrarrevolucionario es desarmado y el viejo régimen recupera el poder político. En este año, con una pistola en la

cabeza el Frente Sandinista se somete a unas elecciones donde la oposición unida es apadrinada y financiada por el gobierno estadounidense. El Frente Sandinista pierde las elecciones y durante 17 años Nicaragua vive bajo una restauración conservadora encabezada por el neoliberalismo. El FSLN resiste en la oposición los embates del régimen contrarrevolucionario y se propone gobernar desde abajo, continuando las tareas de la alfabetización, la vacunación, la democratización del país.

Entre 2004 y 2008, el FSLN resiste y lucha contra el neoliberalismo, finalmente derrota al neoliberalismo, recupera el poder político y continúa las reformas revolucionarias. En el año 2004, el Frente Sandinista gana las elecciones municipales y se ampara de 87 de las 153 alcaldías del país, logrando gobernar al 70% de la población nacional. En el año 2006 el Frente Sandinista obtiene la victoria en las elecciones presidenciales y en el año 2008 gana 109 de las 153 (75%) alcaldías del país.

El 19 de julio de 2009, el FSLN y el gobierno sandinista, celebran el 30 aniversario de la Revolución Popular Sandinista. En este año se cumplen 82 años del inicio de la lucha sandinista en Nicaragua, 50 años de la revolución cubana, 30 años de la revolución de Grenada y 30 años de la Revolución Popular Sandinista, avanzando junto a los gobiernos, organizaciones y movimientos sociales de izquierda de América Latina.

A continuación se señalan algunas lecciones aprendidas y aplicadas por los revolucionarios sandinistas. Valgan como referencia y no como receta para otros movimientos revolucionarios.

1. La guerra de guerrillas es un método para combatir a un ejército regular, donde se combinan emboscadas militares, apoyo de la población campesina, inteligencia y conspiración, propaganda nacional e internacional, conformación de columnas guerrilleras.
2. La victoria militar de una guerra de guerrillas se lleva a cabo cuando el cerco militar a la capital por parte de las columnas guerrilleras, se complementa con una insurrección urbana, donde se cercan los cuarteles periféricos del ejército represor.
3. La estrategia insurreccional se inicia aislando los cuarteles militares del enemigo: se corta la electricidad, el agua, las comunicaciones, se abren zanjas o se construyen barricadas alrededor del cuartel, se apuestan francotiradores en los edificios aledaños, se neutraliza a los adversarios políticos en los barrios y se recuperan las armas existentes en el seno de la población.
4. La revolución es producto de una lucha entre dos proyectos, donde las personas y grupos se alinean independientemente del origen de clase. Un alineamiento no solamente de carácter militar, sino y sobre todo, de carácter político e ideológico. La revolución fue producto de la confrontación entre dos proyectos, a) el somocismo, gestor del capitalismo nacional, b) la oposición burguesa que buscaba un somocismo sin Somoza y el Frente Sandinista que buscaba transformar Nicaragua. En toda revolución hay que distinguir la lucha por la toma del poder, del ejercicio del poder, es decir, las medidas sociales y económicas encaminadas a transformar la estructura de clases.
5. La velocidad de los cambios depende del nivel de consenso logrado por la revolución en el seno de las masas populares, ejerciendo el poder a través de un acuerdo entre la

organización que dirige la revolución y los movimientos sociales existentes. El gobierno del pueblo y para el pueblo deber ser un gobierno gestionado por el pueblo (partidos, gremios de productores, sindicatos, cooperativas, movimientos sociales, universidades, alcaldías, etc.).

6. Una revolución se consolida cuando una clase alternativa se ampara de los medios de producción y de cambio, gestiona el Estado y conduce la economía, período que toma mucho tiempo, dependiendo del desarrollo tecnológico y cultural de la clase alternativa. Cambiar las relaciones sociales de producción sin que haya cambio en las fuerzas productivas, mantiene la revolución dependiendo de la superestructura o de recursos externos solidarios.

7. En una sociedad capitalista, un movimiento o una organización revolucionaria, gobernando en el marco de una democracia representativa y en el contexto del mercado, tiene que tomar en cuenta el carácter multclasista de la población, a la hora de emprender las transformaciones sociales y económicas. Sobre todo dentro de una estructura social donde la clase laboral no está, ni mucho menos, conformada mayoritariamente por obreros o asalariados, sino sobre todo por trabajadores por cuenta propia.

8. La hegemonía y estabilidad política del régimen revolucionario necesita de una alianza amplia con las principales fuerzas sociales del país, lo que disminuye el ritmo de la revolución, pero consolida los pasos avanzados.

9. La consolidación política y económica de una revolución en un país pequeño y dependiente como Nicaragua, sólo puede llevarse a cabo en alianza con fuerzas solidarias situadas a nivel internacional.

10. La organización revolucionaria amparada del poder, aún con el apoyo de los movimientos sociales, no puede abstraerse del hecho de vivir y convivir en una sociedad capitalista, eminentemente reaccionaria desde el punto de vista de los valores culturales y de las instituciones sociales en general (machismo, racismo, aristocratismo, clasismo, etc.).

11. Las principales tareas de una revolución son el bienestar social y las transformaciones revolucionarias. La gente lucha con la expectativa de mejorar sus condiciones de vida. Pero la revolución sólo avanza y se consolida, si cambia las relaciones sociales y económicas en general.

12. Algunas transformaciones sociales y económicas, pueden emprenderse desde abajo, aún sin haber tomado el poder político, o desde un gobierno al cual se ha accedido por elecciones. Por ejemplo, la reforma agraria, la alfabetización, la vacunación, la sindicalización y la autogestión obrera de las fábricas, la cooperativización de los campesinos, las relaciones internacionales con organizaciones, movimientos y gobiernos en el exterior.

13. La democracia representativa es un punto de partida que tiene que enriquecerse bajo el efecto de la democracia participativa y de la democracia directa. De lo contrario sólo sirve para administrar democráticamente el sistema capitalista, lo que a la larga desgasta la revolución y erosiona la confianza de las masas populares.

14. Una de las últimas tareas políticas de la revolución tiene que ver con el cambio del poder cultural de manos de una minoría a manos de una mayoría política, lo que implica un cambio

de valores y de actitudes, cosa que significa enfrentarse al poder ideológico-mediático de la clase dirigente.

15. En un país económicamente dependiente y en las circunstancias en que nos desenvolvemos, un programa revolucionario tiene que integrar los mejores logros del liberalismo, el socialismo y el anarquismo. Hay que luchar por la soberanía nacional frente al imperialismo y el injerencismo. Hay que defender la libertad individual frente al Estado. Hay que luchar contra la diferenciación social. Hay que luchar por la dignificación de la persona humana y contra toda forma de opresión y discriminación. Llevar a cabo este programa en un marco democrático y en un contexto del mercado, rodeados además por las fuerzas imperiales, se convierte prácticamente en una obra de arte.

16. Todas estas tareas no podrán emprenderse si no es desde una organización o partido compacto y unido alrededor de principios, estrategia, programa, capacidad de conducción y liderazgo.

Managua, 30 Aniversario de la Revolución Popular Sandinista